Habia una vez un...

BLANCO



Blog y sitios de referencias web para esta compilacion:
http://todo-en-abril.blogspot.com/
Biblioteca Había una vez Facebook
Biblioteca Infantil y Juvenil Había una vez
Enigmas y misterios de los Bolsillitos

breccia



FB: TTR

ALBERTO BRECCIA: dibujante, ilustrador, docente y pintor.
Participó en innumerables publicaciones para América y Europa, con una obra conceptual que abarca diversos géneros y estilos , yendo de la Ilustración de cuentos infantiles, portadas pasando por el claroscuro con tinta china, collage, tinta acrílica o técnicas experimentales según qué trabajo emprendia
En su labor como docente en distintos periodos educó y ayudó a la formación de talentosos dibujantes cómo citar ejemplos a Muñoz o Montenegro.
Su extenso trabajo y su búsqueda artística le valió la admiración de pares, público y críticos Materializandose en el Lucca 73 y el reconocimiento mundial en 2021 entrando en el Salón de la Fama de la historieta. Además fue premiado Premio Amnesty
Trabajo con diversos guionistas adaptadores o argumentistas en esta compilación.



Última página de *El hada Azulina*, **Biblioteca Bolsillitos**, número 98, Editorial Abril, 1954.

Quince ■ Abril, Kapelusz y la hora de los niños

Hablemos de cómo te vinculaste con Abril.

Para ellos sólo hice ilustraciones, historietas infantiles.

¿Y nunca publicaste en las revistas tradicionales de aventuras, **Rayo Rojo** *y* **Misterix***?*

No hice historietas serias con Abril. Alguna tapa de **Rayo Rojo**, pero nada más. La primera vez que me llamaron fue a principios de los cuarenta y yo trabajaba para Torino, hacía ***Gentleman Jim***. Estaban en la calle Piedras, y era una editorial muy pequeña que recién comenzaba.

¿Quién te llamó? ¿Civita?...

Me llamó Civita.

Ellos tenían la patente Disney.

Hacían el **Pato Donald**, y no sé si alguna otra revista. Era muy poca gente la que había ahí. Me llamaron para hacer historietas. Pero no hice nada, no arreglé con Civita; creo que por el precio. Y luego sí; comencé con ellos a fines de los cuarenta, cuando ya estaban en Leandro N. Alem, en el Bajo, donde han estado siempre. Ahí comencé a hacer cuentos infantiles.

¿Y qué tipo de dibujo hacías?

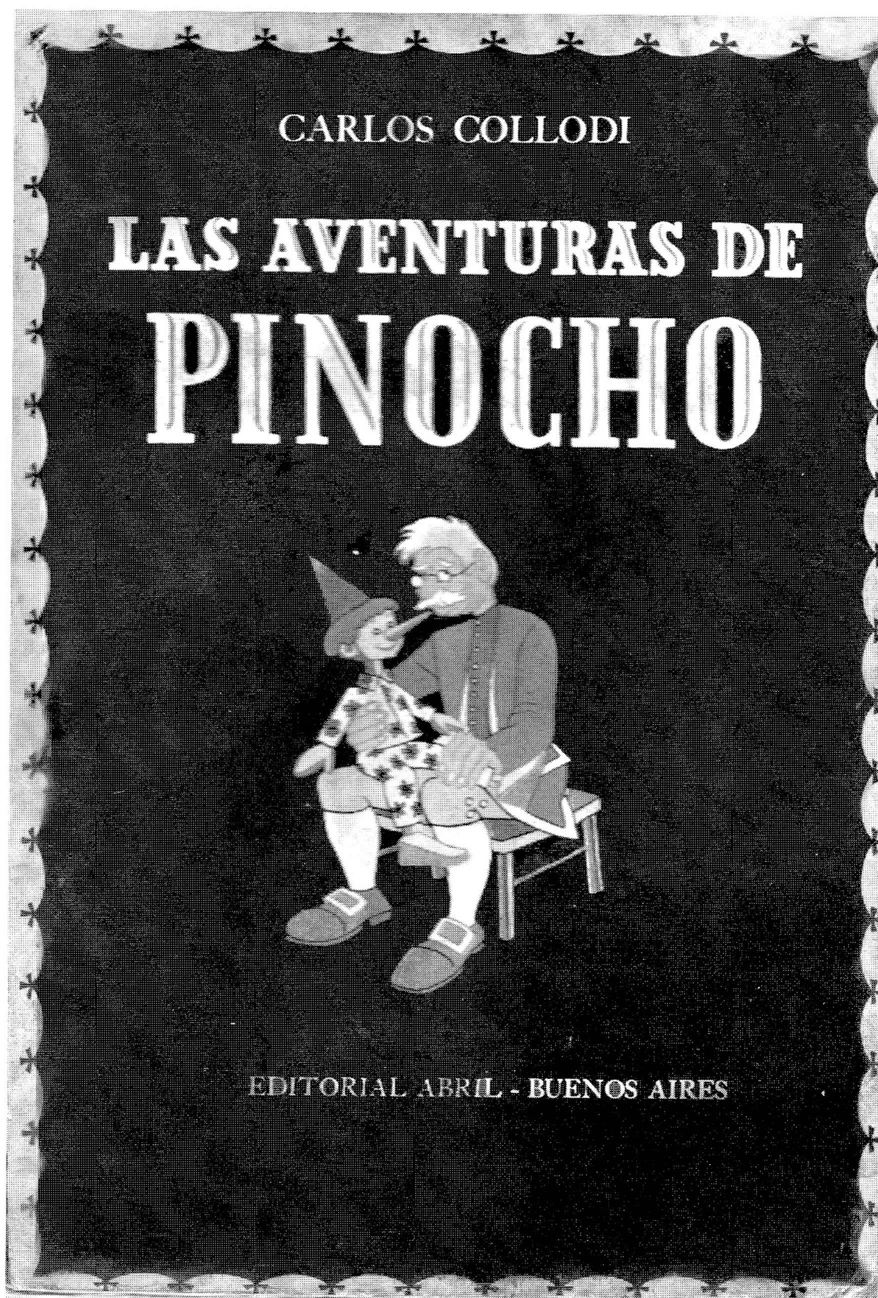
Infantil, todo infantil.

Pero vos no habías hecho nunca antes eso.

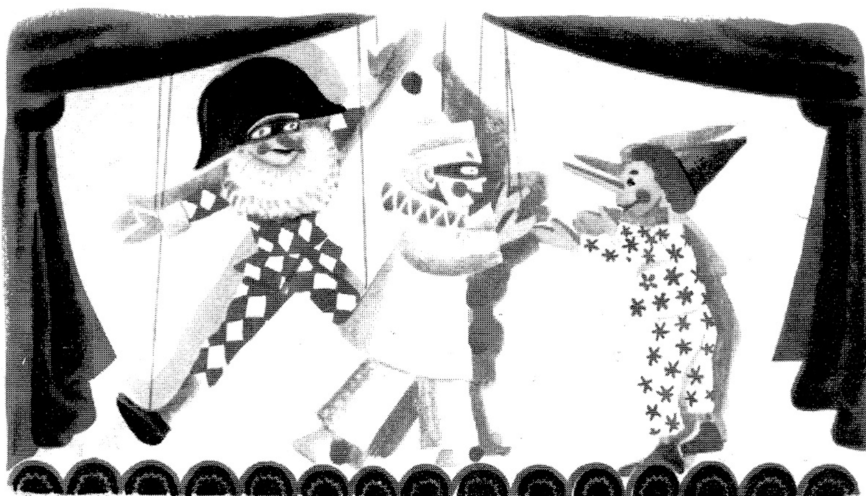
Nunca. Abril me llama y me encarga un trabajo para una colección muy linda, encuadernada en tela; y el primer libro que me da es ***La reina de las nieves***, un hermosísimo cuento de Andersen, con láminas aparte en un sobre para enmarcar. Era un compromiso...

¿Y cómo te fue?

Lo hago como puedo, porque en ese entonces no estaba capacitado para hacerlo. Sobre todo después que Agi, una ilustradora infantil extranjera, suiza o austríaca, que era muy buena, había hecho **La Sirenita**, en esa misma colección.

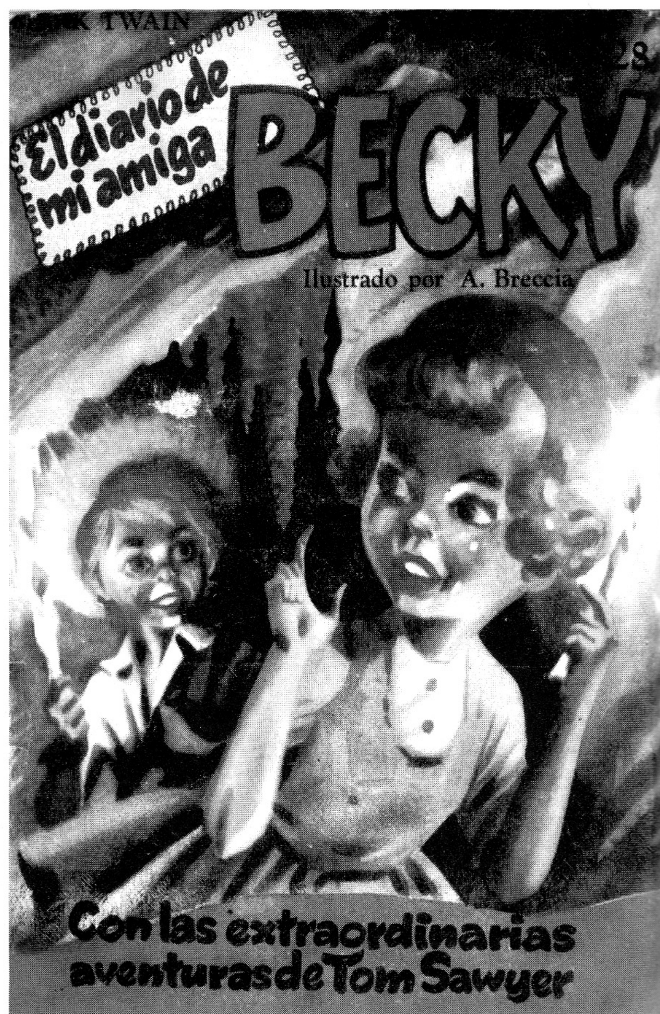


Las aventuras de Pinocho, tapa e ilustración interior, Editorial Abril, 1949.





Animalitos de mi Jardín, **Biblioteca Bolsillitos**, número 60, Editorial Abril, 1953. Texto de Héctor G. Oesterheld.



El diario de mi amiga. *Becky*, número 28, Editorial Abril, Buenos Aires, septiembre de 1955.

Así que lo tuve un tiempo largo hasta que me decidí y lo hice. Ilustraciones en pluma y láminas a color. Después hice **Pinocho**.

¿También para esa colección?

Para otra, **El gallo de oro**. Después hice otros libros de tapas duras, **El sastrecillo valiente**, y algunos más. Y también en una colección pequeña donde hice un detective que era una especie de ***Vito Nervio*** pequeño. Unos libritos chicos, así. Hice **Tom Sawyer**...

Con ilustraciones.

Más que ilustraciones, eran casi historietas infantiles, eran libritos de historietas. Dos cuadritos por página. Hice también ***Juancho Pancho***, que era un pibe soldado de la frontera, en esa misma colección pequeña.

Me interesa tu vinculación con las revistas infantiles, con las publicaciones periódicas: **Gatito**, **Bolsillitos**...

Yo estuve desde el comienzo en **Gatito**, estuve en **Bolsillitos**, estuve en **El diario de mi amiga**.

¿Quién dirigía **Bolsillitos***?*

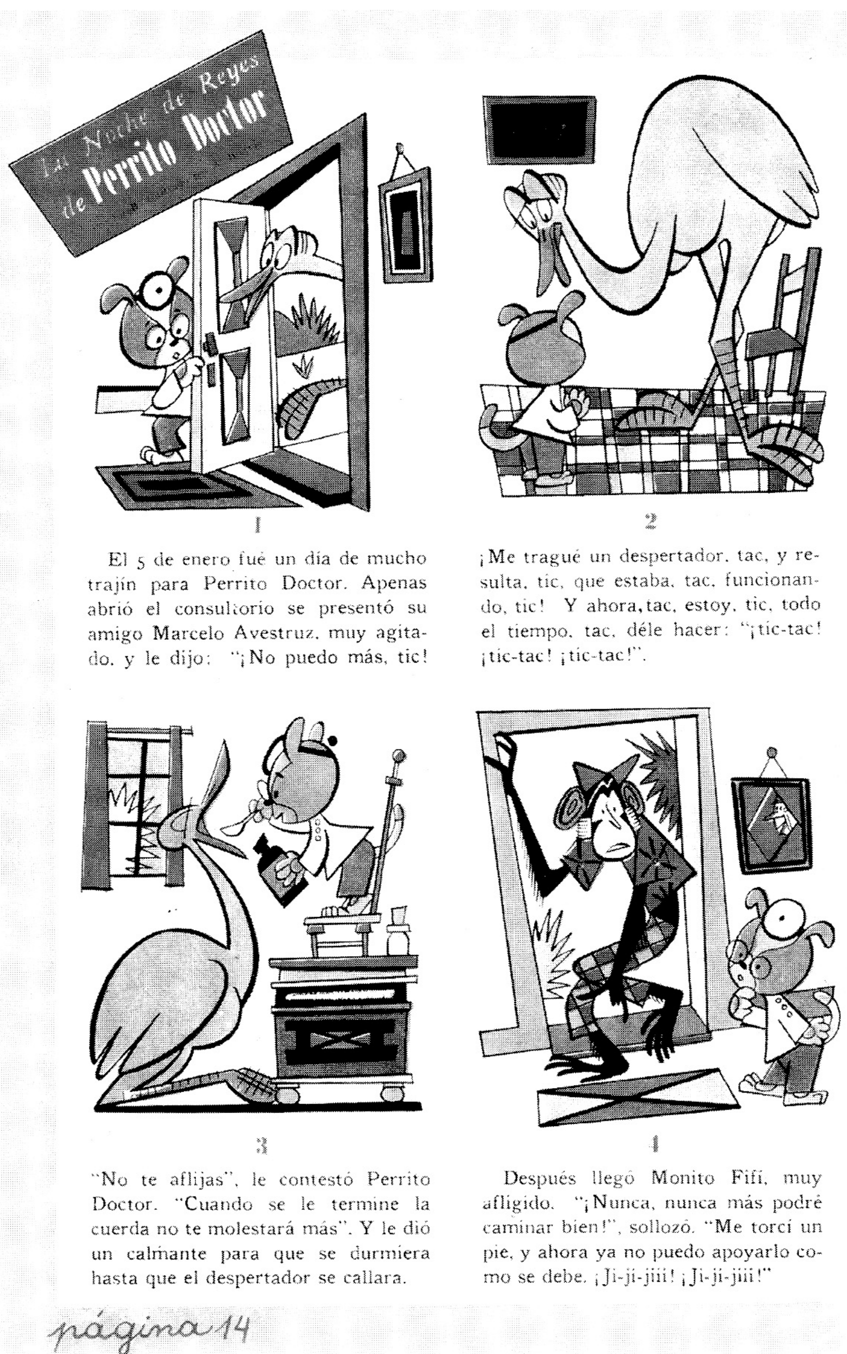
Era Boris, Boris Spivacow, el que dirigía el departamento de literatura infantil. Por lo menos, era con el que yo siempre trataba y el que daba la cara. Él firmaba siempre con el seudónimo de Sirob, o sea, Boris al revés. Ilustré muchos cuentos suyos. Con él hicimos ***Perrito doctor*, *Silvia la ardillita*, *Pantaleón y Dominguita***, personajes muy lindos.

¿Eran cuentos para la colección **Bolsillitos***?*

Para **Bolsillitos**, y dibujé **El diario de mi amiga**, varios, algunos con un muchacho alemán que firmaba Dieter, y también algunas aventuras en **Gatito**, revista mensual.

¿Qué participación tuviste en lo de **Gatito***?*

En la formación de **Gatito** y en el nacimiento del personaje, ninguna. Simplemente me llamaban para hacer cosas, ilustraba cuentos, hacía una historieta. Siempre unitaria, nunca personajes. Y trataba con Boris y con una chica alemana, Susy no sé cuánto, que era dibujante también. Adentro estaba Csecs...



***La noche de reyes de Perrito Doctor*, Gatito**, número 18, Editorial Abril, 1953. Guión de Boris Spivacow.

Que era muy bueno, Csecs. Él hizo todo **Gatito***, todos los personajes son suyos.*

No todo; estaba también Castillo o Del castillo, un muchacho que también estaba ahí y hacía Inosito, creo, uno de los dos personajes.

¿Quién escribía todo eso?



Ilustración para **Una nueva y gloriosa Nación, Conocimientos Básicos**, número 404, Editorial Kapelusz, 1950.

Oesterheld. Héctor escribía Inosito y Gatito, que eran creación de él. Después había otros que escribían otros cuentos.

¿Tuviste ningún contacto con él en esa época?

Con Héctor, nada.

¿Y para las revistas de historietas de aventuras donde trabajaba él?, ¿nunca te llamaron? Julio Portas, todos esa gente...

No, nunca me llamaron para hacer historietas serias. Y estuvo Eisen a cargo, también.

¿Para Abril qué otras cosas hiciste?

Hice alguna ilustración en aguada de los comienzos de **Idilio**, cuentos de amor femeninos. Pero ocasionalmente.

En aquella época era todo un espacio ese, incluso el tano Pratt hizo ilustraciones para revistas femeninas...

Claro, laburó también Raúl Alonso, que firmaba Kali...

Hizo todas las primeras tapas de **Claudia**.

El ilustrador de más prestigio que trabajaba en eso era Lisa, que siguió vinculado a Atlántida hasta que murió, hace poco. Él ilustraba en **Leoplán**, en **Vo-**

sotras, en **Chavela**. En todas estaba.

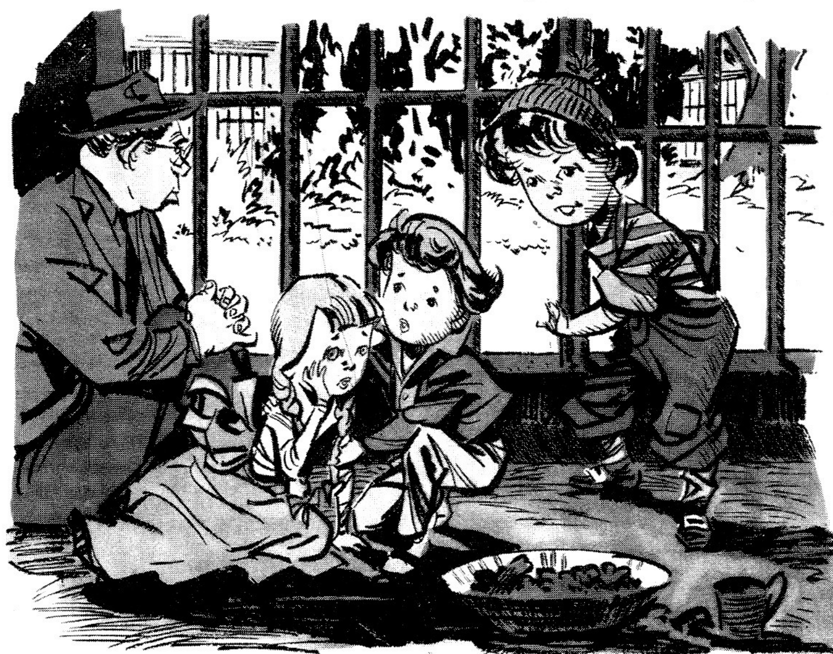
Vos también hiciste de todo en esos años. Alguno de mis libros de lectura en la primaria, en los cincuenta, tenían ilustraciones tuyas.

Es que cuando nace Enrique, en el 45, me llaman de Kapelusz y me empiezan a encargar ilustraciones, que pagaban mucho dinero. Y eso me salva bastante, porque hasta ese momento estaba pasando crujías... Son ilustraciones para libros de texto...

Que tampoco habías hecho nunca.

Que nunca había hecho. Y entonces me lo tomo muy en serio. Me documentaba, me iba al Instituto Sanmartiniano y a lo mejor para hacer una viñeta de dos centímetros, perdía tres días: trabajé mucho tiempo en eso. Hice dos libros escolares con Kapelusz y cuatro o cinco con Códex.





Ilustraciones para **Peter Pan**, número 46, Publicaciones Universales, 1955.

BIBLIOTECA BOLSILLITOS

Los mejores libros para los niños en cinco series que comprenden los temas más apasionantes.

Serie azul: Mis cuentos. *Serie roja:* Mis amigos. *Serie verde:* Mi escuelita. *Serie naranja:* Mis juegos. *Serie amarilla:* Mis alegrías.

Primeros títulos:

1. EL PATITO FEO
2. EL PATO DONALD
3. LA CENICIENTA
4. EL CIRCO
5. CAPERUCITA ROJA
6. LA ESCUELITA
7. INOSITO
8. LA GRANJA
9. PUNTITOS CON SORPRESAS
10. PLUTO

Luego aparecerán:

EL JARDIN ZOOLOGICO - GATITO CON BOTAS - BAMBI - ANIMALITOS DE MI JARDIN - EL RATON MICKEY - LOS TRES OSOS - LOS JUGUETES - ANIMALITOS PARA PINTAR... y muchos títulos más.

1 2 3

 Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 20 de enero de 1952 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

Inés

EL CIRCO





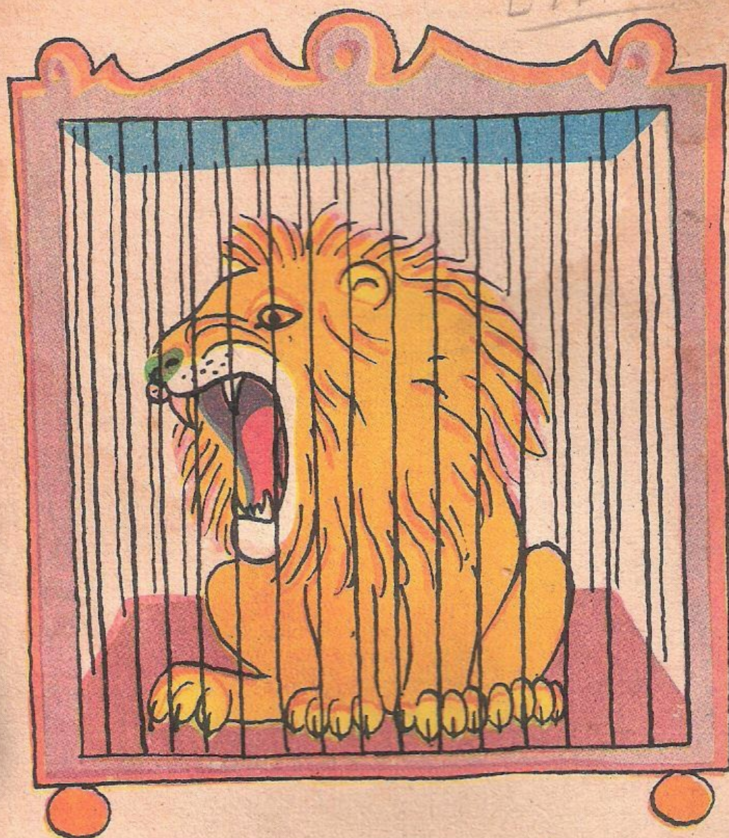
Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA BOLSILLITOS 4

El circo Perlimplín tiene muchas banderitas

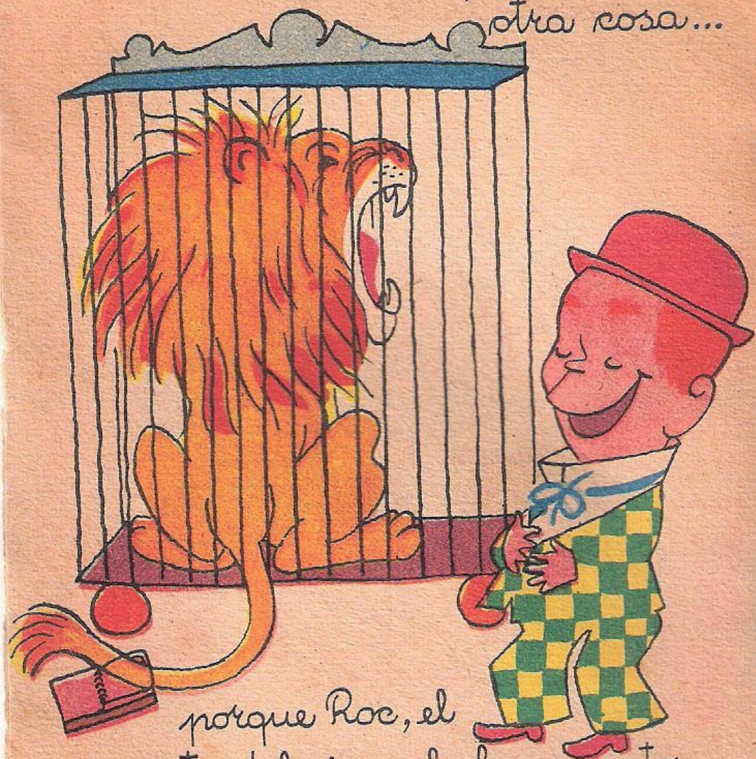


y un cartel dorado que dice:



A la entrada, para que lo vean bien, está el león, rugiendo como si le dolieran las muelas.

Pero en realidad lo que le duele es otra cosa...



porque Roc, el enanito del circo, le ha puesto en la cola, mientras dormía, una trampa de cazar ratones.

Para que los chicos conozcan el circo la jirafa los lleva



a dar una vuelta montaditos en su cuello.

Y el mono Asdrúbal,



colgado de
una argolla,

les roba los chocolatines
sin que se den cuenta.

El mago Chin-Chin entretiene
al público con pruebas
maravillosas:

hace salir un
conejo de una
galera,



unas palomas
de un vaso.



y una bandera de
la nariz de Lita.

Y como sabe que es el cumpleaños de Totito dice "abracadabra" y aparece una torta con velitas.

Después vienen los payasos:

rebotan como pelotas de goma,



se tragan una espada encendida

y se trepan por un palo colorado.



Hugo, el equilibrista, se sube a un trapecio que queda más alto que el cielo y, muy cómodamente, se pone a leer el diario.

Luego se mete dentro de un cañón y, cuando Roc le aproxima un fósforo,



sale volando por los aires, muy contento.

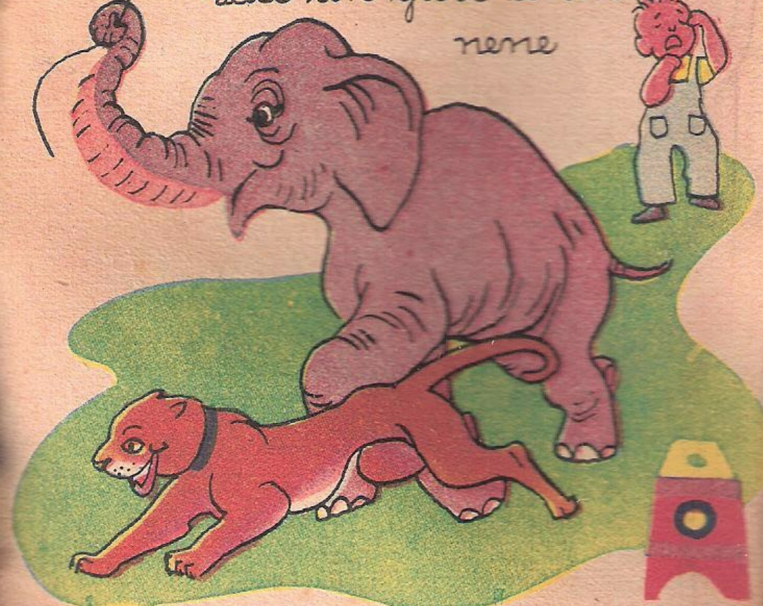
El número que todos esperan
es el baile de los elefantes:



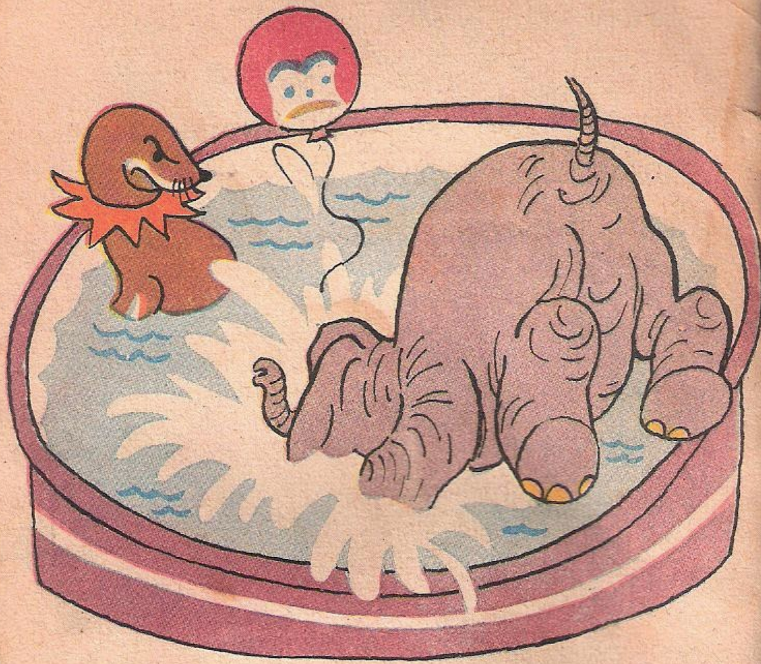
los elefantes
salen muy
arregladitos
y al mismo
tiempo
levantan una
pata y bajan
la cabeza.

Una vez el elefante
Raulito, que es el más
chiquito de la compañía,
en lugar de bailar le
sacó un globo a un
nene





y se fué a jugar con
su amiga la panterita.



Pero, por perseguir el globo, se cayó en el estanque de la foca... y salió la foca muy enojada porque creía que le robaban su pescado.

Para calmarla, Raulito tuvo que bañar a las foquitas dándoles una ducha con su trompa... ¡Cómo se burlaba de Raulito toda la gente del circo!



Ilustraciones de Alberto Breccia

BIBLIOTECA BOLSILLITOS

Los mejores libros para los niños en cinco series que comprenden los temas más apasionantes.

Serie azul: Mis cuentos. *Serie roja:* Mis amigos. *Serie verde:* Mi escuelita. *Serie naranja:* Mis juegos. *Serie amarilla:* Mis alegrías. *Serie Violeta:* Mis animalitos.

Primeros títulos:

1. EL PATITO FEO
2. EL PATO DONALD
3. LA CENICIENTA
4. EL CIRCO
5. BAMBI
6. CAPERUCITA ROJA
7. INOSITO
8. LA GRANJA
9. PUNTITOS CON SORPRESAS
10. PLUTO

Luego aparecerán:

EL JARDIN ZOOLOGICO - GATITO CON BOTAS - LA ESCUELITA - ANIMALITOS DE MI JARDIN - MICKEY - LOS RATONCITOS - PINOCHO - LOS PERRITOS - ANIMALITOS PARA PINTAR... y muchos títulos más.

Se terminó de imprimir el 9 de Abril de 1952 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

60 cts.

Sánchez Puyol

La granja



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA BOLSILLITOS 8

Este es Bubito, un perrito con un moño azul que va muy contento por el campo...



las orejitas para abajo...
la colita para arriba.

Y ésta es una granja...
con arbolitos...



un corral...

y un gallinero

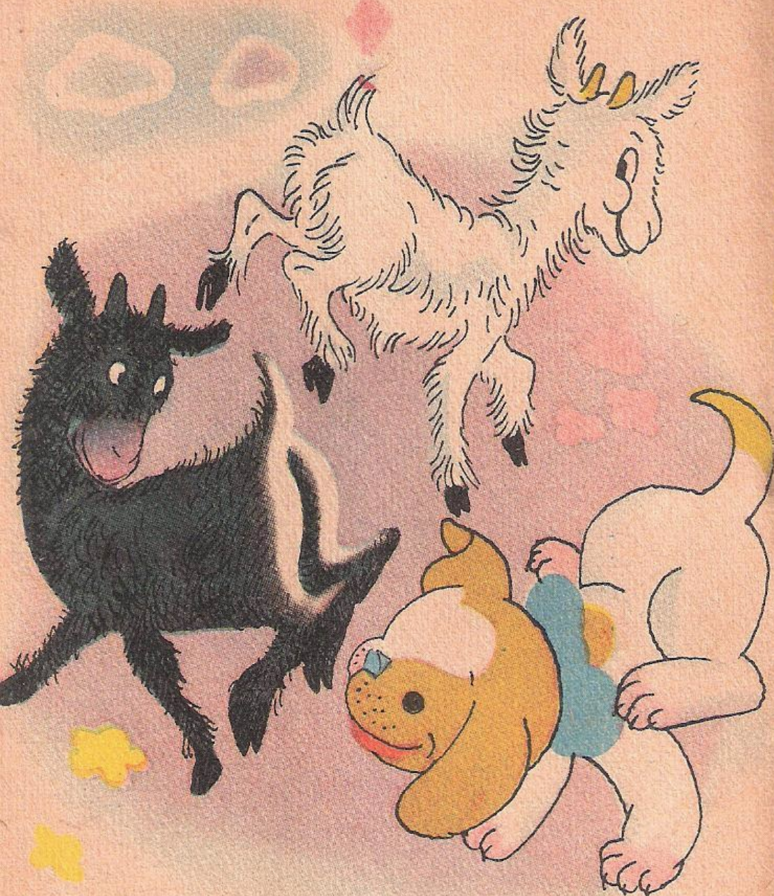
A Bubito le gusta mucho la granja. Y quiere divertirse. Encuentra a un burrito cargado con leña.



—¿Te llevo la leña, burrito?
—Bueno...



Pero Bubito **no puede** llevar la leña...

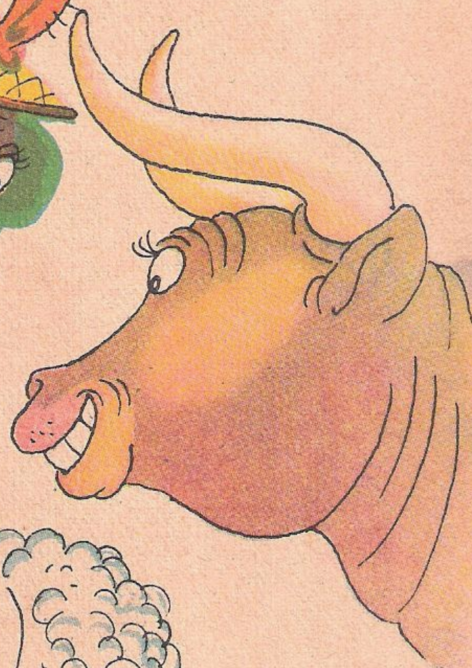


Bubito ve a los cabritos y
quiere saltar como ellos.

A todos les gusta verlo saltar:



al caballo...



al buey...



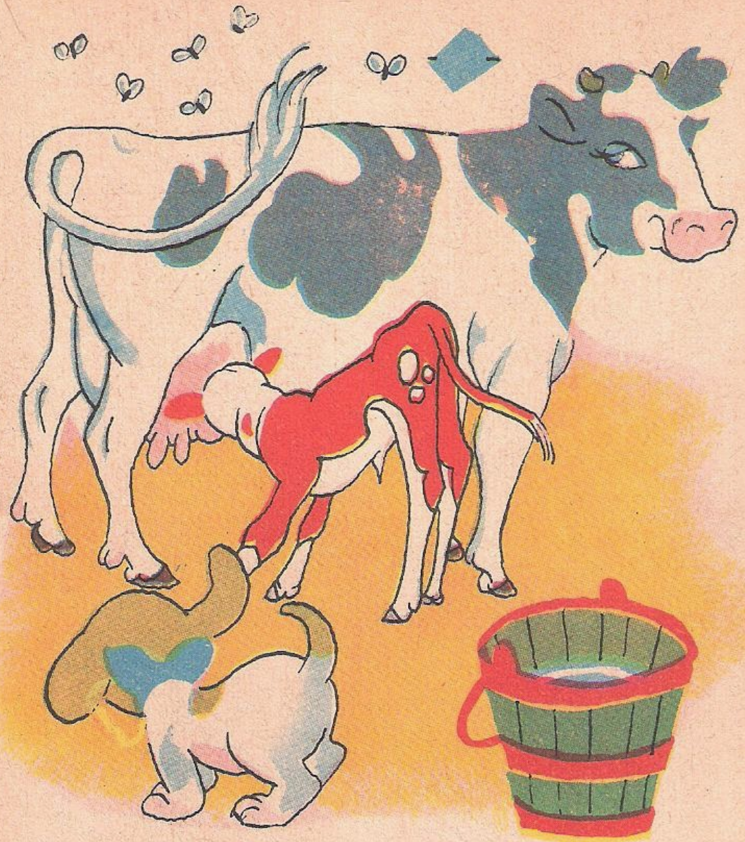
a la oveja...

Pero a mamá cabra no le gusta,



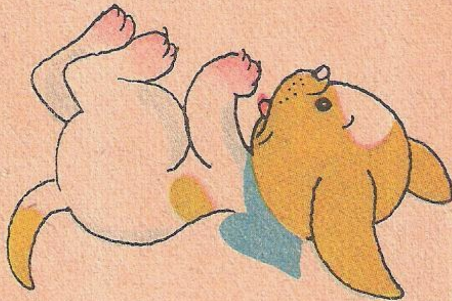


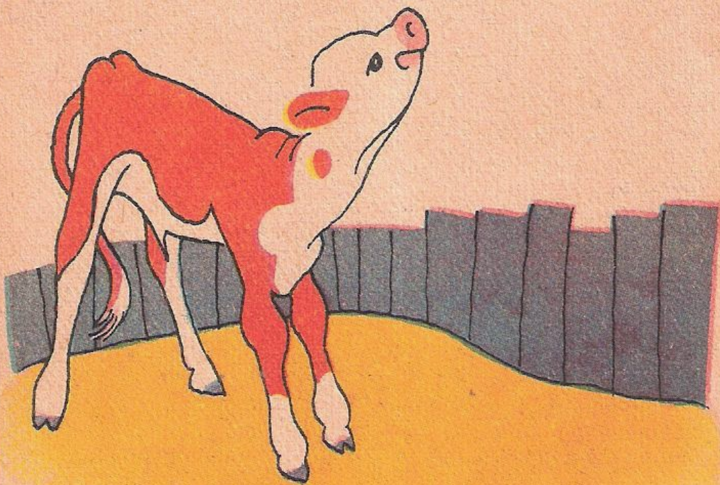
y Bubito tiene que correr
ligerito ligerito...

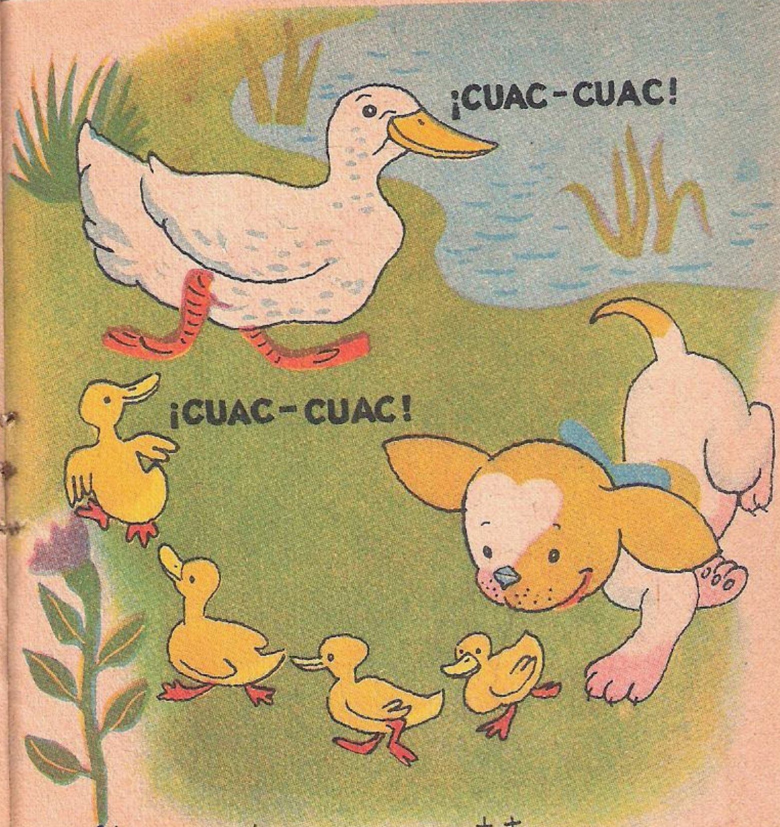


Esta es mamá vaca con su
ternerito tomando leche. Bubito
quiere tomar también, pero...

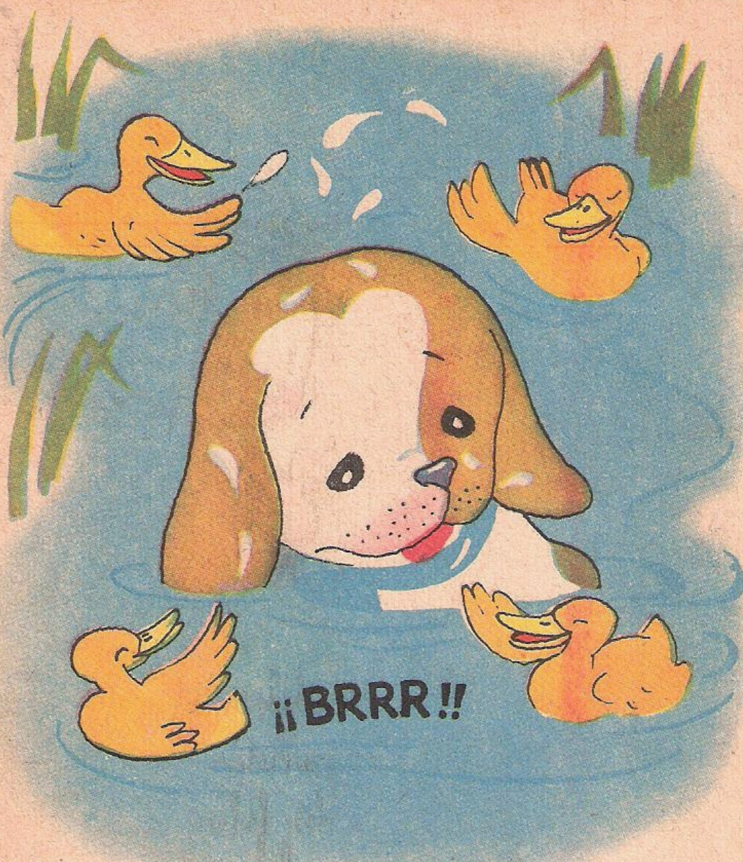
...¡pero ternerito dice que no!





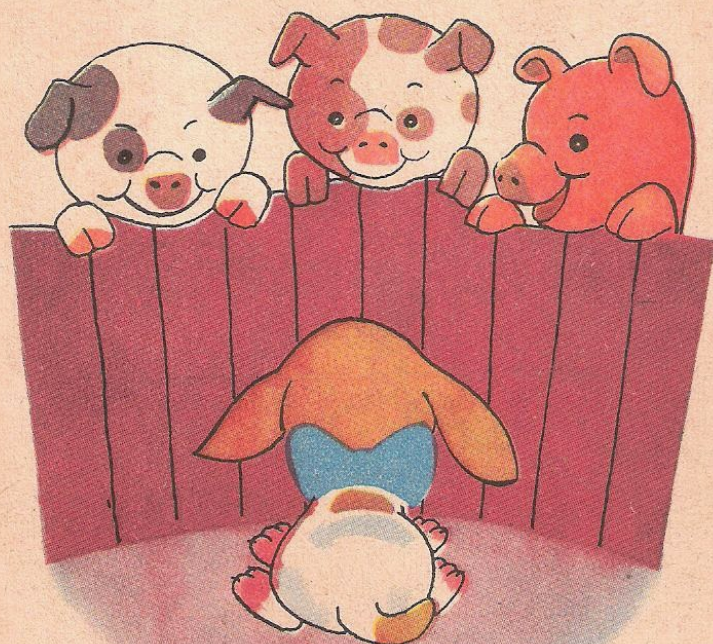


Una pata y sus patitos van apurados a la laguna.
Bubito se pone en la fila, pero...
cuando llegan a la laguna...



¡Qué fría está el agua!
Los patitos se ríen y salpican
a Bubito. ¡Patitos malos!

Estos son tres chanchitos
asomados a una cerca.



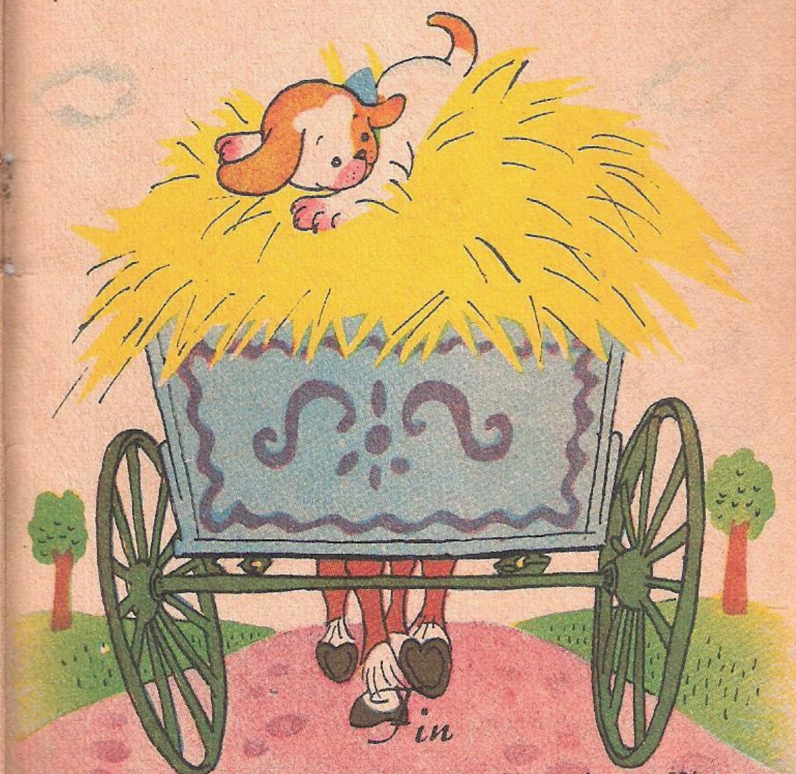
—¡Salta la cerca, Bubito, y ven
a jugar! —gritan los chanchitos.

Bubito salta la cerca y...



Cae en un montón de barro.
¡Adiós, moño azul!

En este carrito lleno de paja vuelve
Bubito de su paseo a la granja.
Está cansado, pero muy contento.
¡Se divirtió tanto con los animalitos!



Fin

de "LA GRANJA" un librito que ha sido escrito por Héctor Sánchez Puyol e ilustrado por Alberto Breccia.

BIBLIOTECA BOLSILLITOS

Los mejores libros para los niños en seis series que comprenden los temas más apasionantes.

Serie azul: Mis cuentos. *Serie roja:* Mis amigos. *Serie verde:* Mi escuelita. *Serie naranja:* Mis juegos. *Serie amarilla:* Mis alegrías. *Serie violeta:* Mis animalitos.

Primeros títulos:

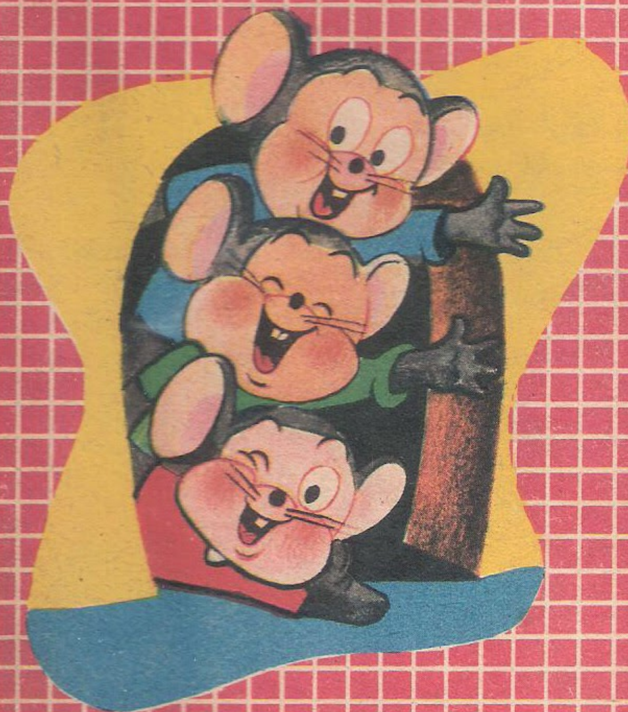
1. EL PATITO FEO 2. EL PATO DONALD
3. LA CENICIENTA 4. EL CIRCO
5. BAMBI 6. CAPERUCITA ROJA
7. INOSITO 8. LA GRANJA
9. PUNTITOS CON SORPRESAS
10. PLUTO 11. LA ESCUELITA
12. GATITOS CON BOTAS 13. PINOCHO
14. LOS RATONCITOS 15. MICKEY
16. BLANCA NIEVES

Luego aparecerán:

EL JARDIN ZOOLOGICO - ANIMALITOS DE MI JARDIN - LOS PERRITOS ENANITOS... y **muchos títulos más.**

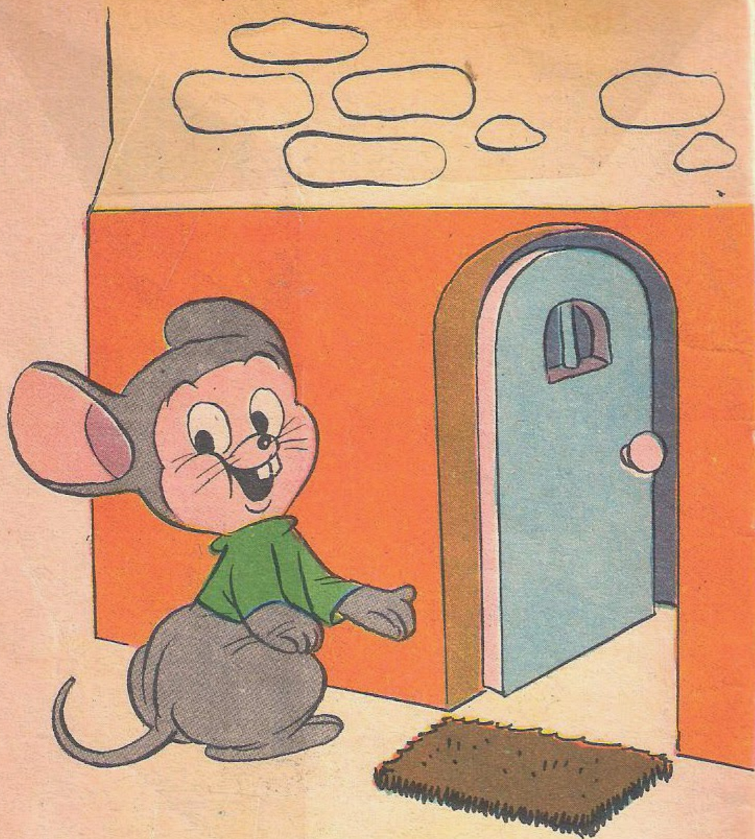
Héctor Sánchez Puyol

Los ratoncitos



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA BOLSILLITOS 14



¡Hola! ¿Conque deseas saber cómo vivimos los ratoncitos? ¡Pues, entonces, agáchate y sígueme!



Esta es mi cuevita. Cómoda, ¿verdad?

Aquí está mi mamá. Mis hermanitos están apretados contra ella. ¡Qué lindo es estar juntito a mamá!



Papá está buscando queso. Siempre está buscando queso. ¡No vayas a creer que se lo come él solo!



Trae siempre para toda la familia.



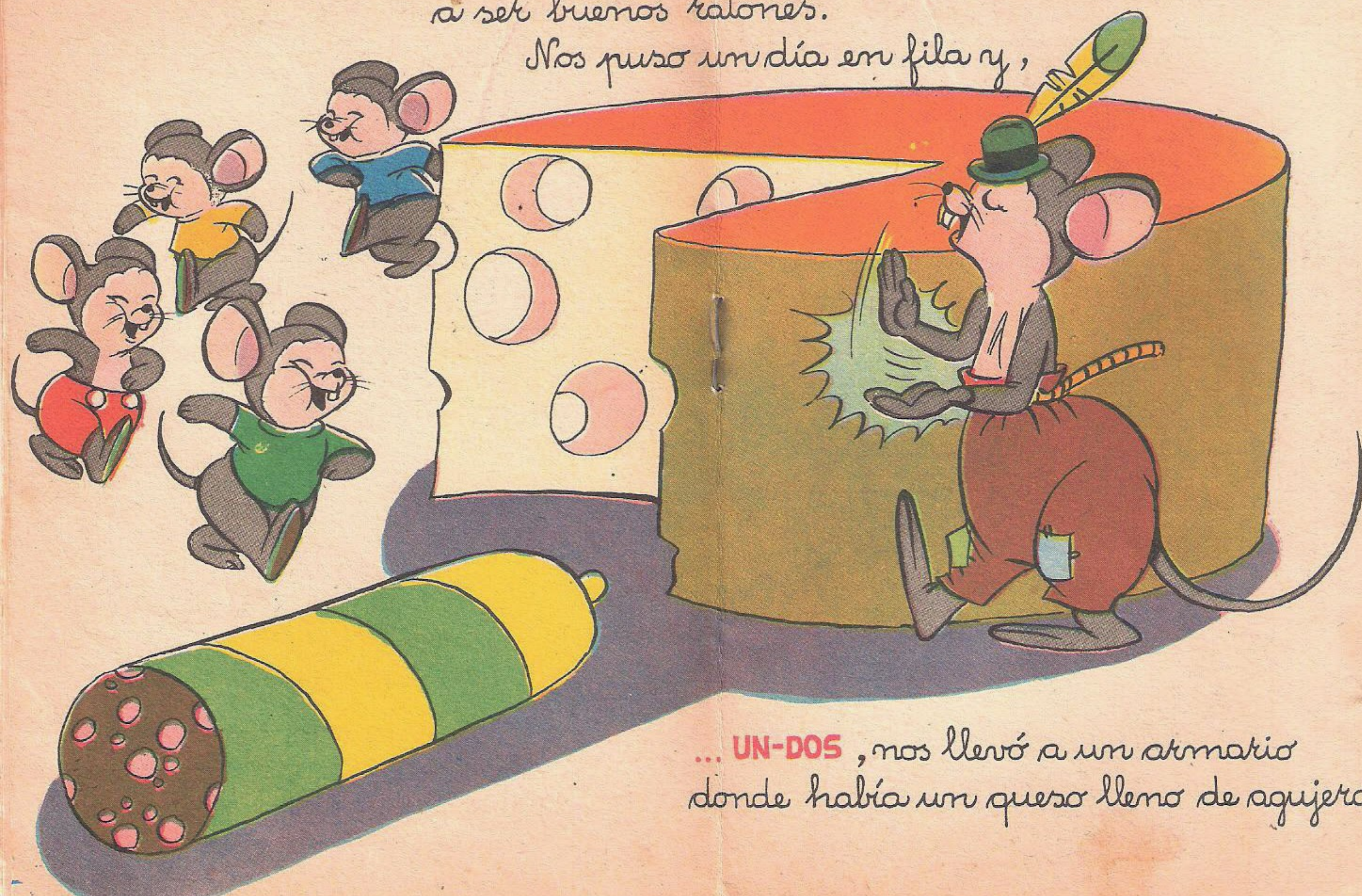
A veces vamos de paseo a casa del primo Barrigón, que vive en el campo. Nos da a cada uno una servilleta y nos damos un banquete con algún choclo grande, de granos bien duros...

También visitamos a tío Bigotes, que tiene un nido en un campo de trigo.



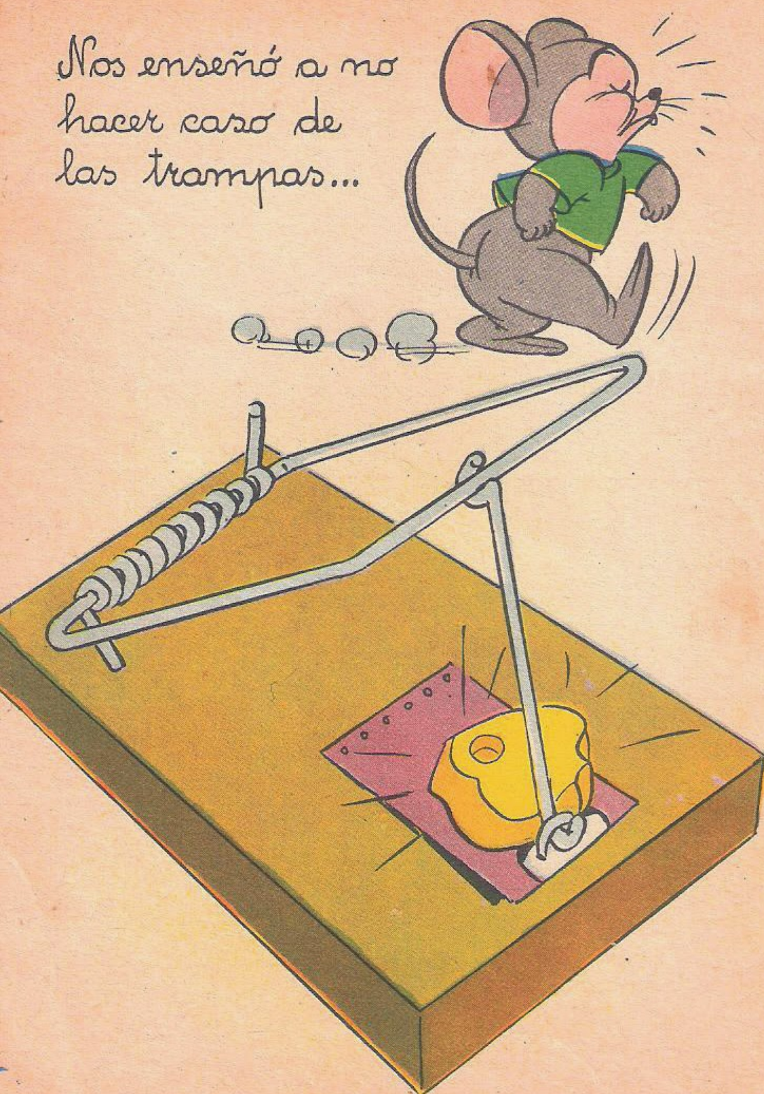
¡Qué lindo es comer trigo al sol, en un nido cómodo y blandito!

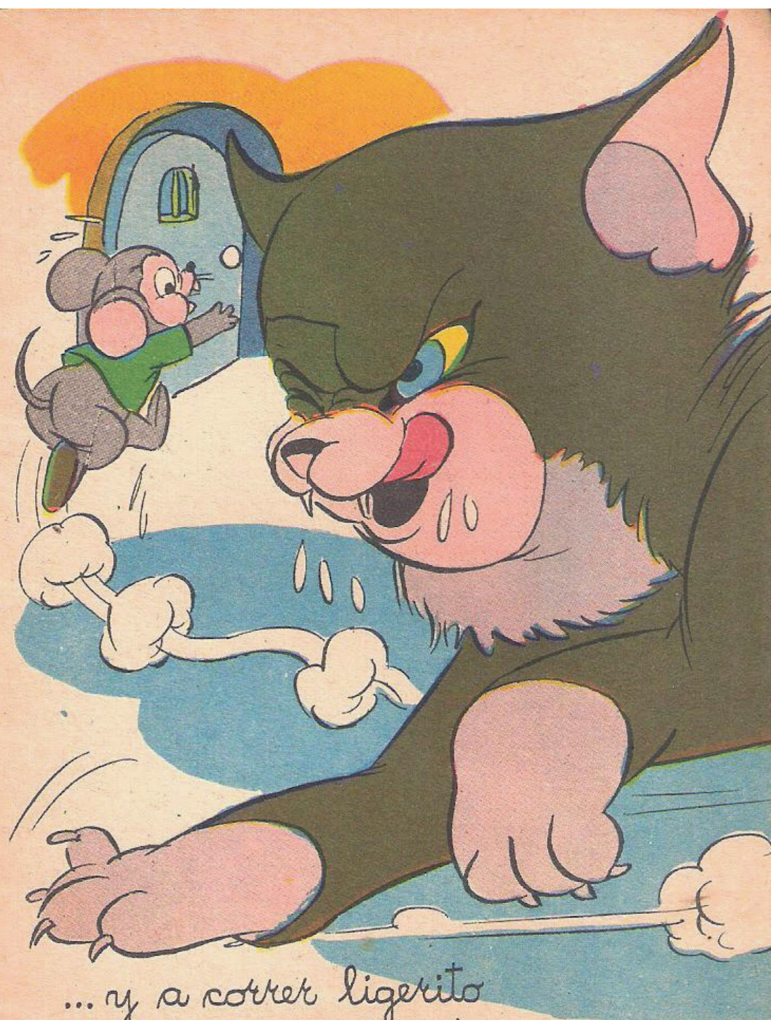
Desde chiquitos papá nos enseñó
a ser buenos ratones.
Nos puso un día en fila y,



... **UN-DOS**, nos llevó a un armario
donde había un queso lleno de agujeros.

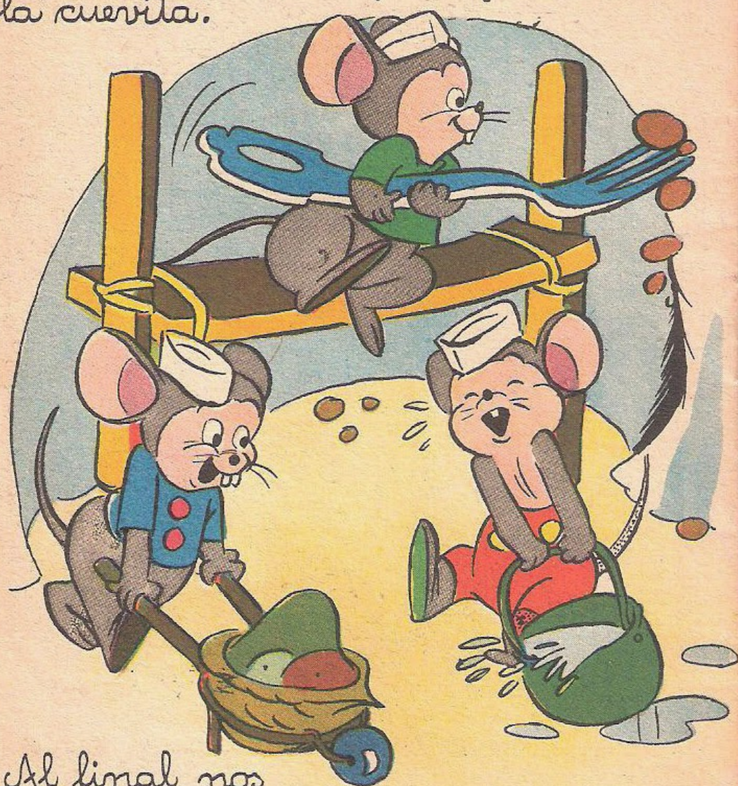
Nos enseñó a no
hacer caso de
las trampas...



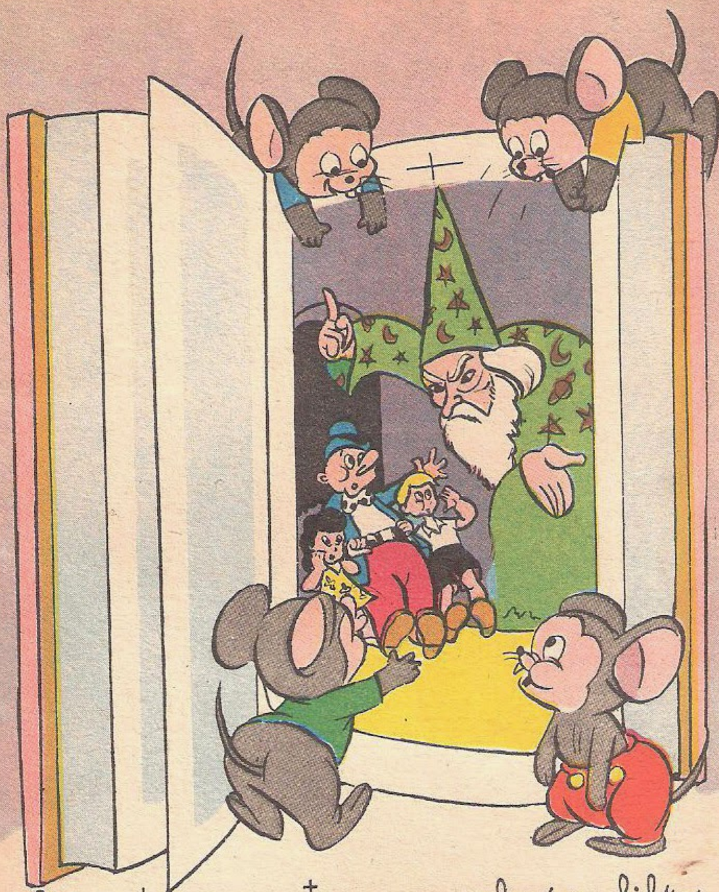


... y a correr ligerito
cuando viene el gato.

Cuando fuimos ya mayorcitos tuvimos que trabajar agrandando la cuevita.

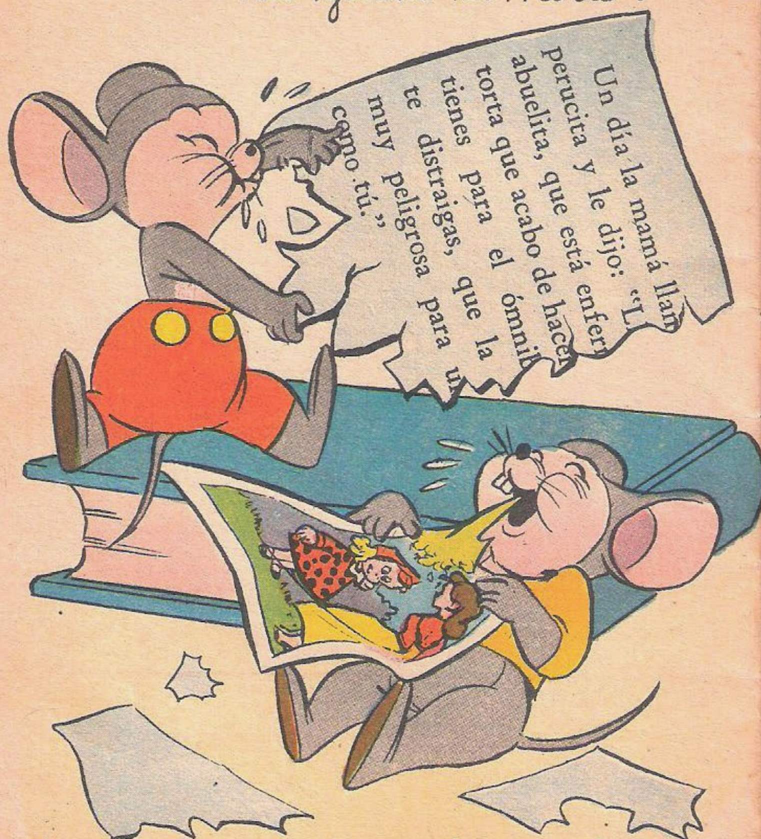


Al final nos dolían las uñas de tanto cavar.



Cuando encontramos algún libro nos gusta mirar los adornos de la tapa y los dibujos de colores, pero...

...¡mucho, mucho más
nos gusta comerlo!



Otra cosa que nos gusta mucho es...

¡Un momento! ¡Qué olorcito!
¡Papá ha de haber traído queso!
¡Si no me apuro mis
hermanitos me dejarán sin nada!
¡Hasta pronto!



Fin

de "LOS RATONCITOS", un librito escrito por H. SÁNCHEZ PUYOL e ilustrado por ALBERTO DEL CASTILLO.

BIBLIOTECA BOLSILLITOS

Los mejores libros para los niños en seis series que comprenden los temas más apasionantes.

Serie azul: Mis cuentos. *Serie roja.* Mis amigos. *Serie verde:* Mi escuelita. *Serie naranja:* Mis juegos. *Serie amarilla:* Mis alegrías. *Serie violeta:* Mis animalitos.

Primeros títulos:

1. EL PATITO FEO 2. EL PATO DONALD
3. LA CENICIENTA 4. EL CIRCO
5. BAMBI 6. CAPERUCITA ROJA
7. INOSITO 8. LA GRANJA
9. PUNTITOS CON SORPRESAS
10. PLUTO 11. LA ESCUELITA
12. GATITO CON BOTAS 13. PINOCHO
14. LOS RATONCITOS 15. MICKEY
16. BLANCA NIEVES
17. LOS PERRITOS 18. LOS TRES OSOS
19. ANIMALITOS PARA PINTAR
20. QUIQUIRIQUI

Luego aparecerán:

DUMBO - HANSEL Y GRETEL - LOS NUMERITOS - LOS TRES CHANCHITOS...
y muchos títulos más

Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 30 de Junio de 1952 en los Talleres Gráficos Cía. Gral. Fabril Financiera, S. A.

60 cts

Héctor Sánchez Puyol

Los perritos



Editorial Abril - Buenos Aires

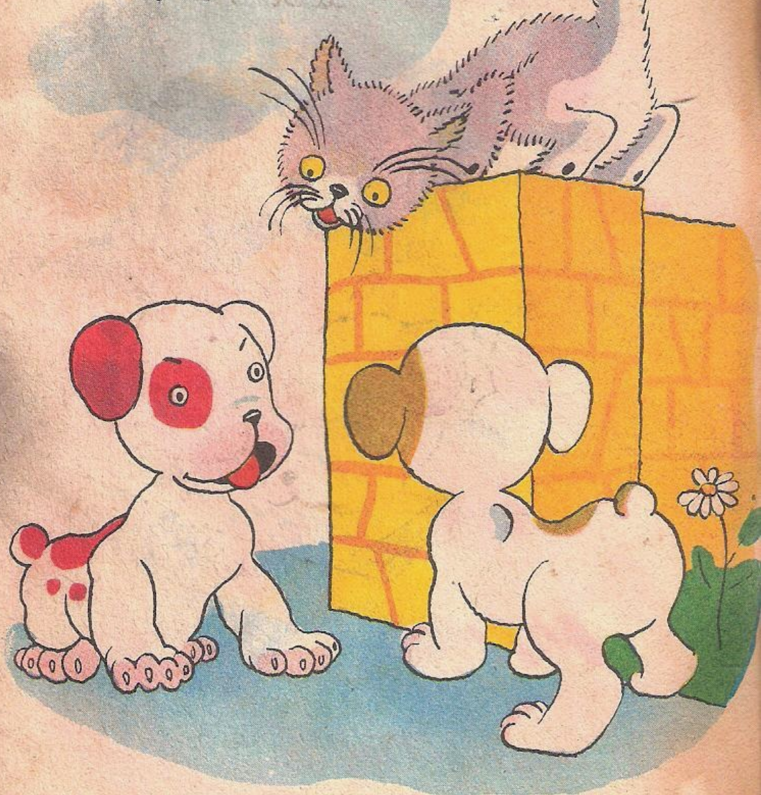
BIBLIOTECA BOLSILLITOS 17

Pichito y Cuzquito son dos perritos que tienen mucho que hacer.



Por la mañana, bien tempranito, traen el diario.

Después se entretienen ladrándole al gato Micifuz...



o rompiendo las medias
de Anita y de Carlos.



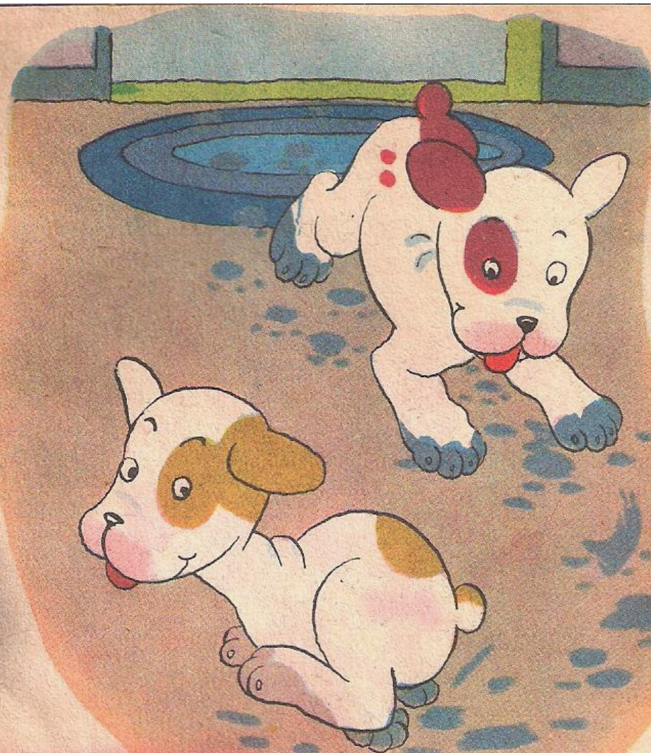
Por la noche vigilan
la casa...



y persiguen
a los ratones.

Lo más difícil es cuidar a Pablito. ¡Nunca se sabe cuándo empieza a llorar ni cuándo le tira a uno de la cola!



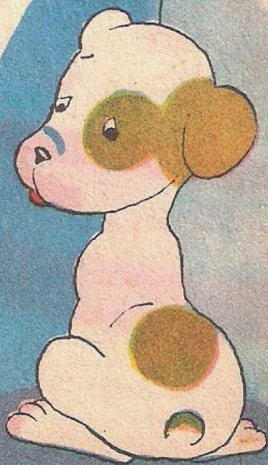


¡Perritos, esto no se hace! ¡Nunca hay que entrar en la sala con las patitas llenas de barro!

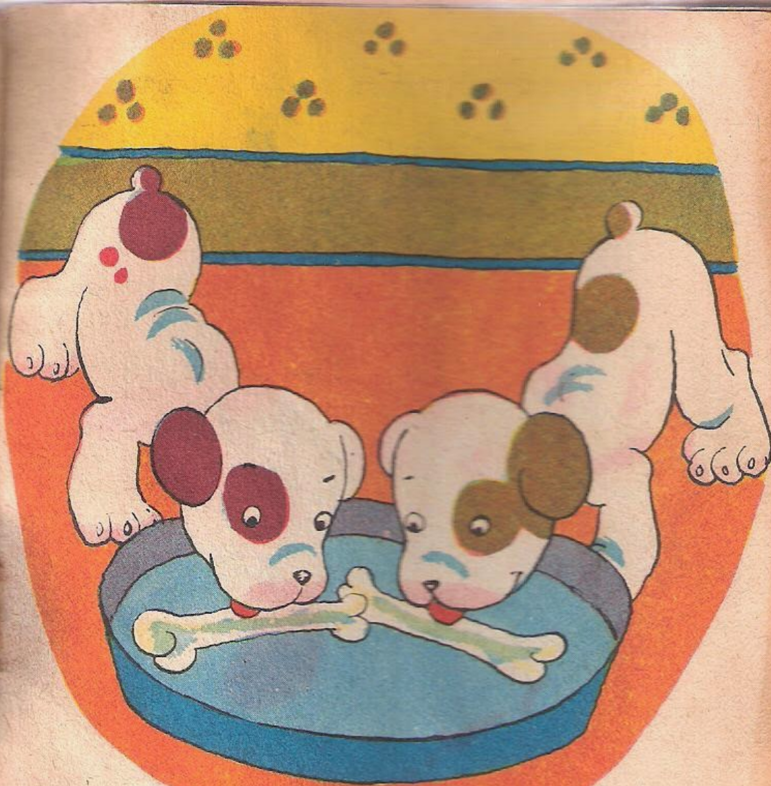
¡Y mucho más feo todavía es que Anita los ponga en penitencia!



En este rincón está Pichito...

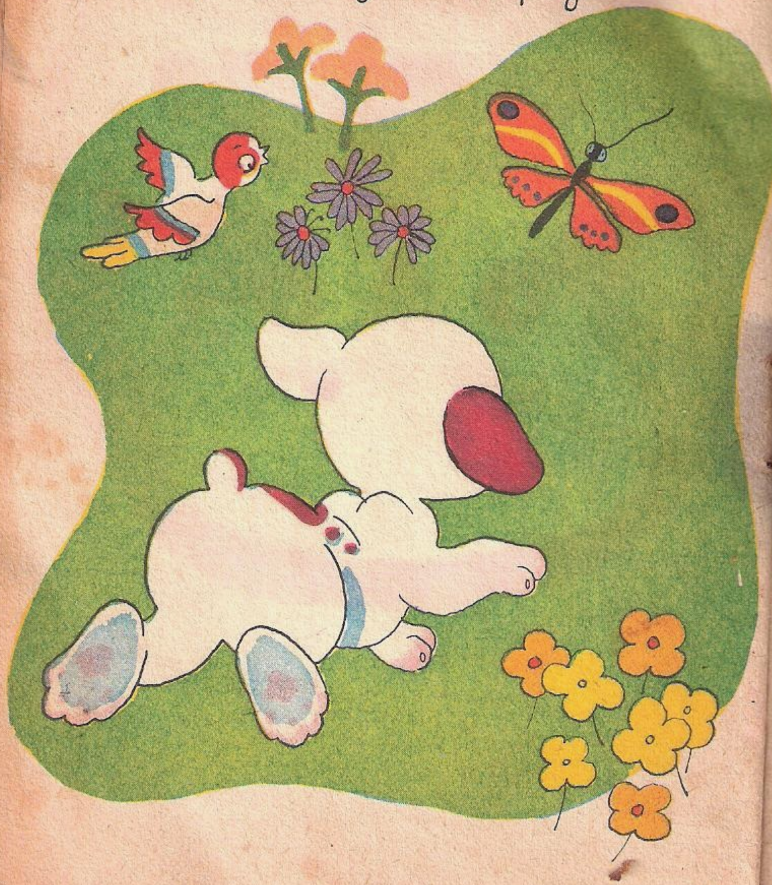


...y en este otro está Cuzquito.



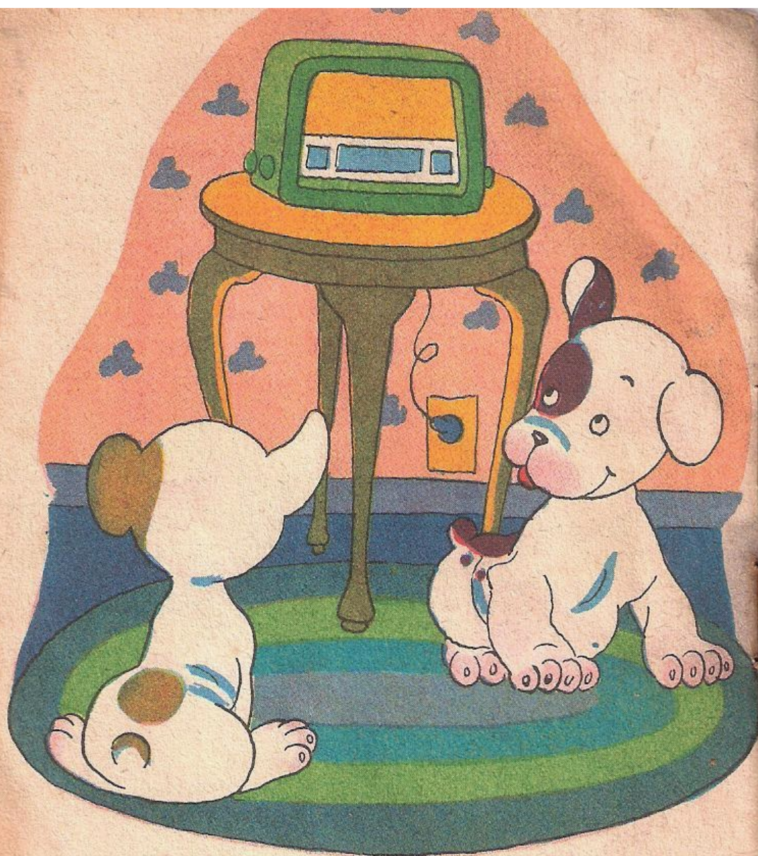
La penitencia nunca es demasiado larga. Pronto Anita trae un rico hueso para cada uno...

...y los manda a jugar al jardín, donde corren a las mariposas... y a los pajaritos...



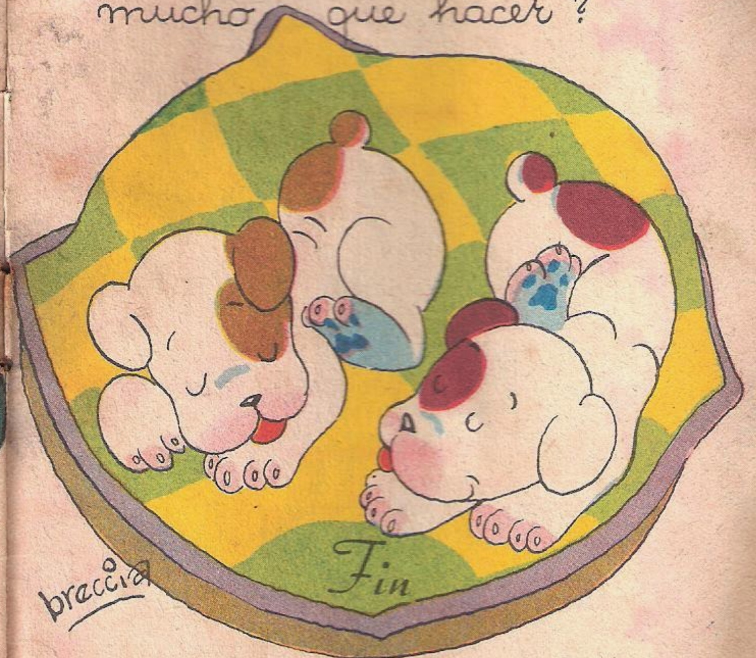


y miran y remiran a doña Tortuga.



Cuando llueve Pichito y
Cuzquito escuchan la radio...

y se duermen bien calentitos
en un gran almohadón.
¿Verdad que Pichito y Cuzquito
son dos perritos que tienen
mucho que hacer?



de "LOS PERRITOS", un librito escrito por H. SÁNCHEZ PUYOL e ilustrado por ALBERTO BRECCIA.

BIBLIOTECA BOLSILLITOS

Los mejores libros para los niños en seis series que comprenden los temas más apasionantes.

Serie azul: Mis cuentos. *Serie roja.* Mis amigos. *Serie verde:* Mi escuelita. *Serie naranja:* Mis juegos. *Serie amarilla:* Mis alegrías. *Serie violeta:* Mis animalitos.

Primeros títulos:

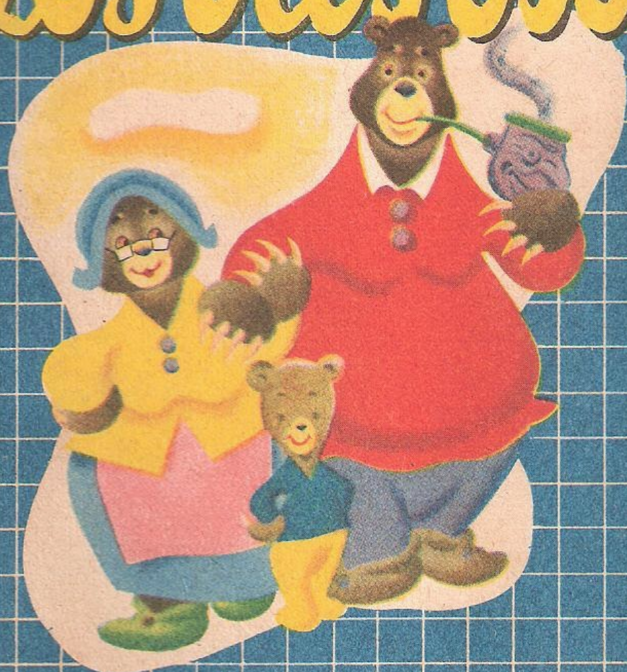
1. EL PATITO FEO 2. EL PATO DONALD 3. LA CENICIENTA 4. EL CIRCO 5. BAMBI 6. CAPERUCITA ROJA 7. INOSITO 8. LA GRANJA 9. PUNTITOS CON SORPRESAS 10. PLUTO 11. LA ESCUELITA 12. GATITO CON BOTAS 13. PINOCHO 14. LOS RATONCITOS 15. MICKEY 16. BLANCA NIEVES 17. LOS PERRITOS 18. LOS TRES OSOS 19. ANIMALITOS PARA PINTAR 20. QUIQUIRIQUI

Luego aparecerán:

DUMBO - HANSEL Y GRETEL - LOS NUMERITOS - LOS TRES CHANCHITOS... y muchos títulos más

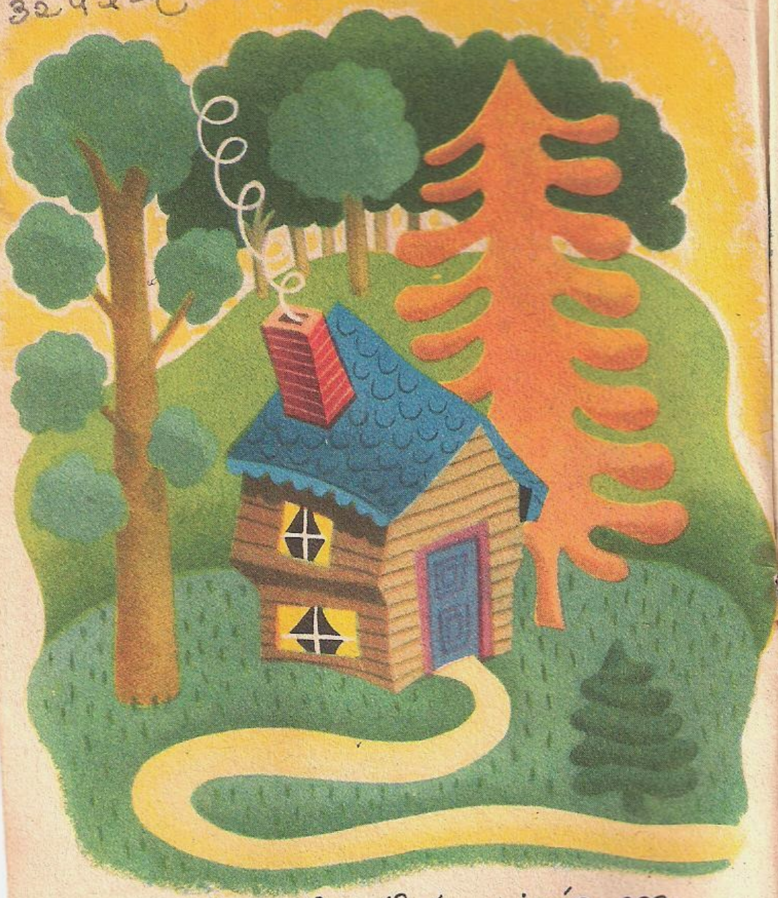
 Se terminó de imprimir el 30 de Junio de 1952 en los Talleres Gráficos Cía. Gral. Fabril Financiera, S. A.

Los tres osos



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA BOLSILLITOS 18



La familia Osín vivía en una casita del bosque.

En la casita había una silla grande para papá Oso, que era grande...



... una silla mediana para mamá Osa, que era mediana...



... y una silla chiquita para Osito, que era bastante chiquito.

Y había también tres camas:



una grande para papá Oso,

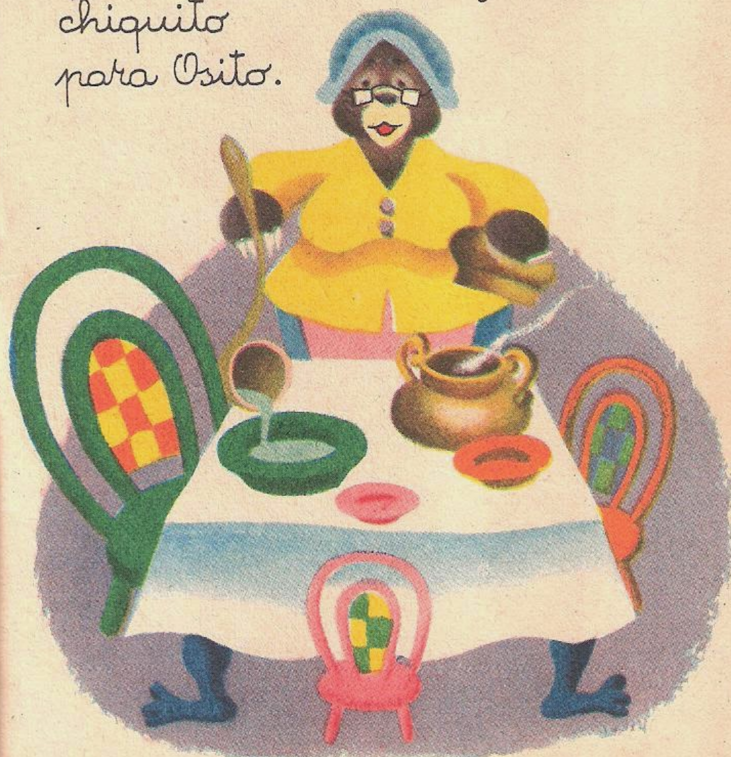


una mediana para mamá Osa



y una chiquita para Osito.

Un día, mamá Osa hizo un caldo riquísimo y lo sirvió en tres platos: uno grande para papá Oso, uno mediano para mamá Osa y uno chiquito
para Osito.





Y, mientras el caldo se enfriaba, los tres se fueron a pasear. Pero se olvidaron de cerrar la puerta.

Ocurrió que Rizos de Oro, que era una nena que paseaba por el bosque, entró en la casita.





Como estaba cansada se sentó en la silla grande. Pero era demasiado grande.



Entonces se sentó en la mediana. Pero todavía era grande.



Entonces se sentó en la chiquita. Pero era muy chiquita y la rompió.



Después Rizos de Oro tuvo hambre y, como había visto el caldo, tomó una cucharada del plato grande, dos del mediano y ... ¡todo el caldo del chiquito!

Muerta de sueño entró en el dormitorio. Primero se acostó en la cama grande, después probó la mediana y, por último, se acostó en la chiquita y se quedó dormida. En ese momento



llegaron los tres osos.

–¡Alguien se ha sentado en mi silla! –dijo papá Oso.

–¡Y en la mía!



–dijo mamá Osa.

–¡Y ha roto la mía! –lloriqueó Osito.

Y cuando entraron en la cocina:



–¡Alguien tomó una cucharada de mi caldo! –dijo papá Oso.



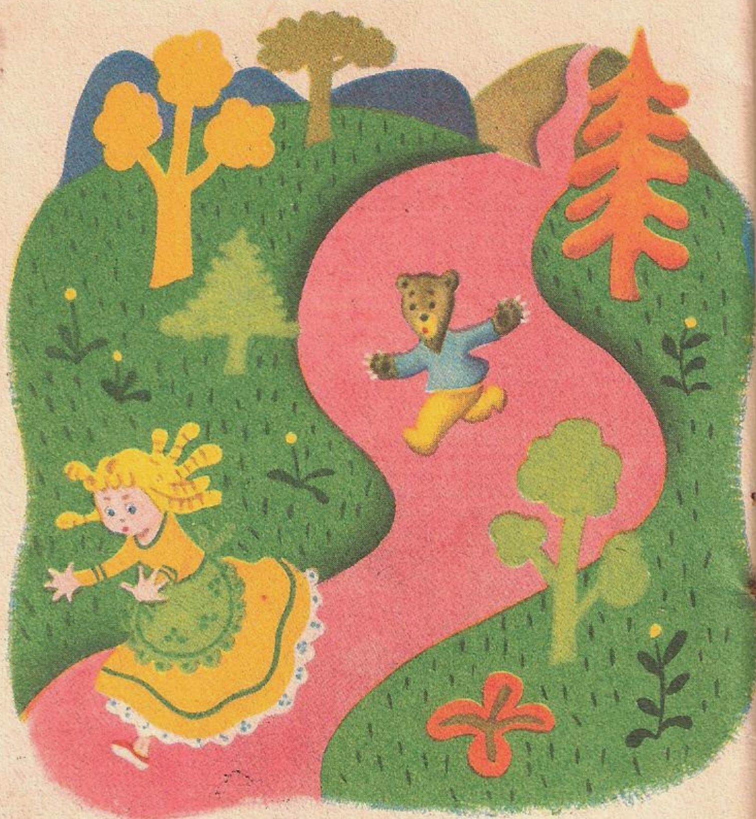
–¡Y dos del mío! –dijo mamá Osa.



–¡Y todo el mío! –se lamentó Osito.

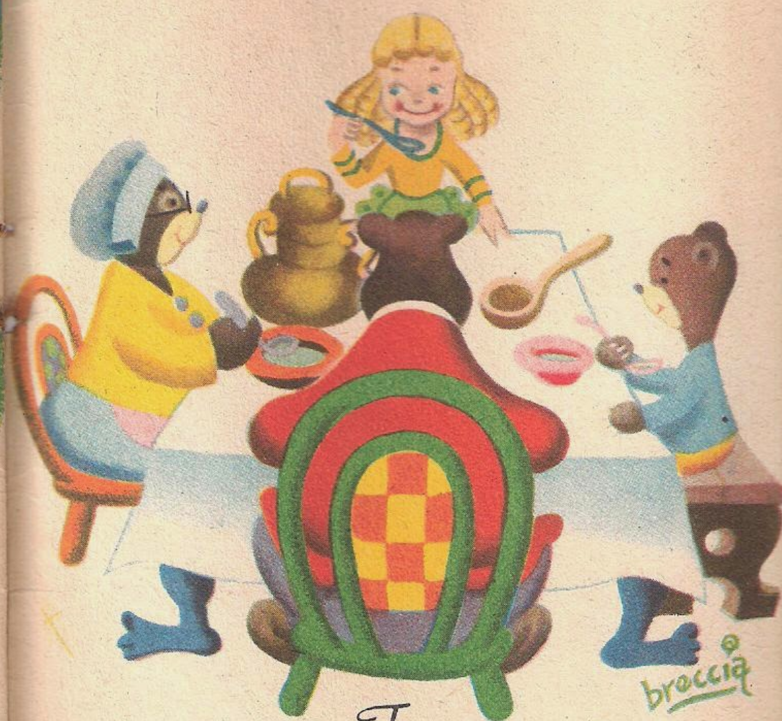
Luego fueron al dormitorio.
–¡Alguien se acostó en mi cama! –dijo papá Oso.
–¡Y en la mía! –dijo mamá Osa.
–¡Y aquí está, durmiendo en la mía! –dijo aplaudiendo Osito.





Entonces Rizos de Oro se despertó
y salió corriendo.
Y corrió y corrió hasta que
Osito pudo alcanzarla y ...

... la llevó de vuelta a su casa
para convidarla con el caldo
que había quedado en la olla.



Fin

de "LOS TRES OSOS", un librito adaptado por Noñé
e ilustrado por Alberto Breccia.

BIBLIOTECA BOLSILLITOS

Los mejores libros para los niños en seis series que comprenden los temas más apasionantes.

Serie azul: Mis cuentos. *Serie roja.* Mis amigos. *Serie verde:* Mi escuelita. *Serie naranja:* Mis juegos. *Serie amarilla:* Mis alegrías. *Serie violeta:* Mis animalitos.

Acaban de publicarse:

17. LOS PERRITOS . 18. LOS TRES OSOS
19. ANIMALITOS PARA PINTAR
20. QUIQUIRIQUI 21. DUMBO
22. HANSEL Y GRETEL
23. LOS NUMERITOS
24. LOS TRES CHANCHITOS
25. COLORIN COLORADO
26. MIS JUGUETES 27. LOS ENANITOS
28. TAMBOR EL CONEJITO
29. SILVIA LA BRUJITA
30. LOS PAJARITOS
31. MICKEY Y EL GIGANTE
32. LA BELLA DURMIENTE

Luego aparecerán:

LOS BURRITOS - LOS DOS MELLICITOS
LAS HADAS... y muchos títulos más

 Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 24 de Septiembre de 1952 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

1 2 3

60 cts.

Liro B.

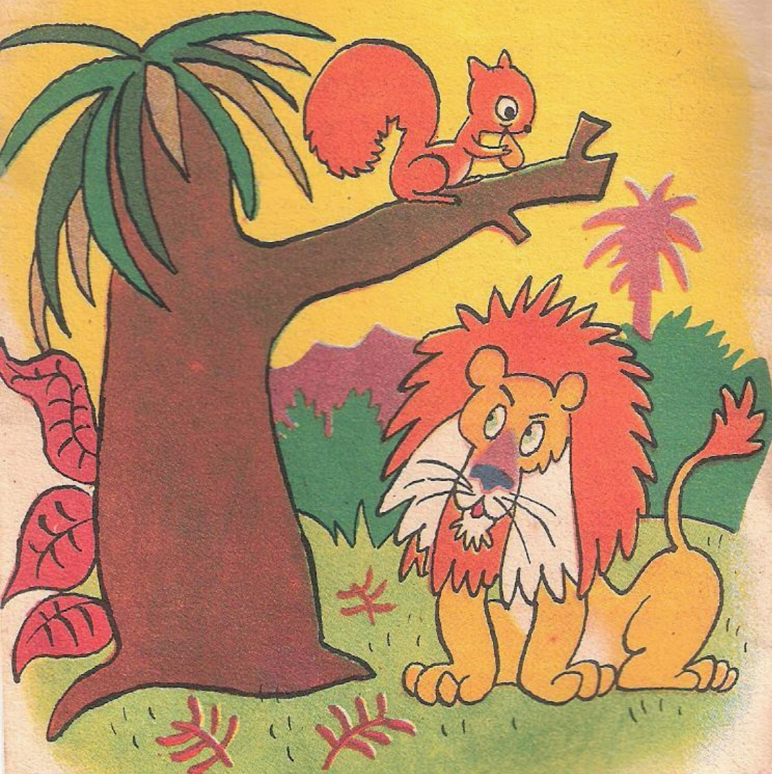
SILVIA LA BRUJITA



Editorial Abril - Buenos Aires

CHARITO

BIBLIOTECA BOLSILLITOS 29



SILVIA era una ardillita, pero una ardillita fea.

"Esta ardillita fea me puede servir", pensó el León, que era el Rey del Bosque. Y siguió pensando.

"La mandaré a estudiar a la Escuela de las Brujas para que sea una bruja, una bruja del bosque, y me ayude a conseguir que los animales me tengan todavía más miedo", siguió pensando el León. Y mandó a Silvia, la ardillita, a la Escuela de las Brujas.





La bruja maestra le compró un gran paraguas (para meterlo en la cueva de los conejitos y hacerlos morir de miedo), una gran trompeta (para asustar a los animalitos en mitad de la noche) y una pequeña escobita (para volar por el cielo cazando pájaros), y Silvia, la ardillita, fué una brujita hecha y derecha.



Entonces volvió al bosque.

"¡Qué suerte", pensó el León, que era el Rey del Bosque. "Ahora voy a decirle todo lo que tiene que hacer".

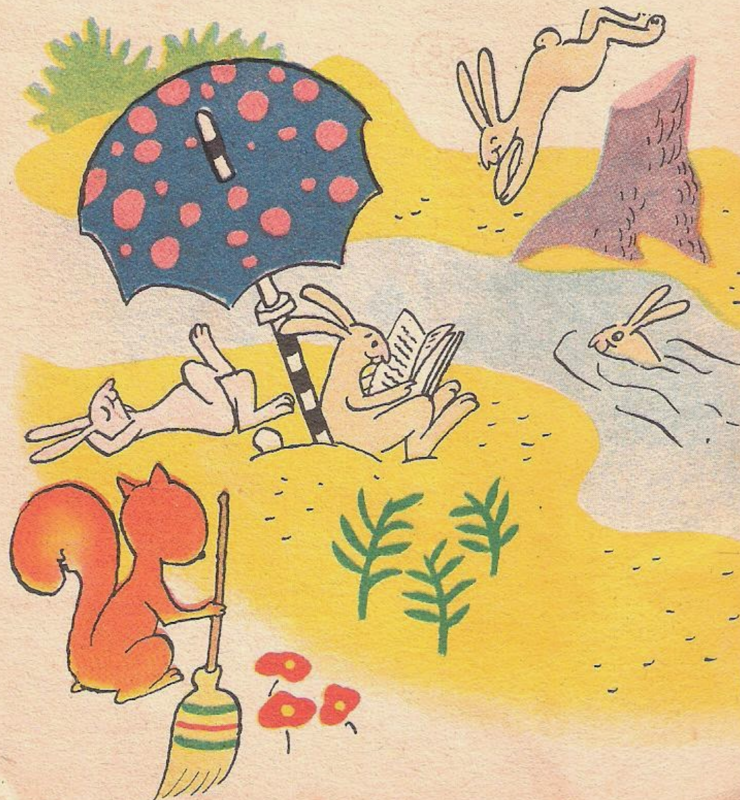


Y llamó a Silvia y le dijo, ¡ru! ¡ru! ¡ru! todo lo que tenía que hacer.

Pero Silvia oyó, ¡ru! ¡ru! ¡ru!, todo lo que tenía que hacer e hizo, ¡cri! ¡cri! ¡cri!, lo que a ella le gustaba hacer.



Con su gran paraguas no hizo morir de miedo a los conejitos, no. Con su gran paraguas recién pintadito, sí, se fué a la orillita del río y lo plantó como una gran sombrilla, para que los conejitos bañistas pudieran tenderse a su sombra y leer un buen libro de cuentos.

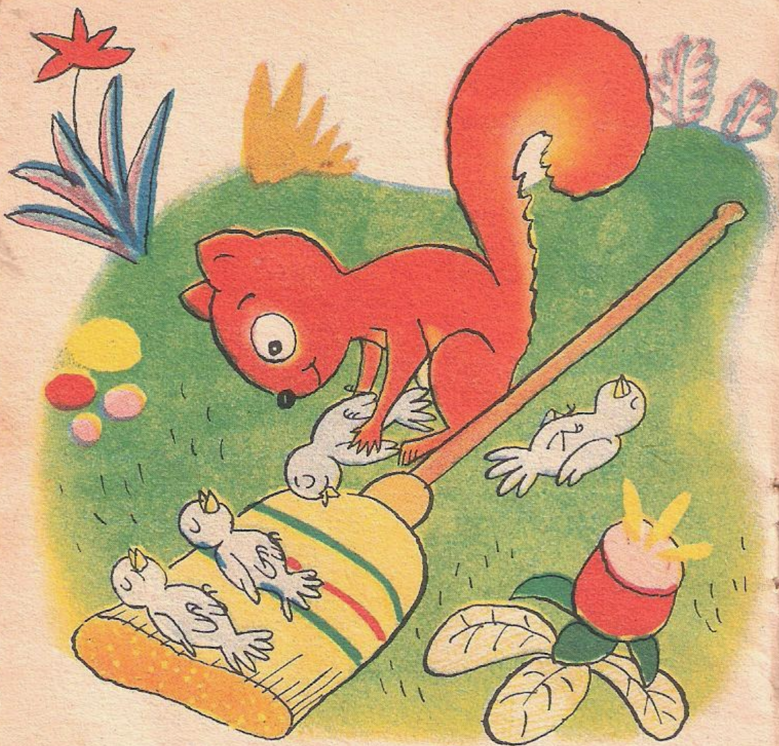


Con su gran trompeta no asustó a los animalitos en mitad de la noche, no. Con su gran trompeta, sí, enseñó a los animalitos a tocar hermosas melodías, como tocan los jilgueros y los ruiseñores.





Con su pequeña escobita no voló por el cielo cazando pájaros, no. Con su pequeña escobita, sí, barrió las nubes del cielo . . .



y recogió a los pájaros enfermos que no podían volar.

Por eso todos decían:

—¡Qué linda es Silvia, la ardillita bruja!

Y, sin embargo, no era así: Silvia, la ardillita bruja, era fea, aunque todos la encontraban linda.

Un día, el León, que era el Rey del Bosque, la llamó y le dijo, ¡ru! ¡ru! ¡ru!, que estaba muy enojado. Y Silvia le contestó, ¡cri! ¡cri! ¡cri!, que ella estaba muy contenta.

Entonces el León le gritó:

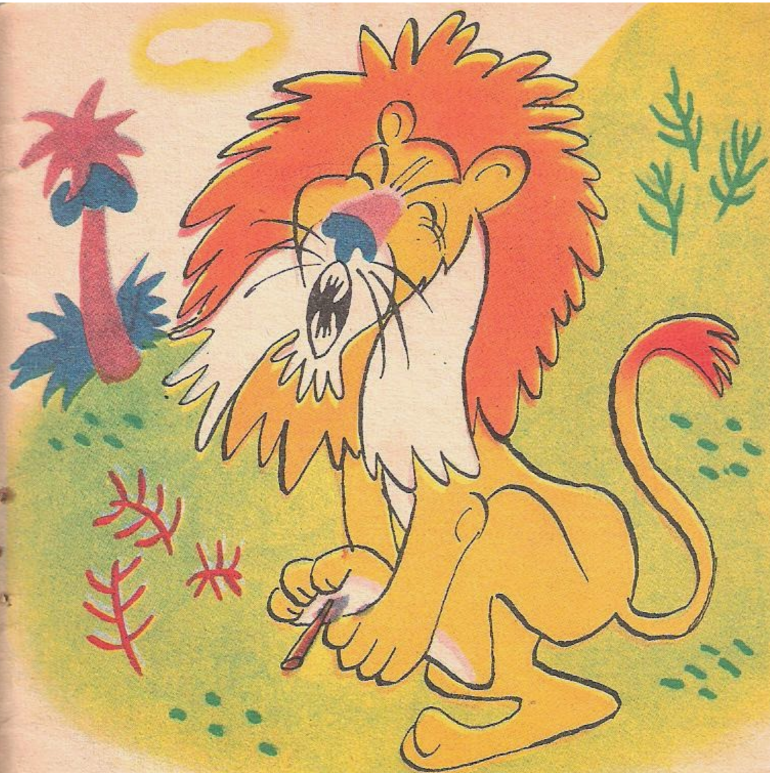


Pero Silvia, sin asustarse ni un pelito, le contestó:

—¡Cri! ¡Cri! ¡Cri! Me escaparé.

Y, montando en su pequeña escobita, echó a volar, muy cerquita del suelo.





El León, furioso, echó a correr tras ella. Y corrió y corrió hasta que, de pronto, ¡ru! ¡ru! ¡ru!, lanzó un terrible rugido.

—¡Me clavé una espina! —rugió—. ¡Ru! ¡Ru! ¡Ru! ¡Cómo me duele!

Y quiso quitársela, pero no pudo.



Entonces Silvia, la ardillita bruja, bajó volando, le agarró la pata y le arrancó la espina.

Y cuando el León, que era el Rey del Bosque, sonrió, Silvia, la ardillita bruja, también sonrió. Y dijo:

—Ya ves, Rey León, que es mejor ser una brujita buena que una brujita mala. También es mejor ser un rey bueno que un rey malo, de modo que, por favor, pórtate mejor con los animalitos del bosque.

Y, montando en su escobita, Silvia, la ardillita bruja, se fué volando a visitar a sus amigos.



Fin

de "SILVIA LA BRUJITA", un librito escrito por SiroB e ilustrado por Alberto Breccia.

BIBLIOTECA BOLSILLITOS

Los mejores libros para los niños en seis series que comprenden los temas más apasionantes.

Serie azul: Mis cuentos. *Serie roja.* Mis amigos. *Serie verde:* Mi escuelita. *Serie naranja:* Mis juegos. *Serie amarilla:* Mis alegrías. *Serie violeta:* Mis animalitos.

Acaban de publicarse:

17. LOS PERRITOS 18. LOS TRES OSOS
19. ANIMALITOS PARA PINTAR
20. QUIQUIRIQUI 21. DUMBO
22. HANSEL Y GRETEL
23. LOS NUMERITOS
24. LOS TRES CHANCHITOS
25. COLORIN COLORADO
26. MIS JUGUETES 27. LOS ENANITOS
28. TAMBOR EL CONEJITO
29. SILVIA LA BRUJITA
30. LOS PAJARITOS
31. MICKEY Y EL GIGANTE
32. LA BELLA DURMIENTE

Luego aparecerán:

LOS BURRITOS - LOS DOS MELLICITOS
LAS HADAS... y muchos títulos más

 Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 24 de Septiembre de 1952 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

H. S. Pujol

Los pajaritos



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA BOLSILLITOS 30

H. Sánchez Puyol

Los Pajaritos

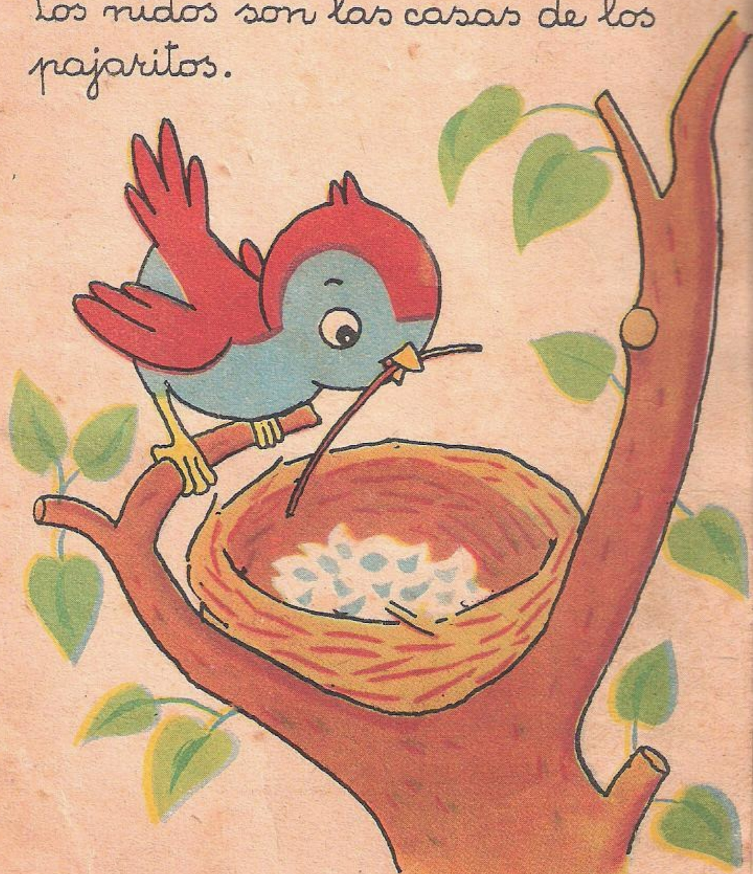
Ilustraciones de A. Breccia





¿Adónde irá tan apurado este pajarito? ¿Y qué hará con ese palito que lleva en el pico? Sigámosle...

Pajarito está haciendo su nido con palitos, hilos de lana, plumas y plumitas.
Los nidos son las casas de los pajaritos.



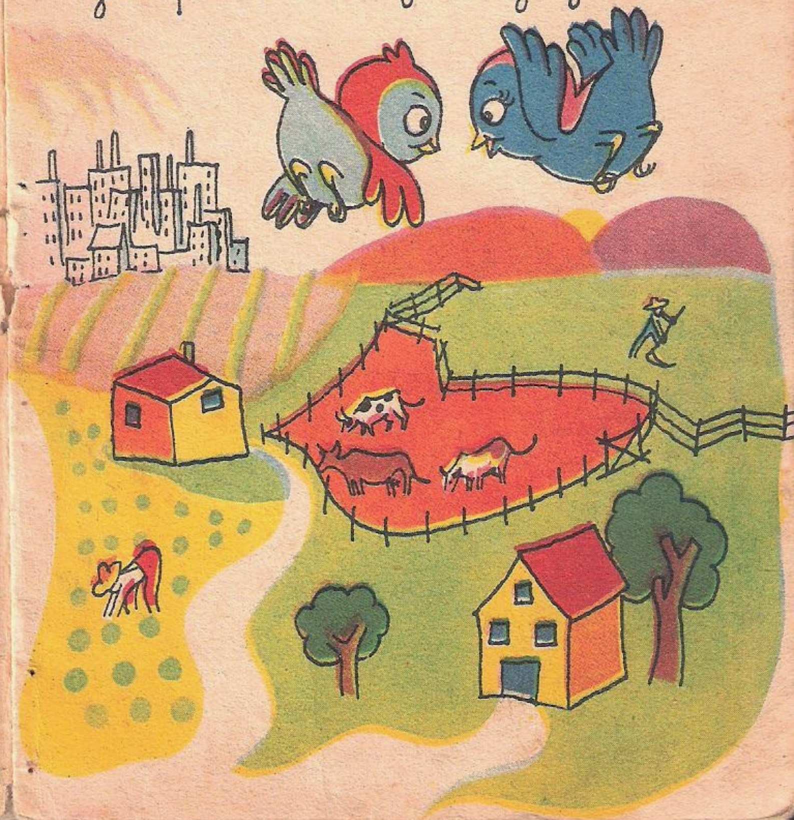
Un día viene una pajarita...

-¿Te gusta mi nido, Pajarita?

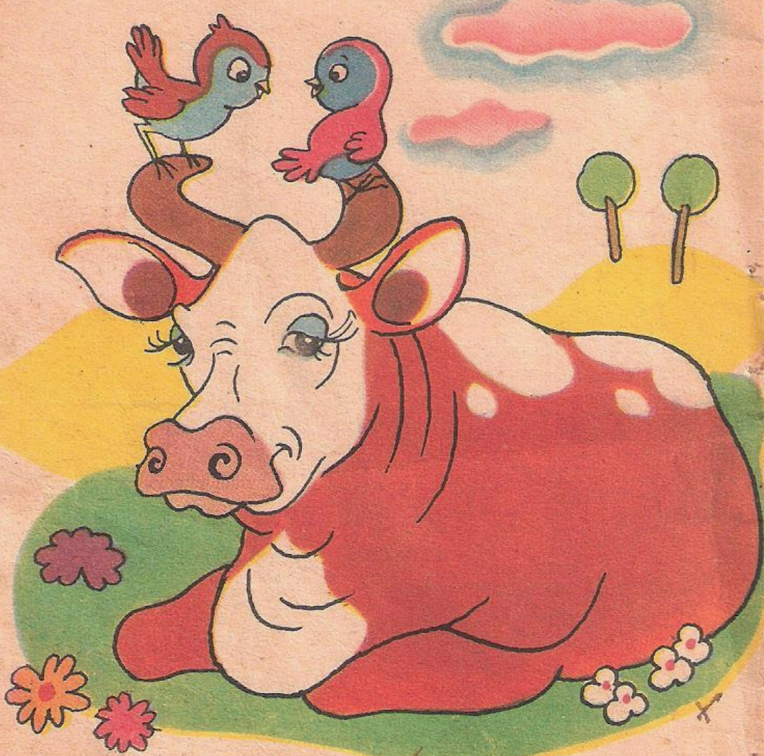
-Sí, Pajarito.

Y Pajarita
se queda en el nido de Pajarito.

Muy alto, cerca de las nubes,
sobre campos y casas, vuelan
los dos pajaritos. Van a picotear
el grano de las espigas
y a probar la fruta jugosa.



Cuando se cansan de volar se paran en los hilos del teléfono o en los cuernos de una vaca.

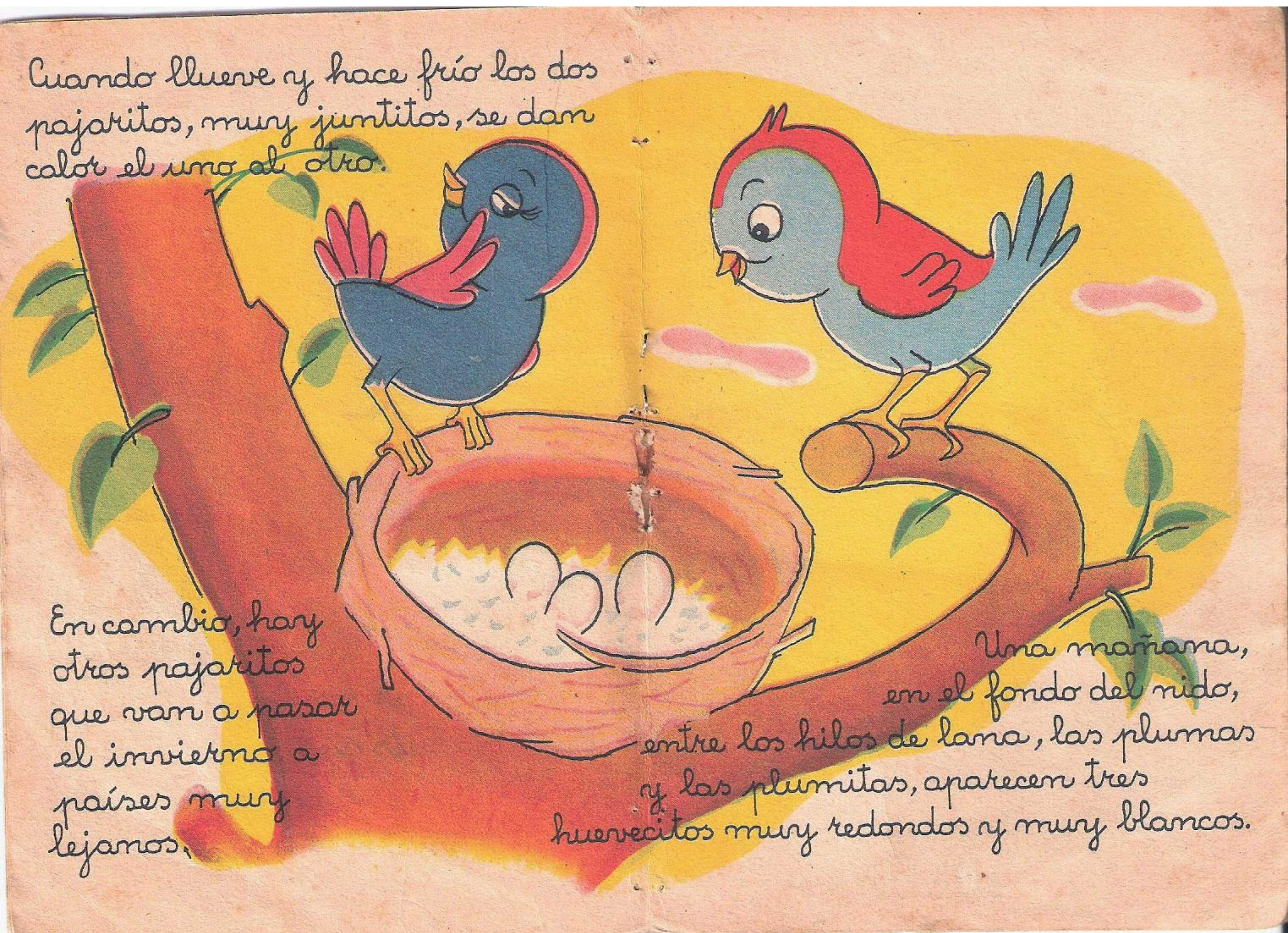


Es lindo bañarse en un charquito

y volar por el cielo con los demás pajaritos.



¡Qué bien cantan
Pajarito y Pajarita!
A veces se pelean...
pero después siempre se besan.

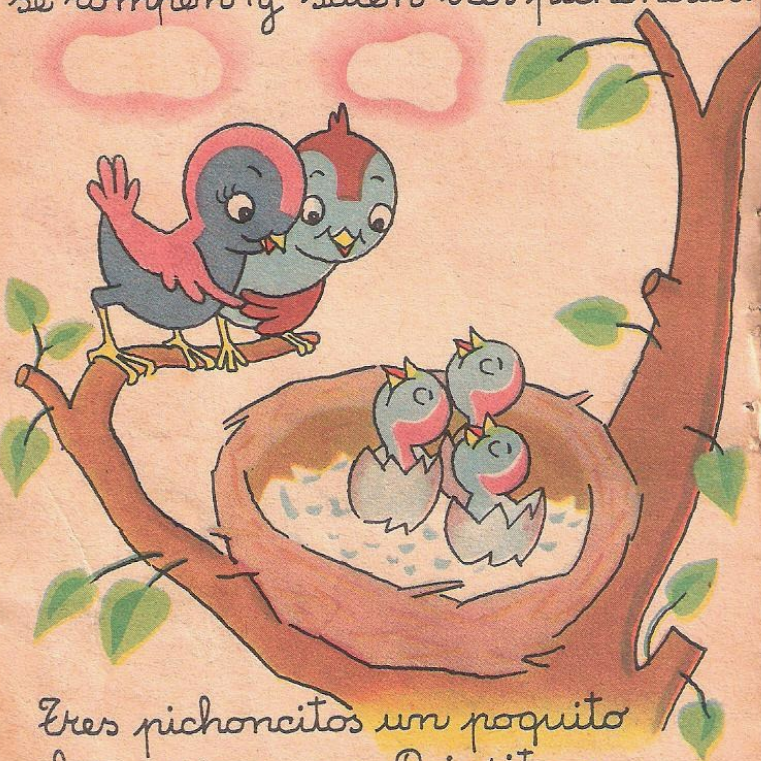


Cuando llueve y hace frío los dos pajaritos, muy juntitos, se dan calor el uno al otro.

En cambio, hay otros pajaritos que van a pasar el invierno a países muy lejanos.

Una mañana, en el fondo del nido, entre los hilos de lana, las plumas y las plumitas, aparecen tres huevecitos muy redondos y muy blancos.

Y otra mañana... ¡piiiipirrripiii!
¡Qué sorpresa! Los tres huevecitos se rompen y salen tres pichoncitos.



Tres pichoncitos un poquito feos, pero que a Pajarito y Pajarita les parecen preciosos.

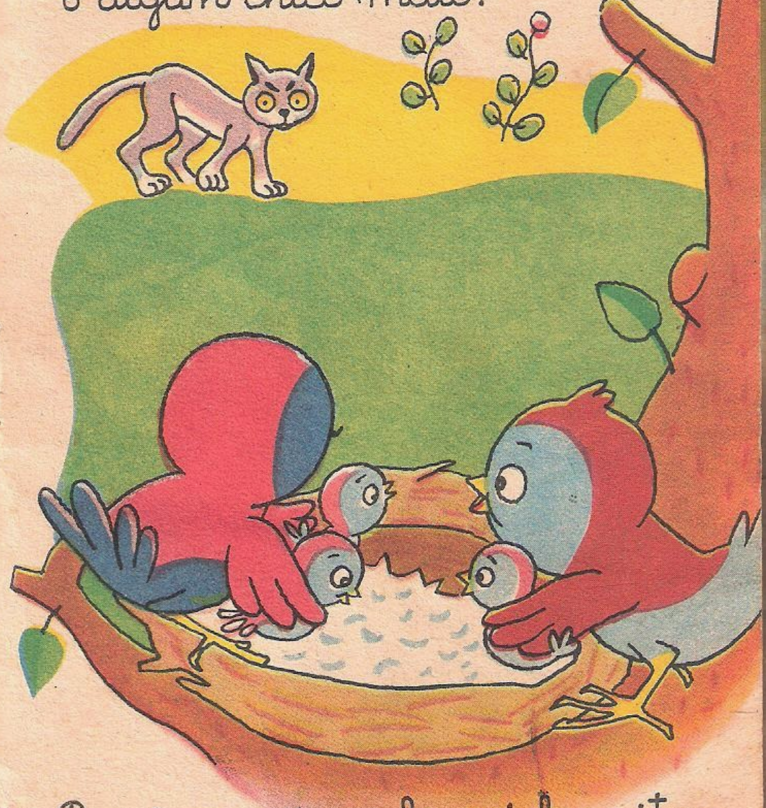
Pajarita queda en el nido, para abrigar a los pichoncitos y para cantarles bajito.
Pajarito sale a buscar gusanitos, que son los caramelos de los pichoncitos.



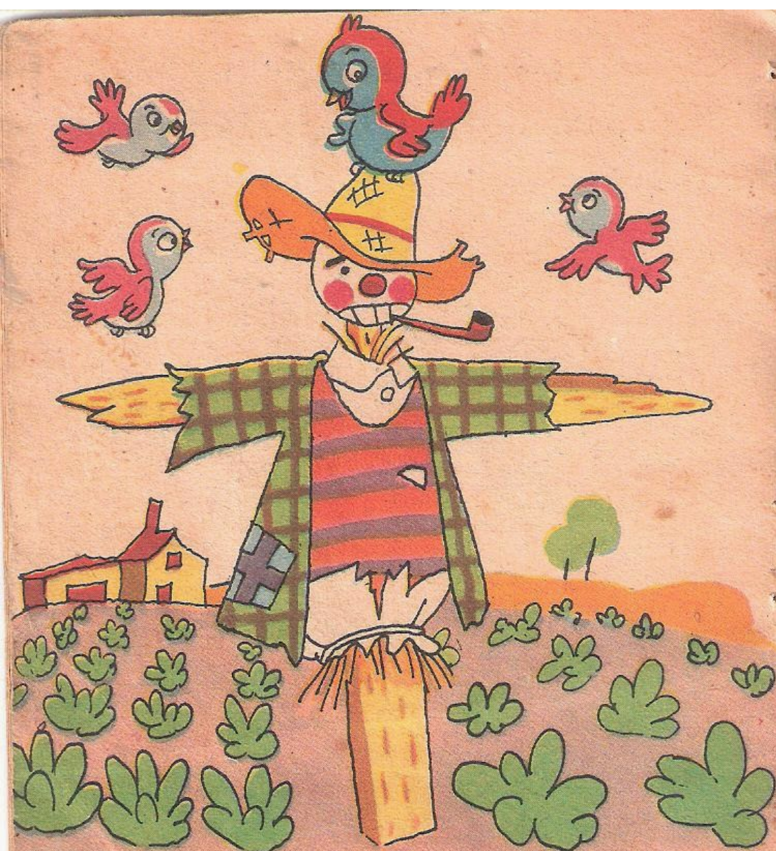
Pronto los pichoncitos hacen pío-pío y tienen plumas en la colita, y el papá trae flores a la mamá.



A veces tienen mucho miedo. Cuando se acerca un gato o algún chico malo.

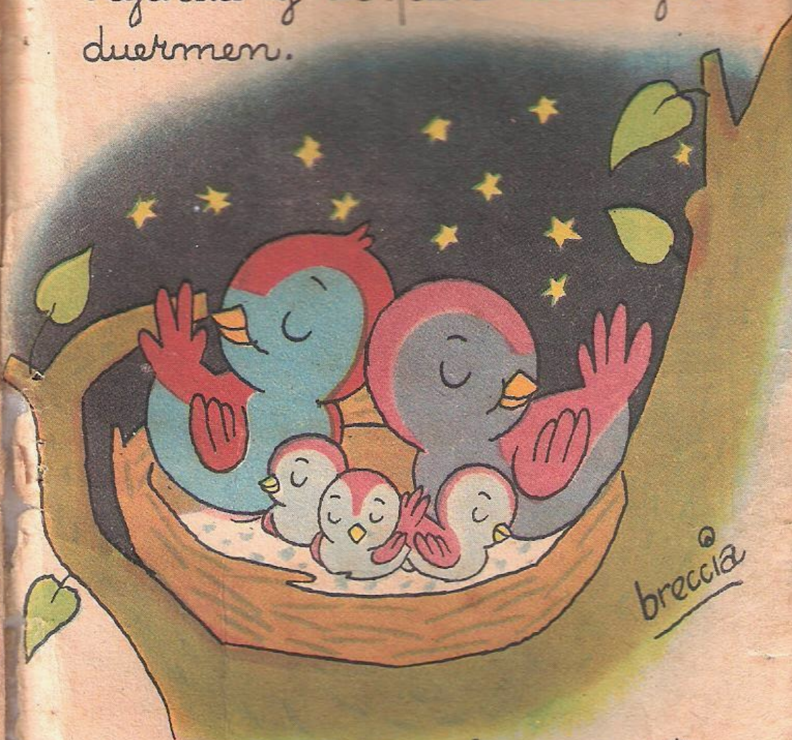


Papá enseña a los pichoncitos



a volar y a buscar semillitas y a no tenerles miedo a los espantapájaros.

El sol se ha puesto y Pajarito, Pajarita y los pichoncitos ya duermen.



Así viven los pajaritos. Debe ser cierto porque... ¡me lo contó un pajarito!

BIBLIOTECA BOLSILLITOS

Los mejores libros para los niños en seis series que comprenden los temas más apasionantes.

Serie azul: Mis cuentos. *Serie roja:* Mis amigos. *Serie verde:* Mi escuelita. *Serie naranja:* Mis juegos. *Serie amarilla:* Mis alegrías. *Serie violeta:* Mis animalitos.

Acaban de publicarse:

17. LOS PERRITOS 18. LOS TRES OSOS
19. ANIMALITOS PARA PINTAR
20. QUIQUIRIQUI 21. DUMBO
22. HANSEL Y GRETEL
23. LOS NUMERITOS
24. LOS TRES CHANCHITOS
25. COLORIN COLORADO
MIS JUGUETES 27. LOS ENANITOS
28. TAMBOR EL CONEJITO
29. SILVIA LA BRUJITA
30. LOS PAJARITOS
31. MICKEY Y EL GIGANTE
32. LA BELLA DURMIENTE
33. LOS BURRITOS
34. LOS DOS MELLICITOS 35. LAS HADAS
36. LA PRINCESA Y EL PORQUERIZO..

y muchos títulos más.

 Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 22 de Octubre de 1952 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

60 cts.

H. S. Pujol

LOS BURRITOS



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA BOLSILLITOS


Aquí vienen Pancita y Colita,
pasito a pasito, bajando la cuesta.


Pancita es un
burrito gris;
Colita es un
burrito negro.

Pancita y Colita viven en un corralito verde, hecho con piedras y piedrecillas, al pie de un cerro bañado siempre por el sol.

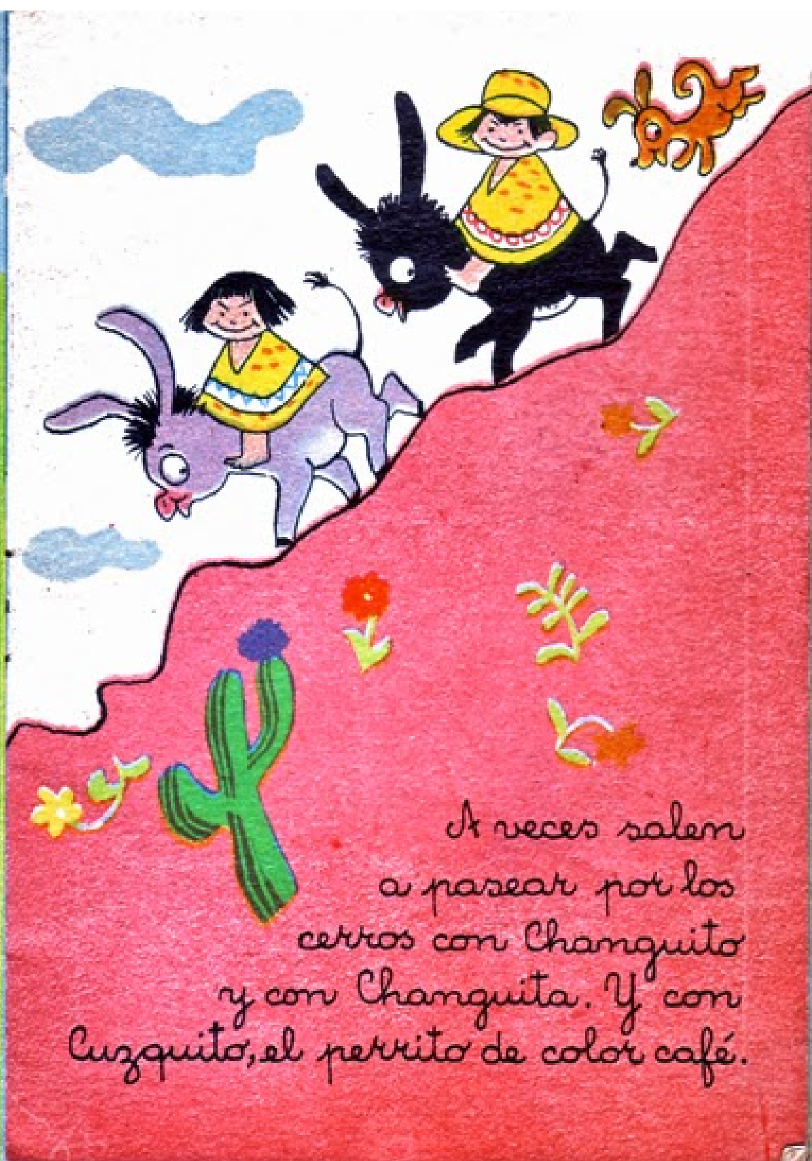




A veces charlan con el señor chivo, que es muy serio y sabe muchas cosas.



Pero prefieren los chivitos, porque con ellos se puede correr y saltar.



A veces salen a pasear por los cerros con Changuito y con Changuita. Y con Cuzquito, el perrito de color café.


Pero no siempre Pancita y
Colita están tan contentos.
Un día el cielo se nubló...
Todo se puso negro, muy
negro, negrísimo... y hubo un
gran trueno... y empezó a nevar.



Siguió nevando y nevando y los dos burritos tuvieron mucho frío.



Nevó y nevó y la nieve les llegó hasta las orejas. ¡Pobrecitos los dos burritos!



Pero en eso vinieron Changuito y Changuita, cada uno con una pala. Y empezaron a cavar.

Changuito y Changuita los sacaron de la nieve y los llevaron a su ranchito, donde había un fuego muy rojo. Los abrigaron con un poncho y a cada uno le dieron un mate bien caliente.





Al otro día salió el sol. ¡Qué lindo fué entonces jugar con Changuito y Changuita sobre la nieve tan blanca!

Aquí van los dos burritos. Pancita lleva leña y flores y Colita lleva flores y arrope, el dulce de los cerros. Son sus regalos para Changuito y Changuita, porque fueron buenos con ellos.



breccia

Fin

de "LOS BURRITOS", un librito escrito por HÉCTOR SÁNCHEZ PUYOL e ilustrado por ALBERTO BRECCIA.

BIBLIOTECA BOLSILLITOS

Los mejores libros para los niños en seis series que comprenden los temas más apasionantes.

Serie azul: Mis cuentos. *Serie roja.* Mis amigos. *Serie verde:* Mi escuelita. *Serie naranja:* Mis juegos. *Serie amarilla:* Mis alegrías. *Serie violeta:* Mis animalitos.

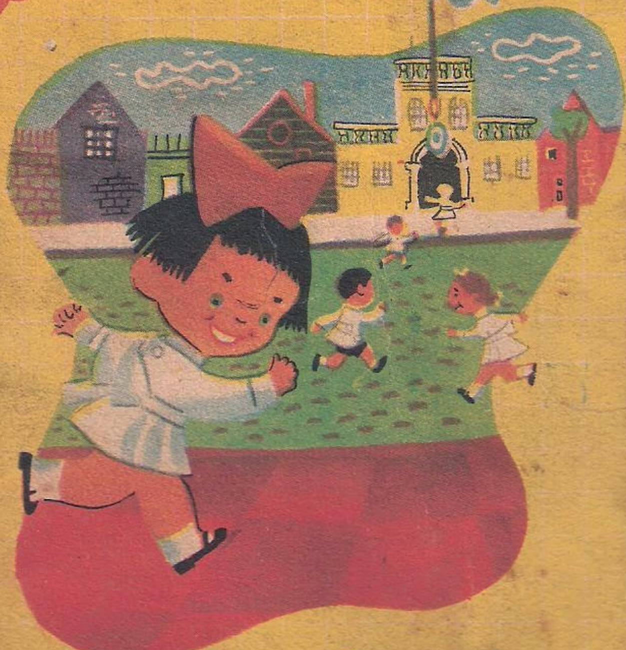
Acaban de publicarse:

19. ANIMALITOS PARA PINTAR
20. QUIQUIRIQUI
21. DUMBO
22. HANSEL Y GRETEL
23. LOS NUMERITOS
24. LOS TRES CHANCHITOS
25. COLORIN COLORADO
26. MIS JUGUETES
27. LOS ENANITOS
28. TAMBOR EL CONEJITO
29. SILVIA LA BRUJITA
30. LOS PAJARITOS
31. MICKEY Y EL GIGANTE
32. LA BELLA DURMIENTE
33. LOS BURRITOS
34. LOS DOS MELLICITOS
35. LAS HADAS
36. LA PRINCESA Y EL PORQUERIZO
37. EL LOBITO FEROZ
38. ¡FIESTA EN LA ESCUELITA!
39. LOS SIETE CABRITOS
40. LOS BOMBEROS... y muchos títulos más.

 Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 18 de Noviembre de 1952 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

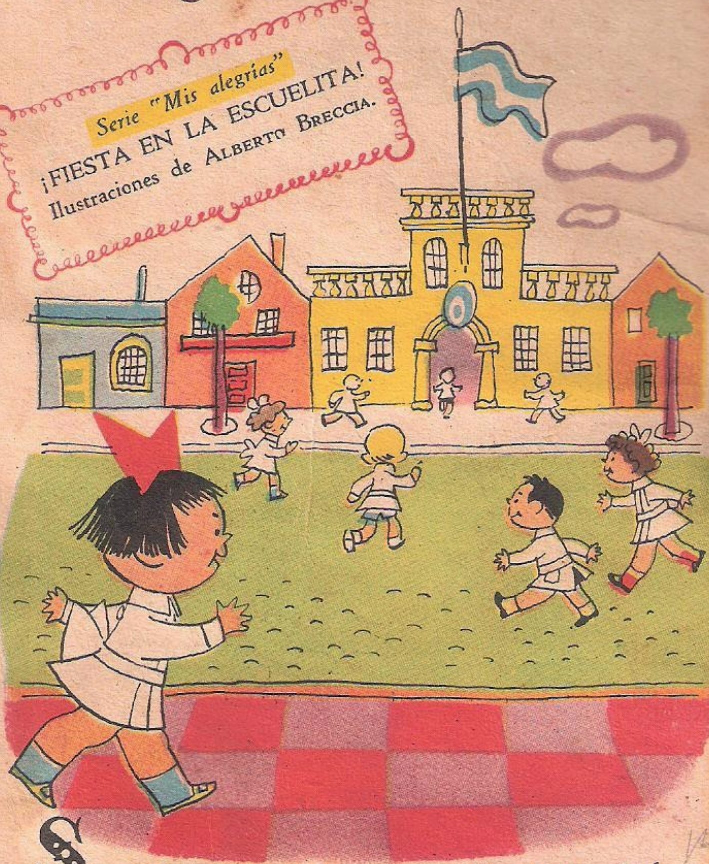
Inés

¡Fiesta en la escuelita!



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA BOLSILLITOS 38



Soy chiquita, tengo un moño anaranjado y me llamo Gogui. Y estoy muy contenta porque hoy es la fiesta de mi escuelita.

Todos formamos fila. Me pongo tan nerviosa que pego saltitos. Pego tres saltitos, pego cinco saltitos, hasta que la maestra me dice:

—¡Gogui, quédate quieta!

Y me quedo quieta.

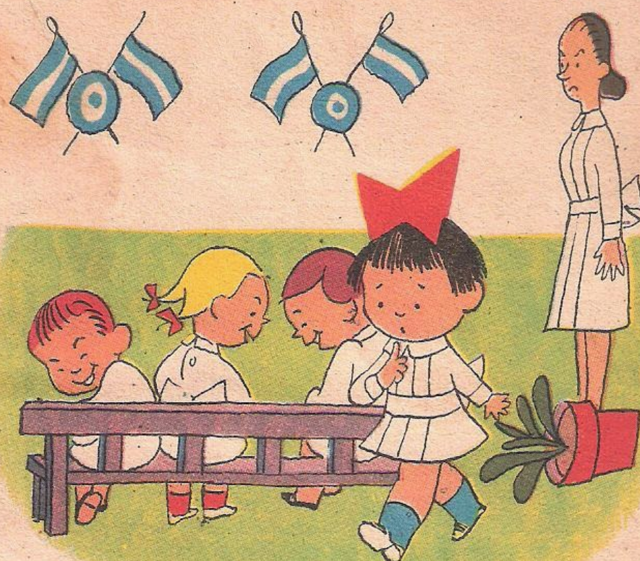


¡Uno, dos! ¡Uno, dos! Vamos caminando hacia el salón de fiestas. Luisito le da la mano a Susi, Susi le da la mano a Manolo, Manolo me da la mano a mí. Pero yo me suelto porque quiero sentarme adelante para ver más.

—¡Gogui, vuélvete a tu lugar!

Y me vuelvo, aunque no veo nada.





Ya están todos los chicos acomodados. Hay macetas y banderitas. ¡Qué lindo! ¡Yo quiero una banderita!

Me levanto despacito para sacar la banderita, pero tropiezo con Manolo, empujo una maceta y . . .

—¡Gogui, no te portes mal!

La señorita me mira mientras regreso, toda colorada, a mi asiento.



Yo sé cantar. Todos sabemos cantar. El piano hace "ti-ra-ra" y empezamos un cantito. ¿Y saben una cosa? Tengo una parte en que canto solita. ¡Qué suerte! ¡Ahora viene mi parte!

Respiro hondo para cantar bien alto, pero me pica la garganta, toso un poquito, toso más fuerte . . .

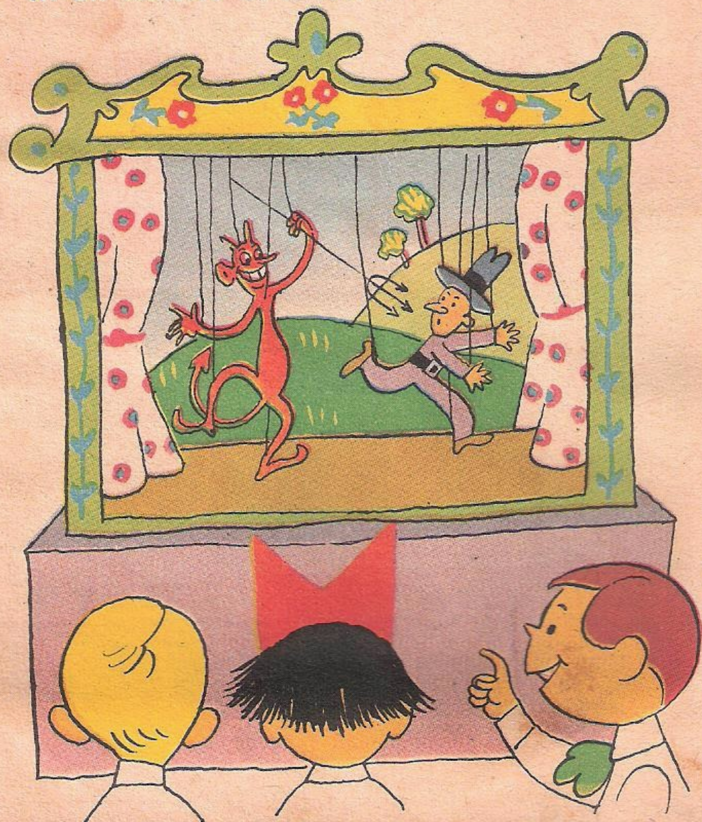
—¡Gogui, déjate de toser! —me dice la señorita.

¡Y no puedo cantar!

Los chicos se mueven como si los pincharan hormiguitas.

—¡Ahora vienen los títeres! —dice Manolo.

Y unos muñequitos muy lindos se mueven en un teatrito de madera.

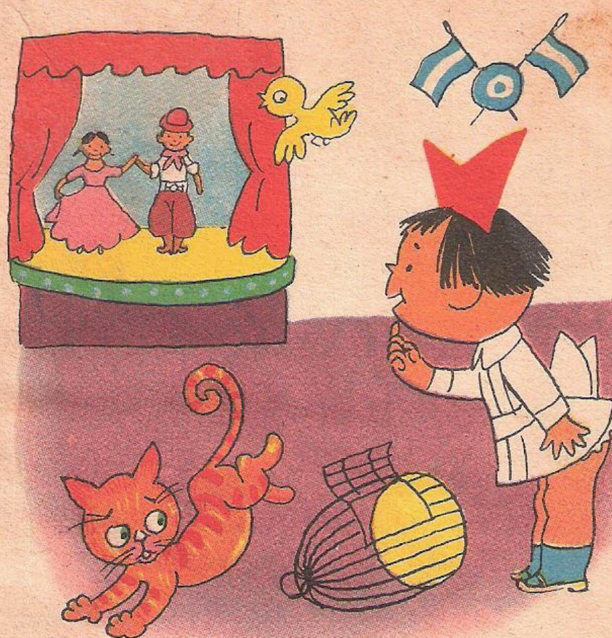


—¡Mira! ¡Mira! ¡Es el diablo colorado! —grita Manolo.

—¡Pero, Manolo, si los diablos no existen! —digo yo. Y, para demostrarle a Manolo que no es un diablo, me acerco hasta el teatrito.

Pero me acerco demasiado, empujo los palos, y se viene todo abajo . . .





A mi lado está Colita, el gatito del colegio. Yo lo quiero mucho.

—¡Misss! Misss! ¡Ven aquí! —le digo.

Claro que no me doy cuenta de que encima de nuestras cabezas está la jaula del canario.

Colita salta, la jaula se cae y el pajarito se escapa al escenario.



Yo me aproximo despacito para agarrarlo justo cuando están bailando el pericón. El canario vuela. Me subo al escenario y lo persigo. Y, como corro entre los bailarines, todos se equivocan.

—¡Gogui, bájate del escenario! —grita la señorita.

Pero ya arruiné el número de baile y se voló el canario.

Una nena aparece en el escenario, saluda y recita una poesía. ¡Qué bien la dice! Cuenta la historia de una muñequita llamada Blanca Azucena a quien le duele mucho la barriga.

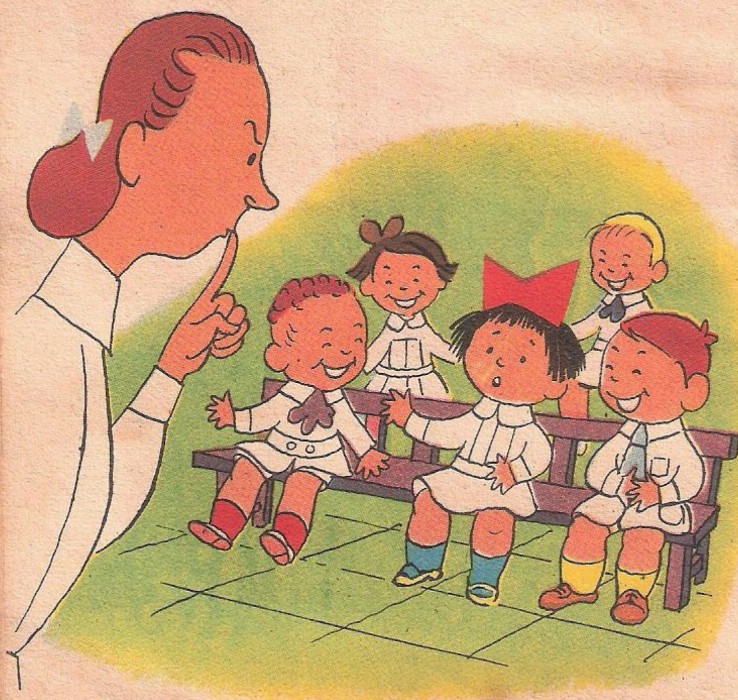
—¡Hay que darle una friega con alcohol! —grito parándome en mi banco.



Todos se vuelven para mirarme. La señorita también me mira.

—¡Gogui, no interrumpas! —me dice.

Los chicos se ríen de mí como si fuera una tonta. Pero no soy una tonta: mamita siempre me cura el dolor de barriga con friegas de alcohol . . .





Como número final viene algo lindísimo: ¡cine!

Por supuesto, pasan una película de Carlitos Chaplín. ¡Pobre Carlitos! Tiene hambre y nadie le da de comer.

"Yo le daré caramelos", pienso. Y, cuando me muevo para llevárselos, desenchufo el cordón eléctrico y el cine se interrumpe.



Después hay chocolatines y masitas para todos. Yo como una masita y otra y otra más. Pero la maestra me mira y me dice:

—¡Gogui, no comas tantas masitas!

Sólo entonces comprendo que me he portado muy mal en la fiesta.

Me aproximo a la señorita. Quiero pedirle disculpas, pero en ese momento ella sube al escenario y con voz muy calentita dice:

—Niños y niñas, ahora un regalito para el mejor alumno...

¡Y le entrega a Manolo un par de patines!

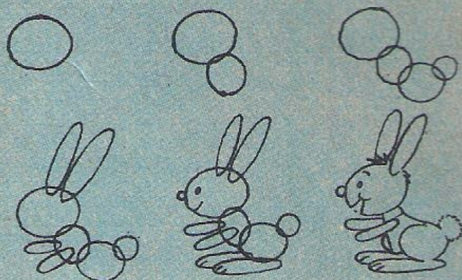
—Además, otro regalito para la nena más traviesa y más buena de la escuela...

—¡Gogui! —grita la señorita. Yo cierro los ojos. ¿Qué hice de malo esta vez?

¡Pero la señorita me llama y me da una muñequita mientras todos aplauden y aplauden!



Queridos chicos:
Aquí les mando estos dibujos para que aprendan a hacer el retrato de Conejito
Los abraza
Pepe Bolsillitos

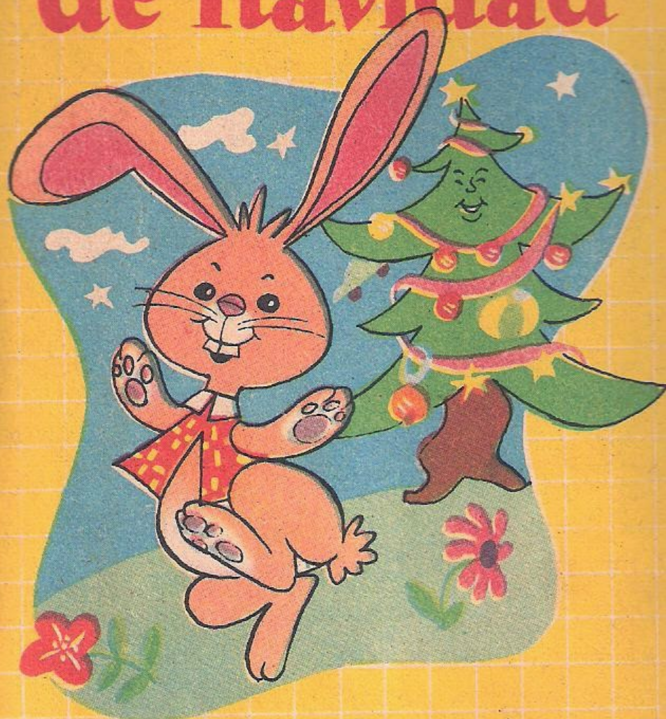


***

 Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 17 de diciembre de 1952 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

Noñé

El regalito de Navidad



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA BOLSILLITOS 42



Conejito Orejín iba cantando por el bosque. Cantaba porque estaba contento y estaba contento porque, ¡por fin!, había ya juntado la plata para comprarle al señor Buho esos hermosos anteojitos, ¡tan caros!, que tanto le gustaban.

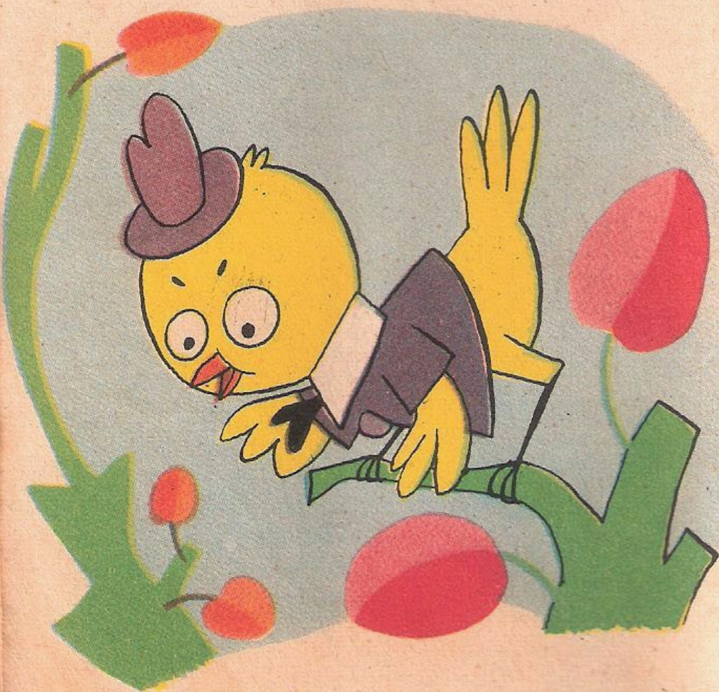
—¡Felices fiestas! —gritó justo en ese momento Pajarito.

Y por eso, nada más que por eso, Conejito dejó de cantar y preguntó:

—¿Qué fiestas?



—¡Feliz Navidad! —respondió Pajarito. Y posándose en una rama siguió diciendo: —Aquí, en el bosque, nunca se saben las últimas noticias. Pero yo vengo de la ciudad y he visto que todos los chicos están preparando su árbol con farolitos y estrellas y montones de regalos. ¡Pero aquí, en el bosque, nunca tendremos un arbolito de Navidad!



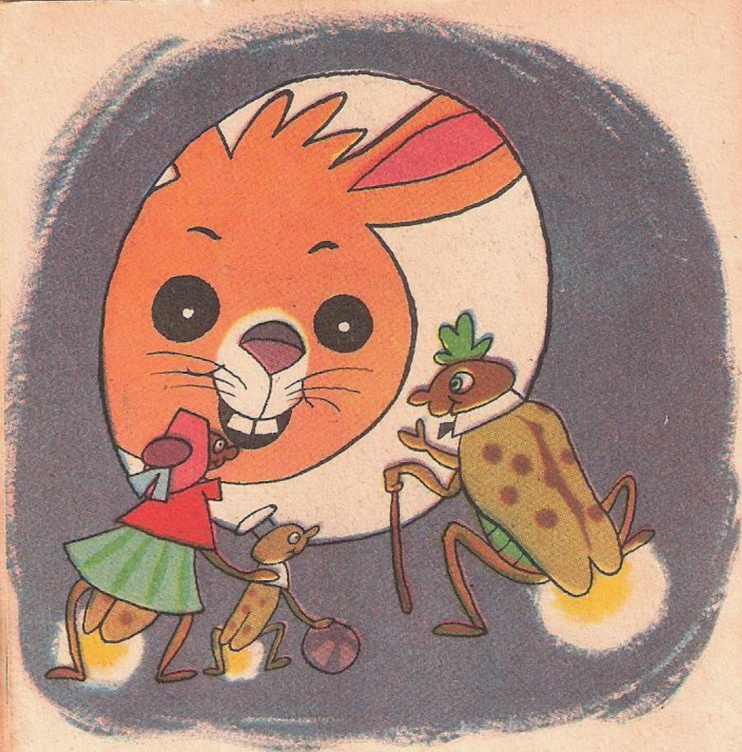


—¡Lo tendremos! —aseguró Conejito—. ¡Lo tendremos!

Y, sin perder un segundo, echó a correr y no paró hasta llegar adonde vivía el señor Pino.

—Señor Pino —preguntó jadeante—, ¿me prestaría usted sus ramas para festejar la Navidad?

—¡Claro que sí! —respondió el señor Pino.



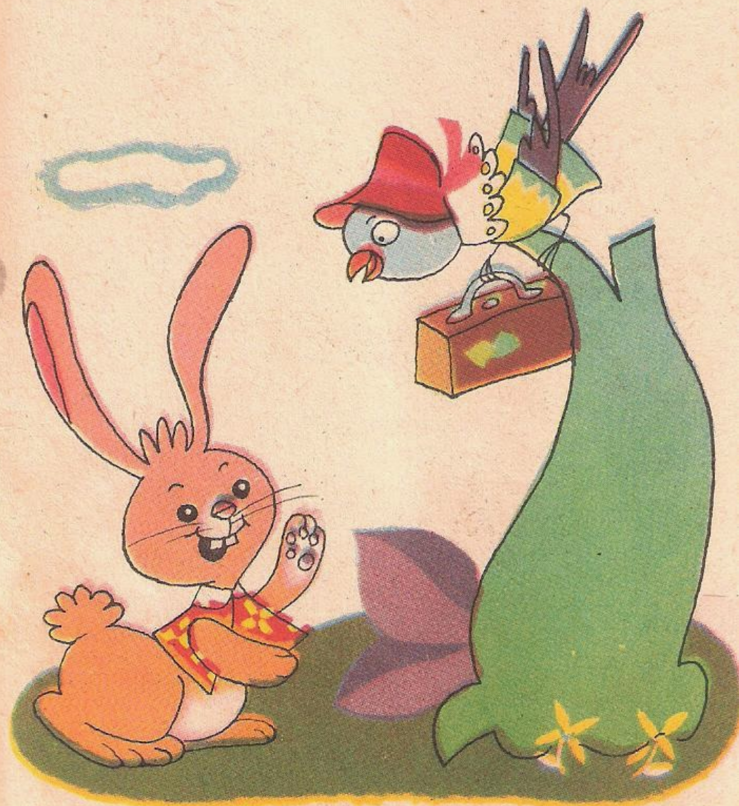
Entonces, siempre corriendo, Conejito fué a visitar a la familia Bichito de Luz.

—Bichito de Luz —dijo al jefe de la familia—, necesito que todos ustedes me presten sus farolitos para la Nochebuena.

—¡Encantado! —respondió Bichito de Luz padre.

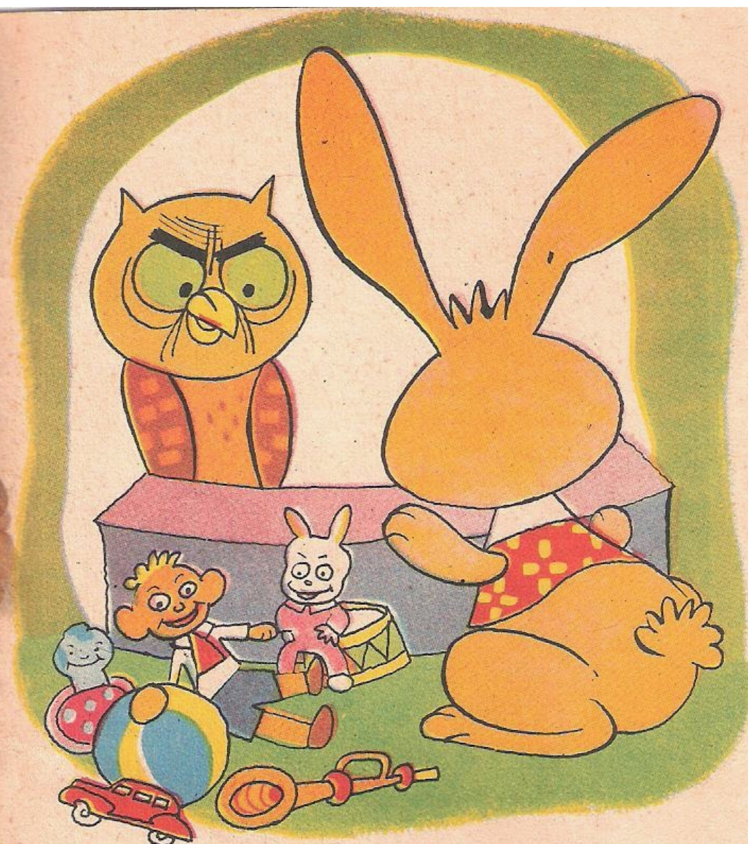
Conejito, sin dejar de correr, se dirigió entonces a casa de Golondrina.

—Golondrina —dijo—, necesitaría que te dieras una vuelta por el cielo y les pidieras a unas cuantas estrellitas que adornaran nuestro árbol de Navidad.

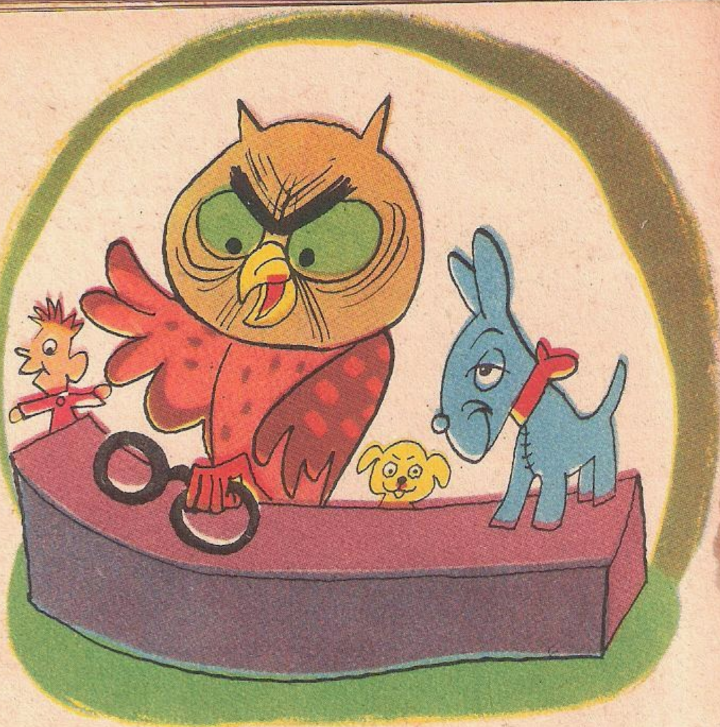


Y, cuando Golondrina subió y bajó diciendo que las estrellitas vendrían, Conejito le pidió que llevara a Pajarito un mensaje que decía:





¡Los regalos! Corre que te corre, Conejito llegó a la tienda del señor Buho, puso sobre el mostrador sus moneditas de plata y eligió un juguete para cada uno de sus amigos. El dinero, ¡por suerte!, alcanzó justito para eso.



—Mañana mismo venderé tus anteojos —refunfuñó el señor Buho—. Como comprenderás, no puedo esperar otro año hasta que vuelvas a juntar el dinero necesario para comprarlos.

¡Un año! Sí, ni un día menos había necesitado Conejito Orejín para juntar sus moneditas de plata. Y ahora . . .

—¡Véndalos, señor Buho, y gracias por haberme esperado! —respondió echando una última mirada a sus queridos anteojitos. Y añadió: —Ya sabe usted que está invitado a la fiesta. Será muy linda.

Era ya el atardecer, y Conejito tuvo que darse prisa para preparar el arbolito antes que llegaran los invitados.





Eran éstos Pajarito y Golondrina, Ardillita y doña Cotorra, Chanchito y doña Liebre, Monito y mamá Tortuga, Ratoncito y tía



Lechuza, Zorrinito y Mariposa, Gallinita y Burrín, Corderito y don Caracol, Patito y Grillito Cri-cri.

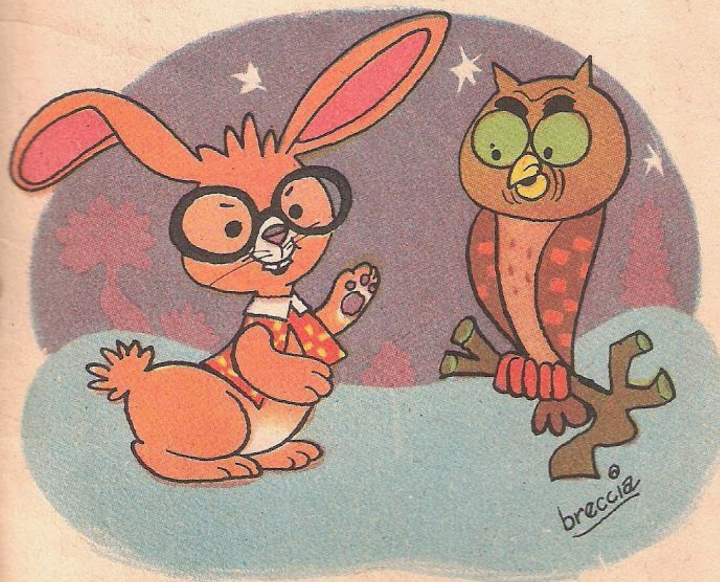


Y todos cantaron, jugaron y bailaron alrededor del señor Pino hasta que llegó el momento de repartir los regalos y Conejito se escondió para que nadie notara que él se quedaba sin ninguno.

—¡Conejito Orejín —se oyó entonces decir al señor Buho—, preséntese a recibir su regalito de Navidad!

Y, a la vista de todos, le entregó... ¡le entregó los anteojitos!

Esto ocurrió al final de la fiesta y, por eso, aquí tiene también que terminar el cuento.

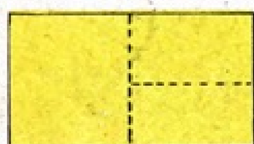


Fin

de "EL REGALITO DE NAVIDAD", un librito de la serie "*Mis alegrías*" que ilustró ALBERTO BRECCIA.



¿QUIEREN SABER CÓMO HACÍA SUS BANDERITAS BOTÓN DE ARROZ? PUES TOMABA UN PAPEL Y...



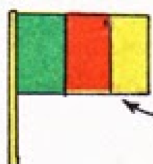
ESTA PARTE SE PINTA COMO UNA BANDERITA.

ESTA PARTE SE CORTA Y SE QUITA.

ESTA PARTE SE ENROLLA.



YA ESTÁ PINTADA; AHORA SÓLO FALTA ENROLLARLA.



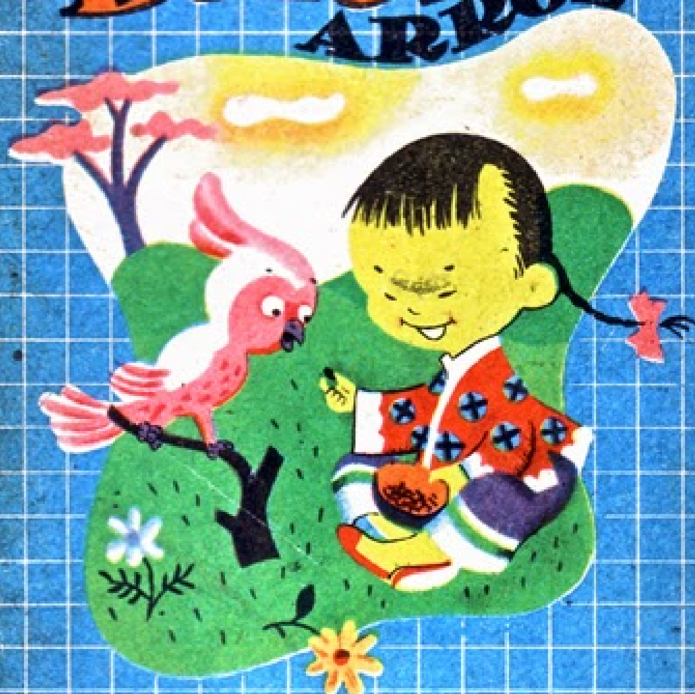
¡Y YA ESTÁ LA BANDERITA LISTA!

BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 14 de enero de 1953 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

60 cts.

Inés

BOTON de ARROZ



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA BOLSILLITOS 48

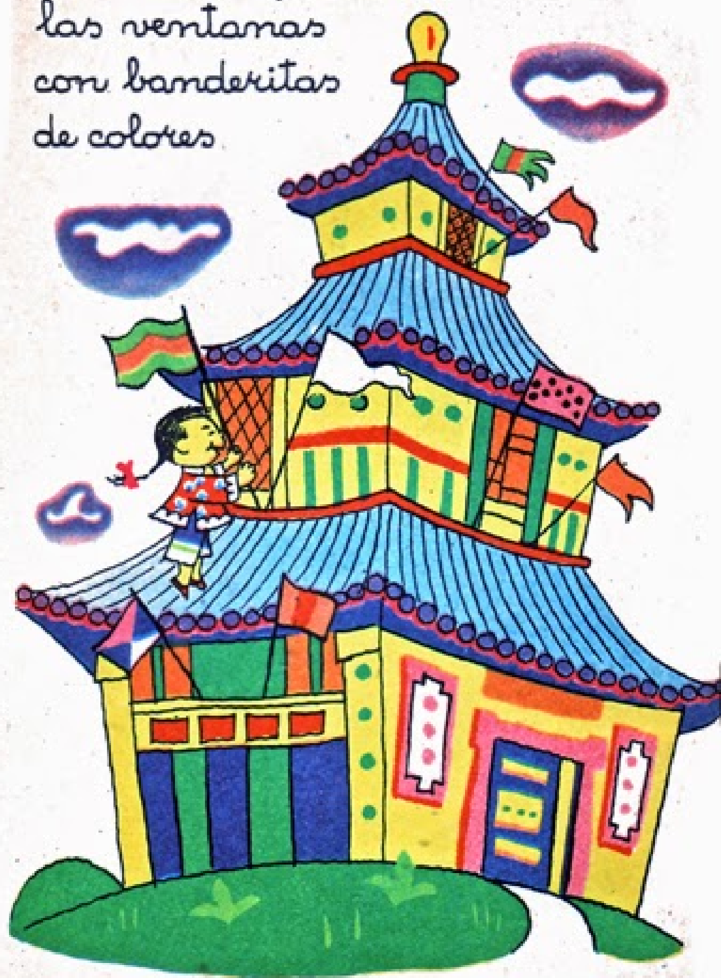
Botón de Arroz era el chino más chiquito de la China.





Vivía en una casita llena de orejas levantadas, igual que una tetera.

Los días de fiesta adornaba
las ventanas
con banderitas
de colores





y por las noches se sentaba
en una sillita de laca para
mirar los fuegos artificiales.

Los domingos, Botón de Arroz se peinaba la coleta y después jugaba con su papagayo amaestrado.





Cuando tenía hambre se trepaba al techo de su casita y con los huevos de las golondrinas se hacía una tortilla. ¡Qué comidita!

Por las mañanas iba a la escuela, con la pizarra atadita a la coleta para no olvidársela.





Los chicos se sentaban en el suelo alrededor del maestro y dibujaban con un pincelito patitas de moscas. Así se escribe en chino.

Cerca de la casa de Botón de Arroz había un pantano en el cual los chinitos cultivaban el arroz.





Una vez Botón de Arroz se fué a podar su jardín con unas enormes tijeras.

Después regó la tierra y se acomodó para leer un cuento chino llamado "Botón de Arroz", igualito que él.



"Pero Botón de Arroz no advirtió que se había sentado sobre un hormiguero", decía el librito.



Y cuando el chinito se estaba riendo a carcajadas sintió que una hormiga le picaba en cierta parte...



Botón de Arroz salió a todo correr, dejó atrás su casita con orejas, las banderitas de colores y el jardín con la regadera...

y no paró hasta sentarse en el pantano, tal como hacen los chinitos de toda China cuando les sucede algo parecido...



Fin

de "BOTON DE ARROZ", un librito de la serie *"Mis cuentos"* que ilustró ALBERTO BRECCIA.



BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 11 de febrero de 1953 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

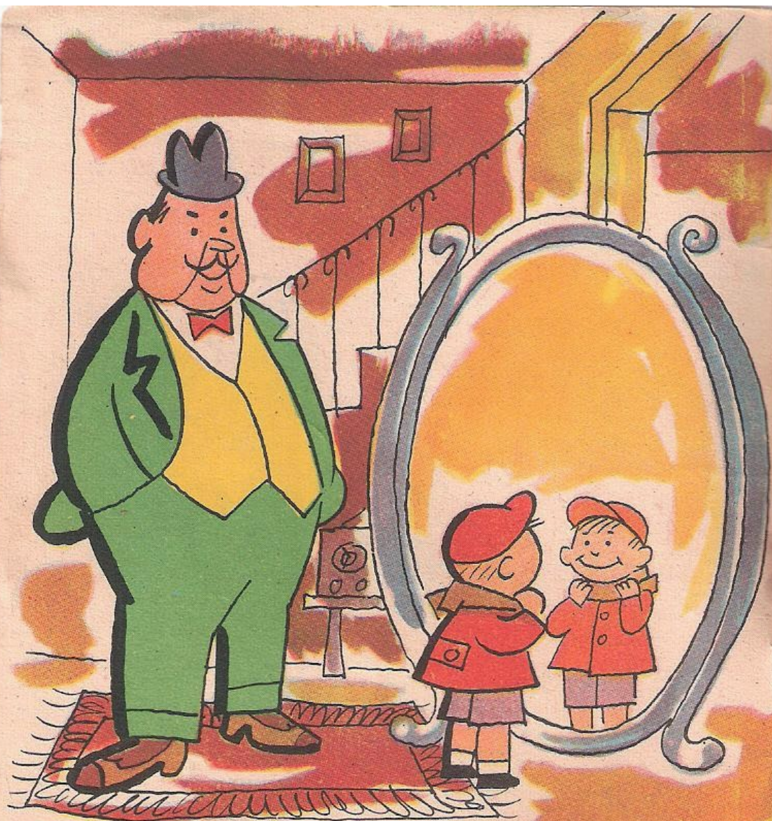
Inés

El REGALITO de PAPA



Editorial Abril - Buenos Aires

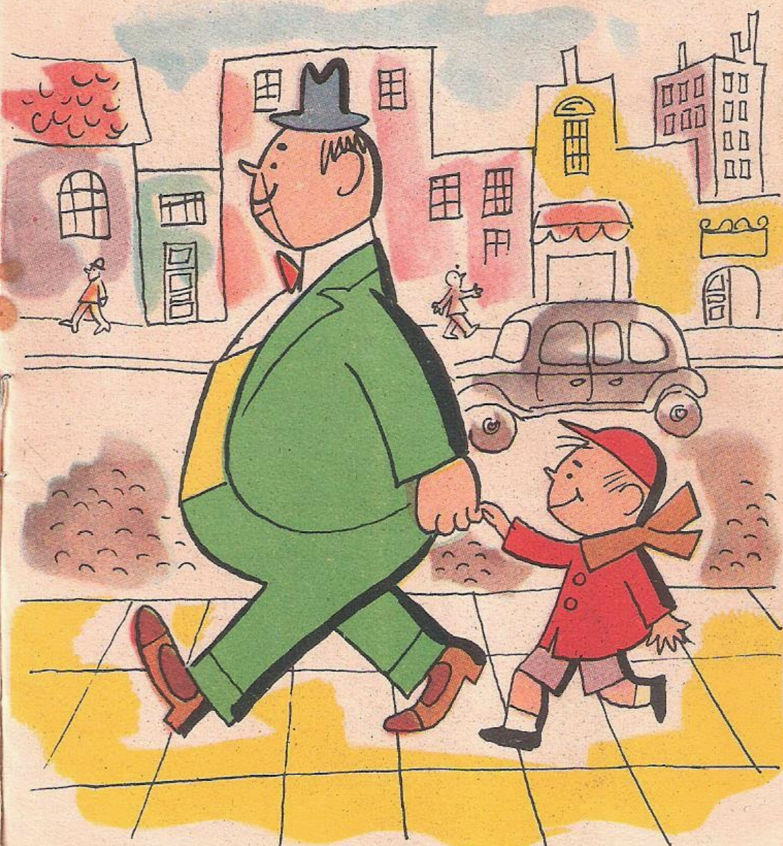
BIBLIOTECA BOLSILLITOS 52



Mi papá lleva chaleco, botines y un sombrero chiquito. Tiene sobre los labios un par de bigotes y, cuando está apurado, no puede decir la palabra "Gualeguay". Yo tampoco.

—Como has comido toda tu sopa y te has dormido sin gritar te voy a hacer un regalito —dice papá.

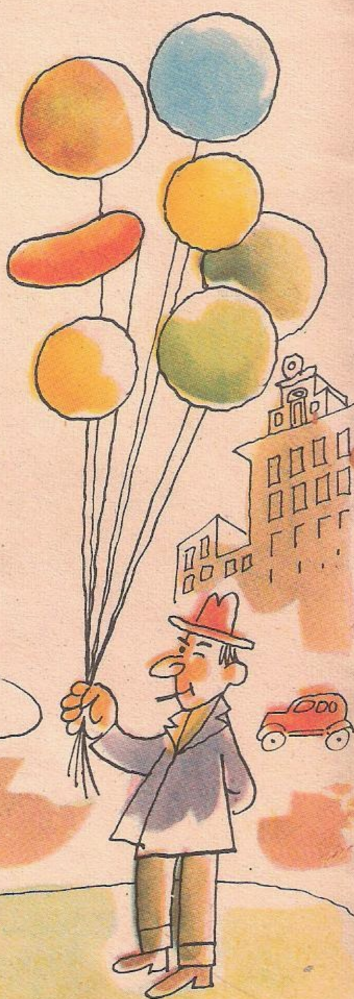
Yo me pongo mi bufanda y mi gorro y me marcho a elegir el regalito.



—¡Un globo! ¡Quiero un globo celeste! —le pido a papá.

—¡Pero los globos se pinchan! —explica mi papá.

Y aunque el globero me guiña un ojo —¿saben ustedes guiñar un ojo?— me quedo sin globo.

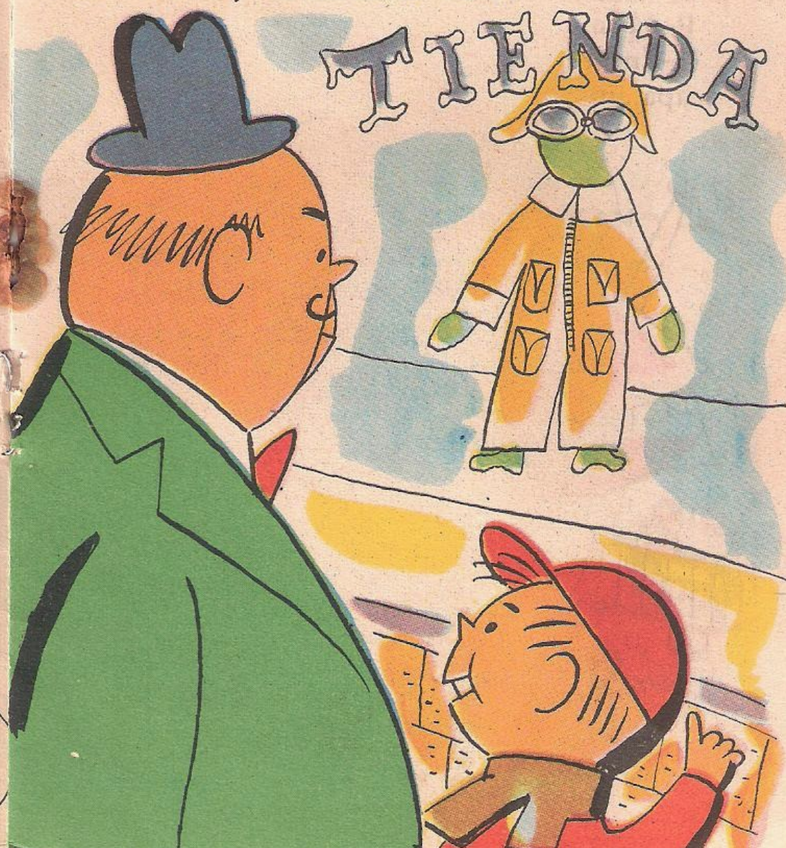




—Entonces cómprame un trajecito de aviador.

Papá mira las vidrieras llenas de ropa y responde:

—Los trajecitos de aviador son para ir por el aire . . . y tú no saber volar.



Luego pasamos junto a una carpa colorada.

—¡Cómprame un circo! ¡O un trapecio para hacer pruebas! ¡O un enanito!

Papá se hace rulitos en el bigote y dice:

—En el circo hay leones . . . A lo mejor se escapa uno y te rasguña.





En una confitería vemos una torta de cinco pisos: tres de chocolate, uno de helado y uno de dulce de leche.

—¿Me regalas esa torta?

—No, porque el chocolate, el helado y el dulce de leche son muy ricos y se acaban en seguida.

Papá camina dando saltitos. Como yo, cuando quiero comer masitas.



Estoy mirando una casita, con chimenea y puertecillas.

—¿Me la regalas, papá?

Papá piensa un poco y responde:

—Esa casita es más grande que la nuestra. Si te la regalo nos tendremos que mudar . . .

Papá tiene razón.

Pasa un perrito corriendo. Me mira y dice: "¡guau!".

—Quiero un perrito, papá.

—No, porque se peleará todo el día con el gatito que tenemos en el jardín.

Y papá saca un trocito de pan y se lo da al perrito.



Vuela una mariposa y se acomoda en un arbolito.

—Yo quiero ese arbolito con esa mariposa.

Pero la mariposa se escapa y ya no quiero el arbolito sin la mariposa.

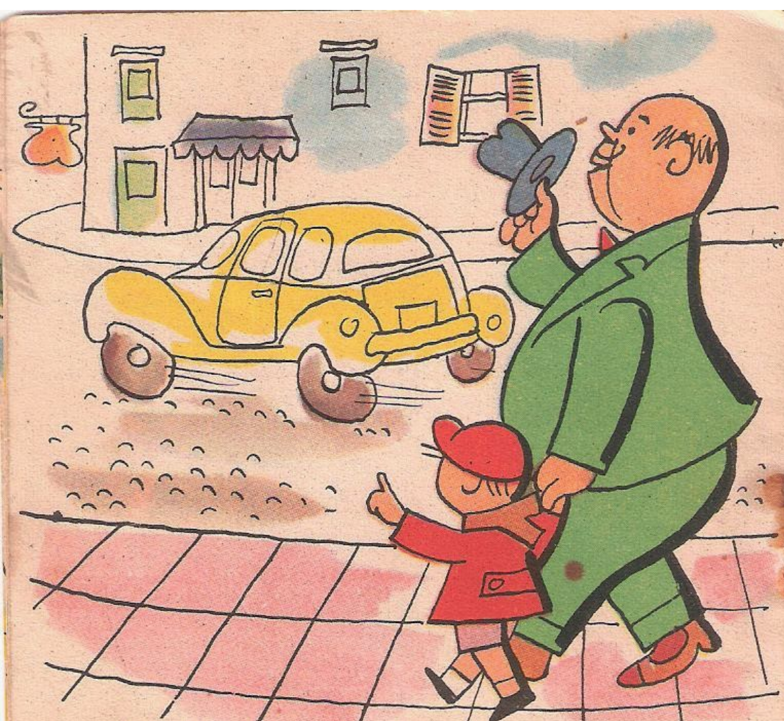




En una vidriera hay un carretel de hilo, una cinta métrica y muchos botones.

—Yo quiero muchos botones —le digo a papá.

—No, porque te los tragarás y se te llenará la barriga de botones —responde papá.



Seguimos caminando. Un auto amarillo hace **tu-tu** con su bocina.

—¿Por qué no me regalas un auto amarillo?

Papá se saca el sombrerito y dice:

—Porque los autos amarillos van muy ligero y te puedes lastimar.

El auto se va corriendo como si estuviera apurado.

Entonces papá me mira muy sonriente y me dice:

—Ya sé . . . Ya sé qué te regalaré. Te regalaré un librito precioso, con una bonita historia y lleno de dibujos y colores.

Y me compra este librito, que por eso se llama:

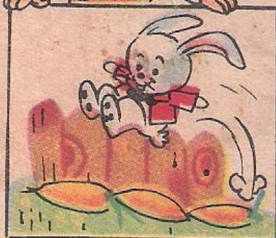
EL REGALITO DE PAPA

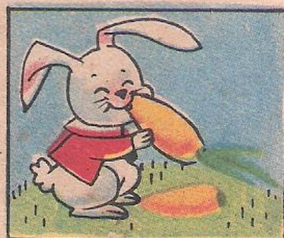


Fin

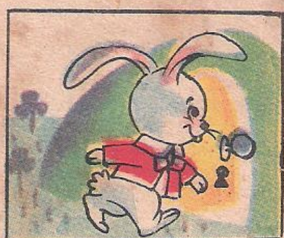
Este librito de la serie "*Mis alegrías*" fué ilustrado por ALBERTO BRECCIA.









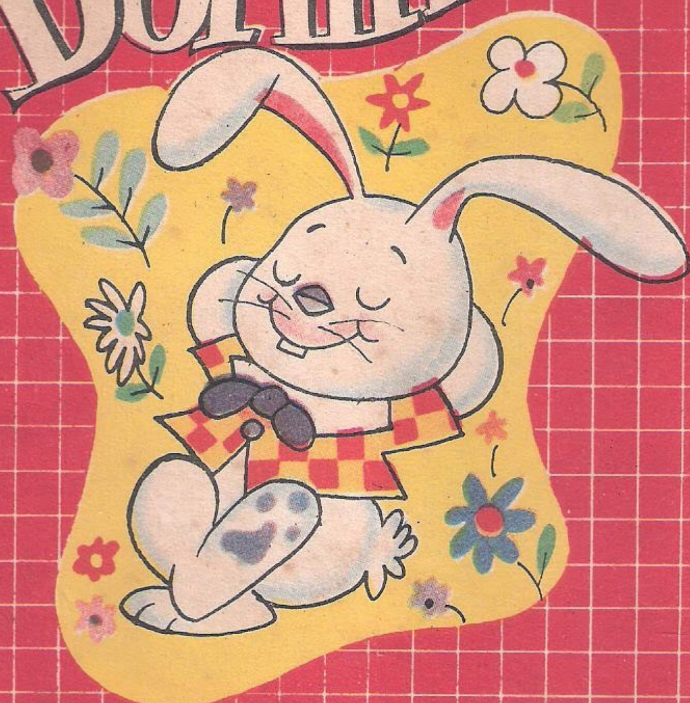


¿QUIÉN PUEDE CONTAR EL SUEÑO DE CONEJITO?

 Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 11 de marzo de 1953 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

CONEJITO Dormilón

Inés



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA BOLSILLITOS 55



Todos los conejitos saben que el día se hizo para comer zanahorias y la noche para dormir...

menos Conejito Dormilón, que cree que el día es también para dormir.



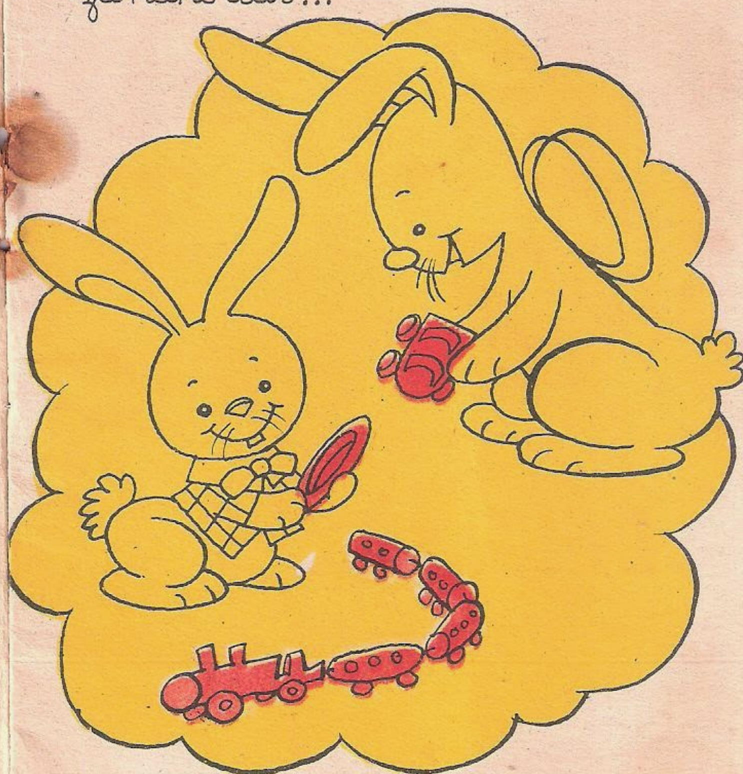
Mientras mamá
Coneja y papá
Conejo trabajan



Conejito sueña
sueños de
Conejito.



Sueña que el Hada de los Conejos le regala un trencito de zanahorias, patines de zanahorias y un barquito de zanahorias...





Como hoy es día de feria, mamá Coneja y papá Conejo se van a comprar comidita. Conejito se queda a barrer el jardín...

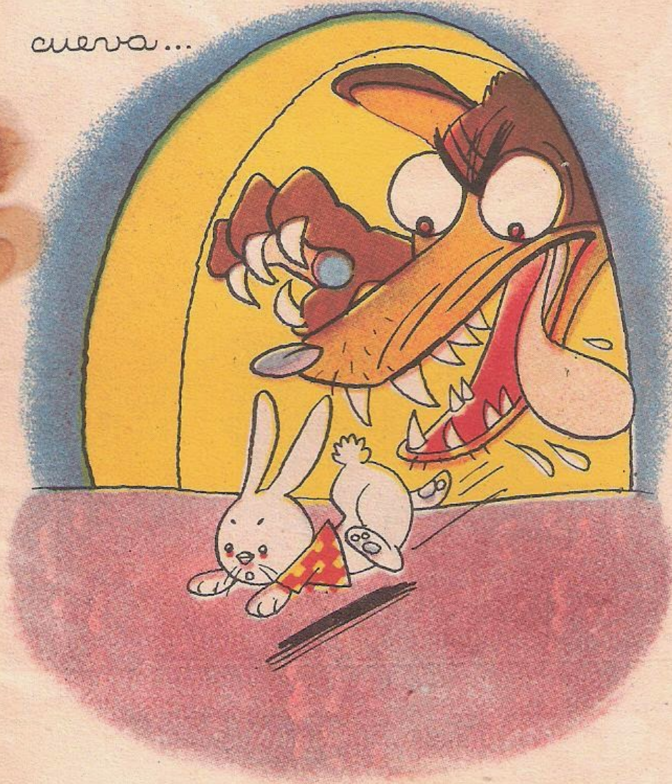
pero al ratito está dormido, con la escoba entre las manos.





Entonces, en vez de aparecérsele el Hada de los Conejos, se le aparece un zorro grandote... ¡y es un zorro de verdad!

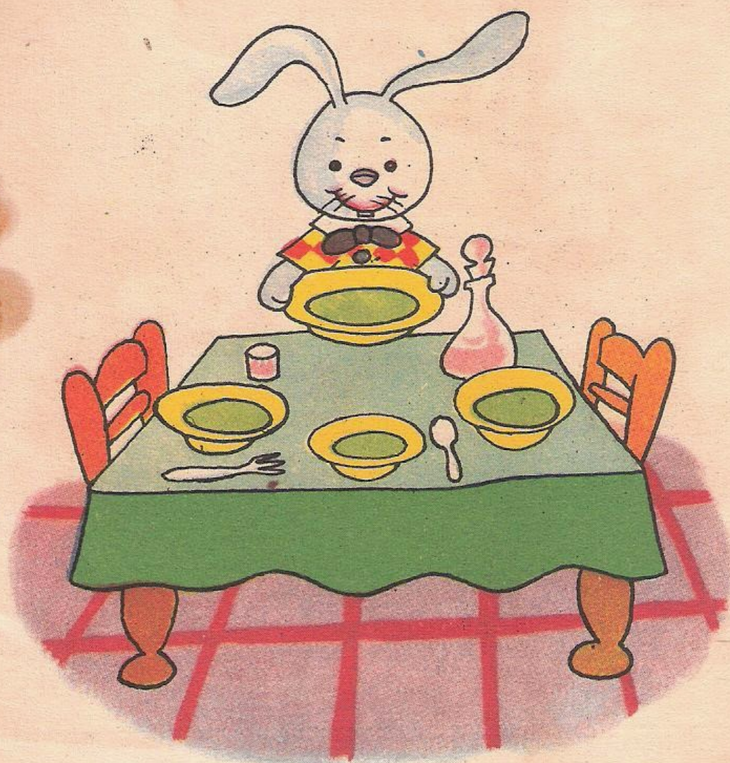
"¡Qué rico conejito me voy a comer!", gruñe el zorro. Pero en ese momento Conejito se despierta y, corriendo a toda velocidad, se mete en su cueva...

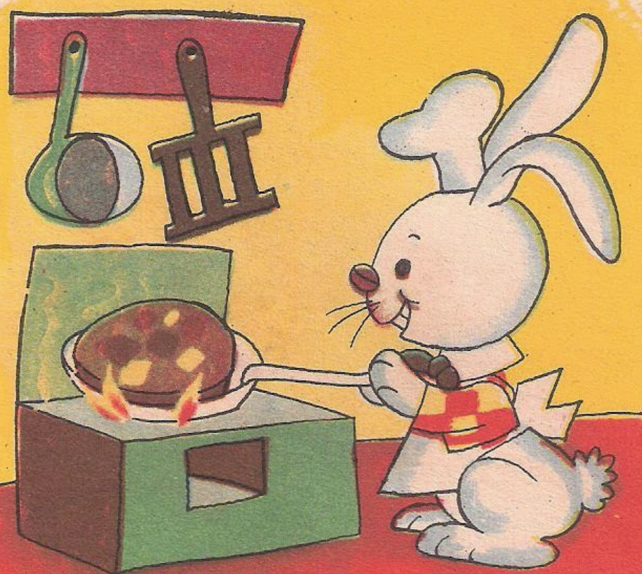




hasta que el zorro se va muy enojado porque, cuando un conejo se esconde en su cueva, no hay zorro que lo atrape.

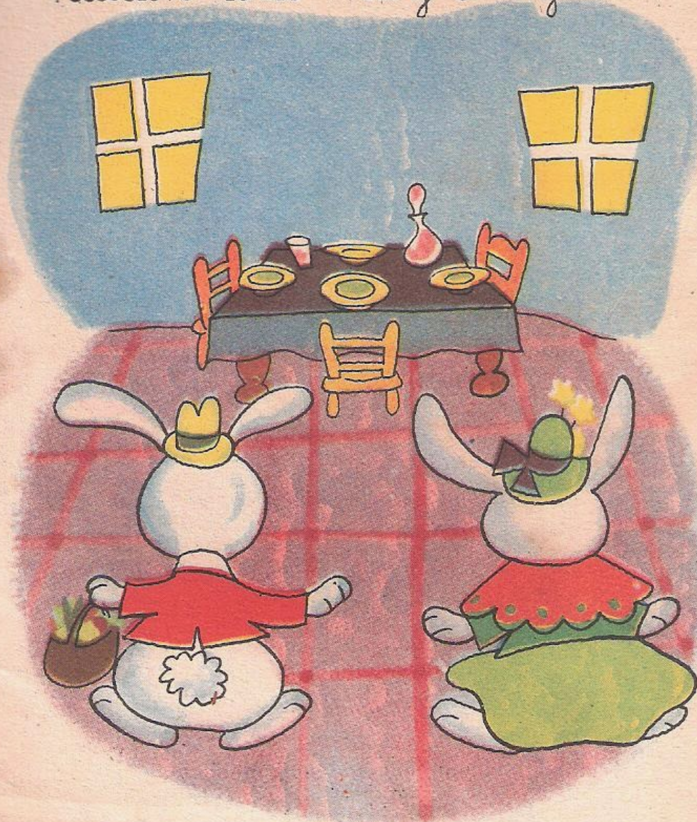
Ahora Conejito, muy despierto, limpia los vidrios, pone la mesa...





y en la cocina cocina un
budín de zanahorias.

Cuando regresan papá
Conejo y mamá Coneja
hallan todo muy arregladito

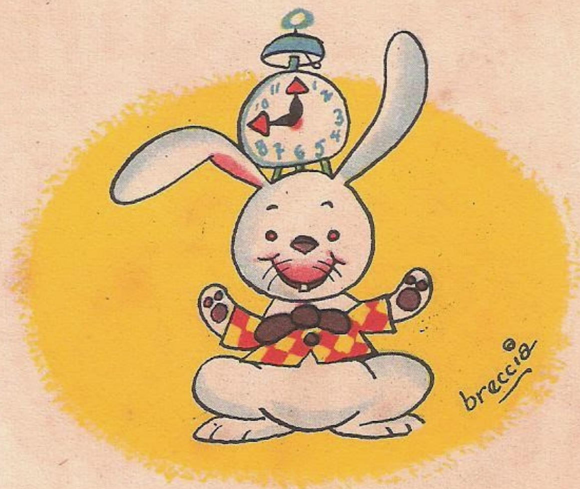


y oyen un "tic-tac" y un



y se encuentran a Conejito... ¡con un despertador por sombrero!

¡Conejito no quiere quedarse dormido otra vez!



Fin

de "CONEJITO DORMILÓN" un librito de la serie "Mis amigos" que ilustró ALBERTO BRECCIA.



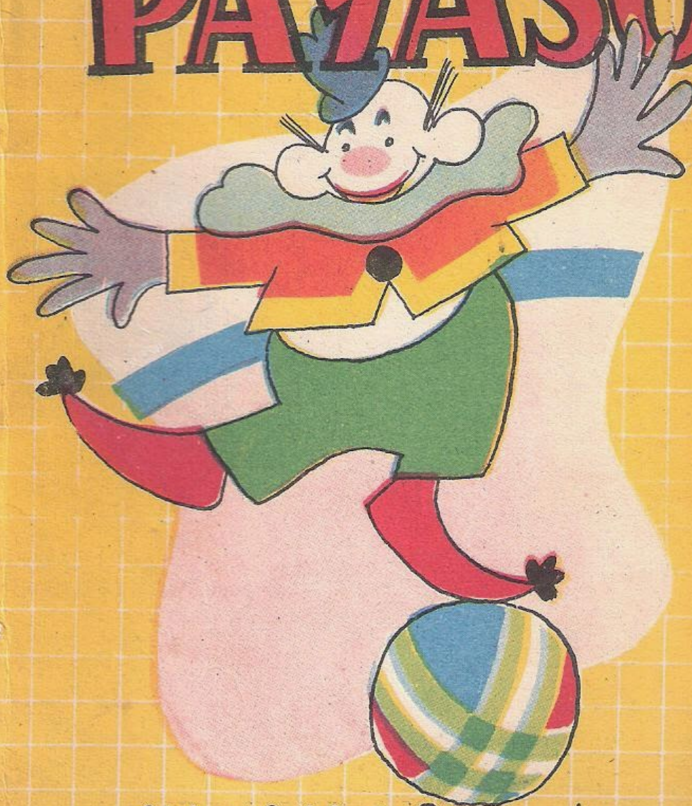


Se terminó de imprimir el 11 de marzo de 1953 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

60 cts.

Inés

El PAYASO



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA BOLSILLITOS 56



HABÍA una vez un payaso que tenía la cara llena de harina como una torta cruda; se llamaba Chopi.

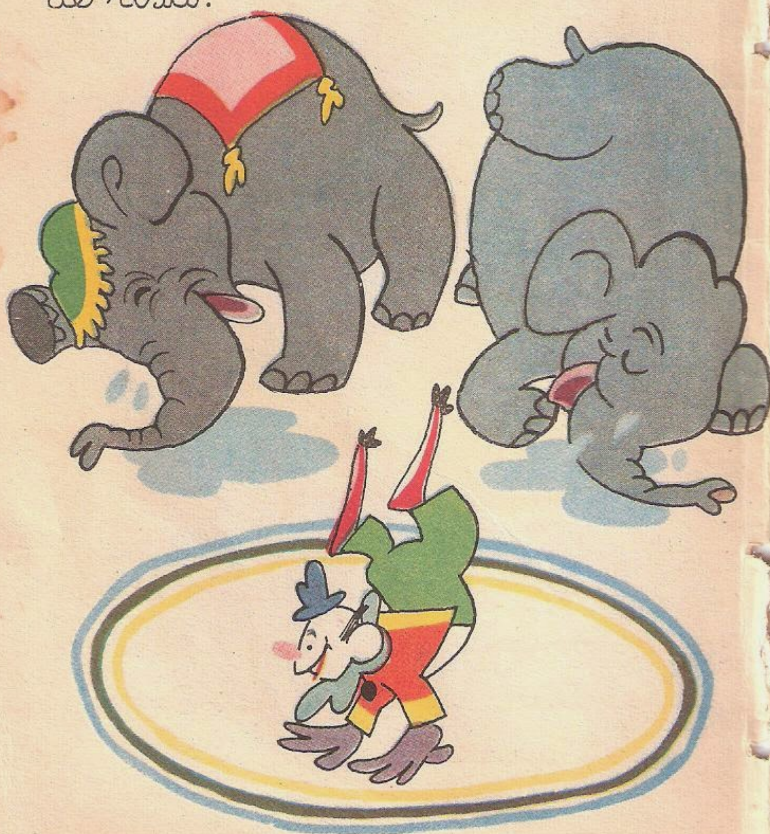


Chopi tragaba sables.



Chopi saltaba a la cuerda. Chopi daba vueltas carnero.

Era el payaso más alegre del mundo, y de sólo verlo hasta los elefantes lloraban de risa.



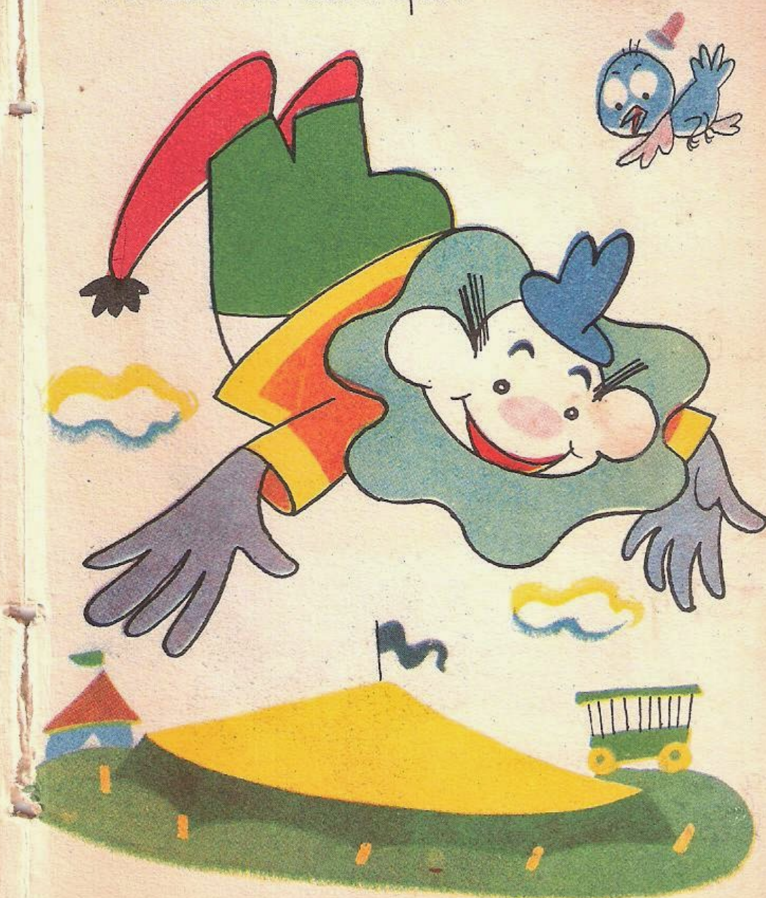


Una vez Chopi tuvo tanta hambre que se comió un pastel entero. En el pastel decía "Pastel volador".

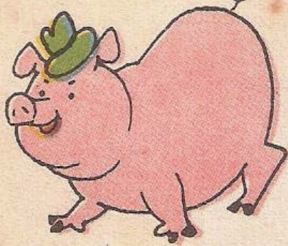


Y Chopi se sorprendió, se asustó, se maravilló porque ahora podía volar igual que un pajarito.

Como estaba aburrido de vivir en el circo se fué volando hacia el campo.



Allí conoció a Rulo, el chanchito,



al burro Sandro,



a Chicho

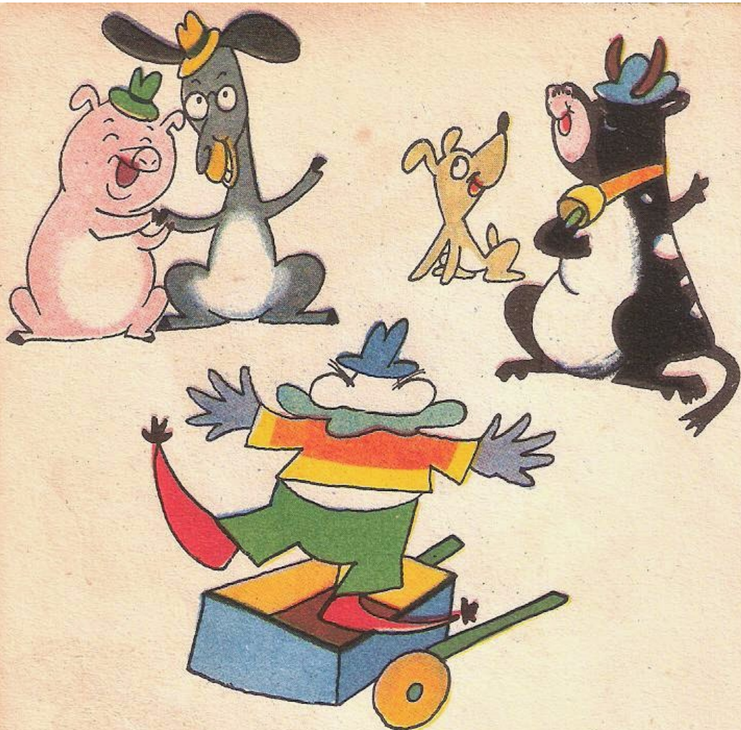




y a la vaca Blanquita.

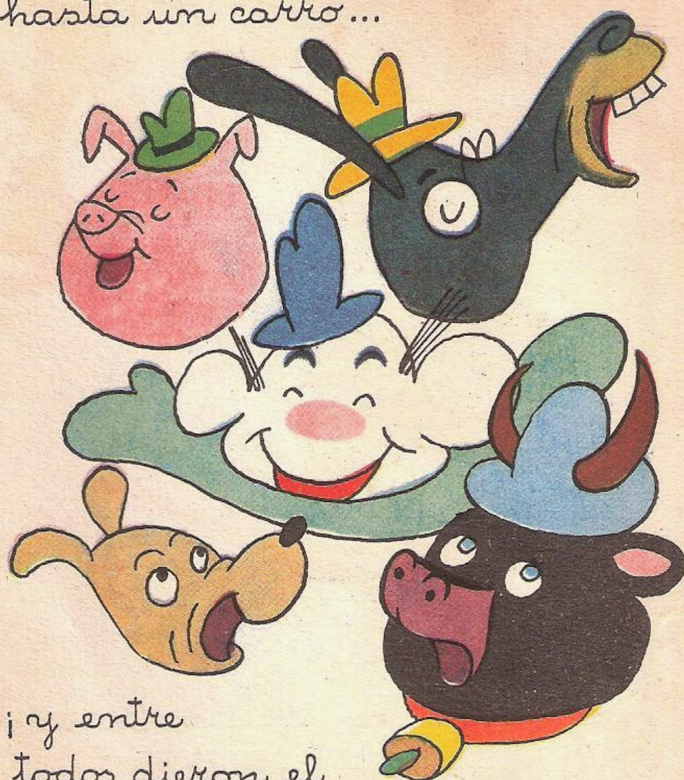
Chopi dió unos cuantos saltos acrobáticos y luego voló hasta el molino... ¡Cómo se divirtieron los animalitos!





—Ahora vamos a reírnos un poco —dijo Chopi—. ¡Cantemos!

Y Rulo hizo: **¡jonc!** Y Sandro hizo: **¡i-juuu!** Y Chicho hizo: **¡guau!** Y Blanquita hizo: **¡muuu!** Y Chopi voló hasta un carro...



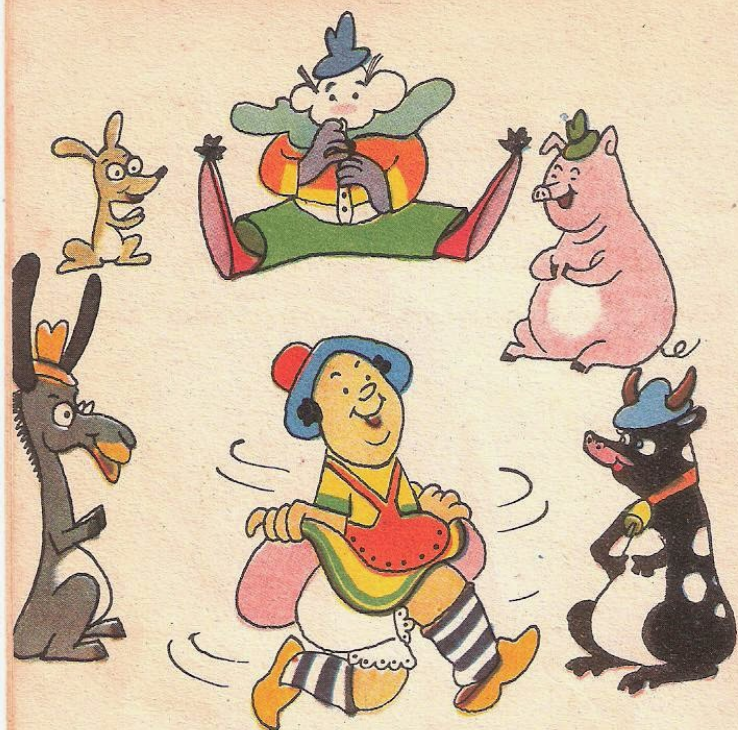
¡y entre todos dieron el concierto más chanchiburriperrivaquicantado del mundo!



Entonces apareció, con la cara seria como una aceituna, la señora Eduviges, que era la dueña de la granja.

Al verla, Chopi de un vuelo la invitó a bailar. La señora Eduviges dijo que no, pero cuando el payaso comenzó a tocar la flauta...





la buena señora se tomó de las polleras y, por primera vez en su vida, bailó como un trompo mientras todos palmeaban.

Y Chopi se volvió para el circo porque tenía una función esa tarde, pero, como había comido muchos caramelos, no pudo volar más y tuvo que regresar sentado en el humo de una locomotora...



Fin

de "EL PAYASO", un librito de la serie "Mis alegrías" que ilustró ALBERTO BRECCIA.



ADIVINANZA

En lo alto vive,
en lo alto mora,
en lo alto teje
la tejedora.

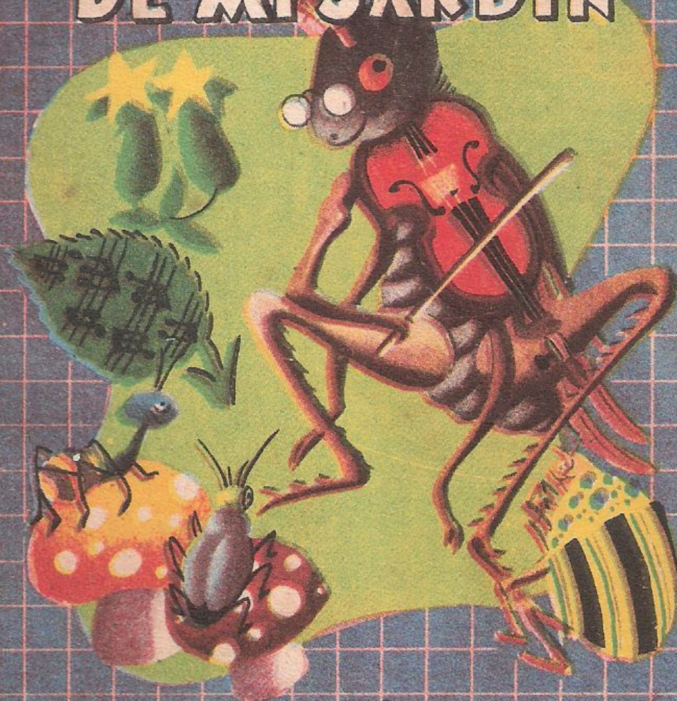
¿Quién será? Si no lo adivinan busquen la respuesta en el circulito.

SOLUCIÓN: LA ARAÑA

 Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 8 de abril de 1953 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

H. S. Puyol

ANIMALITOS DE MI JARDIN



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA BOLSILLITOS 60

Un hada chiquita se cayó un día del País de las Hadas. Cayó en un jardín, sobre una flor,



y tuvo ganas de llorar.

—No llores, Hada Chiquita —le dijo un ratoncito—. En el jardín hallarás muchos amigos.



¡Ven, que te los presentaré!

Este es don Escarabajito, que se lo pasa comiendo hojas verdes



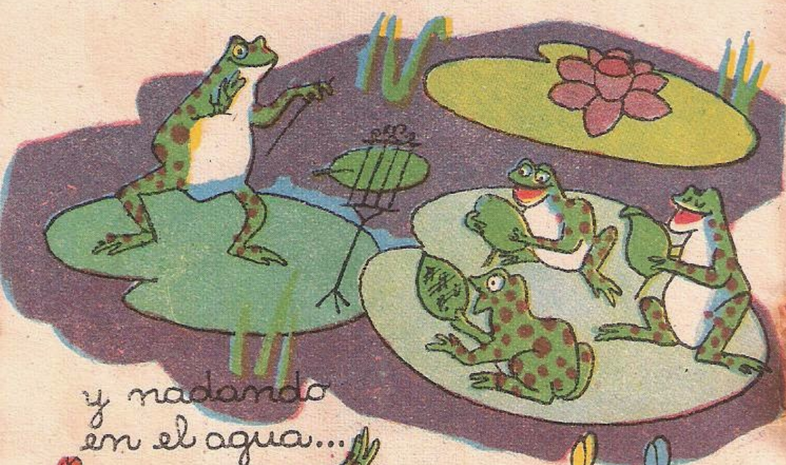
y cavando cuevitas.

Y esta es doña Oruga, que teje y teje, sin agujas ni ovillos, un capullo precioso



El año próximo saldrá hecha toda una mariposa.

Las ranitas se pasan el día
cantando su cro-cro...



y nadando
en el agua...

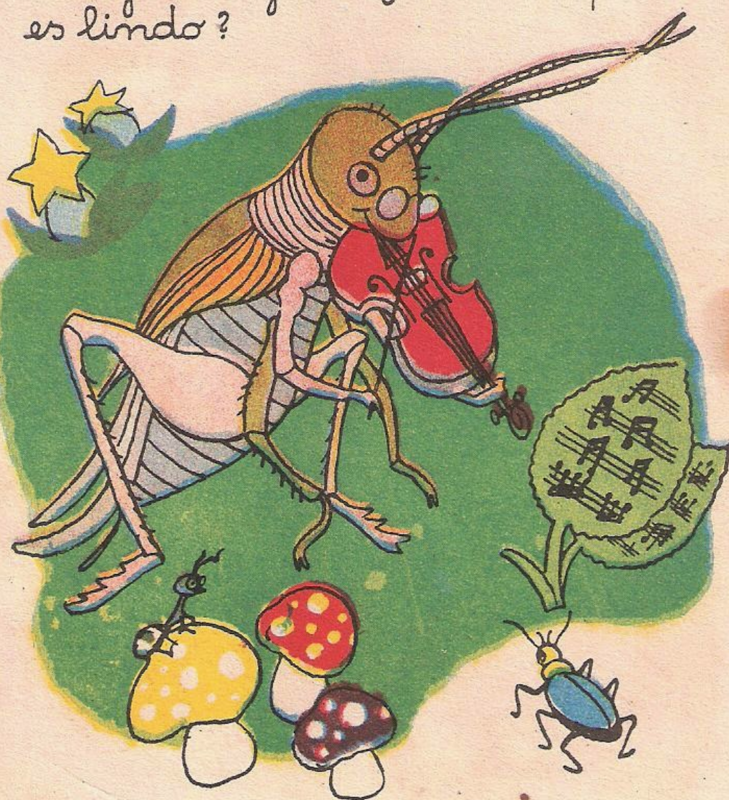


y comiendo mosquitos.

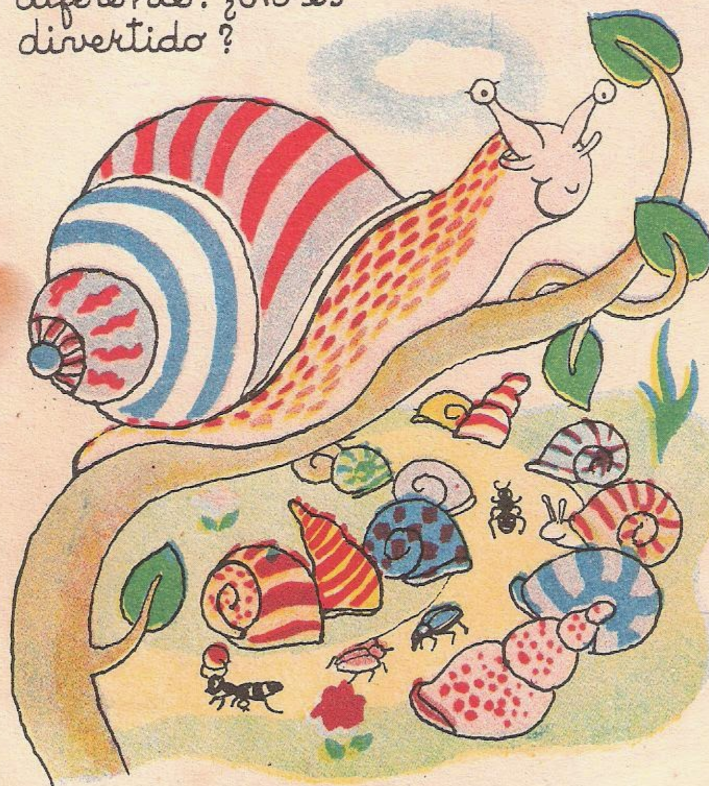
Aquí tienes a los
gorriones bañándose
en el charco. No hacen
más que pelear y
armar barullo, pero
son muy buenos.

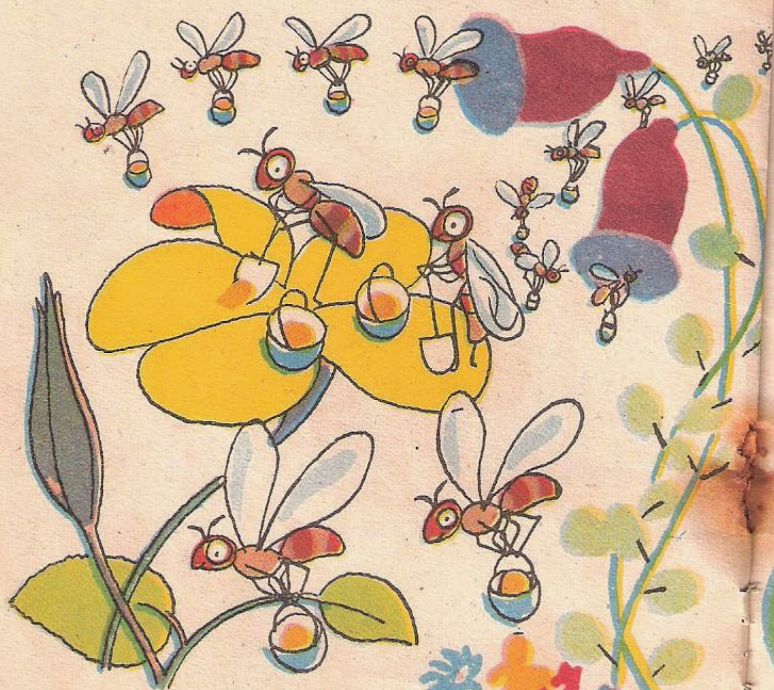


¿Oyes ese cri-cri? Es el grillo, que frota sus patas contra las alas. Toca siempre lo mismo, pero nos gusta igual. ¿Verdad que es lindo?



—¡Buenos días, señor Caracol! ¿Siempre con la casita a cuestas?
—Así es. Y no me quejo: cada día tengo mi casa en un lugar diferente. ¿No es divertido?





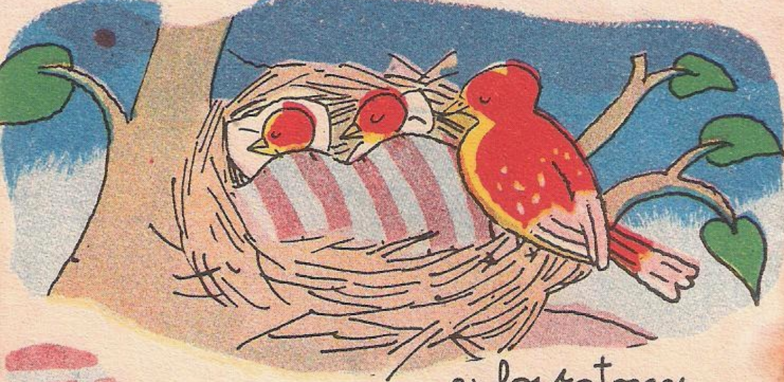
Estas son las abejas. ¡Ssss!..! No las distraigas, que están muy ocupadas sacando el polen de las flores. ¿Sabes? El polen es ese polvito dorado con el que hacen la miel.

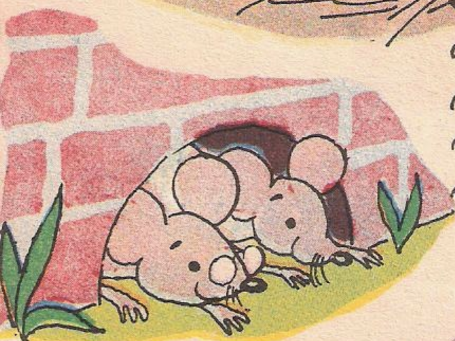
¡Mira trabajar a la arañita!



Teje que teje su red para cazar bichitos tan ligerito que le falta tiempo para saludar.

Está cayendo la noche. Los pajaritos dormirán en sus nidos...



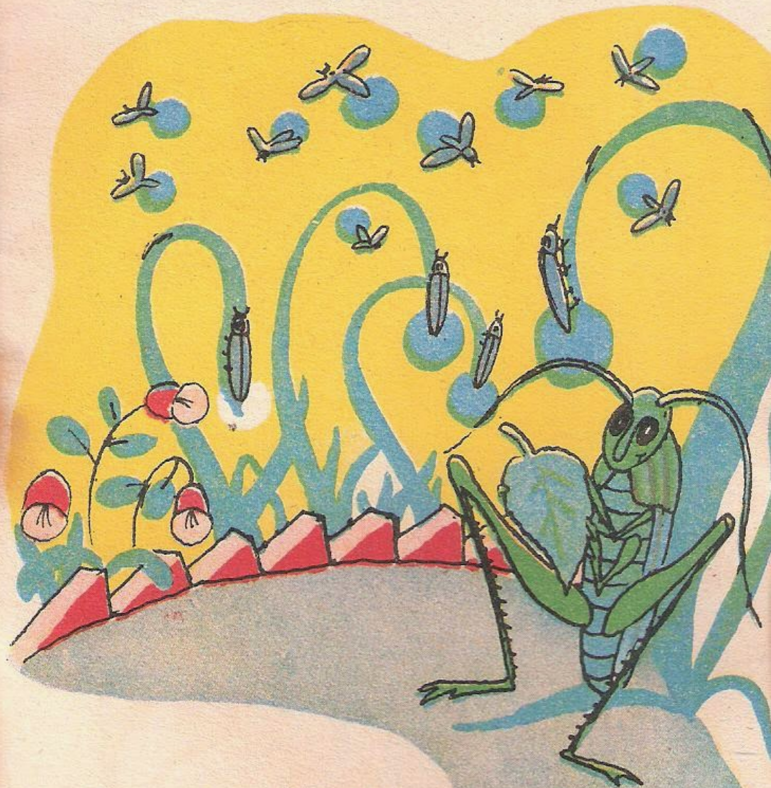


y los ratones asomarán la nariz en sus cuevitas...



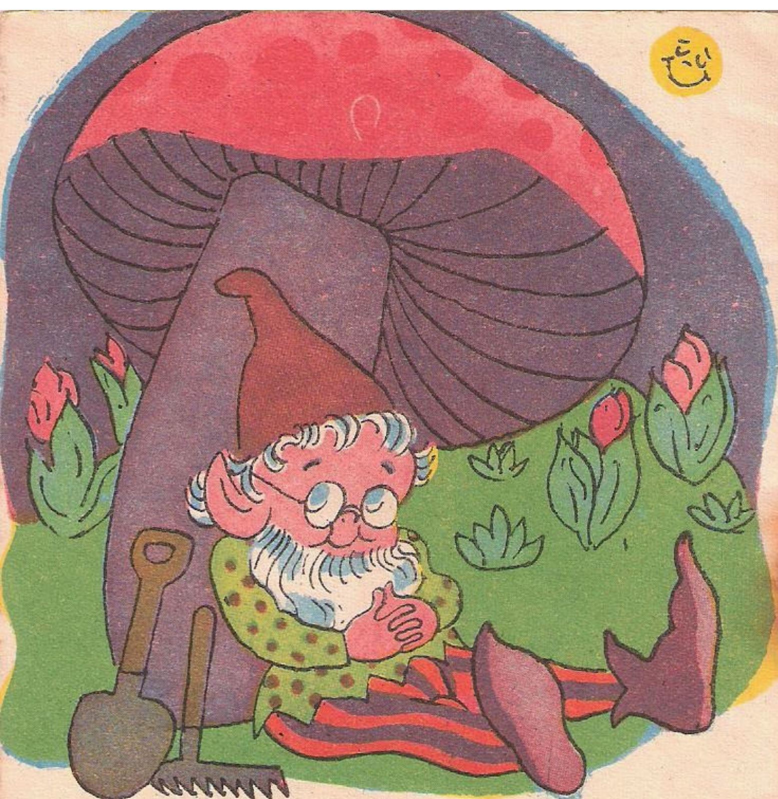
y las flores se adornarán con gotitas de rocío.

Estas que brillan y se apagan son luciérnagas, bichitos de luz.



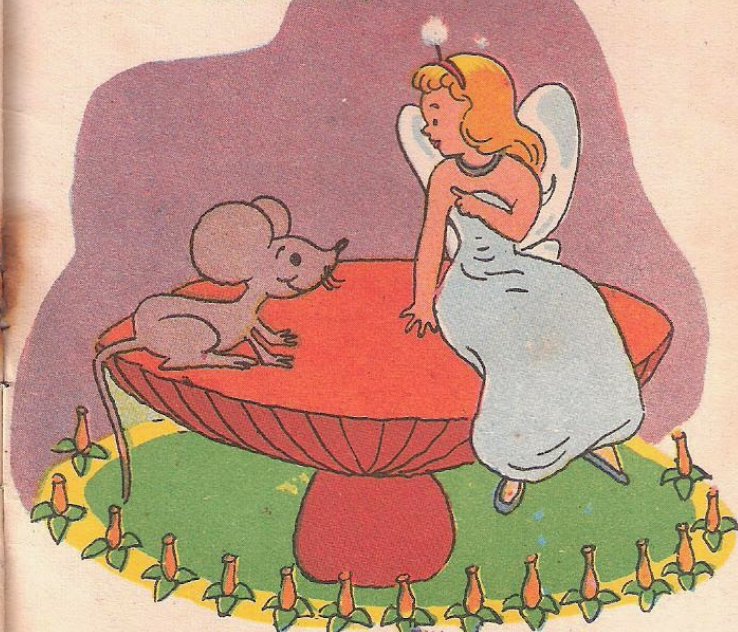
¡Parecen estrellitas con alas.





—¿Y este enanito dormido, ratoncito? ¿Qué hace en el jardín?
—Él es quien lo cuida, Hada Chiquita. En todo jardín hay siempre un enanito.

¿Te gusta el jardín, Hada Chiquita?
—¡Mucho, ratoncito! Con piedrecillas haré mi casita y ayudaré al enanito en su trabajo. ¡Y en las noches de luna te iré a visitar, buen ratoncito!



FIN

de "ANIMALITOS DE MI JARDIN", un librito de la serie "Mis animalitos" escrito por H. SÁNCHEZ PUYOL e ilustrado por A. BRECCIA



Érase una vez un campo grande, muy grande. Y éranse unos árboles verdes, muy verdes. Y érase un [rancho] lindo, muy lindo.

En el campo vivían los animalitos que viven en el campo.

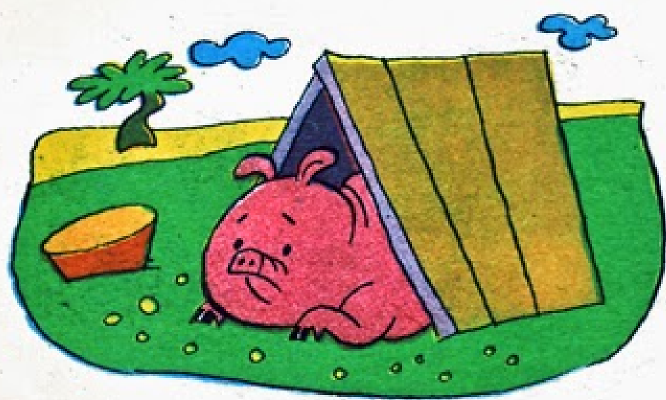
En los [árboles] vivían los animalitos que viven en los [árboles].

Y en el [rancho] vivían Gauchito y Chancletita.



Con , con , con el , y con Fido, el .

Aquella mañana y salieron bien tempranito. Había que darle el jarabe a Chancholín, el que estaba tan ronco que no podía hablar.





Piiiiiiiiiio... En lo alto de un [árbol] se desperezaba un [pájaro]. Había dormido bien, pero, como era muy temprano, todavía tenía sueño.

Cuuuuuuuuac... Cuuuuuuuac... bostezó papá Pato en la pileta. Se dió vuelta y siguió durmiendo. Mamá Pato también siguió durmiendo. Y entonces los [patitos], que ya estaban despiertos, aprovecharon para seguir un poco más en la cama.

Un [burro] y una burrita se cepillaban los dientes junto al pozo.

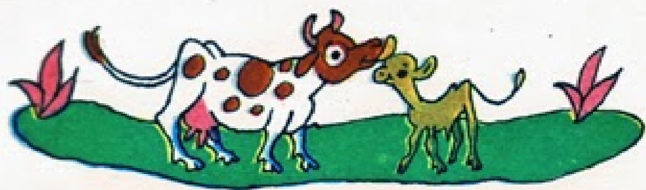




Beeee... hacía un y **BEEEE** hacía mamá Oveja mientras le peinaba los rulos.

Pío-pío... pío-pío... hacían los que iban a la escuela y **COCOROCÓ** hacía el que se iba de paseo.





Muuuuuuuuuuu... hacía el ternero y MUUUU... hacía la vaca que de vez en cuando le pasaba la lengua por la cara, que es la manera de besar que tienen las vacas.

¡Pero Chancholín no aparecía por ninguna parte!

Hasta que en un montón de zapallos, Gauchito y Chancletita vieron un zapallo con colita... Era el chanchito que se había escondido para no tomar el remedio.





—¡Ven, Chancholín! Toma el remedio —dijo .

—Así pronto podrás hablar otra vez —dijo .

Pero Chancholín no quiso saber nada y salió corriendo a todo lo que daba. Gauchito y Chancletita fueron detrás.



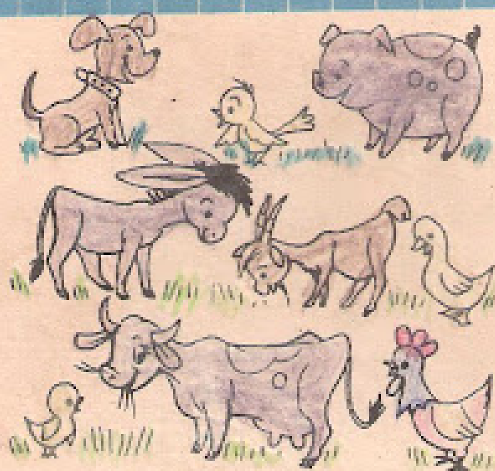


Corrieron por todas partes. Pasaron por el por el por la ... Hasta que lo arrinconaron junto al del pan.

Entonces el empezó a chillar, a chillar como un... como un... como un que no quiere tomar el remedio.

Y no lo tomó. Porque, si ya podía chillar tan bien, ¿para qué iban a dárselo?





Hay que pintar al más grande de cada hilera con gris, al mediano con marrón y al más pequeño con amarillo. No se equivoquen



60 cts.

H. Sánchez Puyol

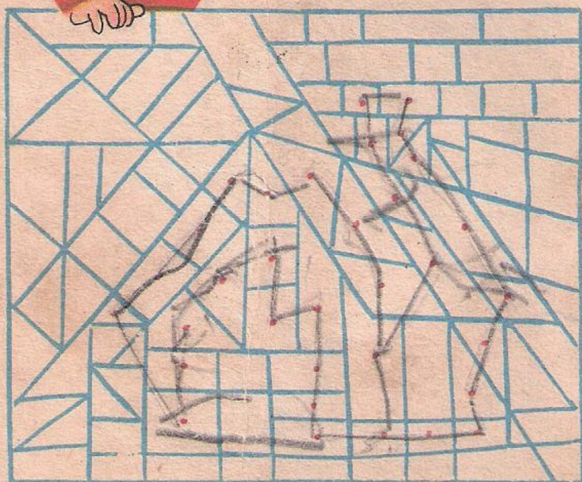
Gauchito y Chancletita



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA BOLSILLITOS 62



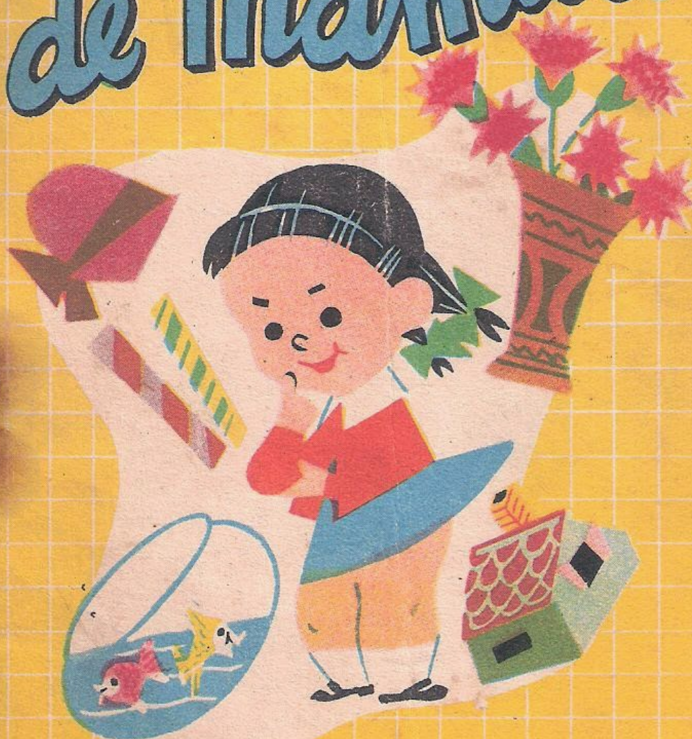


BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 6 de mayo de 1953 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

60 cts.

Inés

EL CUMPLEAÑOS de Mamita



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA BOLSILLITOS 63



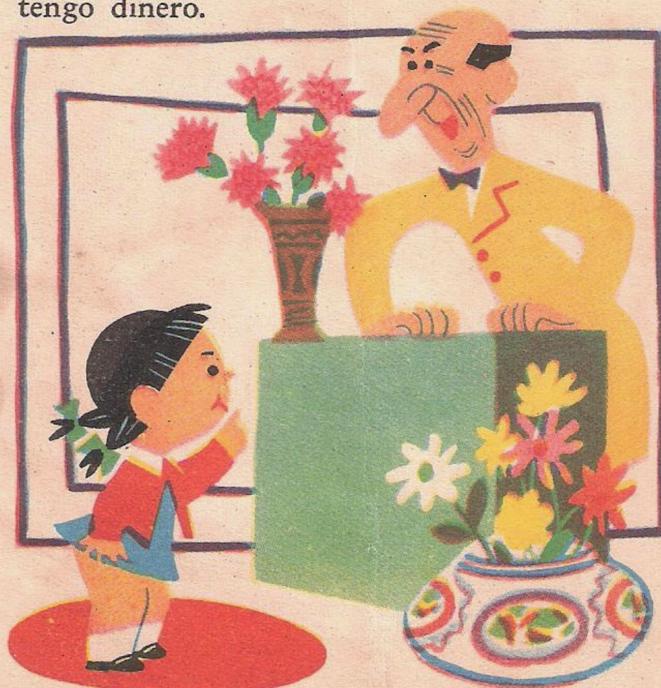
Yo tengo una mamá muy linda y muy buena que se llama Mamita y que cumple años justito hoy. Me acuesto en la alfombra y me pongo a pensar:"Mamita necesita un regalo y una fiesta"

"Le regalaré unas flores", me digo. "A las mamás les gustan las flores".

Me dirijo a la florería y le pido al vendedor:

—Quiero ese ramo de claveles.

Pero entonces me doy cuenta de que no tengo dinero.



Regreso corriendo a mi casa. En un cajón del ropero tengo un chanchito. (Que no es un chanchito sino una alcancía.) Me trepo a la silla y alcanzo el chanchito.





Acerco la alcancía a la oreja y la muevo: dentro hay un montón de monedas.

Para comprarle algo a Mamita puedo abrir la alcancía: le tiro de la colita al chanchito y salen todas las monedas. Ahora le regalaré a Mamita las flores más lindas del mundo.

"Sin embargo, a mi mamá le gustan más los sombreros", pienso. Y me voy a la sombrerería para comprarle un sombrero.

Me atiende una señorita muy alta, muy alta. Tan alta que me da risa, y me río tanto que tengo que salir sin comprar un sombrero.





"¿Y si le regalara a Mamita un chupetín?" La idea me parece perfecta. Voy a ver al chocolatinero y le pido un chupetín. Pero entonces me doy cuenta de que el chupetín no le gusta a Mamita sino a mí y no compro nada. Ni siquiera un caramelito de frutilla.

Pasa un hombre por la calle. ¿Saben qué ofrece? ¡Pues pescaditos de colores!

Busco mis monedas para comprarle pescaditos a mamá. Y entonces descubro en el



bolsillo un agujero chiquitito por donde se han caído todas las moneditas. ¡No me importa! Aunque no tenga dinero, igual encontraré algo lindo para Mamita.



Veo caminando despacito una señora con el cabello blanco: es mi abuelita. Corro a abrazar a mi abuelita. Le cuento lo que me sucede. Abuelita me escucha muy divertida, me toma de la mano y me lleva a su casa.

Subimos unas escaleras y llegamos a una pieza llena de sillas rotas y de cuadros viejos. Abrimos un baúl grandote y abuelita saca un montón de cosas hasta que encuentra una cajita que hace "tararí". Es una cajita de música.

Le regalaré a Mamita una cajita de música que hace "tararí".





Después volvemos con abuelita a casa. Cerramos la puerta del comedor, yo me subo a la mesa y cuelgo del techo unas guirnaldas de colores. Pero todavía falta algo... ¡Ya sé! Le agrego a la lámpara mi moño nuevo.

Pasa mi tía Susana con un plato de masitas y abuelita trae de la cocina una torta en que dice: "¡FELIZ CUMPLEAÑOS, MAMITA!".





Entonces me peino las trenzas, me lavo las rodillas y bajo por la baranda con todo cuidado, porque tan luego hoy no debo romper el jarrón. La gente ya está en el comedor.

Todos rodean a Mamita, pero cuando yo entro ella se adelanta, me abraza y me besa.

—Son muy lindos los adornos —dice.

Y cuando le entrego mi regalito siento que mi corazón, en vez de "tic-tac", dice "tararí", igual que la cajita de música.



Fin

de "EL CUMPLEAÑOS DE MAMITA", un librito de la serie *"Mis alegrías"* que ilustró ALBERTO BRECCIA.



Pero, para no perderse, se esconde siempre cerca del gallinero. ¡Búsquenlo y lo encontrarán!



BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 3 de junio de 1953 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

60 cts.

Noñé

La granja de LOS NEGRITOS



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA BOLSILLITOS 66

Serie "Mis Cuentos"

LA GRANJA DE LOS NEGRITOS

Ilustrado por A. Breccia



Dominguita y Pantaleón son dos negritos que viven en la granja de doña Espumosa.

Un día, cuando Dominguita fué a dar de comer a las gallinas, vió que Gallinita Gris estaba muy triste. Gallinita Gris era la mamá de diez lindos pollitos, uno de los cuales era negro como el carbón.

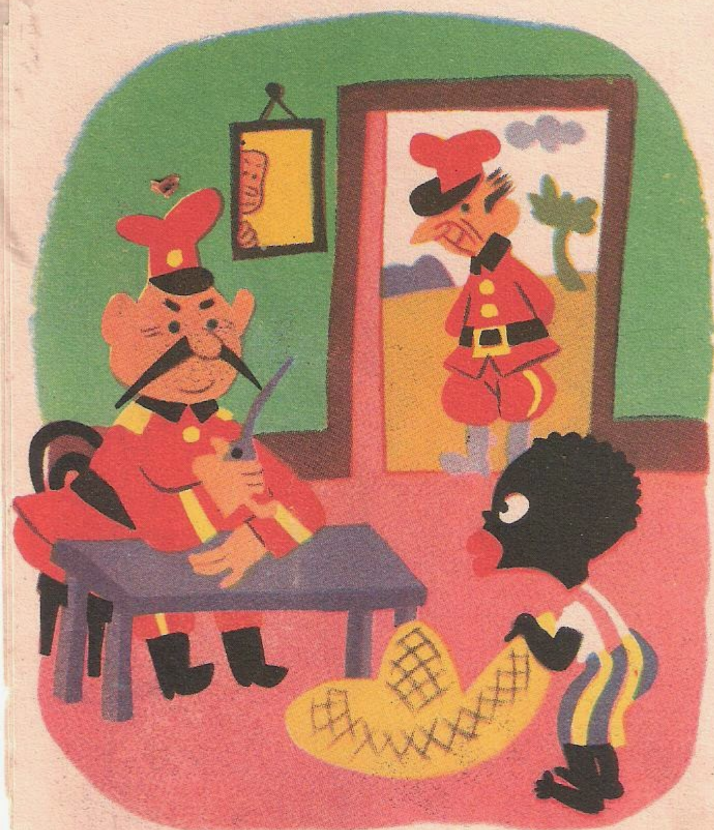




¿Por qué estaba triste Gallinita? ¿Le pasaría algo a sus pollitos? Dominguita empezó a buscarlos y encontró a todos, menos al negrito. Entonces llamó a Pantaleón.

Pantaleón y Dominguita buscaron a Pollito Carbón en todas partes. Pero Pollito Carbón había desaparecido.





Entonces Pantaleón fué a ver al comisario del pueblo y le dijo:
—Señor comisario, por favor, haga

poner en la plaza este cartel:



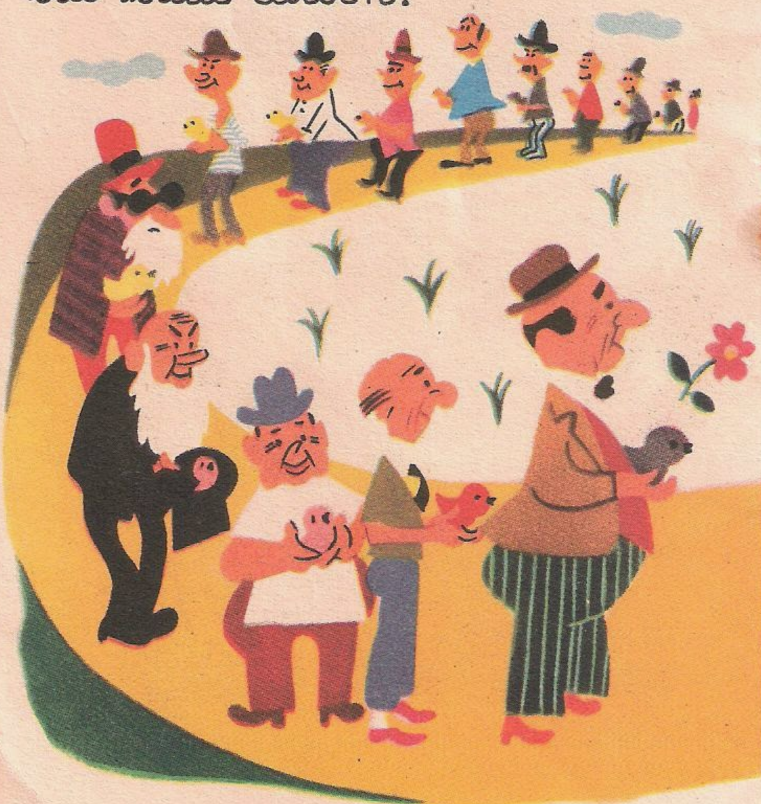


Mientras tanto Dominguita había ido a ver al director del diario del pueblo.

—Señor director —le dijo—, publique por favor un aviso que diga: "Al que encuentre a Pollito Carbón de doña Espumosa se le recompensará con una bolsa de trigo".



Al otro día la casa de doña Espumosa se llenó de gente. Todos reclamaban la bolsa de trigo, pero ninguno de los pollitos que traían era Pollito Carbón.





—Señores —exclamó Dominguita muy enojada— ¿no saben acaso que Pollito Carbón es negro? Ya veo que lo único que les interesa es el trigo.

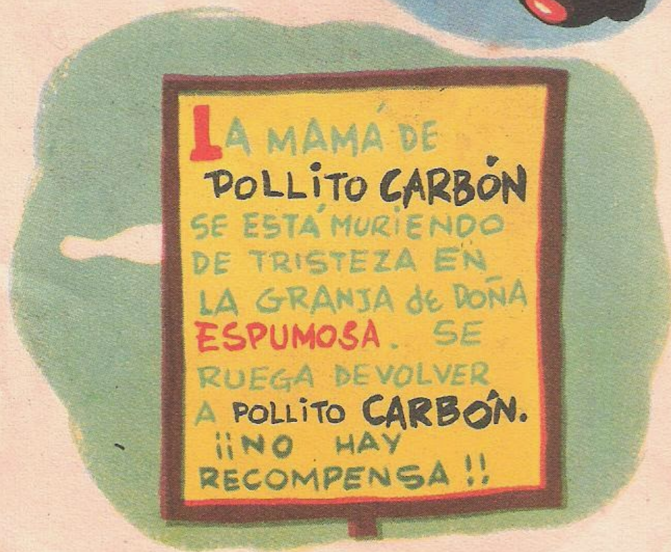
Cuando todos se fueron...

—¿Qué podemos hacer?—dijo Dominguita—. Gallinita Gris está tan triste que tengo miedo de que se muera.



Entonces Pantaleón se fué a ver al comisario y al director y les pidió que publicaran un aviso que dijera:







A la mañana siguiente se presentó en la granja de doña Espumosa un campesino; dentro de su sombrero traía a Pollito Carbón.

-Lo encontré lastimado en el camino -dijo-. Lo curé, y nunca lo hubiera cambiado por una bolsa de trigo, pero no quiero que su mamá se muera de tristeza.

Entonces fueron los tres a buscar a Gallinita Gris, que se puso a cacarear de alegría y se curó de su tristeza, que era la única enfermedad que tenía.





EL ..... LADRA EL .... RELINCHA

EL .... MAÚLLA EL ..... GRUÑE

******

 Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 23 de septiembre de 1953 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

60 cts.

Noñé

Animalitos y FIGURITAS



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA BOLSILLITOS 82

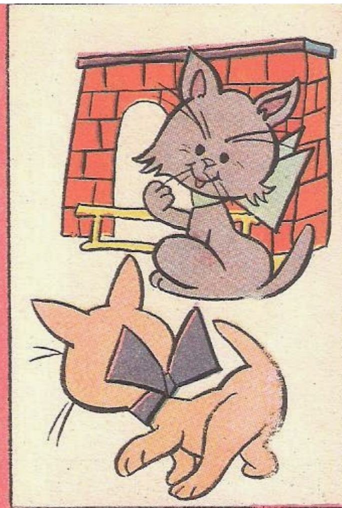
H 3217-C

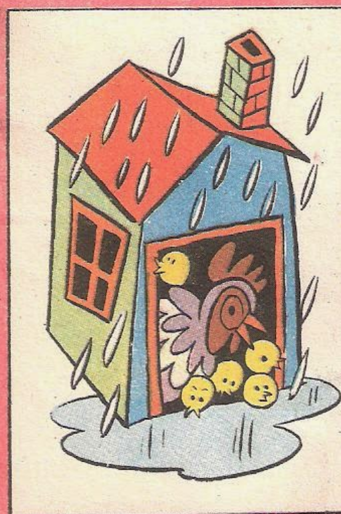


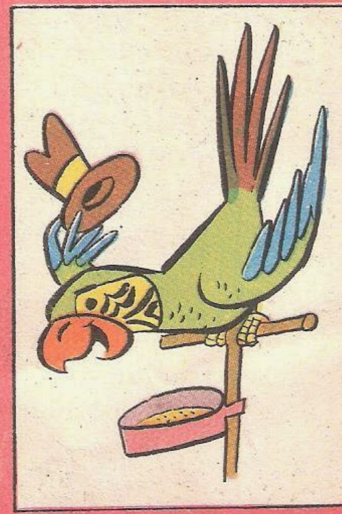
Por eso les recomiendo:

1) Corten las figuritas con cuidadito o pídanles a sus papás que se las corten. ¡Atención! ¡Sin cortar esta hoja ni la última!
2) Aprendan los versitos de memoria.
3) Jueguen con las figuritas a todos los juegos que se juegan con figuritas.
4) Y si a la maestra le parece bien péguenlas en el cuaderno de clase. Así tendrán una *lección completa e ilustrada sobre animalitos.*







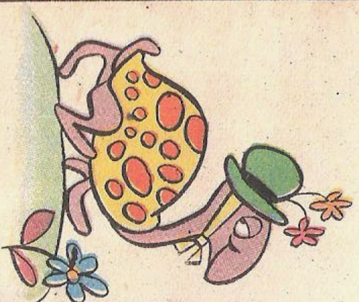


Tan educado es Lorín
que, aunque se muera de susto,
cuando entra un desconocido
dice siempre: —¡Mucho gusto!

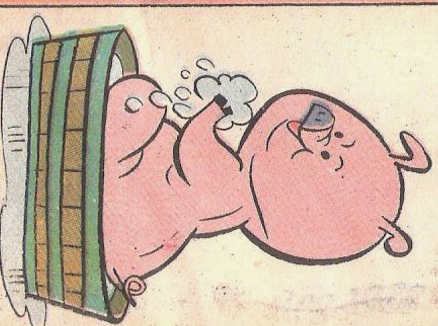
Secándose los bigotes
juntito a la chimenea
habla Gatín de sus cosas . . .
y Gatita se pasea.

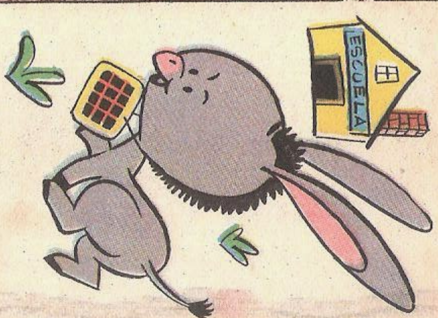
Gallinita y sus pollitos
quieren salir de paseo,
pero saldrán otro día
porque hoy el tiempo
está feo.

Tiene Perico un perrito
tan alegre y retozón
que ha inventado un
nuevo modo
de tocar el acordeón.







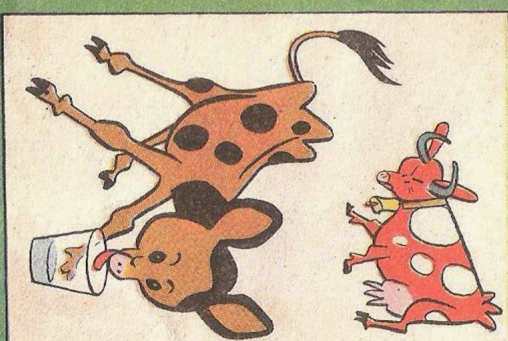


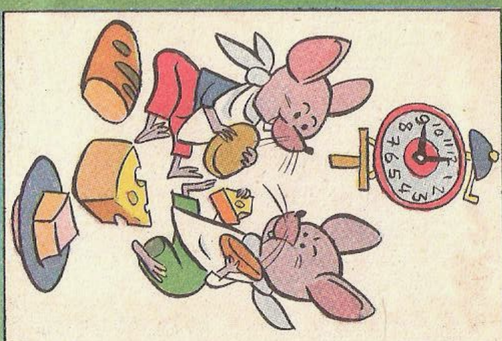
Un chanchito como éste,
que toma su baño diario,
¿no es acaso —piénsenlo—
un chanchito extraordinario?

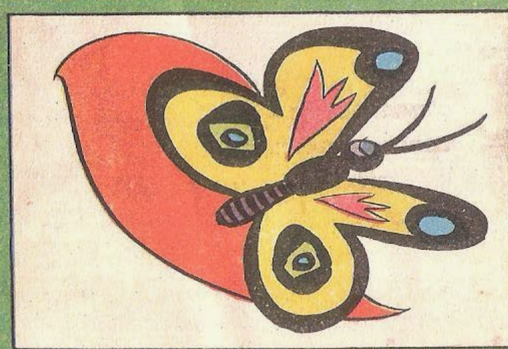
Este burrito no quiere
seguir siendo tan burrito,
y por eso irá a la escuela
para aprender un poquito.

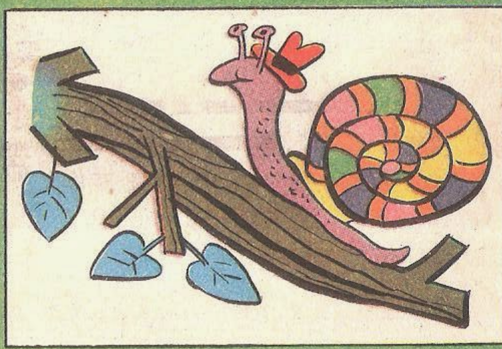
Tan depacito camina
Tortuguita Tortugueta
que toditos sus parientes
le han pedido la receta.

Mamá Pata y sus diez hijos
no acaban de estornudar,
y . . . ¡qué imprudencia
¡tan grande!
están por irse a bañar.







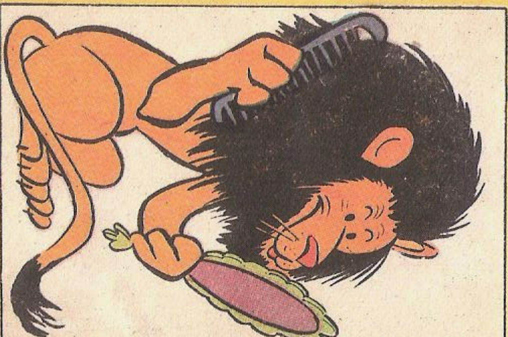


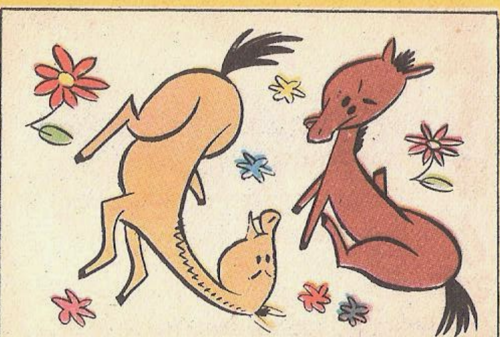
De gira por el jardín
quiso salir Mariposa,
y se ha quedado dormida
sobre un pétalo de rosa.

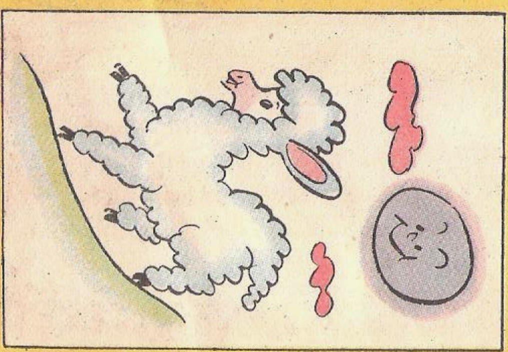
¡Ni valijas ni baúles!
¡Qué lindo es salir de viaje
como sale Caracol,
con casa y sin equipaje!

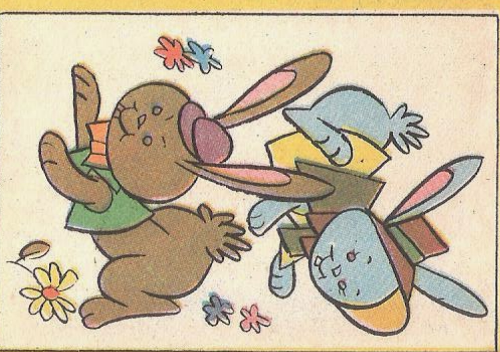
Doña Vaca se ha enojado
porque su hijo Ternerito
se ha encaprichado
(y pretende
tomar la leche en vasito.

Ratón Cito y Ratón Pérez,
sea verano o caiga nieve,
con queso, pan y manteca
desayunan a las nueve.







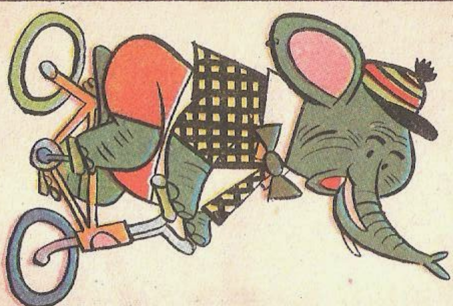


La ovejita paseandera
va por la cuesta bajando;
no sabe que doña Luna
ya salió, y está mirando.

Aquí lo tienen ustedes
a Conejín Orejita
paseándose, muy ufano,
con su prima Conejita.

A este león, Payasito
un peine le ha regalado,
y le ha dicho: —Don Leoncio,
péinese usted con cuidado.

Un caballito que viene
y otro que va a la ciudad
se han encontrado y
(se han dicho:
—¡Qué linda casualidad!









Siempre que Tigrín Tigreti
se corta o se hace un tajito
va a pedirle al peletero
que le haga un remiendito.

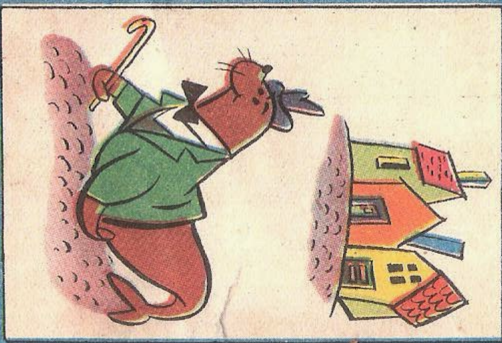
¡Quién sabe si ustedes quieren
viajar en una bolsita!
Si quieren, doña Canguro,
muy gustosa, los invita.

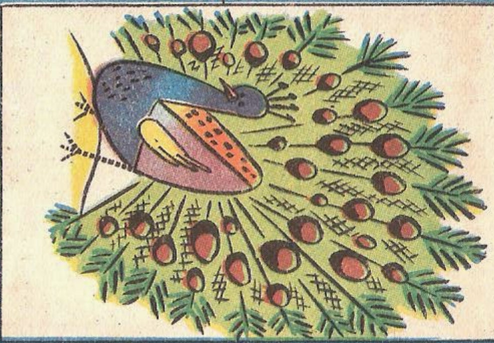
Como no tiene zapatos,
Elefantito Trompeta
se ha lustrado los colmillos
para andar en bicicleta.

Fué a comprarse una bufanda
Jirafita Jirafina:
como todas eran cortas
se compró una serpentina.









Se comenta en todo el barrio
que Foquita F. Foquito,
aunque nada como nadie,
camina mal y poquito.

Dicen que en rueda de amigos
Pavo Real se ha quejado
de tener un abanico
que jamás lo ha abanicado.

Como quisiera volar
sin pasar un papelón
Pingüinito volará
sentadito en un avión.

Osito Osín ha tomado
un profesor de gimnasia
porque quiere adelgazar
para bailar con más gracia.

¿Cortaron las figuritas bien cortaditas? ¡Muy bien! Ahora guarden lo que les queda de este librito —la tapa y esta hoja—; si no, dentro de mucho mucho tiempo creerán que nos salteamos un número de la Biblioteca Bolsillitos.



Fin

de "ANIMALITOS Y FIGURITAS", un librito de la serie *"Mi escuelita"* que ilustró ALBERTO BRECCIA.



¿QUERRÍAN USTEDES IR SEÑALANDO POR ORDEN LOS CUADRITOS PARA QUE SE ENTIENDA LA HISTORIA?

 Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 23 de septiembre de 1953 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

60 cts.

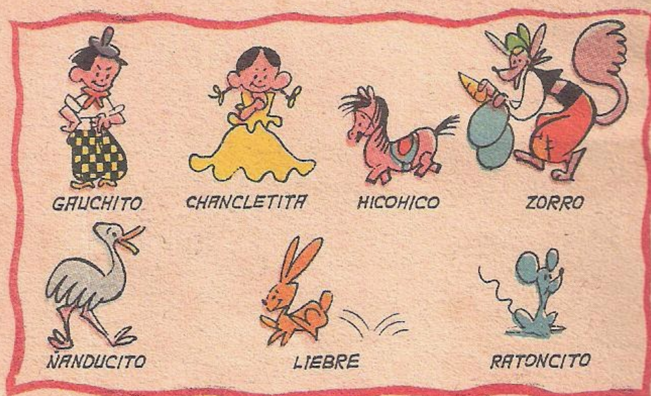
H. Sánchez Puyol

¡Paliza para el ZORRO!



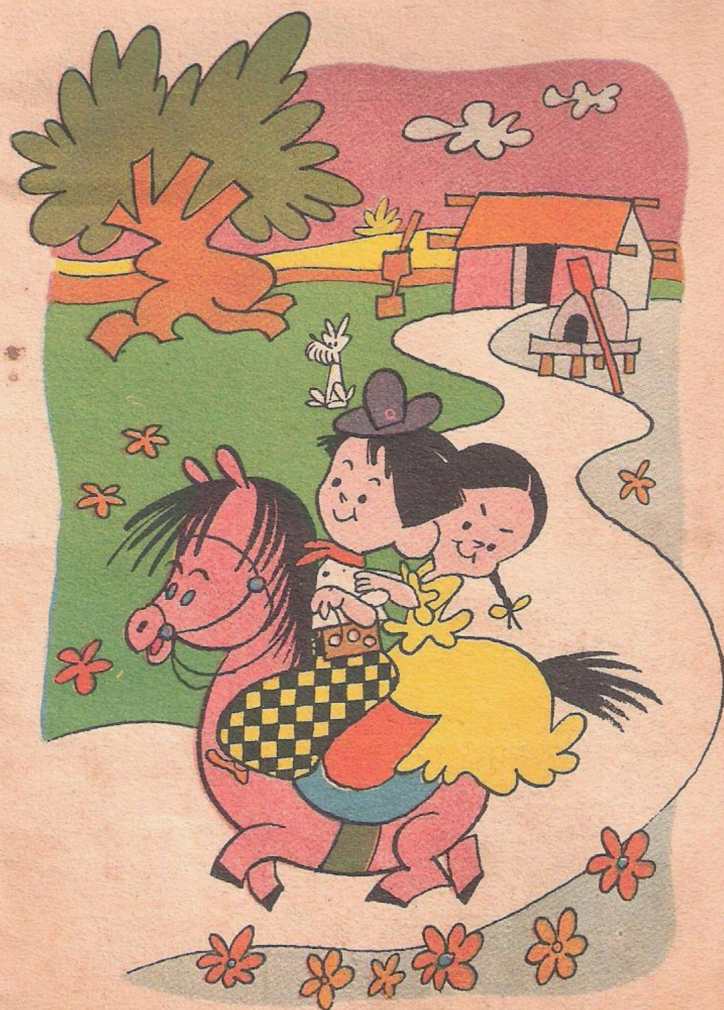
Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA BOLSILLITOS 84



En su "petiso" Hicohicò, Gauchito y Chancletita salieron una mañana al campo. Iban al pueblo, a comprar galleta.

– Vayan y vuelvan en seguida – les había dicho la mamá –. Y no se distraigan por el camino.



Por eso, al trotecito de , allá iban y , muy serios los dos. Pero de pronto vieron venir por el campo al . Venía silbando muy contento, con una bolsa de papel en la mano.

–¡Buenos días, señor Zorro! ¿Cómo le va? –saludó Gauchito–. ¿Qué hace con esa bolsa?

–¡Ja! ¡Ja! –se rió el Zorro–. ¡Estoy ganándome el almuerzo!

Y sacó de la una piedrecilla, un trocito de y una ; luego tiró al suelo las tres cosas.

–Como ven, estoy muy



ocupado – continuó el Zorro.

Y se marchó, siempre silbando.

No se había alejado mucho cuando volvió a dejar caer una piedrecilla, un trocito de y una .

–¡Qué cosa más rara! –exclamó –. ¿Cuál será el almuerzo del Zorro?

No tardaron mucho en saberlo. Al ratito, no más, aparecieron el la y el .

–¡Hola, niños! – saludó el –. Hoy es un día de mucha suerte. A cada rato



encuentro piedrecillas para comer.

—¡Y yo, unas riquísimas! —dijo la guiñando un .

—¡Y yo, pedacitos de ! —exclamó el . Pero apenas le entendieron porque hablaba con la boca llena.

Y los tres se alejaron comiendo las ricas cosas que el pícaro iba dejando caer...

—¿Vamos a dejar que el Zorro se los coma? —preguntó Chancletita.

—¡No! —exclamó Gauchito muy enojado—. ¡Ahora va

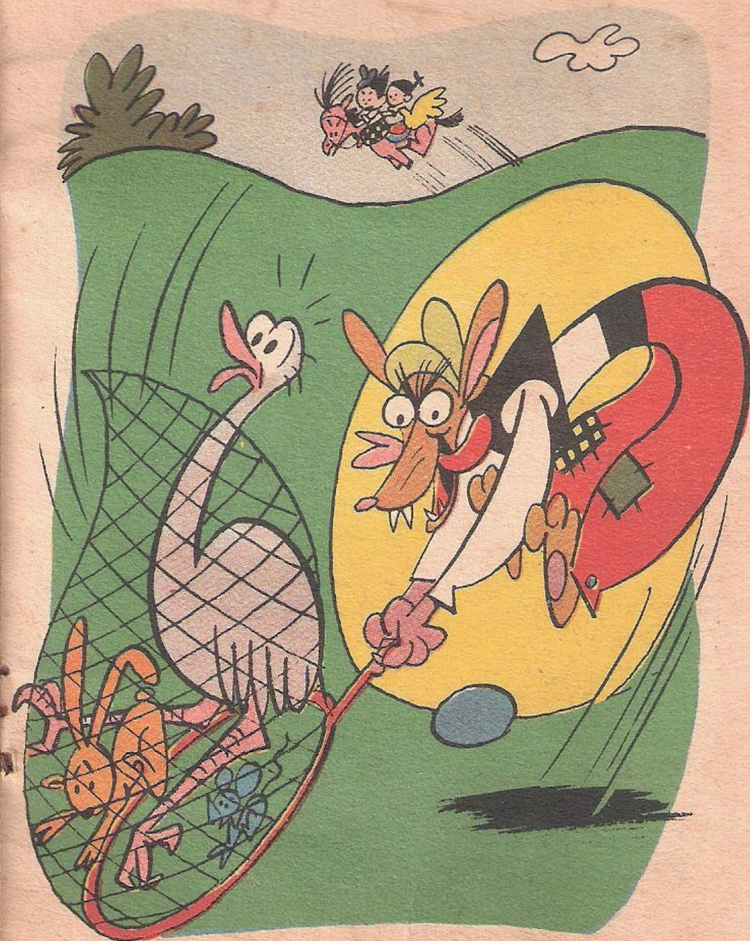


a ver ese bicho malo!

Como no había tiempo que perder, hicieron galopar a [pictogram of horse head]. El "petiso", que era un gordo comodón, rezongó un poco, pero, como era bueno, se apuró todo lo que pudo.

Llegaron justito cuando el Zorro, que se había escondido detrás de un ombú, cazaba con un cazamariposas, de un solo golpe, al [pictogram of ñandú], a la [pictogram of rabbit] y al [pictogram of mouse].

–¡Yo te voy a dar, Zorro traicionero! –exclamó Gauchito dándole un garrotazo tremendo con el cabo del rebenque.



—¡Y yo te voy a enseñar a engañar animalitos! —dijo Chancletita clavándole con todas sus fuerzas un en... donde los zorros se sientan.

Con un gran chichón en la cabeza, y agarrándose las asentaderas, escapó el mientras los dos hermanitos soltaban a los cautivos.

Volvieron a casa.

—¿Y las galletas? —preguntó la mamá.

Chancletita miró a Gauchito y Gauchito miró a Chancletita: ¡se habían olvidado!



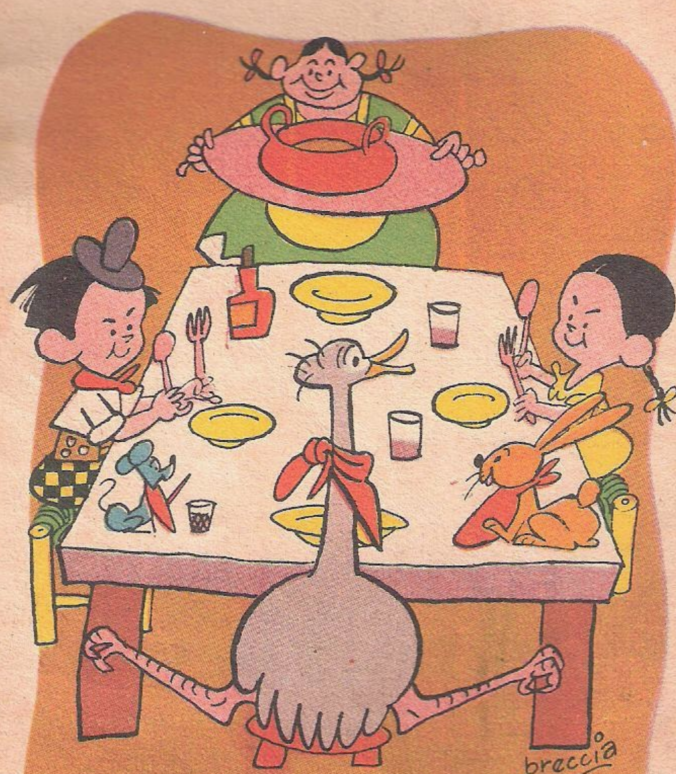
—¡Aura van a ver! ¡El tirón de orejas que les voy a dar!

Y ya se arremangaba la buena señora cuando alguien exclamó:

—¡No, patrona! ¡Eso no se hace! Sus hijos son muy buenos, y aquí les traemos estos regalitos.

Eran el Ñanducito, que traía un ramo de , y la Liebre, que traía un gran repollo, y el Ratón, que traía dos hermosas .

Contaron lo ocurrido, y entonces la dió un beso a y a e invitó a almorzar al , a la y al .



Fin

de "PALIZA PARA EL ZORRO" un librito de la serie "Mis cuentos" que ilustró A. BRECCIA.

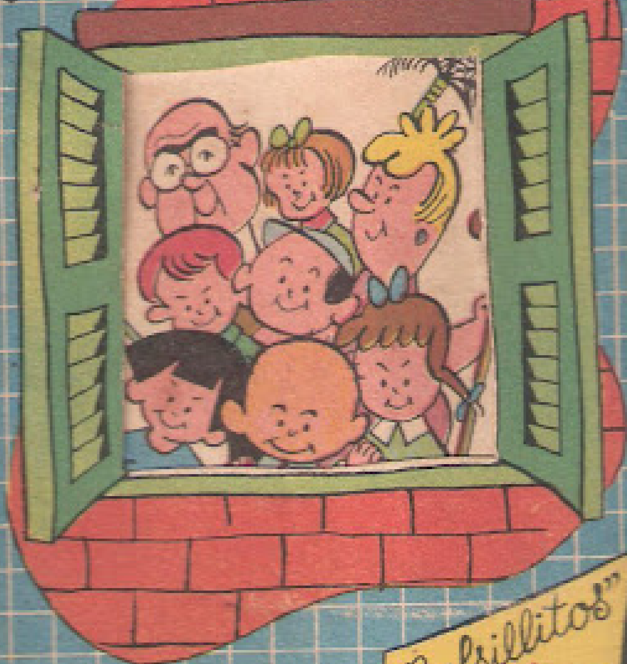


****

60 cts.

Inés

La familia FELITA



"Bolsillitos" Nº 86 con sorpresas

En una casa llena de ventanitas viven papá Pelito y mamá Pelita con sus nenes, los Pelititos.



A la mañana, entre todos, limpian la casa con plumeritos
y escobas.



Después Beatriz y Pablito instalan un almacén de juguete





mientras Jorgito y Nora van a cazar mariposas.

En el jardín, Julito fabrica avioncitos que llegan hasta el sol y Lucita remonta barriletes que hacen cosquillas a las nubes.





Mamá Felita pone la mesa y adorna el comedor con farolitos porque siempre hay un cumpleaños.





¿SE FIJARON QUÉ HAY EN EL HORNO?

En la cocina, María la cocinera hace masitas y tortas de chocolate.

Mamá Felita pone la mesa y adorna el comedor con farolitos porque siempre hay un cumpleaños.

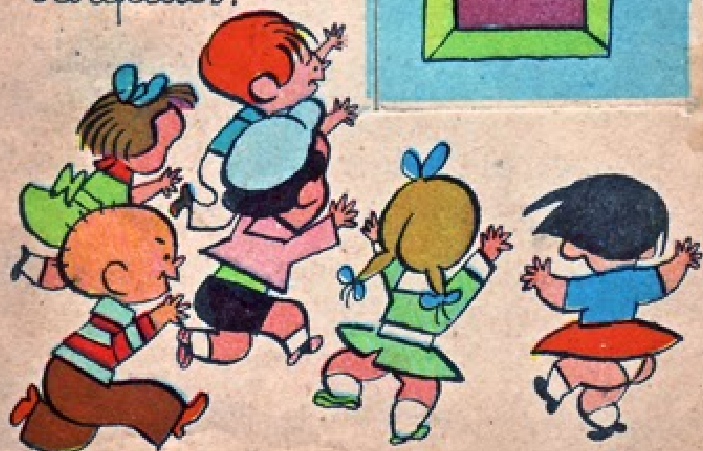




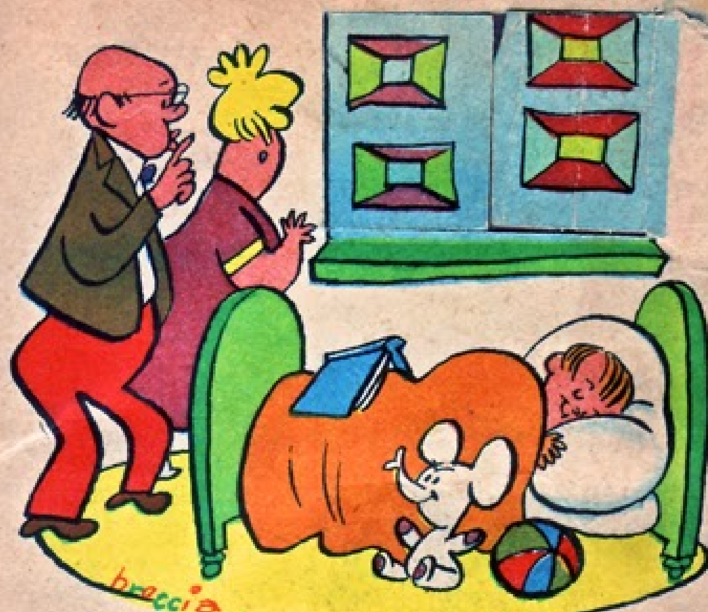
En la cocina, María la cocinera hace masitas y tortas de chocolate.

Cuando papá Felito abre la puerta de calle todos vienen corriendo pues saben que trae caramelos y barquitos.





ABRAN LA VENTANITA.



A la noche todos se acuestan y los papás cierran las ventanitas para que los Felititos no se escapen a jugar con las estrellas.

FIN

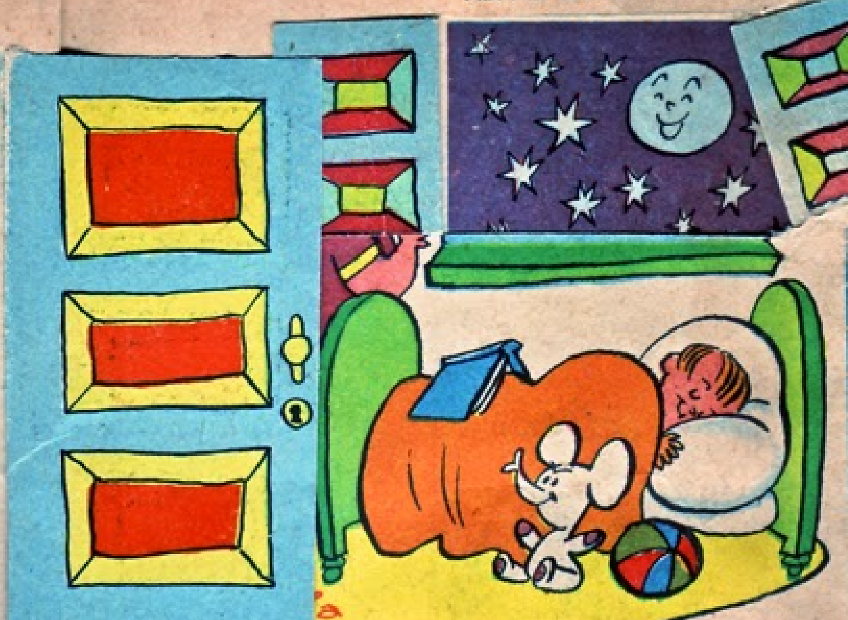
Este librito fué ilustrado por A. BRECCIA

Cuando papá Felito abre la puerta de calle todos vienen corriendo pues saben que trae caramelos y barquitos.





ABRAN LA VENTANITA.

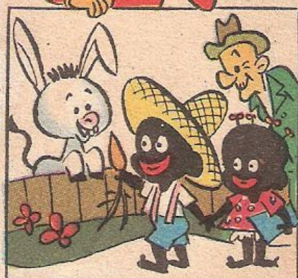


A la noche todos se acuestan y los papás cierran las ventanitas para que los Pelititos no se escapen a jugar con las estrellas.

FIN

Este librito fué ilustrado por A. BRECCIA









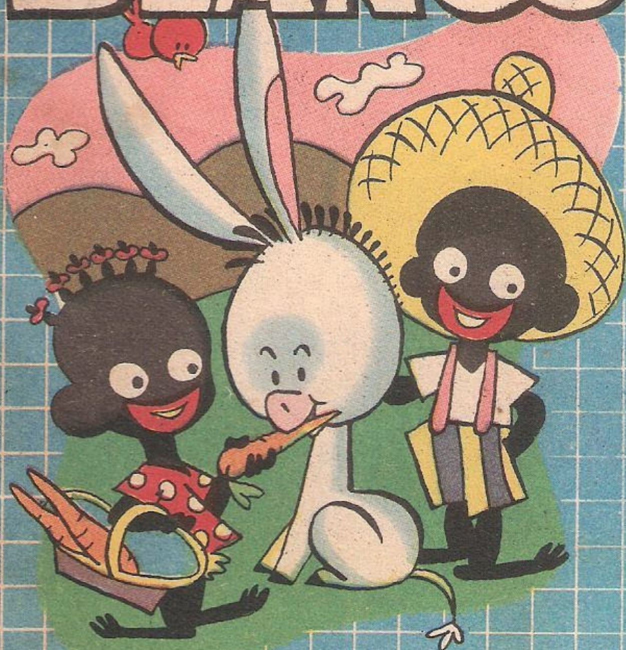


BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 21 de octubre de 1953 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

60 cts.

Noñé

PELITO BLANCO



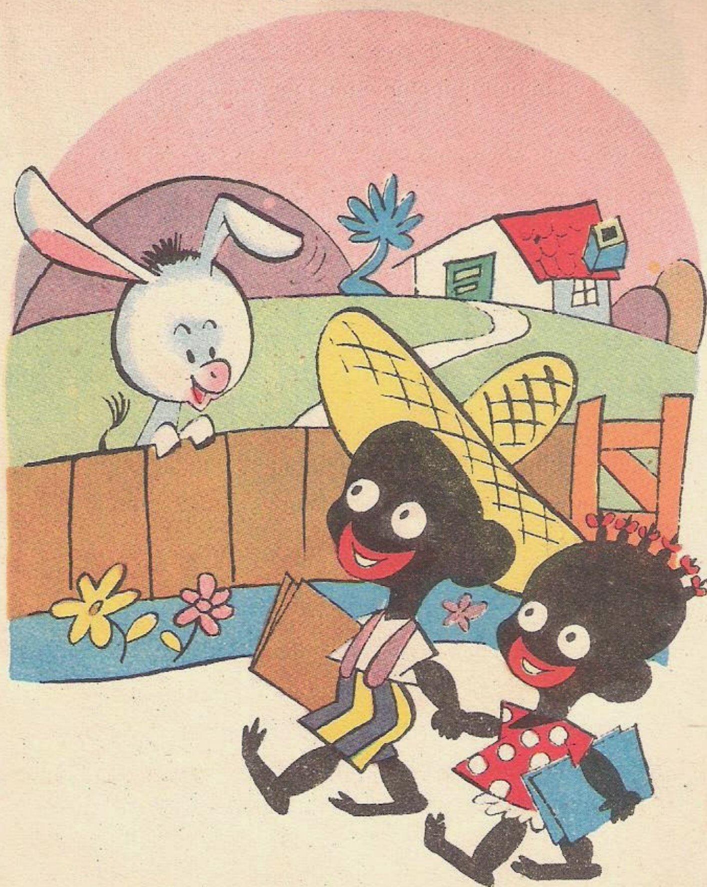
Editorial Abril - Buenos Aires

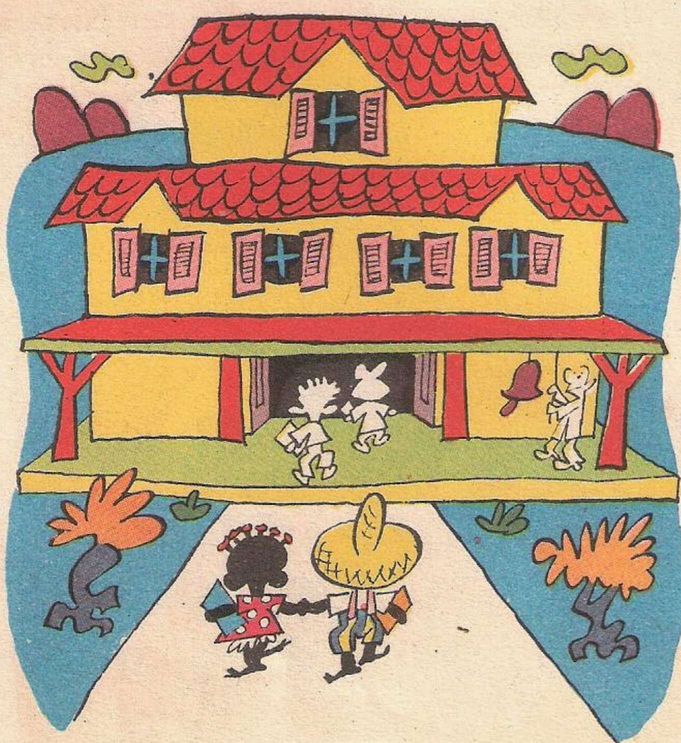
BIBLIOTECA BOLSILLITOS 88



PELITO BLANCO era un burrito muy inteligente.

Por eso, cuando Dominguita y Pantaleón pasaban camino de la escuela y le decían: "¡Buenos días, Pelito Blanco!", él respondía siempre con dos pequeños rebuznos.





Dominguita, siguiendo su camino, decía:
—¡Cómo me gustaría que fuera mío!
—Quizá algún día juntemos la plata para comprarlo —respondía Pantaleón.
Y esto ocurría todas las mañanas.

Pero una mañana ocurrió algo tan extraordinario que a Dominguita y Pantaleón les pareció estar soñando. Don Jacinto, nada menos que don Jacinto, el dueño del burrito, los llamó y les dijo:
—Me voy a la ciudad y les regalo a Pelito Blanco. Pueden llevárselo cuando quieran.





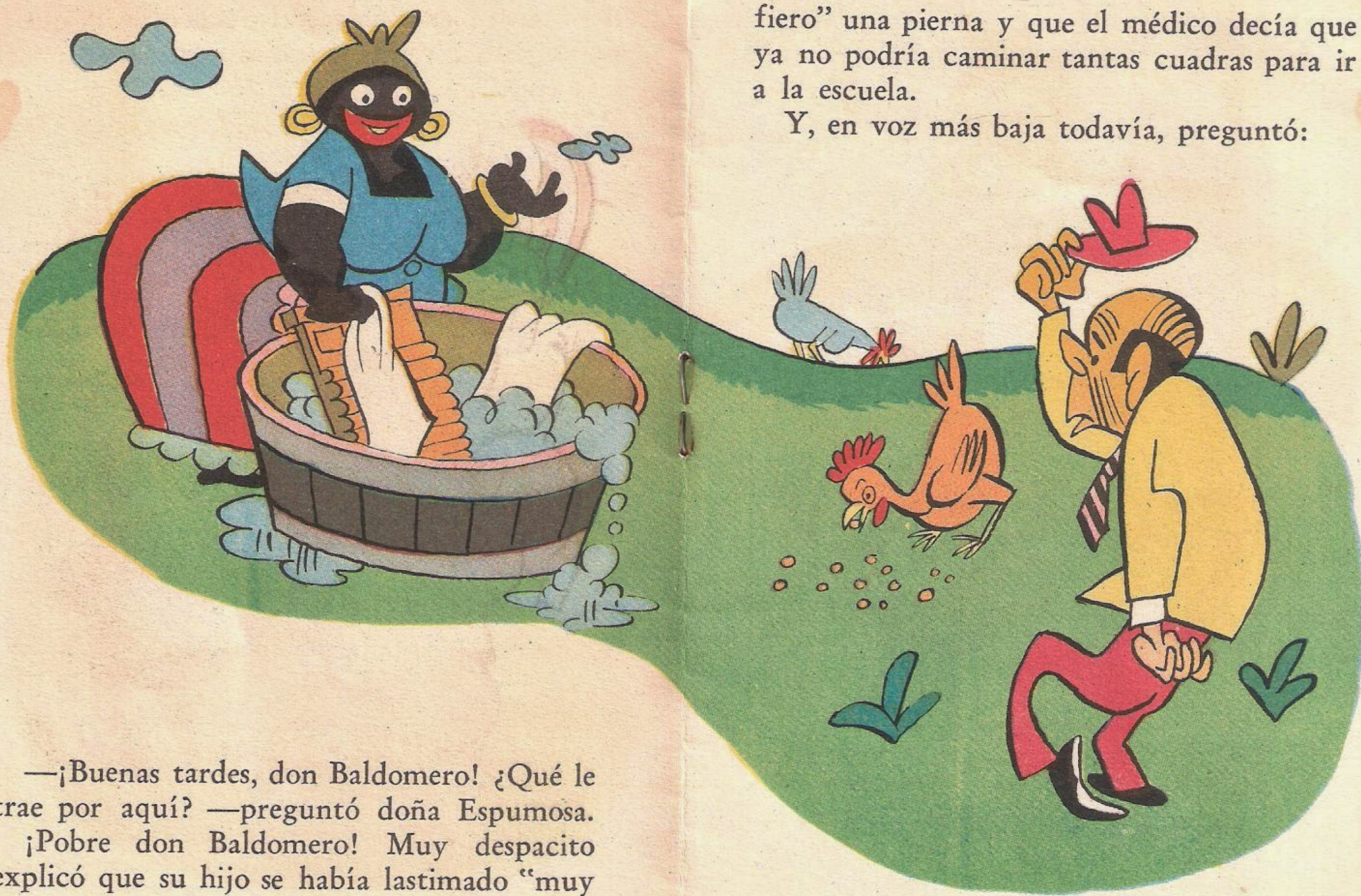
¿Cuando quieran? Dominguita y Pantaleón querían llevárselo lo antes posible, y por eso, al volver de la escuela, recogieron el burrito y lo llevaron a la granja de doña Espumosa.

Le estaban dando de comer cuando...
—¡Buenas tardes! —dijo una voz cansada.



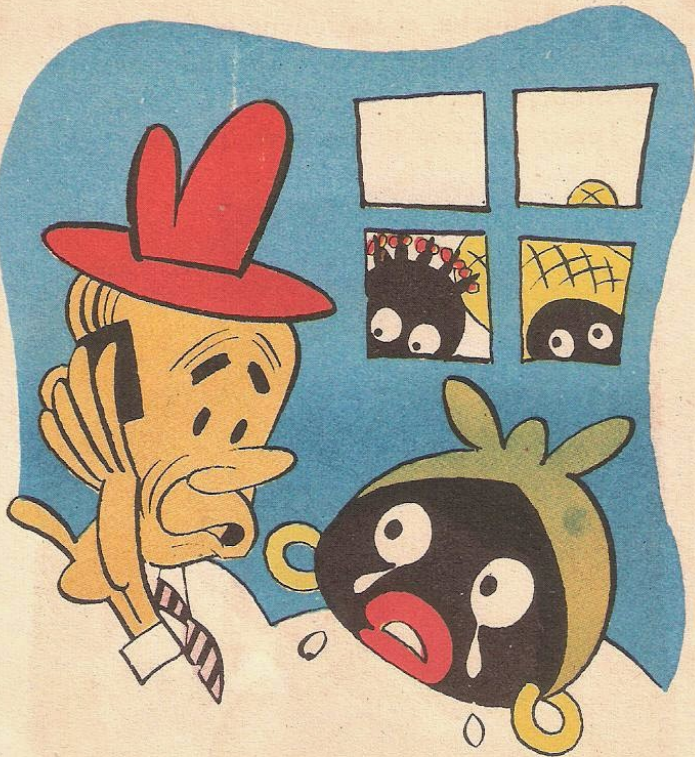
fiero" una pierna y que el médico decía que ya no podría caminar tantas cuadras para ir a la escuela.

Y, en voz más baja todavía, preguntó:



—¡Buenas tardes, don Baldomero! ¿Qué le trae por aquí? —preguntó doña Espumosa.

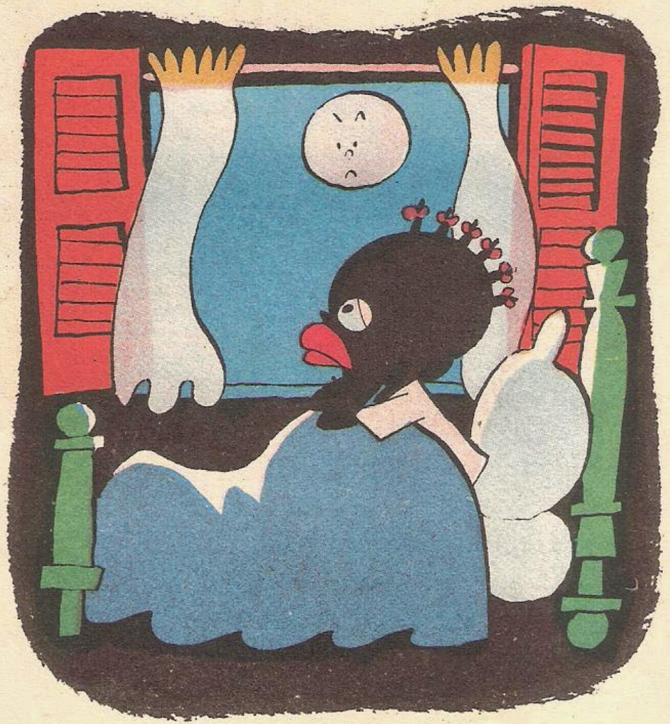
¡Pobre don Baldomero! Muy despacito explicó que su hijo se había lastimado "muy

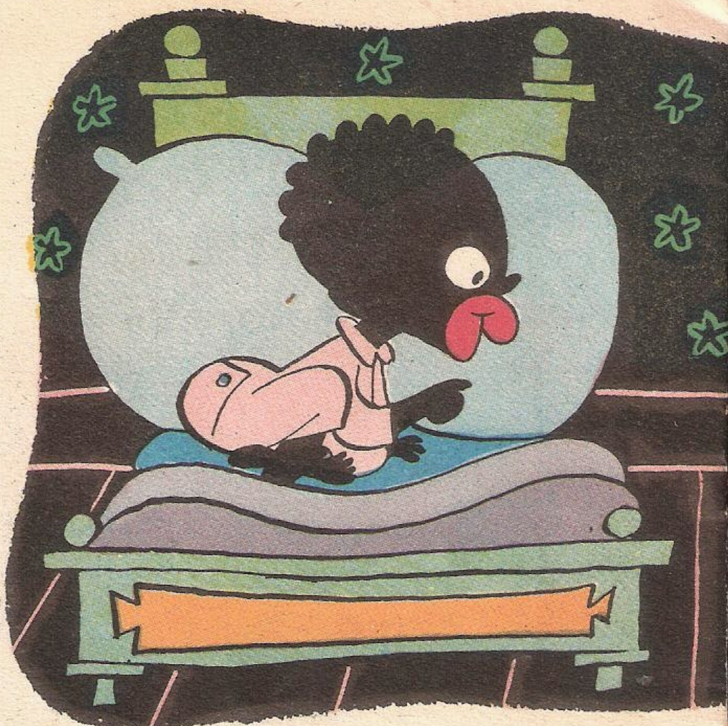


—¿No tendría usted, doña Espumosa, algún caballo que pudiera prestarme?

No, doña Espumosa no tenía ninguno, y, al oírselo decir, Dominguita sintió una cosquillita del lado del corazón.

Llegó la noche, y los chicos se fueron a la cama. Pero, siempre del lado del corazón, Dominguita sentía la cosquillita cada vez más fuerte y no se podía dormir.





—Dominguita —dijo Pantaleón desde su cama—, ¿qué te parece si . . . ?

Dominguita dió un salto.

—¡Ya sé, Pantaleón! —respondió—. Ya sé. Si le prestáramos nuestro burrito a don Baldomero todo se arreglaría. Mañana mismo se lo llevaremos. ¿Quieres?

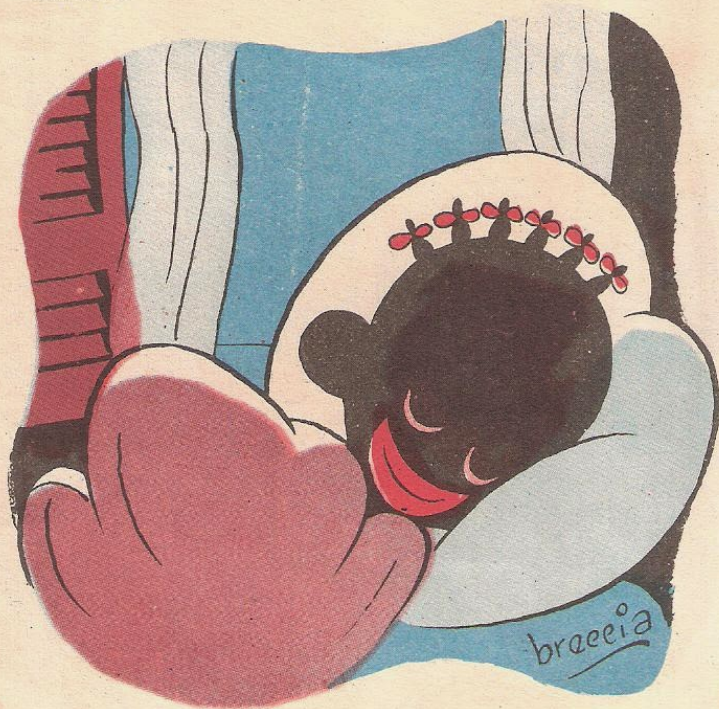


Y, al decir esto, Dominguita notó que la cosquillita había desaparecido como por encanto. "Siempre me pasa lo mismo", pensó. "Es como una campanita que suena y suena hasta que me doy cuenta de lo que debo hacer."



—Sí —respondió Pantaleón—. Y quizá yendo a la escuela también él aprenda algo.

—Quizá —dijo Dominguita. Y, muy contenta, cerró los ojos y se durmió profundamente.

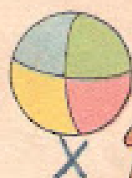


Fin

de "PELITO BLANCO", un librito de la serie que ilustró ALBERTO BRECCIA.

¡EN NAVIDAD, PIENSO COMER Y JUGAR MUCHÍSIMO!

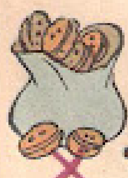








¿PODRÍAN USTEDES PONER UNA CRUCECITA ROJA DEBAJO DE LO QUE VOY A COMER Y UNA AZUL DEBAJO DE LOS JUGUETES? SE LOS PIDO PARA NO CONFUNDIRME.







 Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 16 de diciembre de 1958 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

60 cts.

Inés

¡Feliz Navidad!





Bolsillitos con sorpresas

Nº 94

Las estrellitas del cielo estaban despiertas la noche de Navidad... Y también Gloria, Bochi y Carlitos, quienes,





muy asombrados, vieron asomar por la chimenea dos negrísimas botas de charol.

Leque, el minino de los bigotes blancos, erizó la cola... Bochi, de un salto, se escon-



dió debajo del sillón de papá...



Entonces, con la nariz manchada de hollín, salió Santa Claus de la chimenea: ¡en la mano llevaba su bolsa mágica!

Leque, el minino de los bigotes blancos, erizó la cola... Bochi, de un salto, se escon-



dió debajo del sillón de papá...



Entonces, con la nariz manchada de hollín, salió Santa Claus de la chimenea: ¡en la mano llevaba su bolsa mágica!

Santa Claus creía estar solo, y por eso empezó a sacar de la bolsa juguetes y más juguetes.

Luego colgó del árbol un muñeco, un tambor y un osito



y agregó tres misteriosos paquetes para los chicos. ¡Y una madeja para Leque! Pero en eso, ¡tan! ¡tan!, el reloj dió la medianoche y Santa Claus se escondió...



Santa Claus creía estar solo, y por eso empezó a sacar de la bolsa juguetes y más juguetes.

Luego colgó del árbol un muñeco, un tambor y un osito



y agregó tres misteriosos paquetes para los chicos. ¡ Y una madeja para Leque! Pero en eso, ¡ tan ! ¡ tan !, el reloj dió la medianoche y Santa Claus se escondió...



porque acababan de llegar mamá y papá para cortar el pan dulce y descorchar ¡pum! la sidra.



Los chiquillos, sentaditos sobre la alfombra,



jugaban con los juguetes nuevos.

porque acababan de llegar mamá y papá para cortar el pan dulce y descorchar ¡pum! la sidra.



Los chiquillos, sentaditos sobre la alfombra,



jugaban con los juguetes nuevos.



Y cuando se fueron a dormir sus ojos reflejaban las chispitas de las velas del árbol de Navidad, mientras Santa Claus se marchaba en su trineo de campanillas...

FIN

de ¡FELIZ NAVIDAD! un librito de la serie "Mis alegrías" que ilustró A.BRECCIA



Y cuando se fueron a dormir sus ojos reflejaban las chispitas de las velas del árbol de Navidad, mientras Santa Claus se marchaba en su trineo de campanillas...

FIN

de ¡FELIZ NAVIDAD! un librito de la serie "Mis alegrías" que ilustró A. BRECCIA



Treinta días trae noviembre,
con abril, junio y septiembre.
Febrero, que es el más breve,
trae veintiocho o veintinueve.
Dí, sin olvidar ninguno,
qué meses traen treinta y uno.

Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 16 de diciembre de 1953 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

60 cts.

Noñé

¡AÑO NUEVO!



BIBLIOTECA BOLSILLITOS 95

Editorial Abril - Buenos Aires



DOMINGUITA salió de la cocina, se recostó sobre el cerco y se quedó mirando el cielo. ¡Qué ligerito pasaban las nubes!

"Sí. Las nubes arriba y los días abajo pasan muy ligerito —pensó Dominguita—, y el año que se fué pasó más ligerito que ninguno. ¿Cómo será el que empieza hoy?"

—¡Dominguita! ¡Se queman las empanadas! —gritó Pantaleón desde la cocina.

Y, como esto era importantísimo, Dominguita dejó de pensar en el año nuevo y corrió a la cocina.

Pantaleón, muy acalorado, estaba sacando las empanadas del horno.



—Ya está —dijo cuando todas estuvieron afuera.

Entonces Dominguita colocó en la fuente de las empanadas una tarjetita que decía:



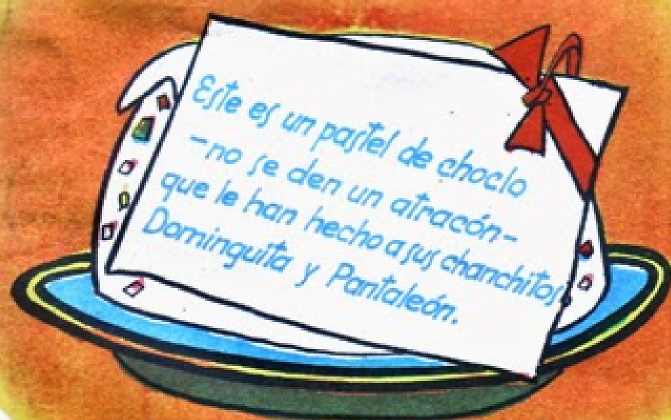
y colocó la fuente junto a otras fuentes, cada una de las cuales tenía, también, su tarjetita. Había una verde, clavada en un budín, que decía:



y una amarilla que asomaba entre las tortas para decir:



y en un blanquísimo pastel una blanca que decía:



—Las llevaremos al bosquecito —explicó Pantaleón mientras, con mucho cuidado, colocaba las fuentes en la carretilla.



Porque allí, en el bosquecito, doña Espumosa había puesto la mesa con turrones y pan dulce, avellanas y nueces, bombones y almendras, naranjada y refrescos, pastelitos y torta de frutillas. Y ahora, lo único que faltaba eran los invitados.





¡Din! ¡Don! ¡Din! Las campanas de la plaza dieron las doce y junto con ellas llegaron doña Coneja y sus seis conejitos, los pollitos, los chanchitos y el potrillito.

Entonces . . . ¡a la una, a las dos y a las tres!, todos se pusieron a comer. Y fué preci-



samente entonces, un poquito después de probar la torta y un poquito antes de probar la naranjada, cuando Dominguita sintió que el corazón se le ponía chiquito como una avellana y murmuró:

—¡Ay, Pantaleón! ¡Nos hemos olvidado de Marilú!

Y era que, **¡tilín! ¡tilín!,** Marilú avisaba desde la tranquera que acababa de llegar, muy coquetona, con su campanita al cuello.

—Ve a recibirla y no vuelvas con ella hasta que te llame —respondió Pantaleón muy apurado.

Porque lo importante era que Marilú no llegara a enterarse nunca de que, justo el día del Año Nuevo, Dominguita y Pantaleón se habían olvidado de ella.





Entonces, siempre muy apurado, Pantaleón preparó una bandeja con una empanada y una torta, una tajada de budín y un pedazo de pastel, una nuez y dos avellanas, tres bombones y cuatro almendras, un pedacito de turrón y otro de pan dulce, medio pastelito y muchas frutillas, un vaso de naranjada y



otro de refresco. Y en mitad de la bandeja colocó una tarjetita que decía:

¡Feliz Año Nuevo, Marilú!

La familia Conejín,
Pantaleón y los chanchitos,
Burrita y doña Espumosa,
Dominguita y los pollitos

te invitan en este día
a compartir su alegría.



Por eso, cuando Marilú —que era una ternerita muy celosa— llegó al bosquecito y vió que en su fuente no faltaba nada de lo que había en las otras, se puso muy contenta y, frotando a Pantaleón con su hocico, exclamó:

—¡Me . . . e . . . e! ¡Me . . . e . . . e!

Lo cual casi seguro, quería decir:

—¡Qué suerte! ¡Todos se han acordado de mí!

Así lo entendieron Dominguita y Pantaleón, y los dos, tan contentos como Marilú, chocaron sus vasos llenitos de refresco y brindaron:

—¡Feliz Año Nuevo, Dominguita!

—¡Feliz Año Nuevo, Pantaleón!



Fin

de ¡AÑO NUEVO!, un librito de la serie *"Mis cuentos"* que ilustró ALBERTO BRECCIA.





BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 13 de Enero de 1954 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

60 cts.

Noñé

El hada AZULINA

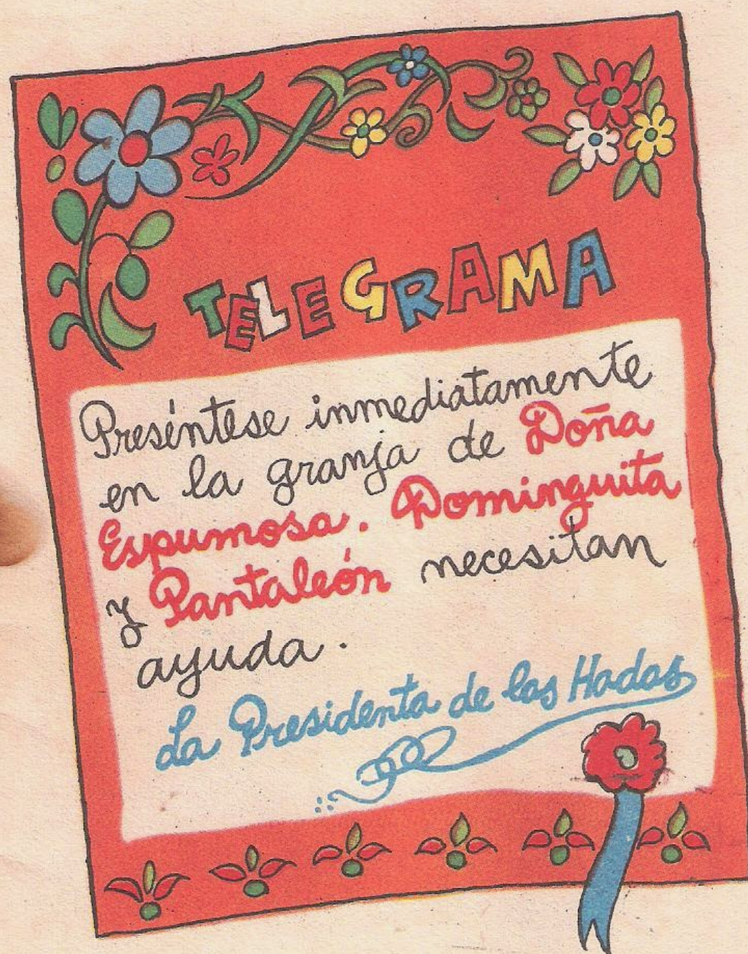


BIBLIOTECA BOLSILLITOS 98

Editorial Abril - Buenos Aires



ESTE cuento empieza cuando el hada Azulina recibió un telegrama que decía:





Azulina tomó su varita y se fué a la granja de doña Espumosa. Dominguita y Pantaleón estaban conversando y ella se escondió para oír lo que decían.

—¡Cómo me gustaría tener una linda muñeca! —dijo Dominguita.

—A mí —dijo Pantaleón— me gustaría tener un trencito con cuerda.

Y no habían acabado de decirlo cuando... ¡zum! aparecieron una muñeca y un trencito. Pero la muñeca era muy fea y el trencito era de papel.

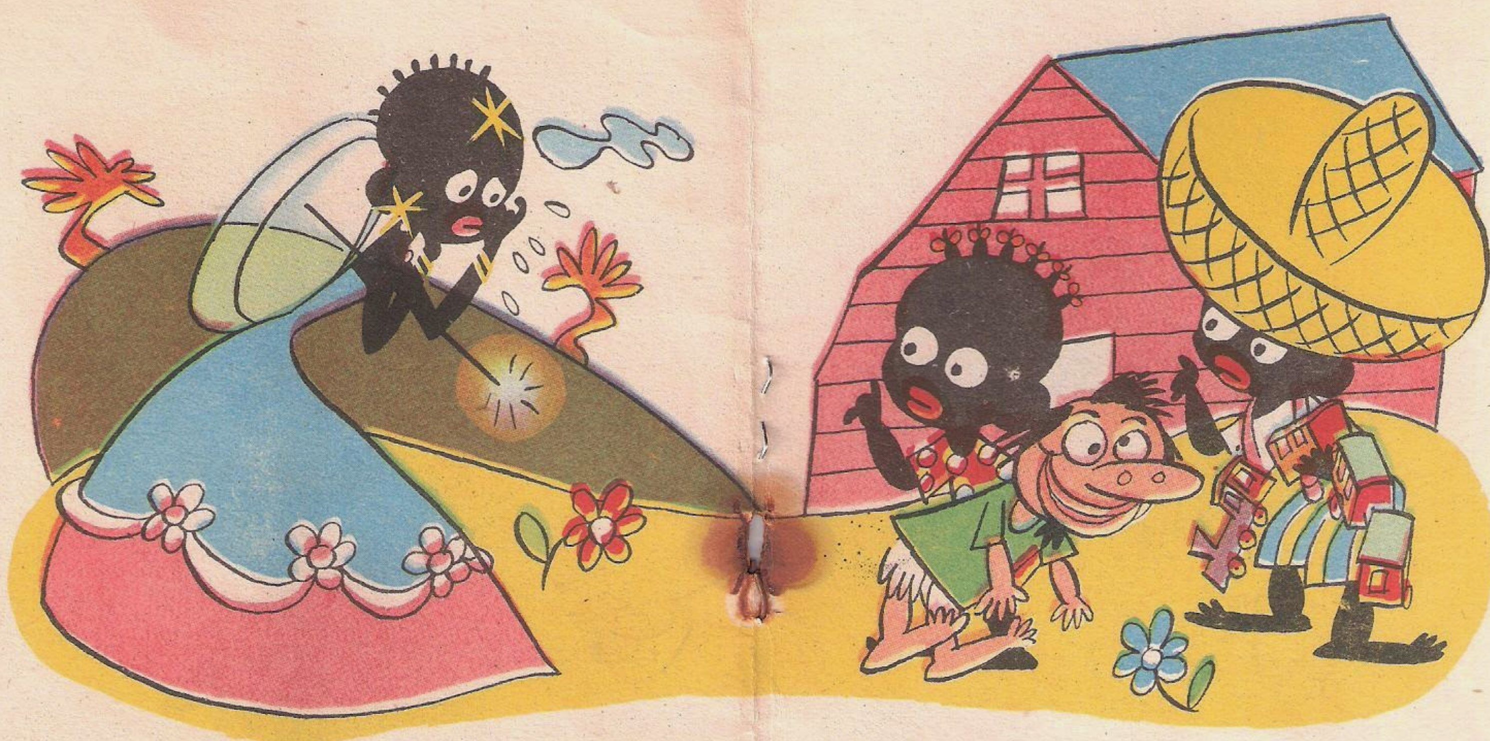




—¡Pobrecita! —exclamó Dominguita levantando la muñeca—. No eres tan linda que digamos, pero yo te cuidaré.

—Es una lástima que sea de papel —dijo Pantaleón levantando el trencito—. Pero me conformaré con mirarlo y . . .





Y no terminó de hablar porque Azulina salió de su escondite y, llorando, preguntó:

—¿No conocen a nadie que sepa arreglar varitas? Como ven, la mía hace todo al revés.

—Eso es muy peligroso, señora hada —dijo Dominguita—. Supóngase usted que un chico le pide que lo ayude a ser obediente o a curarse o...

—Y usted lo hace ser más desobediente o enfermar más o... —explicó Pantaleón.

—¡No sé lo que haría en un caso así! —respondió el hada llorando más que nunca.



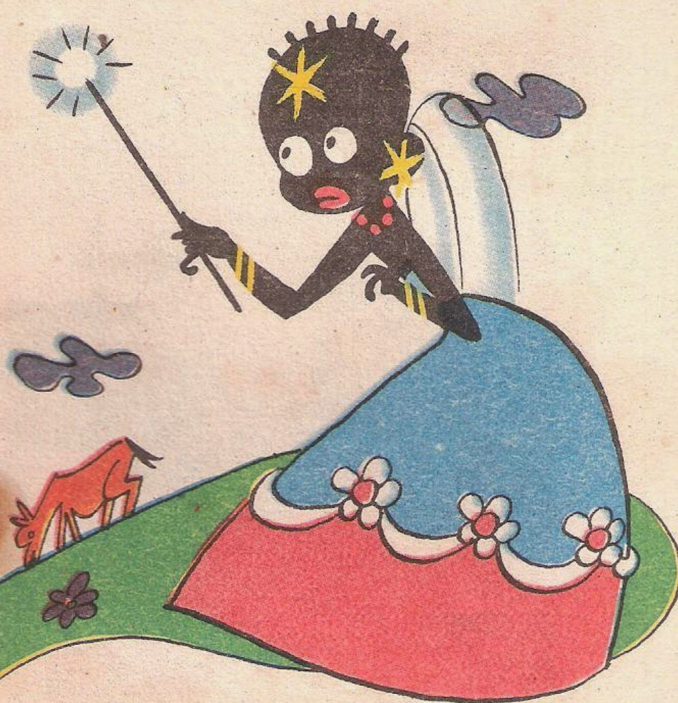


—Señora hada —dijo de pronto Pantaleón—, pensando se me ha ocurrido una idea. Haga el favor de repetir esto:

Varita, varitititita,
no te compongas solita.

Y ese **no** lo dijo muy fuerte porque "como cumple al revés —pensó Pantaleón— sí que se compondrá solita".





Azulina lo repitió, y, justito cuando terminaba de hablar, los tres vieron que la estrella de la varita empezaba a moverse y que, al llegar a la otra punta, se clavaba allí como diciendo: "Este es mi lugar".

—¡La estrellita no estaba en su sitio! ¡Con razón salía todo al revés! —exclamó Azulina. Y volviéndose hacia Pantaleón agregó: —¡Muchas gracias por tu ayuda! Como ya has visto, las varitas mágicas no sirven para nada cuando no se sabe pensar.



Así dijo, y, después de tocar con su varita a la muñeca y al trencito y de convertirlos en una hermosísima muñeca y un trencito con rieles y todo...

se tocó
a sí misma y des-a-pa-re-ció.



Fin

de "EL HADA AZULINA", un librito de la serie *"Mis cuentos"* que ilustró ALBERTO BRECCIA.

Biblioteca
BOLSILLITOS

Cada semana aparece un librito diferente...
¡y cada semana es más lindo!

Los libros de "Bolsillitos" son siempre alegres e instructivos. Tienen cuentos, juegos, figuritas, temas de la escuela, figuras para desplegar y pegar, dibujos con sorpresas... y muchísimas cosas más.

Las últimas semanas aparecieron:

109. MANOLIN EL ZAPATERO
110. EL CLUB DE LOS PAJARITOS
111. ALEGRE ALFABETO
112. DIEGO EL ESCOCES

y pronto aparecerán:

114. LOS CANTITOS DE DOÑA GANSA
115. MI CASA

y más y más "Bolsillitos".

¡Formen la colección completa!
¡Es entretenidísima!




6º PISO
LORITO
LORENZETTI
5º PISO
FAMILIA
PECHO COLORADO


4º PISO
ZORRINITO
AVIADOR
3er PISO
SEÑORITAS
LIRÓN
2º PISO
MONITO
EQUILIBRISTA



Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 5 de Mayo de 1954 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

Cuando Pantaleón vió la estrellita que estaba en la punta de Pepe P. Pino llamó a Dominguita y le dijo:

—Mira, Dominguita. Ha bajado creyendo que es Nochebuena. Hay que avisarle que se ha equivocado.

Dominguita y Pantaleón sabían que Pepe P. Pino era muy hospitalario y que había alquilado —completamente gratis— todas sus ramas.





Entonces Pantaleón llamó a Monito Equilibrista, que vivía en el 2º piso.

—Sí. ¡Claro! Hay que avisarle —dijo Monito Equilibrista. Y de un salto estuvo en el 4º piso, donde Zorrinito Aviador —que todavía no era aviador— pasaba horas enteras tratando de acostumbrarse a las alturas.

—Sí —dijo Zorrinito Aviador—. Pero tú sabes que sufro de vértigo y que no puedo subir.

Entonces Monito Equilibrista bajó hasta su casa, retiró del fuego la sartén con los huevos fritos, puso a freír las papas y volvió a subir al 3er piso, donde encontró un papelito firmado por las señoritas Lirón.





Entonces Monito Equilibrista bajó hasta su casa, retiró del fuego la sartén con las papas fritas, puso a asar un trozo de carne y volvió a subir al 5º piso, donde encontró a la familia Pecho Colorado en pleno banquete.

—Entiendo —dijo papá Pecho Colorado—. Pero ¿qué dirán mis chiquitos si me voy?

Entonces Monito Equilibrista pensó: "No me importa que se me queme el churrasco". Y, aunque Lorito Lorenzetti vivía en el 6º piso, pasó de largo y siguió subiendo hasta que llegó a la punta de Pepe P. Pino.

—¡Mira! —le dijo entonces Enanito Copete—. ¡Mira cómo brilla el cascabel de mi gorrito con el último rayito de sol!





—Sí. Ya veo —respondió Monito Equilibrista. Y en medio minuto bajó hasta su casa, sacó el churrasco de la plancha, se lo comió con los huevos y las papas fritas y dijo:

—No era una estrellita. Era un cascabel. Mañana sin falta se lo diré a Dominguita y Pantaleón.

Dicho lo cual lavó los platos y se acostó a dormir.



 Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 5 de Mayo de 1954 en los Talleres Gráficos Pablo Peeppi e hijos.

Cuando Pantaleón vió la estrellita que estaba en la punta de Pepe P. Pino llamó a Dominguita y le dijo:

—Mira, Dominguita. Ha bajado creyendo que es Nochebuena. Hay que avisarle que se ha equivocado.

Dominguita y Pantaleón sabían que Pepe P. Pino era muy hospitalario y que había alquilado —completamente gratis— todas sus ramas.





Entonces Pantaleón llamó a Monito Equilibrista, que vivía en el 2º piso.

—Sí. ¡Claro! Hay que avisarle —dijo Monito Equilibrista. Y de un salto estuvo en el 4º piso, donde Zorrinito Aviador —que todavía no era aviador— pasaba horas enteras tratando de acostumbrarse a las alturas.

—Sí —dijo Zorrinito Aviador—. Pero tú sabes que sufro de vértigo y que no puedo subir.

Entonces Monito Equilibrista bajó hasta su casa, retiró del fuego la sartén con los huevos fritos, puso a freír las papas y volvió a subir al 3er piso, donde encontró un papelito firmado por las señoritas Lirón.





Entonces Monito Equilibrista bajó hasta su casa, retiró del fuego la sartén con las papas fritas, puso a asar un trozo de carne y volvió a subir al 5º piso, donde encontró a la familia Pecho Colorado en pleno banquete.

—Entiendo —dijo papá Pecho Colorado—. Pero ¿qué dirán mis chiquitos si me voy?

Entonces Monito Equilibrista pensó: "No me importa que se me queme el churrasco". Y, aunque Lorito Lorenzetti vivía en el 6º piso, pasó de largo y siguió subiendo hasta que llegó a la punta de Pepe P. Pino.

—¡Mira! —le dijo entonces Enanito Copete—. ¡Mira cómo brilla el cascabel de mi gorrito con el último rayito de sol!





—Sí. Ya veo —respondió Monito Equilibrista. Y en medio minuto bajó hasta su casa, sacó el churrasco de la plancha, se lo comió con los huevos y las papas fritas y dijo:

—No era una estrellita. Era un cascabel. Mañana sin falta se lo diré a Dominguita y Pantaleón.

Dicho lo cual lavó los platos y se acostó a dormir.

¿QUIEREN SABER CUÁNTOS DÍAS TIENEN LOS MESES DEL AÑO? PUES APRÉNDANSE DE MEMORIA ESTE VERSITO.



Treinta días trae noviembre,
con abril, junio y septiembre.
Febrero, que es el más breve,
trae veintiocho o veintinueve.
Dí, sin olvidar ninguno,
qué meses traen treinta y uno.

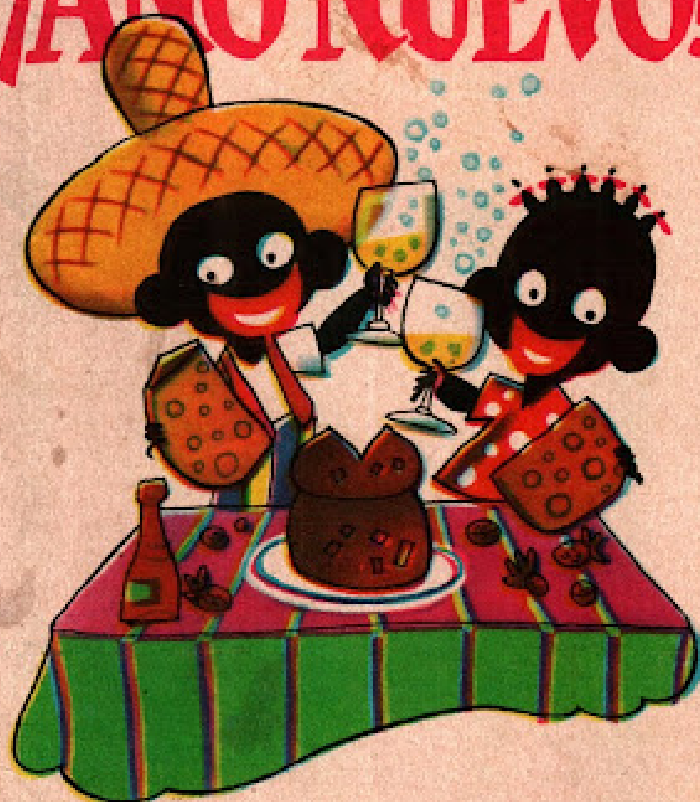
BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 27 de noviembre de 1968 en los Talleres Gráficos de Pablo Paoppi e Hijos.



$ 20

NOÑE

¡AÑO NUEVO!



BOLSILLITOS DE EDITORIAL ABRIL 869

Queridos chicos:
Aquí les mando estos dibujos para que aprendan a hacer el retrato de Conejito.
Los abraza
Golondrina



VALERIA

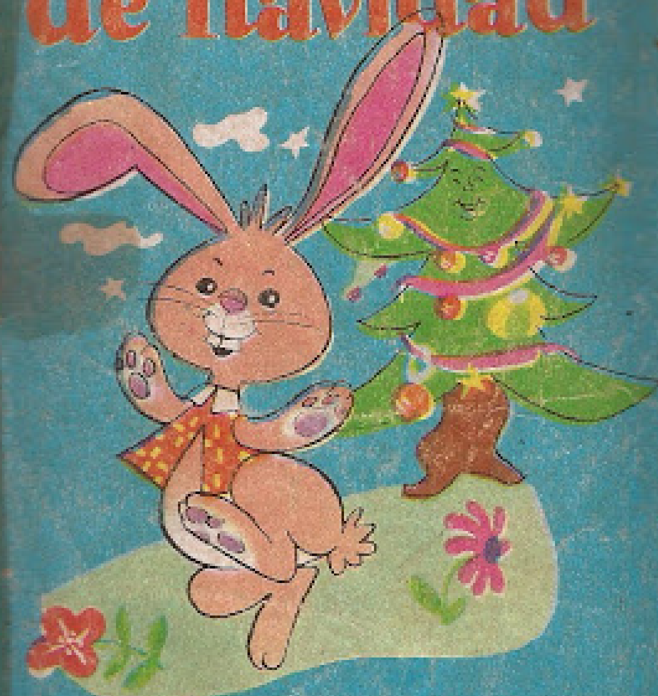
 Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 27 de noviembre de 1968 en los Talleres Gráficos de Pablo Paoppi e Hijos.

$ 20

NOÑE

M. Eva

El regalito de Navidad



BOLSILLITOS DE EDITORIAL ABRIL 868



 Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 19 de febrero de 1969 en los Talleres Gráficos de Pablo Paoppi e Hijos.

$ 20

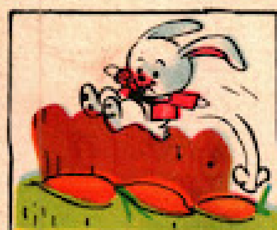
H. SANCHEZ PUYOL

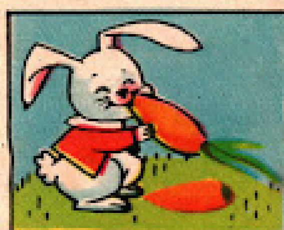
LOS BURRITOS



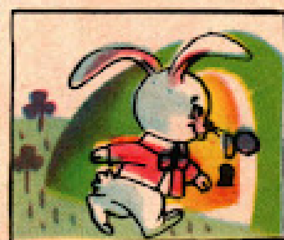
BOLSILLITOS DE EDITORIAL ABRIL 881

¿QUIÉN PUEDE CONTAR EL SUEÑO DE CONEJITO?









 Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 26 de marzo de 1969 en los Talleres Gráficos de Pablo Paoppi e Hijos.

$ 20

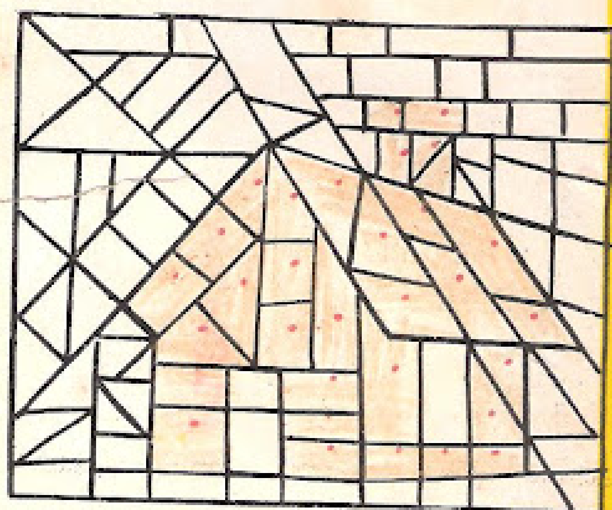
INES

CONEJITO Dormilón



BOLSILLITOS DE EDITORIAL ABRIL 882

PINTEN LOS CUADRADITOS PUNTEADOS Y SABRA'N LO QUE QUIERO QUE ME REGALEN EL DÍA DE MI CUMPLEAÑOS.



$ 20

INES

EL CUMPLEAÑOS de Mamita



BOLSILLITOS DE EDITORIAL ABRIL 885











BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyrigth by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 23 de abril de 1969 en los Talleres Gráficos de Pablo Paoppi e Hijos

$ 20

NOÑE

PELITO BLANCO



BOLSILLITOS DE EDITORIAL ABRIL 886



★ ★ ★ ★ ★

$ 20

NOÑE

El hada AZULINA



BOLSILLITOS DE EDITORIAL ABRIL 887

GATITO



Juanín y la gallina maravillosa

AUNQUE a ustedes les parezca raro, Juanín quería ir a la China. Horas enteras se pasaba pensando y pensando el modo de conseguir el dinero para el pasaje, pero lo único que conseguía era un buen dolor de cabeza.

Una mañana, mientras miraba los tres chinitos del paquete de té, le entraron tales ganas de ir a visitarlos que, tomando su caja de caracoles, salió dispuesto a venderla y emprender el viaje con lo que le dieran por ella. Pero la pena que sentía por separarse de su único tesoro era tan grande que, a mitad de camino, se detuvo y quiso verlo por última vez.

En esto estaba cuando, corriendo a toda carrera, pasó junto a él una gallina. Llevaba un grano de maíz en el pico y un pequeño honguito en la cabeza.

—¡Hermosos! ¡Hermosísimos! —exclamó asomándose a mirar la caja de caracoles—. ¡Estos son precisamente los sombreros que estoy buscando desde hace un año!

Y, metiéndose la caja bajo una de sus alas, siguió su carrera con tal velocidad que, cuando Juanín quiso alcanzarla, había desaparecido. Pero en su lugar había quedado un granito de maíz, que, al tocar el suelo, se hundió profundamente en él.



Este cuento es muy lindo. Por suerte no termina aquí sino que continúa en la página siguiente. Y tampoco termina allí.



¡Entonces ocurrió algo inesperado! En el lugar en que cayó el granito empezó a crecer una planta y pronto se hizo tan alta como un campanario. En un segundo se cubrió de miles de choclos y allí, bien arriba, sentada en la puntita del choclo más alto, apareció la gallina. Llevaba en la cabeza el más hermoso de los caracoles de Juanín y se lo sujetaba con una pata mientras con la otra sostenía un pequeño espejito con marco de carey.

—¡Eh, tú, gallina! ¡Devuélveme mis caracoles! —gritó Juanín.

Y sin esperar respuesta comenzó a trepar por la planta. Pero ésta seguía creciendo mucho más rápidamente de lo que él subía y, después de atravesar la primera nube, Juanín comprobó que la gallina se había esfumado.

En cambio, firmemente asentado sobre la nube vecina, apareció un hermoso castillo. El castillo tenía una torre, la torre tenía campanas, las campanas tenían campanero, y el campanero —que era la mismísima gallina— las hacía redoblar a todo vuelo.

Juanín, pisando de choclo en choclo, se acercó a una de las ventanas del castillo y entró por ella.

—Querida Lolita —decía en esos momentos un enorme gigante, tan enorme que sólo su nariz era más grande que Juanín entero—. Querida Lolita, hazme el favor de poner para mí uno de tus hermosos huevecillos de oro.





Lolita —que no era otra que la gallina—, paseándose tranquilamente con la caja de caracoles por la manaza del gigante, respondió:

—Te lo daré, querido Policarpio, si a cambio de él me regalas uno de tus preciosos alfileres para mi nuevo sombrero, que se me está cayendo.

—¡Uf! —gruñó Policarpio—. Con esta historia de los alfileres me has dejado mi costurerito tan pelado que. . .

Pero en ese instante el gigante divisó a Juanín y, volviéndose hacia él hecho una furia, exclamó:

—¿Quién eres tú? ¿De dónde has salido?

—Es mi último sombrerero — respondió Lolita, que acababa de descubrirlo.

—Pídele entonces a él . . . —empezó a decir Policarpio.

—De ninguna manera —contestó Lolita—. Los alfileres de gigante son los mejores pinches para sombreros. Pero, ya que me los niegas . . .

Así diciendo, Lolita dió un salto y se metió en el bolsillo de Juanín.

Policarpio intentó atraparla de un manotazo y, viendo que no era posible, levantó el puño para descargarlo sobre la cabeza de Juanín. Pero éste, más rápido que el rayo, trepó a la ventana y empezó a descolgarse. Tras él, destrozando ramas y choclos, se descolgó el gigante. Una lluvia de granos de maíz cayó sobre los fugitivos y, mientras Lolita decía atragantándose: "No me los puedo comer todos", Juanín seguía bajando y bajando.

¡Pataplún! Juanín, rodando como una pelota, comprendió que había aterrizado. ¿Dónde estaba Policarpio?

—¡Adiós! —gritó en ese momento la voz lejanísima del gigante.

Sólo entonces Juanín descubrió que, en el lugar en que había germinado el granito de maîz, había ahora un enorme hueco.

—No te preocupes —dijo Lolita—. Ya que bajó a la Tierra habrá aprovechado para ir a visitar su castillo subterráneo. Apresúrate porque tenemos

que partir para la China antes que vuelva.

—¿Para la China? —preguntó Juanín—. ¿Y con qué plata?

Lolita se sentó, volvió a levantarse y dejó ver un reluciente huevecillo de oro.

—Con ésta —dijo entregándoselo a Juanín y sacando su espejito de carey para mirarse—. Me han escrito desde la China diciéndome que allí se hacen unos sombreritos que no necesitan pinches para quedar sujetos y querría estrenar uno para Navidad. ¡Vamos! ¡Pronto! ¡A la China! ¡*Cocorocó*!

—¡A la China! —repitió Juanín. Y, montando en la gallina como si fuera un caballo de carrera, gritó—: ¡*Cocorocó*!





Aquí sí que terminó el cuento . . . . . . Pero no se aflijan, porque ahora tenemos algo muy divertido que hacer. Para que PABLITO y CÉSAR —que son los señores importantes que publicaron mi libro— vean que nosotros también sabemos hacer libros... ¡haremos un libro!





Arranquen con cuidado la página del medio —15, 16, 17, 18— y corten siguiendo todas las líneas rojas. ¿Cortaron? Ahora doblen según todas las líneas amarillas.

¿Doblaron? Entonces coloquen estas páginas dobladas una dentro de otra de manera que quede formado un librito con las páginas ordenadamente numeradas. ¿Ya está? Ahora abrochen o cosan el lomo —que es el lugar en que se juntan los dobleces— y tendrán terminado el libro de LA PRINCESA PIRULINA. ¿Ya lo tienen? Yo también. Ahora, a tomar un lápiz y... ¡listos para comenzarlo!



¡Uf! Ahora que me acuerdo: en este libro aparece INOSITO y todavía no se los he presentado. Recién lo haré en la página 19.-





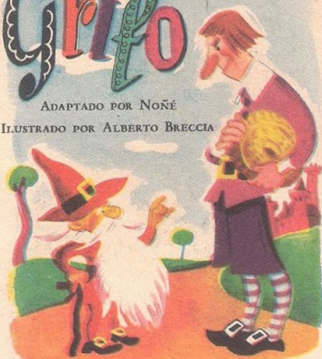

Gatito
EMBAJADOR
Nº 2
Colección
Gatito

GRIMM

El Pájaro Grifo

Adaptado por Noñé

Ilustrado por Alberto Breccia



En la comarca en que vivía Juan el Simple se estaban pasando momentos de gran ansiedad. Esa misma tarde, el hada Perlimplina, después de profunda reflexión ante la cabecera de la incurable princesita, había asegurado que todos sus males desaparecerían si la joven comía una manzana. Y los heraldos del rey, llegando a los rincones más apartados de la comarca, proclamaron que el que encontrara la manzana capaz de curar a la princesita se casaría con ella.

Fué por eso que Diego, el hermano mayor de Juan el Simple, se apresuró a llenar su cesta con las más hermosas manzanas de la huerta de su padre. Silbando y cantando emprendió el camino del palacio cuando, saliéndole al paso, apareció un hombrecillo cuya larguísima barba llegaba casi hasta el suelo.

—¿Qué llevas ahí, muchacho? —le preguntó.

—Patas de rana —respondió burlonamente Diego.

—Pues, si tú lo dices, así será —dijo el hombrecillo.

Y cuando Diego llegó al palacio y destapó su cesta en lugar de las manzanas aparecieron unas cuantas patas de rana. El mozo, sacado a empujones por los lacayos, regresó a su casa dolorido y humillado.

A la mañana siguiente, cargando otra cesta con manzanas, Tomás, el segundo hermano de Juan, salió en dirección al palacio.

—¿Qué llevas ahí, muchacho? —preguntó el hombrecillo de la barba volviendo a aparecer en el mismo lugar que el día anterior.

—Dientes de caballo —repuso Tomás, malhumorado por la interrupción.

—Pues, si tú lo dices, así será —dijo el hombrecillo.

Y cuando Tomás llegó al palacio y destapó su cesta en lugar de las manzanas aparecieron unos cuantos dientes de caballo. Tomás, entre gritos y golpes, fué sacado de la presencia del rey y regresó a su casa tan humillado y más dolorido que su hermano Diego.

A la mañana siguiente, dispuesto a partir, Juan el Simple llenó su cesta con las manzanas que quedaban en la huerta.





—¡Es tan bobo que cree que llegará a ser rey! —exclamó Diego.

—¡Bonita zurra te darán! —aseguró Tomás.

Juan, acostumbrado a las burlas de sus hermanos, no se molestó en responder. Y de pronto, mientras caminaba pensativo, le salió al encuentro el hombrecillo y preguntó:

—¿Qué llevas ahí, muchacho?

—Unas manzanas que curarán a la princesa —respondió Juan.

—Pues, si tú lo dices, así será —dijo el hombrecillo.

Y, cuando Juan destapó su cesta en el palacio y la princesa comió la más hermosa de sus manzanas, quedó curada instantáneamente.

Pero el rey, en vez de cumplir su promesa, dijo:

—Si quieres casarte con mi hija tendrás que traerme una pluma del ala del mismísimo Pájaro Grifo.

¡El Pájaro Grifo! Era éste un terrible animal que vivía en los confines del mundo, pero Juan, después de haber visto a la princesa, deseaba más que nunca casarse con ella.

Y a la mañana siguiente emprendió su viaje. Caminó y caminó hasta que, rendido de fatiga, se atrevió a pedir asilo en un castillo casi oculto en mitad del bosque.

—Oye —dijo el dueño del castillo después de escucharlo—. Los que han visto al Pájaro Grifo jamás han regresado con vida. Pero, si tú consigues verlo, pídele que te diga dónde está la llave encantada que puede abrir el arca de mis tesoros.

Prometió hacerlo Juan y, siguiendo su camino, encontró un río y pidió al barquero que lo cruzara.

—¡Ay! —suspiró éste al enterarse de lo que Juan se proponía—. Si pudieras ver al Pájaro Grifo y le preguntaras por qué estoy condenado a manejar continuamente estos malditos remos te lo agradecería eternamente.

—Lo haré —respondió Juan. Y continuó su camino hasta que, un poquito antes que se acabara el mundo, encontró la gruta del Pájaro Grifo.





—Vete —le dijo la mujer que la guardaba—. Los que vinieron antes que tú jamás regresaron.

Pero Juan el Simple le explicó simplemente que quería casarse con la princesa y llevar las respuestas al señor del castillo y al barquero.

—Está bien. Trataré de ayudarte —respondió la mujer. Y, como en esos momentos se oyeran los aletazos del Pájaro Grifo, ordenó a Juan que se ocultara en un baúl.

El monstruo entró olfateando el aire.

—No frunzas la nariz —dijo la mujer—. El joven que anduvo por aquí ya se marchó.

—¡Mejor para él! —repuso el pájaro bostezando. Y apenas lo hubo dicho se quedó dormido.

Juan salió del baúl y, acercándose de puntillas, le arrancó una pluma del ala y se volvió a esconder rápidamente.

—¿Quién anda por aquí? —rugió el monstruo abriendo un solo ojo.

—Soy yo, que, ya que no puedo dormir, aproveché para sacudirte la tierra del ala —contestó la mujer.

—¿Y por qué no duermes? —preguntó el pájaro.

—Porque, por más que pienso, no se me ocurre dónde puede estar escondida la llave encantada que abre el arca del castillo.

—Pues alguien la ha metido debajo del colchón de su dueño —dijo el monstruo.

—Lo que tampoco me explico —continuó la mujer —es por qué el barquero del río no puede abandonar sus remos.

—Porque jamás se le ha ocurrido ponerlos en las manos de algún pasajero. El día que lo haga se verá libre y el otro quedará condenado a manejarlos.

Y, así diciendo, volvió a quedarse dormido.

Juan salió de su escondite y, agradeciendo a la mujer la gran ayuda que le había prestado, se apresuró a llegar al río.

—¿Qué novedades me traes? —preguntó el barquero.

—Te las daré en la otra orilla —respondió Juan, que no tenía ningún interés en convertirse en barquero.

Y, después de hacerlo así, continuó su camino, llegó al castillo, buscó la llave y la entregó a su dueño, el cual le regaló la mitad de las riquezas que contenía el arca, no sin disculparse por lo poco que le daba.

Cuando Juan llegó al palacio corrió a entregar al rey la pluma del Pájaro Grifo. Pero el rey, en vez de cumplir su promesa, exclamó:

—¡Jamás te casarás con mi hija! ¡Sé muy bien que has robado todas esas riquezas!

—No las he robado —repuso Juan—. Y si vas a la gruta del Pájaro Grifo te dará el doble de lo que tengo.

El avaro monarca se puso inmediatamente en viaje, pero nunca pudo llegar porque, al pasar el río, el barquero le puso los remos en la mano.

Juan se casó con la princesa y llegó a ser un rey justo y feliz.



1 ¿Te gustó el cuento, INOSITO?

2 ¡Mmmmmm! Me gustó tanto como si me hubiera caramelimilcomido!

3 ¿Caramecuánto?

4 ¡Uf! Siempre tengo que explicarte todo! ¡Como si me hubiera comido mil caramelos! Ahora te quiero explicar cómo es GROEN...

5 ¡Ssss! ¡Cállate! Está GLOBITO.

6 Pero yo te quiero explicar...

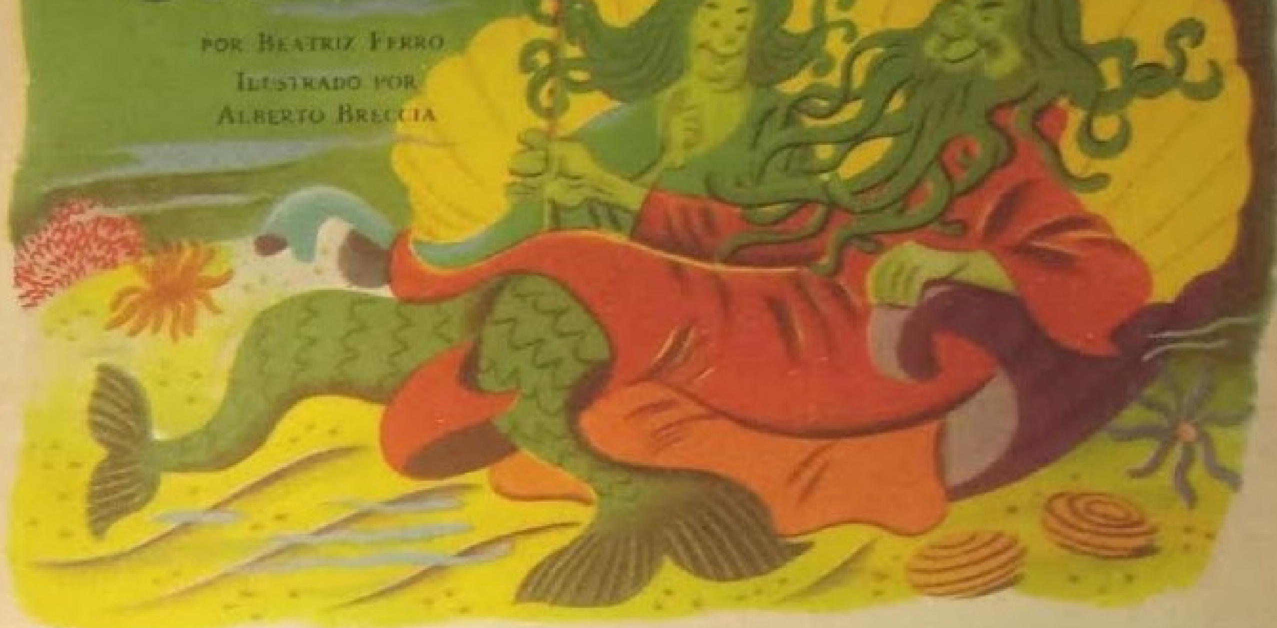
7 ¡INOSITO! ¡GLOBITO está en la página siguiente, esperando que te calles para que los chicos puedan dar vuelta la hoja!

8 Pero yo...

9 ¡Chicos, no le hagan caso! Den vuelta la hoja: ¡GLOBITO los espera!

GATITO y el OGRO





ESTA historia ocurre muy abajo, en el fondo del mar.

Las olas que tú has visto en la playa, rompiéndose en estrellitas de espuma, se deslizan muy suaves mar adentro. Si alquilamos un bote y vamos remando hasta que no se vean ni tus papás, que han quedado en la playa, ni tu amigos de la playa ni la playa, verás qué grande es el mar y creerás que está desierto. Pero si se te ocurre meter la mano en el agua sentirás que algo roza tus dedos.

Es el Pececito Curioso, que vive en el Reino de los Peces, pero que se escapa de él en cuanto puede y se acerca a todo niño que nada, a todo bote o barco que encuentre en su camino. A todo, menos a los anzuelos de los pescadores y a las bocas de las ballenas porque, además de curioso y veloz, es muy listo.

El Rey del Mar es un señor que lleva una corona de conchillas blancas y que vive con la Reina Perlina en su palacio de madreperlas.

Este Rey es muy anciano y necesita de veloces heraldos que vayan por el mar proclamando sus órdenes. Por eso, la Reina Perlina le contó un día:

—Dicen que hay un pececito que es más listo y veloz que cualquiera de tus delfines.

—¿Y quién es ese pez? —preguntó el Rey.

—Lo llaman —dijo la Reina— el Pececito Curioso. Si sirviera en la Corte iría a decirles a las algas cómo deben tejerme mis mantos y les recordaría a las ostras que han de traerme su tributo de perlas antes de la primavera.

—¿Para qué necesitas un heraldo especial que se ocupe de tus adornos? —preguntó el Rey—. ¿No te basta con tus aletas finas y brillantes? Pero, ya que insistes, ¿no podrías elegir a uno que no fuera curioso? Es un feo defecto . . .

Antes que Perlina contestara se adelantó pesadamente el Consejero Tortuga.

—Majestad, si ese pececito es curioso irá de un lugar a otro mirando y preguntando. Por él podrá saber Su Majestad si los peces luminosos tienen listas sus linternas o si se ha hundido algún barco con piedras preciosas, como en los buenos tiempos.

—¡Piedras preciosas! ¡Oh, sí! —exclamó la Reina, a quien le entusiasmaba todo lo que brilla.

—¿Será útil tener de heraldo al Pececito Curioso? —se preguntaba el Rey.

Pero la Reina ya había decidido que sí lo sería.

A la mañana siguiente llegaron graves noticias al Reino.

Con su traje de heraldo, rojo y plata, el Pececito Curioso fué llamado ante el Rey, quien le dijo:

—Te he elegido para que lleves este importante mensaje. Si realmente eres el más listo y veloz de mis heraldos podrás salvar al Reino de un gran peligro. ¿Conoces el camino del bosque de corales?

—Sí, Majestad —dijo el pececito—; es allí donde suele ir a dormir la siesta el Consejero Tortuga.

—No te he preguntado eso —prosiguió el Rey—. Allí encontrarás al General Pez-Espada. ¿Lo conoces?

—Sí, Majestad; es el General que siempre se queja de que haya tanta calma en el fondo del mar.

—No me interrumpas —dijo el Rey—. ¿Sabrías dónde encontrarlo?

—Sí, Majestad; en este momento debe estar siguiendo a la Estrella del Norte.

—¿Y quién es la Estrella del Norte? —rugió el Rey.

—Es un barco enorme, Majestad, cuyos pasajeros se asoman al mar para ver al General.

—Otro día me contarás —dijo el Rey—. Debes partir en segui . . .

Pero el pececito estaba ya a mitad de camino.





Encontró al General allí, muy cerca de la superficie. Y el General, en cuanto hubo leído el mensaje, se puso muy serio y dijo:

—El Rey me avisa que el feroz gigante Pez-Martillo ha invadido el Reino y se dirige a los bancos de las ostras para apoderarse de las perlas de la Reina. ¡Ese pez es despiadado, pero mis soldados son valientes!

Luego se dirigió al pececito:

—Gracias, heraldo; ahora debes volver al Palacio.

"¿Volverme? —pensó el pececito—. ¿Y no ver ni de lejos a ese poderoso gigante?"

Y antes que el General se hubiera guardado el mensaje en el bolsillo ya había salido el pececito en busca del terrible Pez-Martillo.

Se asomó a todas las cuevas del mar y se cansó de buscar por los bancos de esponja, pero no vió nada que se pareciera a un gigante. Pensaba ya en volverse cuando se le ocurrió descansar en la entrada de una gran caverna.

"Aquí sí que estaré bien protegido", se dijo mirando hacia arriba para asegurarse. Entonces vió que el techo estaba bordeado por una larga fila de piedras muy blancas.

"Parecen dientes enormes", pensó el pececito. Y en ese mismo instante todo el techo de lo que él creía una caverna comenzó a descender.

De un salto el Pececito Curioso estuvo afuera: ¡había estado dentro de la boca abierta del gigante que bostezaba!

El pececito echó a nadar aterrorizado mientras algo tan grande como una montaña lo perseguía. ¡Pero él huía, corría, volaba hacia el palacio! Detrás de él, el gigante.

¡Y el pobre pececito no sabía que un susto mayor le esperaba!

Frente a él, otro inmenso gigante venía en su dirección.

Avanzaba nadando con cien poderosas aletas, mirándolo con doscientos ojos, amenazándole con cien espadas. Una de ellas, larguísima, estaba ya



a la altura de la nariz de Pececito Curioso.

"Si me libro de ésta dejaré de ser curioso", pensaba el pobrecillo temblando.

En ese momento pasaron a la distancia los peces luminosos, que corrían a refugiarse en sus casas. La luz de sus linternas iluminó durante un segundo al nuevo gigante y entonces . . . ¡el pececito vió que su miedo lo había engañado! ¡El supuesto gigante no era sino el General Pez-Espada, con cien soldados, que llegaba en su ayuda!

Pero el pececito siguió huyendo, corriendo, volando, escapando hasta llegar al Palacio.

Sólo se dió vuelta una vez. A la distancia, el Pez-Martillo le pareció sólo un poco más grande que él, y casi tan poco valiente como él, pues también huía espantado.

Cuando entró en la Sala del Trono estaba tan agitado que el Rey le dijo:

—Pececito, cumpliste tan bien mis órdenes que mereces un premio. Pero no era necesario que corrieras tanto para volver a Palacio.

—Era necesario, Majestad, porque volví con el feroz Pez-Martillo a mis espaldas.

Y el pececito contó todo lo ocurrido.

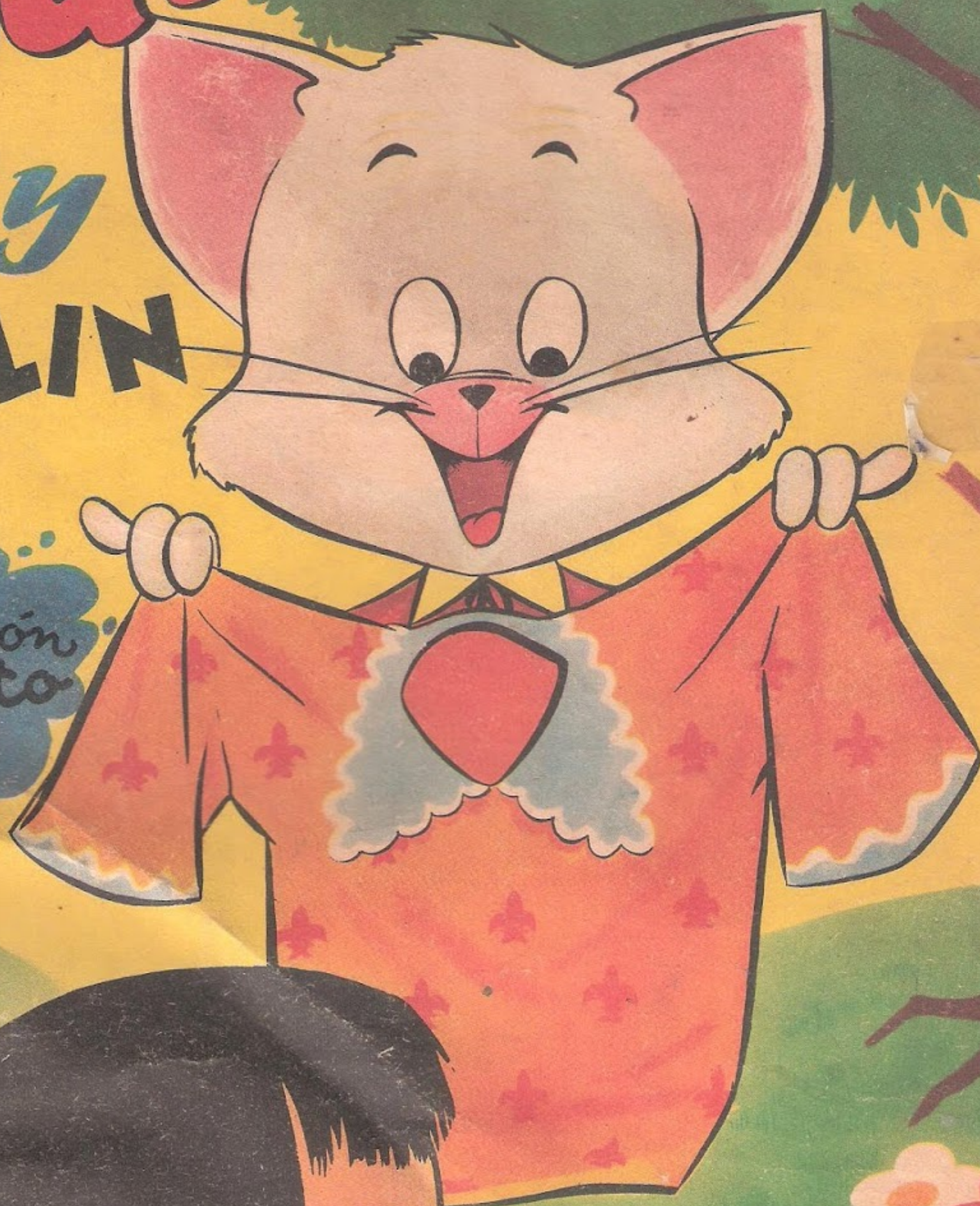
—¡Ah, Pececito Curioso! —se lamentó el Rey—. Si mis soldados no hubieran llegado a tiempo ese bandido estaría echando abajo esa puerta con su terrible martillo. Por esta vez te perdono, pues hoy será celebrada la victoria, pero, si tu curiosidad te hace desobedecer nuevamente, serás castigado.

Así cumplió el Pececito Curioso su primer trabajo en la Corte y así recibió su primera reprimenda.

En la fiesta de esa noche pasaron muchas cosas en el jardín del Palacio, pero debes darme tiempo para que haga memoria y pueda contártelas mejor.



Gatito y PILIN



Nº 4
Colección
Gatito

PERRITO doctor



Por SiroB

Ilustrado por Alberto Breccia



LA FIESTA DE PERRITO

Cuando Perrito se recibió de médico quiso dar una fiesta para todos sus amigos, pero no tenía plata.

Perrito había tenido que comprar un consultorio flamante, con camilla, agujas y jeringas para inyecciones, toallitas blancas para colocar en el pecho y la espalda de los enfermos y muchas otras cosas. Además, había comprado dos guardapolvos bien almidonados, una gorra, un espejito, dos termómetros y un automóvil, porque el bosque era muy grande y en los casos de urgencia había que llegar rápido.

Ahora, después de haber gastado tanto, no le quedaba ni un centavo.

—¡No podré dar la fiesta! —dijo Perrito tristemente. Y en ese momento sonó el teléfono.

Era Chanchito el que hablaba.

—¡Hola! ¿Perrito? ¿Cómo estás? ¡Te felicito! Me gustaría darme una vueltecita por tu casa. ¿Vas a estar?

—¡Cómo no, Chanchito! Te espero.



"¡Qué lástima! ¡Si por lo menos pudiera convidarlo con una de esas empanaditas de choclo que tanto le gustan!", pensó Perrito. Y en ese momento volvió a sonar el teléfono.

—¡Enhorabuena, Perrito! —dijo la voz de Conejín—. ¡Voy corriendo para allá!

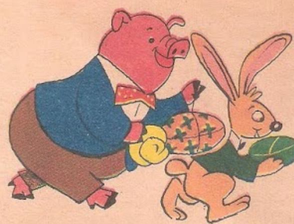
"¡Pero qué lástima! ¡Si por lo menos pudiera convidarlo con uno de esos pastelitos de zanahoria que tanto le gustan!", pensó Perrito. Y en ese momento el teléfono sonó por tercera vez.



—¡Felicitaciones, doctor! ¡Y muchos enfermos! —dijo la inconfundible voz de Osito—. ¡No te me escapes! ¡En dos minutos llego!

"¡Pero qué lástima grande! ¡Si por lo menos pudiera convidarlo con una copita de ese licor de miel que tanto le gusta!", pensó Perrito. Y en ese momento el teléfono sonó por cuarta vez.

Y después por quinta y sexta y séptima . . .



Y al minuto comenzaron a llegar los amigos, cada uno con un paquetito.

—Te traigo unas empanaditas de choclo —dijo Chanchito.

—Te traigo unos pastelitos de zanahoria —dijo Conejín.



—Te traigo una botella de licor de miel —dijo Osito.

—Te traigo unos emparedados de lechuga y tomates —dijo Perica Lorín.



—Te traigo una torta de bananas con crema —dijo Monito Fifí.

—Te traigo unos helados de nuez —dijo Silvia Ardillita.



—Te traemos unos paquetes de galletitas —dijeron los mellizos Patín.

¡Qué fiesta se armó! Ni Perrito ni ninguno de sus amigos recordaba haber asistido jamás a una fiesta donde hubiera habido tantas cosas ricas y donde se hubieran divertido tanto.

Y por eso todos decían al retirarse:

—¡Qué fiesta maravillosa, Perrito! ¡Qué bien preparada! ¡Y qué abundante! ¡Tienes que haber gastado un dineral!





EL DIENTE DEL OSO

El Oso, que era el Presidente del bosque, llegó en su lujoso automóvil a la casa de Perrito. Antes que el chófer tocara la portezuela ya el Oso la había abierto de un manotón y entraba como una tromba en el consultorio.

—¡Doctor! —exclamó—. ¡Sáqueme este diente que me vuelve loco!

—Señor Presidente —dijo Perrito—, ¿por qué no va a ver a Zorrino Dentista? Usted sabe que yo no me ocupo de eso...

—¡Zorrino Dentista está de vacaciones! —rugió el Oso—. ¡Sáqueme usted el diente, doctor! ¡Pero tome sus precauciones! Ya sabe que soy un poco fuerte y violento y, cuando el dolor me ataca, no respondo de mí.

—Está bien, señor Presidente —dijo Perrito tragando saliva y sudando por dentro—. Siéntese.

Y tomó una toallita blanca, la ató alrededor del cuello del Oso y (por si acaso) la ató también al sillón. Después preparó una inyección para que pudiera extraer el diente sin dolor y un líquido blanco para que tampoco doliera la inyección. Después preparó tres pinzas —una pequeñita, una mediana y una grande—, un martillo y un bisturí. Después preparó un vaso de agua tibia, un frasco de alcohol, un paquete de algodón y un montón de gasas y vendas. Después tomó una cuerda muy larga y la hizo dar vueltas y vueltas alrededor del pecho del Oso, de modo que quedara atado al sillón, y le sujetó bien los brazos y piernas. Después salió un momentito por la puerta de atrás de la casa, puso en marcha el motor de su auto (por si las cosas se ponían feas y era necesario escapar) y regresó al consultorio.

—¡Bueno! —dijo Perrito con voz temblorosa—. Creo que no me he olvidado de nada; espero que todo salga bien. Abra usted la boca por favor; vamos a ver cómo anda ese nervio.

Y, haciendo una trompetilla con los labios, sopló sobre el diente con la suavidad más suave del mundo.

Entonces, sin inyección ni pinza ni martillo, el diente, *¡plic!*, se cayó.

—¡No sabía que era usted tan gran dentista, doctor! —dijo el Oso.

Y Perrito, secándose la frente, contestó:

—¡Yo tampoco lo sabía, señor Presidente!



Vamos a leer ahora la historia de Chanchito. Está enfermo y...



LA ENFERMEDAD DE CHANCHITO

CADA dos por tres Chanchito se sentía enfermo. Su casa estaba llena de toda clase de remedios y, apenas alguien entraba en ella, mil olores de eucaliptus, alcohol, yodo y untura blanca le salían a recibir.

Desde la puerta ya se oía la voz de Chanchito:

—¡Chanchita, te he dicho que cierres la ventana! ¡Este chiflón me va a matar!

—¡Chanchita, fíjate en la calefacción! ¡Siento que me estoy enfriando!

—¡Chanchita, no permitas que los chicos corran! ¡El ruido me destroza la cabeza!

Esa mañana Perrito llegó jadeante a casa de Chanchito. Chanchita lo había llamado por teléfono diciéndole que se trataba de un caso urgente y, como Perrito tenía el automóvil descompuesto, había debido hacer corriendo el largo trecho que había entre su casa y la de su amigo.

—¡Cierra la puerta! —murmuró Chanchito al verlo llegar—. ¡Por favor, no pises fuerte! ¡Chanchita, alcánzale el frasco de alcohol! ¡Debo cuidarme de los contagios!

—¿Qué tienes? —preguntó Perrito.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —se lamentó Chanchito—. ¡No pierdas tiempo, por favor! ¡Creo que debes darme en seguida una inyección de penicilina!

—Se queja terriblemente, doctor —dijo Chanchita aproximándose—, y lo peor es que puede ser algo muy grave y yo no sé darme cuenta de nada. ¿Por qué no me enseñas qué hacer?

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —siguió lamentándose Chanchito—. ¡Chanchita, fíjate si has cerrado bien la puerta de calle! ¡Me parece sentir una terrible corriente de aire!

Chanchita corrió a la puerta de calle. Estaba bien cerrada, pero, por si acaso, la abrió y la volvió a cerrar de un golpe.



—¡Ay! ¡Mi cabeza! ¡Ay! ¡Mis oídos! ¡Ay! ¡Mis nervios! —se quejó Chanchito.

—Es muy fácil —dijo Perrito cuando Chanchita volvió—. Siempre que lo veas así, acalorado, con un poco de tos, debes tomarle la temperatura...

Entonces Perrito sacó un termómetro del bolsillo, se lo colocó a Chanchito en la axila y le tomó la temperatura.

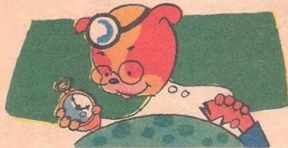


—¿Ves? Fíjate en esta columnita. Marca 36°5. Es lo que debe marcar; no tiene temperatura. Ahora, si quieres aprender, tómamela a mí.

Chanchita le tomó la temperatura a Perrito y el termómetro marcó 38°, que era más de lo que debía tener.

—Además —siguió diciendo Perrito—, puedes tomarle el pulso...

Entonces Perrito apretó con su mano la muñeca de Chanchito y contó —¡tic! ¡tic! ¡tic! ¡tic!— setenta y cinco "¡tic!" en un minuto, que eran justitos los que debía tener.



—Si quieres aprender, Chanchita, tómame ahora el pulso a mí...

Chanchita le tomó el pulso a Perrito y sintió en un minuto noventa y ocho "¡tic!", que eran muchos más de los que debía tener.

—Además, puedes fijarte si en la garganta no tiene llagas rojas o placas blancas...



Chanchito abrió la boca y Perrito, alumbrándolo con una lámpara, le miró la garganta, que estaba completamente sana.

—Si quieres aprender, Chanchita, puedes ahora mirármela a mí...

Chanchita le miró la garganta a Perrito y vió que estaba llena de llagas rojas y placas blancas.

¡Entonces, de pronto, Chanchita lanzó un grito!

—¡Levántate, holgazán! —gritó arrebatando de un golpe las cinco frazadas que cubrían a Chanchito—. ¡Qué tantos mimos y quejiditos, qué tanto cuidar la calefacción y la ventana y la puerta si no tienes absolutamente nada! ¡Lo que tú tienes es *haraganitis!* ¡El que está enfermo es el pobre Perrito Doctor!

Y Chanchita hizo que Perrito se metiera en cama, le trajo una bolsa con agua caliente, le preparó una cataplasma y obligó a Chanchito a que se quedara a su lado durante toda la noche para cuidarlo y atenderlo.





SILVIA LA BRUJITA

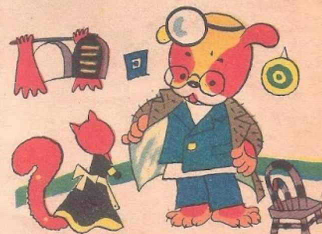
SILVIA ARDILLITA, la brujita buena del bosque, estaba enferma. Conejín se lo dijo a Perrito, y éste corrió en su automóvil a la vieja casita de troncos en que vivía Silvia Ardillita con mamá Tití.

—¡Vaya unos amigos! ¡Ni siquiera son capaces de avisarle a uno cuando están enfermos! —rezongó Perrito al entrar. Y revisó a Silvia Ardillita de pies a cabeza.

—Bien —dijo al fin—. Tendrás que cuidarte. Ante todo, debes abrigarte bien; esta colchita no abriga nada. ¡A ver! ¿Dónde están esas frazadas?



Silvia Ardillita miró a mamá Tití y mamá Tití miró a Silvia Ardillita y las dos bajaron la cabeza avergonzadas. Entonces Perrito Doctor se quitó su sobretodo y cubrió con él a Silvia Ardillita.



—Cuando te sanes me lo devolverás —dijo. Y se puso a escribir una receta llena de palabras raras.

—Este jarabe —explicó al terminar— deberás tomarlo cada dos horas—. ¡A ver! ¿Dónde está el reloj?



Silvia Ardillita volvió a mirar a mamá Tití y mamá Tití volvió a mirar a Silvia Ardillita y las dos volvieron a bajar la cabeza avergonzadas. Entonces Perrito Doctor se quitó su reloj y lo puso sobre la mesita mientras una idea cruzaba como un relámpago por su cabeza.

"Seguramente esta Silvia Ardillita tampoco tendrá dinero para pagar la receta y otras cosas que necesite, pero, si le ofrezco, se sentirá muy incómoda". Entonces Perrito sacó disimuladamente del bolsillo un billete de cien pesos y lo puso debajo de la receta.

—Pídele a Bito Botica que te la prepare en seguida —dijo volviéndose hacia mamá Tití— y cuando Silvia Ardillita haya tomado ya tres cucharadas hazle hacer bastante "pi-pí", mételo en un frasquito bien limpio y llévaselo para que lo analice. A propósito . . . ¿cómo irás a casa de Bito Botica?

—A pie —respondió mamá Tití—. He ido muchas veces.

—¡Pero queda lejísimo!

—Sí, pero yo camino rápido.

—¡Oh! ¡No! ¡No! —exclamó Perrito—. Te dejaré mi automóvil. ¿Sabes manejar?

—Sí —respondió mamá Tití bajando los ojos—. Antes nosotras también teníamos automóvil.

—¡Bueno! Cuídate y no dejes de tomar el jarabe cada dos horas. ¡Que te mejores, Silvia Ardillita! ¡Hasta pronto, mamá Tití!



Perrito salió de la vieja casita de troncos y echó a caminar. Entonces mamá Tití sonrió.

Silvia Ardillita también sonrió. De un salto bajó de la cama, se metió dentro de su alegre "jardinera" de lunares y dijo:



—¡Es un buen muchacho! Se merece una linda sorpresa.

Y salió volando, montada en su escobita mágica.

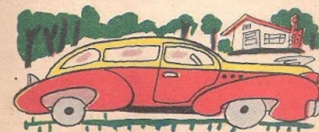
Cuando sea grande seré médico igual que Perrito Doctor. Mientras tanto tengo que hacer mis deberes si no la señorita Tititi se enoja.



El bosque estaba obscuro y frío. Allá, muy abajo, Silvia Ardillita pudo ver a Perrito Doctor, que caminaba con paso vivaz. Perrito se había levantado las solapas del saco y, con las manos en los bolsillos, cantaba una canción que acababa de inventar:

¡Ay, Perrito, Perrito Doctor!
Cura el gusano, la hojita y la flor.
¡Ay, Perrito, Perrito Doctor!
Da inyecciones con dolor.
¿Cobra poco? ¡Por favor!
¿Sabe mucho? ¡No, señor!
¡Ay, Perrito, Perrito Doctor!

Cuando al fin llegó a su casa Perrito vió frente a la puerta un automóvil



de último modelo. Se aproximó. Miró adentro: no había nadie. Sólo se veía sobre el asiento de atrás un imponente sobretodo de lana de vicuña.

"El dueño debe estar esperándome en casa", pensó Perrito. "¿Quién será?". Y penetró en su casa.

¡Pero no lo estaba esperando nadie!

Entonces una absurda sospecha cruzó por la cabeza de Perrito. Salió corriendo, abrió la portezuela del automóvil y miró el sobretodo: no se veía nada raro.

"¡No está bien lo que hago!", pensó Perrito. "¡Pero lo haré!". Y comenzó a hurgar en los bolsillos del sobretodo.

Su mano derecha tropezó con un objeto metálico; su mano izquierda tropezó con un objeto suave, como de cuero. Los sacó: eran un reloj de oro y una preciosa billetera. Dentro de la billetera había diez mil pesos y del reloj colgaba una tarjetita.

En la tarjetita decía:



Gatito en NAVIDAD



¿Las sacaron? Lean entonces

La navidad de las HADAS

POR SIROB

ILUSTRADO POR BRECCIA



Y ASÍ FUÉ, EN EFECTO. SILVIA ARDILLITA, LA BRUJITA BUENA DEL BOSQUE SE OCUPÓ DE PREPARAR LA FIESTA DE NAVIDAD DE LAS HADAS.

ANTE TODO HABÍA QUE COMPRAR LAS COSAS...





¡PERO HABÍA GENTE!







¡PERO HABÍA MÁS GENTE! ¡Y MÁS GRITOS! ¡Y NO SE ENTENDÍA NADA!



CUANDO SILVIA LOGRÓ AL FIN COMPRAR LAS COSAS ESTABA VERDADERAMENTE AGOTADA...









EN EL PALACIO DE LOS ESPEJOS NO HABÍA NADA MÁS QUE ESPEJOS. PERO... ¡QUÉ ESPEJOS!
¿QUÉ TAL, HERMANITAS?
SILVIA TOCA LOS ESPEJOS CON SU VARITA MÁGICA Y DE CADA UNO VA SALIENDO SU IMAGEN...
¡AHORA SEREMOS MUCHAS PARA HACER LAS COMPRAS!
SÍ, HERMANITA.
SÍ, HERMANITA.
COMPREN LAS COSAS Y VUELVAN RAPIDO. NOS ENCONTRAREMOS EN LA CONFITERÍA DE ZULÍ.
USAR BIEN LA CABECITA... ¡QUÉ LINDO ES! LE HACE BIEN A LA BRUJITA, AL CONEJO Y AL CIEMPIÉS.
AL CABO DE UNA HORA SILVIA YA HABÍA COMPRADO CASI TODO.
SÓLO ME FALTA EL TURRÓN DE ALMENDRAS. ESPERO QUE ZULÍ TENGA.
Zulí-Hada Confitera
¡A LA COLA!
¡A LA COLA!
YA LO SABEMOS. ¡HOLA, HERMANITAS! ¿CÓMO LES FUÉ?
CONSEGUÍ TODO, MENOS TURRÓN DE ALMENDRAS.
CONSEGUÍ TODO, MENOS TURRÓN DE ALMENDRAS.
ZULÍ DEBE DE TENER. ¡VAMOS A LA COLA!



¿QUÉ TAL EL TURRÓN DE ALMENDRAS? ¿SE PUEDE CONSEGUIR?
MUY POCO. SÓLO DAN DOS PANES POR PERSONA.
ZULÍ, EL HADA CONFITERA, MIRABA A SUS CLIENTES PARA QUE NADIE VOLVIERA A PONERSE EN LA COLA.
¿NO ME PODRÍA DAR UNO MÁS?
DOS PANES POR PERSONA. ¡NI UN GRANITO MÁS!
DESPUÉS PASAN LAS "HERMANITAS" DE SILVIA...
¡HUBIERA JURADO QUE USTED ESTUVO HACE UN INSTANTE!
¿YO? ¡QUÉ ESPERANZA!
PERO... PERO... ¿NO ACABA USTED DE IRSE?
¿YO? ¡QUÉ ESPERANZA! ¡YO ACABO DE LLEGAR!
ZULÍ ESTÁ DESESPERADA: ¡TODAS LAS "HERMANITAS" DE SILVIA LE PARECEN IGUALES!
YA TENEMOS TODO. AHORA VAMOS A PREPARAR LAS COSAS.
Y SILVIA, SEGUIDA DE SUS HERMANAS, SE DIRIGIÓ A SU CASITA DEL BOSQUE...
...DONDE, DURANTE TODA LA NOCHE, ESTUVIERON PREPARANDO COSAS Y COSAS.
A LA MAÑANA SIGUIENTE...
NARANJADA
¿VEN, HERMANITAS? ESTA ES LA CASA DE GOBIERNO DE LAS HADAS.
Y ÉSTE ES EL SALÓN DE LOS BANQUETES. AQUÍ SERÁ LA FIESTA.


¡GRACIAS, HERMANITAS, POR HABERME AYUDADO! AHORA, SI ESTÁN CANSADAS, PODEMOS VOLVER AL PALACIO DE LOS ESPEJOS.
AL CONTACTO DE LA VARITA MÁGICA LAS IMÁGENES VUELVEN A LOS ESPEJOS...
¡HASTA PRONTO, HERMANITAS!
TENGO QUE LLAMAR A LAS HADAS... LAS LLAMARÉ POR TELÉFONO.
SILVIA TOCA EL ALAMBRE CON SU VARITA Y ENTONCES, EN LAS CASAS DE TODAS LAS HADAS...
...SUENA EL TELÉFONO.
TRING ¡RRRING!
ENTONCES, SILVIA SOPLA HASTA QUE EL ALAMBRE COMIENZA A SACUDIRSE Y SE OYE UNA VOZ POR EL TELÉFONO.
¡HOLA! HABLA SILVIA. YA ESTÁ TODO LISTO PARA LA FIESTA.
AL OÍR AQUELLO, LAS HADAS SE PONEN EN CAMINO. TRINIDAD, EL HADA DE LA RISA...
AZULINA, EL HADA DE LOS SUEÑOS...
GRACIELA, EL HADA EQUILIBRISTA...
TELITA, EL HADA COMODONA, LA QUE SE PASA LA VIDA LEYENDO CUENTOS Y SE HACE LLEVAR POR EL VIENTO SUR...


BITA, CITA, DITA, LITA, NITA Y TITA, LAS SEIS HADAS MELLIZAS, QUE SE PASAN LA VIDA JUGANDO CON LAS NUBES...
Cuento
...¡TODAS LAS HADAS ACUDEN A LA CASA DE GOBIERNO PARA CELEBRAR LA NAVIDAD!
¡Y COMIENZA LA FIESTA!
¡VOY A EMPACHARME DE MASITAS!
¡ESTOS HELADOS ESTÁN DE RECHUPETE!
ESTE AÑO LOS CHICOS NOS PIDEN MUCHAS COSAS. SOBRE TODO QUIEREN GOLOSINAS, MUCHAS GOLOSINAS.
ADELA, LA PRESIDENTA DE LAS HADAS, PRONUNCIA UN DISCURSO...
¡HAY QUE DARLES MUCHAS GOLOSINAS... CON TAL QUE DESPUÉS DE COMERLAS SE LAVEN LOS DIENTES!
¡TENGO UNA IDEA!
¡PROPONGO QUE NOS CONFORMEMOS CON UN BOMBONCITO CADA UNA Y ENVIEMOS LO DEMÁS A LOS CHICOS!
¿QUÉ LES PARECE, HERMANAS, LA IDEA DE SILVIA ARDILLITA?
¡MUY BIEN!
¡MUY BIEN!


¡YO, CON SÓLO TOCARME LA BARRIGA CON LA VARITA ME SIENTO COMO SI HUBIERA COMIDO UN MILLÓN DE BOMBONES!
LAS HADAS CORREN A PONER EN PRÁCTICA EL PROYECTO DE SILVIA...
...Y EN LA AZOTEA DE LA CASA DE GOBIERNO FORMAN UNA INMENSA MONTAÑA DE TURRÓN.
¡AHORA A SOPLAR, HERMANITAS!
ENTONCES EL CIELO SE OSCURECE COMO SI FUERA A ESTALLAR UNA HORRIBLE TORMENTA.
CAEN PIEDRAS...
...¡PERO PRONTO UN CHICO DESCUBRE QUE SON PIEDRAS MARAVILLOSAS!
¡VENGAN! ¡¡PRUÉBENLAS!! ¡SON DE TURRÓN!
MIENTRAS TANTO, EN LA CASA DE GOBIERNO DE LAS HADAS...
¡SE NOS AGUÓ LA FIESTA! ¡LLUEVE!
¡PERO LLUEVE NARANJADA!
¡Y QUÉ NARANJADA RICA!


AHORA CAE UNA LLUVIA DE CARAMELOS, PELADILLAS, TROCITOS DE FRUTA, BOMBAS DE CREMA...
¡A LOS TANQUES, HERMANITAS!
Helados
LAS HADAS ABREN LAS CANILLITAS DE LOS TANQUES...
...Y COMIENZA A NEVAR.
¡HELADO DE CREMA Y LIMÓN!
LOS CHICOS JUEGAN CON LA NIEVE.
PERO, DE PRONTO...
¡ES HELADO!
¡ÉSTA ES LA NAVIDAD MÁS FELIZ DE MI VIDA!
¡Y DE LA NUESTRA! ¿VERDAD?
¡SÍ, SILVIA!
¡SÍ, SILVIA!
¡SÍ, SILVIA!
breccia

Gatito y los REYES MAGOS



La ciudad de la LLUVIA

por INÉS

Ilustrado por A. BRECCIA



HABÍA UNA VEZ UNA CIUDAD LLAMADA GOTILANDIA, DONDE LLOVÍA TODO EL DÍA Y TODA LA NOCHE.



LA GENTE ESTORNUDABA SIN CESAR, ESTABA SIEMPRE RESFRIADA Y SE SONABA LAS NARICES SIN PARAR NI UN MOMENTITO.



POR LAS CALLES NAVEGABAN LOS CARROS



Y LOS CHICOS CHAPALEABAN COMO RANAS.



LO ÚNICO QUE SE VENDÍA ERAN IMPERMEABLES, BOTAS Y PARAGUAS.



UNA VEZ, LOS HABITANTES SE ENOJARON Y FUERON A HABLAR CON EL REY.



EL BUEN REY VIEJO LOS ESCUCHÓ SENTADO SOBRE SU TRONO FLOTANTE



Y TOMÓ UNA DECISIÓN. LLAMÓ A UN PREGONERO,



EL CUAL, SOBRE UN BOTE, MOSTRÓ A LA LLUVIA Y AL PUEBLO LA ORDEN DEL REY:



LA LLUVIA LEYÓ ESTO Y, ENOJADA, DEJÓ DE LLOVER.



EL PRIMER DÍA TODOS ESTABAN MUY CONTENTOS; Y EL SEGUNDO, Y EL VIGÉSIMO.



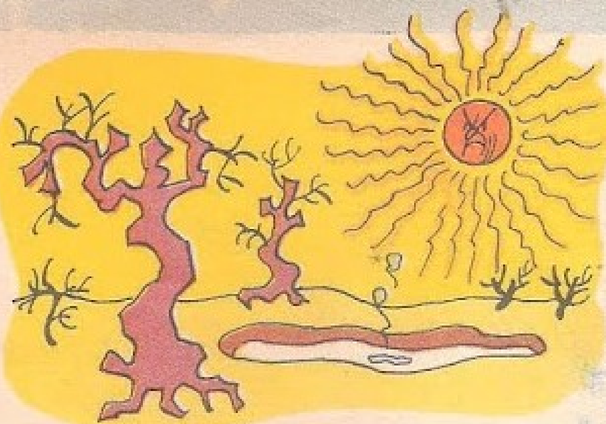
LOS CHICOS SE SENTARON POR PRIMERA VEZ EN EL CORDÓN DE LA VEREDA.



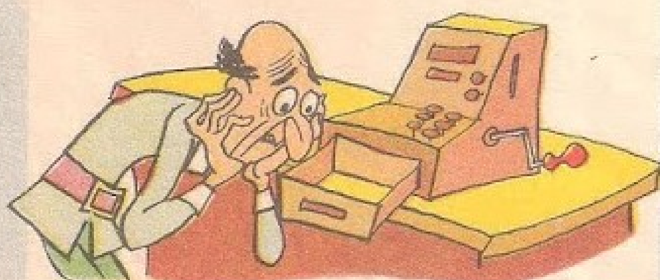
LAS SEÑORAS POR PRIMERA VEZ USARON LINDOS VESTIDOS.



LOS HOMBRES LLEVARON POR PRIMERA VEZ SOMBREROS DE PAJA PARA EL SOL.



PERO AL POCO TIEMPO LAS LAGUNAS SE SECARON, LOS ÁRBOLES SE SECARON, LAS HUERTAS SE SECARON



Y LAS CAJAS DE LOS VENDEDORES DE PARAGUAS E IMPERMEABLES SE SECARON TAMBIÉN.



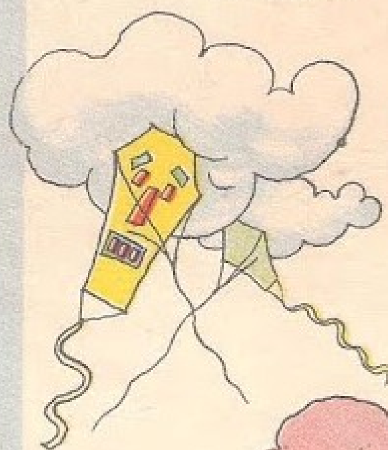
MUERTOS DE CALOR, TODOS FUERON A PROTESTARLE AL REY.

ENTONCES EL REY LLAMÓ A TODOS LOS CHICOS DE LA CIUDAD Y LES DIJO ALGO AL OÍDO.





LOS CHICOS FUERON A BUSCAR SUS BARRILETES Y SE REUNIERON EN LA PLAZA.



ALLÍ REMONTARON SUS BARRILETES Y PINCHARON LA BARRIGA A LAS NUBES.

Y LLOVIÓ.
Y LLOVIÓ.
Y LLOVIÓ.



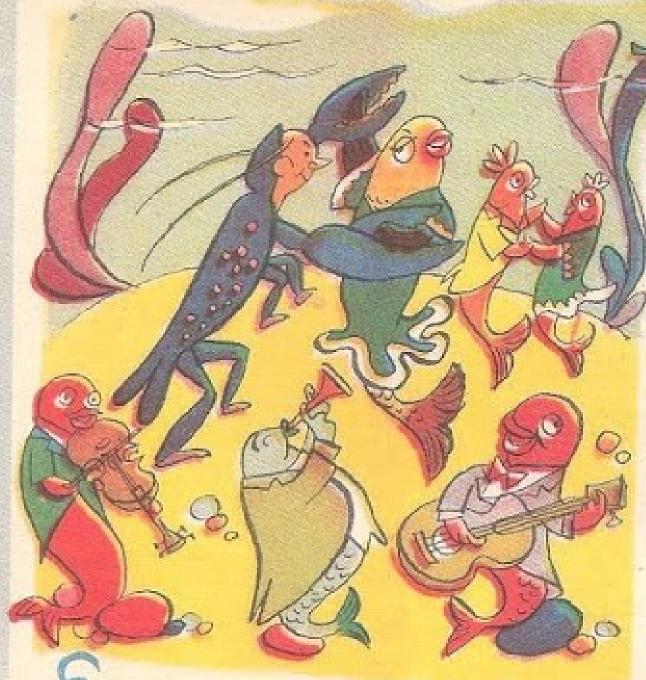
DESDE ENTONCES TODOS SE QUEDARON MUY TRANQUILOS: EL REY, LOS CHICOS Y LOS GRANDES, PORQUE NO QUISIERON QUE LA LLUVIA SE ENOJARA DE NUEVO Y DEJARA DE LLOVER.

El rey del MAR



por Beatriz Ferro

Ilustrado por Alberto Breccia



El Reino del Mar estaba de fiesta. El Rey y la Reina, sentados en sus tronos, miraban sonrientes a sus súbditos y a cada lado del trono largas filas de heraldos sostenían faroles cuya luz iluminaba todo el jardín.

Brillaba la coronita del Rey y estaban alegres los ojos de la Reina, que lucía su hermoso manto de algas.

Ya llegaban los invitados: los primos del Consejero Tortuga, la señora Medusa, Estrella de Mar, la familia de las Almejas y los Caracoles, el almirante Erizo-Marino, el general Pez-Espada con sus oficiales y muchos otros... Tantos y tan diferentes habitantes del mar que, si empezaras a contarlos desde que te levantas, no terminarías hasta la hora de irte a dormir.

En la fila de heraldos parados junto a la puerta había, sin embargo, una cara triste. Y era la de Pececito Curioso.

Pececito Curioso no hacía más que mirar y mirar entre los invitados como si estuviera buscando a algún amigo que se le había perdido. Y en realidad lo estaba buscando.

Por fin le preguntó a uno de los Cangrejos porteros:

—Dime, ¿ha llegado ya el doctor Pulpo?

—No, el doctor Pulpo no vendrá a la fiesta —respondió el Cangrejo.

Lleno de curiosidad, Pececito le preguntó al Delfín que tenía a su lado:

—¿Sabés tú por qué no vendrá?

—Todo el mundo lo sabe —respondió el Delfín—. El viejo Pulpo colecciona ahora toda clase de flores y se pasa el día entero estudiándolas. No le interesan las fiestas ni cosa parecida.







Pero en ese momento pasó a su lado una rápida estrellita de mar y le susurró en el oído:

—La verdad es que el Rey no lo ha invitado y sólo yo sé por qué causa.

Cuando Pececito se volvió intrigado hacia ella ya se había alejado para reunirse con sus veinte hermanas mellizas que acababan de llegar.

"¡Imposible encontrarla!", pensó Pececito. Y se dijo: "El Rey me ha ordenado que no abandone mi puesto junto a los demás heraldos, pero yo tengo que saber por qué el viejo Pulpo, mi amigo, no ha sido invitado. ¡Por algo me llaman Pececito Curioso! Ya que la pícara Estrellita no quiso decírmelo iré a preguntárselo a él mismo".

Y repitiéndose: "A él mismo... Sólo por un ratito. Regresaré en seguida. ¡Puedo nadar tan rápido...!" y otras cosas por el estilo, Pececito salió del jardín sin que nadie lo notara.

Afuera estaba todo tan oscuro que Pececito comenzó a nadar muy rápido para quitarse el miedo.

A lo lejos se veía la plaza de las Ostras con sus bancos, que se hallaban ahora desiertos. Cerca de allí estaba la casita de roca del doctor Pulpo. Pececito se asomó a una ventana y llamó:

—¡Doctor Pulpo! ¡Soy el heraldo más veloz del Rey, Pececito Curioso!

La ronca voz del Pulpo le contestó:

—¡Curioso y entremetido además, pues vienes a molestarme cuando estoy arreglando mi colección de flores!

—Perdona que te haya molestado —dijo Pececito entrando en la casa de su amigo—. Ahora veo que el Delfín tenía razón y que Estrellita ha querido burlarse de mí...

—No, hijito —dijo el Pulpo tristemente—. Estrellita de Mar es mi vecina y la única que sabe la verdad.

Y mientras, pensativo, se sostenía la cabeza con dos de sus manos y guardaba sus flores con las otras tres, siguió hablando:

—Estoy casi tan anciano como el mismo Rey. Soy tan calvo y corto de vista que no haría buen papel junto a los otros invitados, con sus trajes de colores hermosos y brillantes. La Reina lo sabe y ha convencido al Rey para que no me invite. Así, los heraldos pasaron bien lejos de mi casa cuando proclamaban la invitación por todo el mar...





Pececito, sin decir una palabra, comenzó a moverse impaciente. Recogió las flores del Pulpo y con algunas algas las enlazó unas con otras.

—¿Qué estás haciendo, Pececito? ¡He satisfecho tu curiosidad y ahora me desordenas mi colección de flores! —exclamó el Pulpo alarmado.

—Mira, doctor Pulpo —dijo Pececito—, tú no eres corto de vista. Lo que pasa es que aquí está muy oscuro y yo mismo no puedo ver bien. Y estas flores, así enlazadas, formarán una espléndida corona y se verán mucho mejor sobre tu cabeza que dentro del cajón de tu mesa...

—¿Y para qué quiero flores en la cabeza? —preguntó el Pulpo, que no entendía nada.

—¡Para ir a la fiesta!

—Pero... ¡si no he sido invitado! —protestó el Pulpo. Pero Pececito le

Sin embargo, Pececito se preguntaba: "¿Y qué pasará ahora?"

Cuando llegaron al palacio el Cangrejo portero se sorprendió.

"¿Será realmente un pulpo?", pensó. "¡Y con una corona tan hermosa! ¡Lo anunciaré en voz alta!"

Y levantando la cabeza gritó:

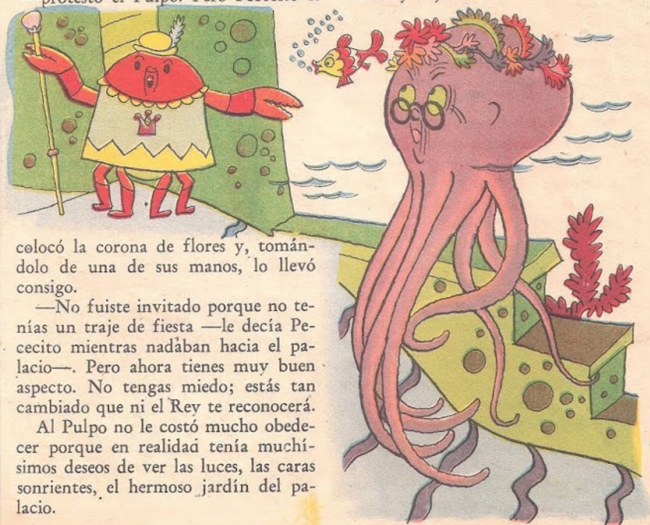
—¡Su Majestad, el Rey de los Pulpos!

Todos los ojos se volvieron admirados hacia él. Hasta el mismo Rey del Mar le preguntó a su Consejero Tortuga:

—¿Sabías tú que los pulpos tienen su propio Rey?

—No, Majestad; el Cangrejo se habrá equivocado. Tal vez sea un rey de algún mar tropical.

Entonces el Rey hizo llamar al Pulpo. Cuando lo tuvo cerca le dijo en voz muy baja:



colocó la corona de flores y, tomándolo de una de sus manos, lo llevó consigo.

—No fuiste invitado porque no tenías un traje de fiesta —le decía Pececito mientras nadaban hacia el palacio—. Pero ahora tienes muy buen aspecto. No tengas miedo; estás tan cambiado que ni el Rey te reconocerá.

Al Pulpo no le costó mucho obedecer porque en realidad tenía muchísimos deseos de ver las luces, las caras sonrientes, el hermoso jardín del palacio.



—¡Veo que has encontrado la forma de entrar a palacio, doctor Pulpo!

Y, sonriendo, prosiguió:

—Podrás engañar a los demás, pero yo sé muy bien quién eres. Me alegra que hayas venido, pero tendré que imponerte una pena...

El Pulpo ya estaba arrepintiéndose de haber ido cuando oyó que el Rey decía:

—...tendré que imponerte una pena... ¡por haber llegado tan tarde a la fiesta! Para que eso no vuelva a ocurrir vendrás a vivir a palacio. Y verás cómo te querrá la Reina si alguna vez le permites que se pruebe tu corona.

—¡Oh, Majestad! —dijo el Pulpo agradecido—. ¡Y pensar que se lo debo a Pececito Curioso!

—¿Qué dices? —preguntó el Rey.

Entonces Pececito salió corriendo de debajo del trono, desde donde había oído toda la conversación.

—¡Por lo que veo, a Pececito lo ha vencido otra vez la curiosidad! Y gracias a eso he podido remediar mi injusticia con el Pulpo —suspiró el Rey cuando hubo oído el relato del Pulpo. Y llamó: —¡Consejero Tortuga!

—Sí, Rey del Mar...

—Dime, Consejero, ¿debo castigar la curiosidad de Pececito o debo premiar su buen corazón?

—Majestad —respondió el Consejero—, Pececito tendrá siempre buen corazón, pero si corriges su curiosidad algún día dejará de ser curioso.

—Esta noche —dijo entonces el Rey— dejaré que se divierta. Pero desde mañana le prohibiré alejarse del palacio. ¡Así dejará de curiosear hasta que se haya corregido!

En ese momento se acercó la Reina.

—¿De qué hablan ustedes? ¡Oh, pero qué hermosa corona luce usted, señor Rey de los Pulpos! ¿Dejará que me la pruebe de vez en cuando?

Y así transcurrió la fiesta más alegre del mar.

Nadie sabe cuántas horas, días o meses duró el encierro de Pececito. Sólo se sabe que por allí anda todavía, mirando, preguntando y atisbando por todos los rincones del Reino y, de vez en cuando, acercándose al techo del mar y sorprendiendo a los niños que pasean en bote.

Tampoco se sabe si dejará de ser curioso algún día.

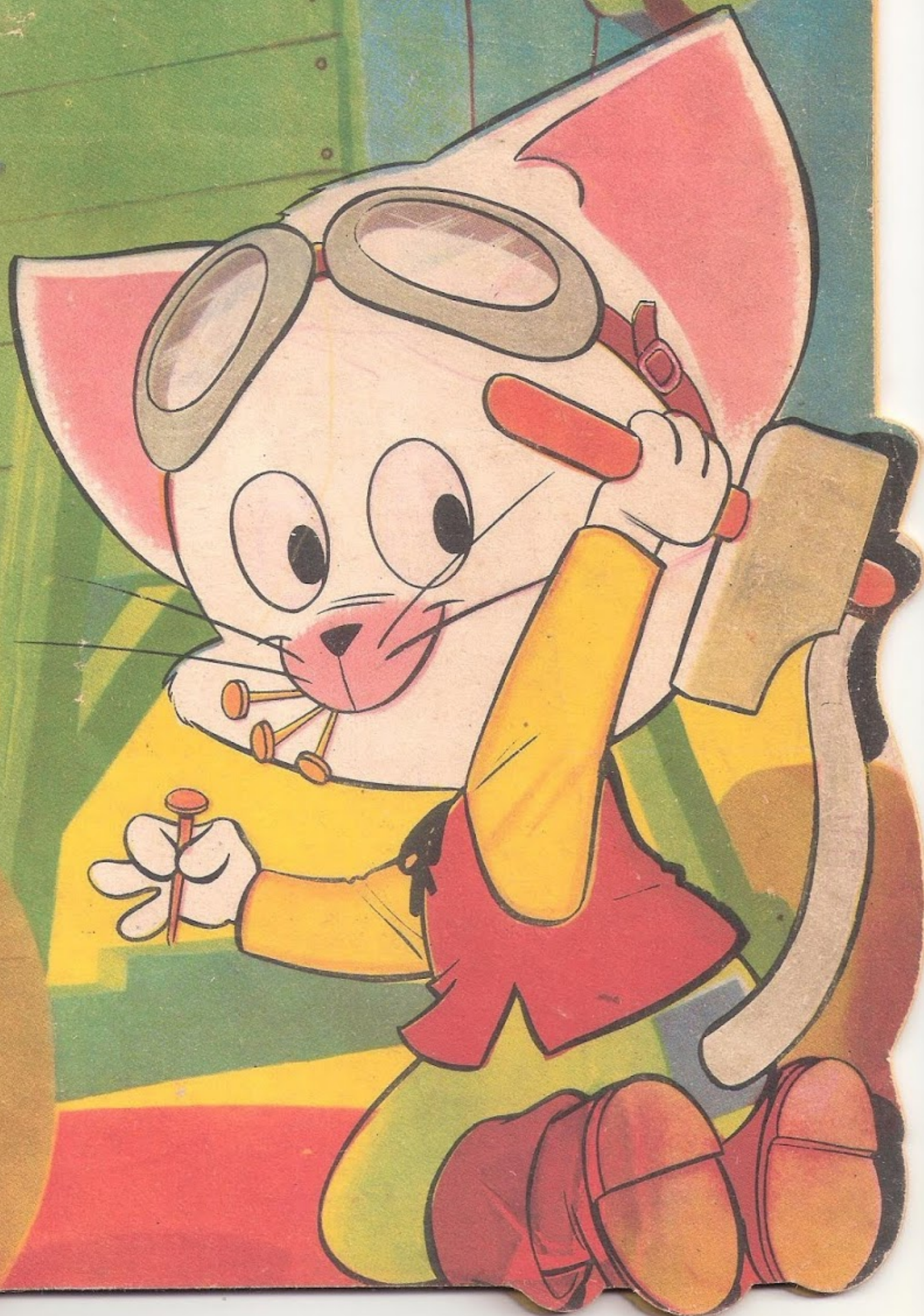


Gatito

AVIADOR

Nº 7

Colección gatito



EL ELEFANTE de trapo

POR INÉS

ILUSTRADO POR ALBERTO BRECCIA



Había una vez un elefante de trapo que se llamaba Raúl. Tenía los ojitos colorados como un conejo, pero no era un conejo, pues no le gustaban las zanahorias, y, además, ya dijimos que era un elefante. No leía el diario ni atendía el teléfono ni andaba en patines porque no se le daba la gana. ¡No, señor!

—Estoy cansado de estar siempre metido en mi piecita sin ver ni un pedazo de cielo. Tengo ganas de conocer mundo —dijo un día Raúl moviendo su trompita para aquí y para allá y luego para allá y para aquí.

Entonces se le ocurrió conversar con el tambor, que tenía pintado un muñeco negro y que por eso venía del Africa.

—Hola —dijo Raúl golpeando el parche del tambor.

—Hola. ¡Rataplán! —saludó el tambor.



—Quiero conocer el Africa para ser un elefante de verdad y no un tonto elefante de trapo.

—Pues es muy sencillo. ¡Rataplán! Haz tu valija y ¡rataplán! échate a andar planplan y en seguidita llegarás al Africa. ¡Rataplán!

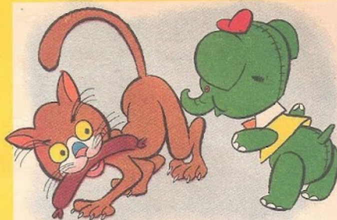
Raulito se puso su sombrero y no llevó valija porque no tenía y salió para el Africa. Pero primero, como vivía en una casa de departamentos, tomó el ascensor y saludó al portero muy amablemente.



Así caminó y caminó hasta que tuvo hambre, pero, por más que miraba a su alrededor, no encontraba el Africa.

—¿Conoces el Africa? —preguntó a un gato que se le cruzó por el camino.

—Nunca ¡miau! he visto ¡miau! a esa señora ¡miau! —respondió el gato comiéndose una salchicha.



—¡Qué lástima! —suspiró Raulito—. Porque en el Africa yo tengo muchos pancitos, pero acá ninguno... ¿No tienes un pancito?

—No ¡miau!, pero si quieres ¡miau! encontrarás uno ¡miau! en la panadería ¡miau!

Como tenía demasiada hambre para llegar así al Africa, Raulito se fué a la panadería.

—Quiero un pancito, pero ahora no tengo plata; la tendré cuando sea un elefante de verdad, en el Africa, y no un tonto elefante de trapo, como ahora —dijo el elefantito de un tirón, sin equivocarse.

Pero al panadero se le importó un pepino que Raúl no fuera un elefante de verdad, y le dijo que los pancitos no eran para regalar.



Sin embargo, con hambre y todo, Raulito siguió su expedición. De pronto comenzó a caer una lluvia más fuerte que las cataratas del Iguazú y a Raulito se le mojó el sombrerito y la trompa y las orejas con cuadros porque era de trapo.

—¿Dónde me meto? —preguntó tiritando.



—Ven aquí ¡din!, que yo te ¡dan! protegeré —lo llamó una campana muy simpática que estaba sobre una torre.

—¿Y cómo hago para llegar hasta arriba?

—Pues ¡din! te trepas ¡dan!

Y ahí mismo se trepó Raulito y, como llovía tanto, con las gotas de lluvia hizo un cordoncillo, y con bastante facilidad llegó hasta arriba.

—¡Qué sequito está esto! —comentó acomodándose en la campana.

Pero en eso sopló el viento y ¡din! ¡dan! la campana comenzó a menearse y ¡zas! Raulito se encontró volando por los aires, como le había ocurrido a Dumbo.



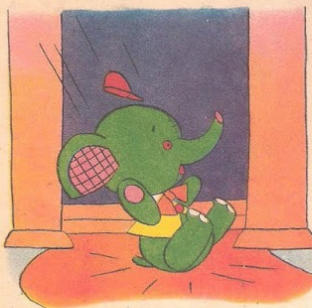
—Mira ¡cuac! qué pájaro ¡cuac! más raro ¡cuac! —graznó un cuervo al verlo pasar.

—¡Ya sé! Ahora llegaré al Africa. Allí hay un sol rico como un queso y elefantes de verdad que hacen la siesta debajo de las palmeras y . . .

En eso aterrizó Raulito y se hizo un pequeño chichón, ya saben ustedes dónde. Pero ¿quieren creer una cosa? Que no estaba en el Africa sino otra vez en la puerta de su casa.

Sin embargo, el elefantito no se dió por enterado.

—¡Qué uniforme más moderno usa el dueño del Africa! —exclamó al ver al portero. Y luego, para quedar bien con él, agregó una palabrita en africano: —¡Mgombique!



En la mesita de luz Raulito encontró una lata de betún; entonces se lo pasó por la carita y quedó negro como si estuviera quemado por el sol.

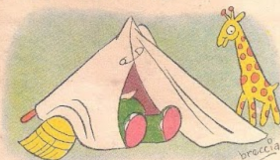
—¡Caramba! ¡Qué tostado estoy!

A continuación guardó su sombrerito en el ropero, se puso otro de explorador, según la moda de Africa, y se miró en el espejo.

—¡Perfecto! ¡Perfecto!



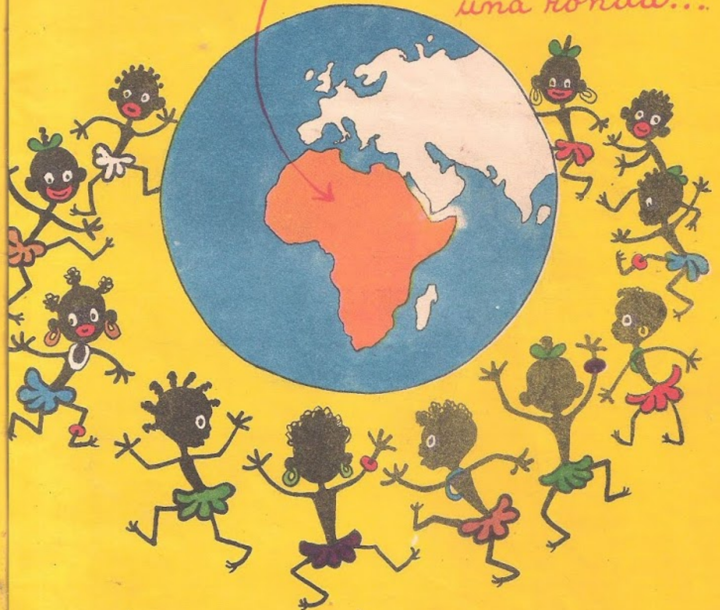
En seguida, con unos palos de escoba y las sábanas se hizo una carpa con aberturas para mosquitos y todo y se acostó a dormir en el suelo, bien incómodo, por si pasaba algo . . .



Ahora hablemos bajito, porque el elefante de trapo duerme. Quiero pedirles, en nombre de Raulito, que no le cuenten a nadie, ni siquiera al gato, que no está en el Africa sino en su pieza.

Y de paso, ¿saben ustedes dónde queda el Africa?

El Africa queda aquí. Estos negritos están bailando una ronda porque es carnaval. Pero no sólo los negritos bailan una ronda . . .



La ronda del CARNAVAL

POR INÉS
ILUSTRADO POR A. BRECCIA

Indio soy, feo y temible.
Me llamo Voz de León.
¡Pero si veo un ratón
me pego un susto terrible!

Mi disfraz de hawaiana
es muy fácil de imitar:
basta con saber cortar
la tela de la ventana.

¡Vivan los gauchos matreros
que saben bailar la zamba
y pueden gritar "¡Caramba!"
aunque se caiga el ropero!

breccia

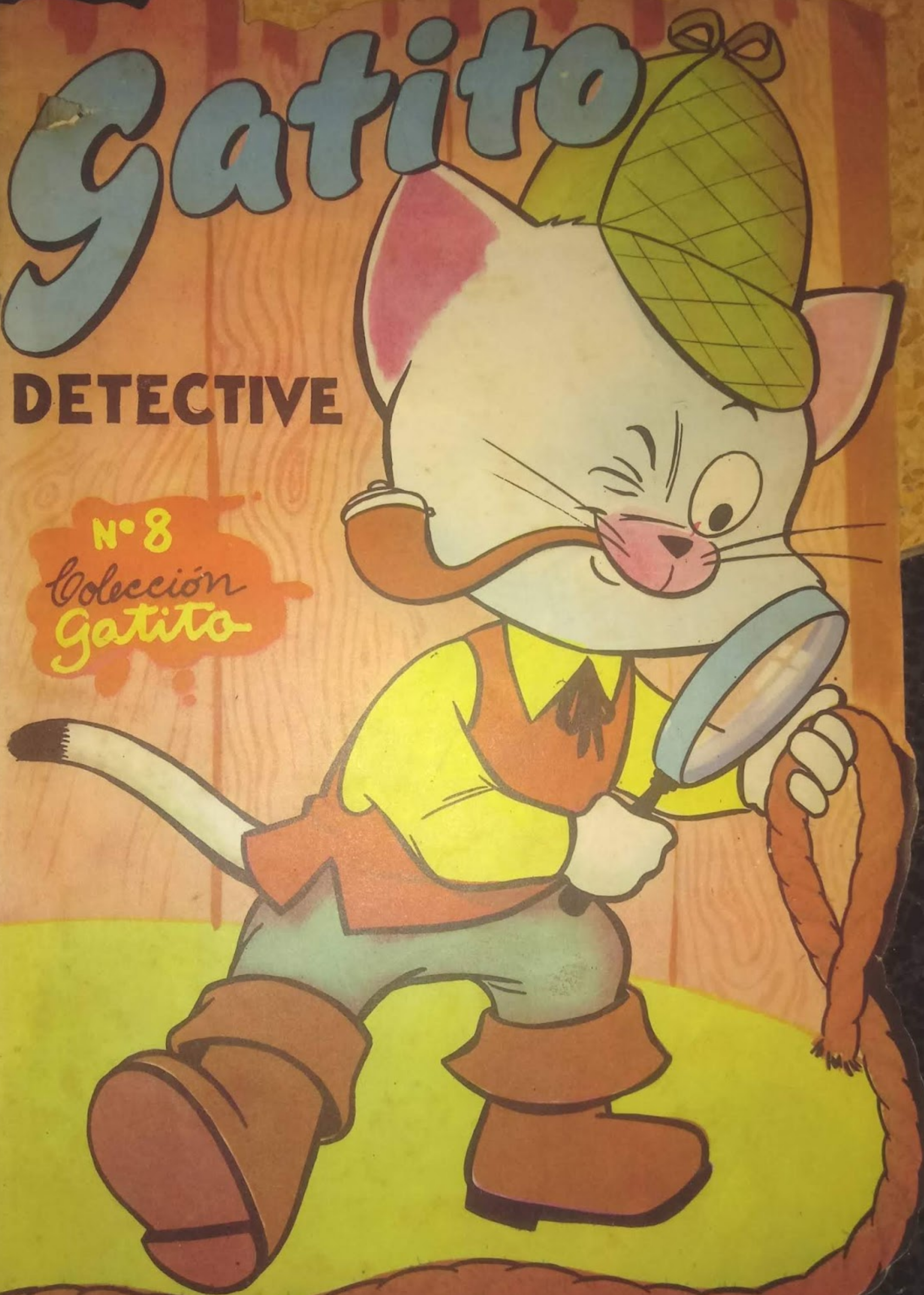
Soy un soldado arrogante
campeón de las bayonetas,
pero pierdo las calcetas
cuando me arrojan un guante.

Voy al colegio de al lado
con mi blanco delantal
y aprovecho el carnaval
para salir disfrazado.

Mi boquita de alhelí
y mi rostro de cristal
dicen que soy oriental
y me llamo Ti-pa-tí.

Como todos los gitanos
me agrada mucho cantar
y me pongo a zapatear
apenas palmean las manos.

Soy una rubia marquesa;
tengo un pañuelo de encaje
y, para adornar mi traje,
le cuelgo una llave inglesa.


Gatito
DETECTIVE
Nº 8
Colección
Gatito

El sombrero de VICENTE

por INÉS

Ilustrado por ALBERTO BRECCIA



¿A quién no le gustan los ? Por cierto que a todos. Pero a le gustan más que a todos.

Una vez sacó las de su y fué a comprar un Se probó un sombrero así: . Y otro así: Pero se quedó con uno así:

Como era un muy serio, le agregó unas y le colgó tres cascabeles de una cinta.

con su se fué a pasear.

–¡Qué lindo sombrero! dijo el deteniendo los para dejarlo pasar.

–¡Qué precioso modelo! –exclamó el . se miraba muy orondo en las vidrieras y por eso no advirtió que en el cielo se había juntado un montón de . Entonces, llegó el y, sin ningún respeto ni consideración, de un solo soplido le quitó a el de la

Un de lechero le aplastó el ala y en seguida cruzó la calle una y le arrancó las corrió a alcanzar su pero otra vez el se lo llevó lejos, hasta que fué a parar sobre las ramas de un . Un le dió unos cuantos picotazos, pero se escapó cuando vió acercarse a Lucila, la del Zoológico que salía de paseo con su guardián. Lucila estiró su cuello y con gran regocijo encontró el de . Pero de tanto menearse, la hizo un movimiento brusco y el fué a parar a un terreno baldío.

–¡Ahora sí que perdí mi sombrero! –dijo . Y se volvió a su triste y achatado como una goma de borrar...

Y, hablando de borrar, tengo que borrar que estaba triste, pues en eso oyó un "MEEEEE" y vió a Pascual, el , con su . le sacó a Pascual el y se lo puso. Claro que ya no era un sino algo distinto...

Entonces aparecieron la mamá de y la tía de y Lucho y Tito y Carlos y todos dijeron:

–¡Pero, Vicente! ¡Qué sombrero más original! ¿Dónde lo compraste?

–Pues viene de lecheri-bici-cuervi-Luci-Pas-cualandia –respondió . ¡¡¡Y era cierto!!!

Esta es una página muy especial porque en ella se cuenta:

EL VIAJE DE Sebastián

Por Beatriz
Ilustrado por Alberto Breccia



Sebastián vivía feliz cuidando su huerta, donde pasaba todo el día y toda la noche. Porque Sebastián era un espantapájaros.

Cumplía bien su trabajo. No sólo agitaba los brazos para espantar a los gorriones, no. Conocía el idioma de los pajaritos y les explicaba por qué no debían arruinar el sembrado. Y es que Sebastián tenía una inteligencia poco común para un espantapájaros. Era casi tan inteligente como un gorrión.

Los gorriones lo respetaban y lo querían y con frecuencia le hablaban del vasto mundo que él no conocía.

Cuando llegó la primavera Sebastián sintió enormes deseos de conocer ese mundo que comenzaba allí donde terminaba su huerta. Una noche hizo un esfuerzo muy grande: estiró primero una pierna, después la otra, dejó caer sus brazos, se enderezó el sombrero y, caminando entre los sapos que lo miraban con ojos más asombrados que nunca—, pasó sus largas piernas a través del cerco y... ¡estuvo afuera!

Anduvo mucho hasta llegar a una de las calles de la ciudad, llena de luces.

Sebastián miraba perplejo a todo el mundo. Veía señores iguales que el quintero, su patrón, y señoras más lindas que la esposa del quintero. Veía vidrieras iluminadas... De pronto vió su cara reflejada en el vidrio y pensó que, si ese era él, no era tan feo.

Pero, como no es frecuente ver un espantapájaros andando por la calle, ninguna de aquellas personas pensó que Sebastián fuese un espantapájaros. Lo tomaron por un hombre un poco mal vestido...

La primera noche fuera de su casa la pasó en la plaza.



"¡Qué huerta tan hermosa!", pensó Sebastián. "Aquí voy a descansar".

Pero en vez de pararse en el medio con los brazos extendidos, como era su costumbre, imitó a la gente que veía. Se recostó en un banco y, antes de cerrar los ojos, se quedó un rato mirando las estrellas y los bichitos de luz que brillaban un poco más abajo de las estrellas.

—¡Qué huerta tan hermosa! —repetía



Nadie sabe cómo, a la mañana siguiente, llegó Sebastián tan lejos de la ciudad, a un barrio de casas blancas con jardincitos al frente.

—¡Qué verduras tan raras! —se decía, pues en toda su vida no había visto un jardín.

De pronto oyó que alguien se quejaba cerca de él. Se asomó por un cerco y vió un chico que lloraba a más no poder.

—¿Qué te pasa? —le preguntó conmovido.

Como el niño no contestaba, Sebastián saltó el cerco y trató de consolarlo. Al fin el niño dijo:

—¿Ves estas plantas? —y señaló un cantero cubierto de plantas lindísimas, que habían sido pisoteadas y medio arrancadas de la tierra.

—¡Qué desastre! ¿Cómo ha ocurrido eso?

—Fué Picho, mi perro. Mamá salió y me prohibió soltarlo, pero yo... yo quería jugar con él un ratito.



—¡Ajá! Y en cuanto te descuidaste él se puso a correr por todos lados y también por encima de las plantas. Ahora tu mamá...

—¡Sí! ¡Sí! ¡Se va a enojar tanto..!

De repente el niño dejó de llorar y miró maravillado a Sebastián. Este ya estaba arrodillado y ponía las plantas en su lugar, recordando, tan bien como podía, cómo hacía el quintero cuando trasplantaba la lechuga.

—Una aquí... otra allí... todo está listo. Ahora vamos a regarlas.

Pedrito, el niño, se fué corriendo a buscar una regadera. No había vuelto aún cuando Sebastián vió aparecer una señora que preguntó sorprendida:

—¿Qué está haciendo usted aquí? ¿Qué desea?





Sebastián no deseaba nada, pero, si decía lo que había hecho, iba a descubrir a Pedrito, su nuevo amigo. Y, como la señora parecía bastante enojada, decidió terminar la conversación poniéndose a salvo de un salto, del otro lado del cerco. En la huída se le cayó el sombrero, que quedó solito en medio del jardín.

En ese momento llegó Pedrito con la regadera y Sebastián le hizo adiós con la mano.

Una sola cosa le daba lástima: haber perdido su sombrero de fieltro negro. Había sido lustrado por las lluvias y los soles y ahora brillaba con reflejos dorados y verdes... ¡Qué pena!

Sin embargo, se sentía alegre pensando que la mamá no retaría a su amigo Pedrito.

De pronto sintió toda su cara mojada.

"¡Qué vergüenza!", pensó. "¿Estaré llorando por un sombrero viejo?"

Pero no era eso. El cielo se había nublado y empezaba a llover furiosamente.

—Una lluvia más o menos —se decía Sebastián. Pero le molestaba que las gotas cayeran, tac, tac, tac, sobre su desnuda cabeza de zapallo.

Se sentó en un umbral y oyó entonces una voz muy débil a sus espaldas:

—¡Joven, joven, no se quede sentado allí, con esta lluvia!

Era una señora muy viejecita y corta de vista, que, envuelta en un chal violeta, le hacía señas desde dentro de la casa.

—Pase, joven...

En dos zancadas Sebastián cruzó la puerta y entró en un cuarto muy lindo. Las paredes estaban llenas de retratos de niños y sobre los muebles había carpetitas almidonadas. La señora lo hizo sentar y Sebastián le contó cómo había perdido su sombrero.



—Venga conmigo —le dijo la viejecita. Y entraron en un cuarto donde había un gran armario.

La señora lo abrió y Sebastián vió toda una colección de sombreros: uno azul, uno gris, otro de paja, una galera y hasta la gorra de un disfraz de marinero.

—Estos sombreros eran de mi hijo, que ahora vive en otra ciudad —dijo la señora un poco triste—. Puede elegir el que más le guste...



A Sebastián le hubiera encantado calarse la gorra de marinero, pero fué más modesto. Eligió uno de suave fieltro verde. Luego dió las gracias y, como la lluvia había cesado, se dispuso a partir.

—Vuelva cuando quiera —le dijo la señora desde la puerta.

Ya en la calle, Sebastián advirtió que estaba fatigadísimo y con grandes deseos de volver a su casa. Pero, como nunca se había preocupado de averiguar dónde quedaba la granja, no sabía a dónde ir.

Por fin tuvo una idea: los gorriones conocían las direcciones de todas las huertas... ¿quién mejor que ellos para ayudarlo?

Se acercó a un gorrioncito que estaba tomando su baño en un charco y le habló en el lenguaje de los pájaros.

El gorrión tampoco lo creyó un espantapájaros.

"Ningún espantapájaros tiene un sombrero tan nuevo", pensó. Y le indicó dónde podría encontrar su huerta.

Sebastián caminó, caminó.

Volver a su casa le gustaba tanto como antes le había gustado salir de ella. Llegó al anochecer.

Los sapos, croac, se alegraron mucho de verlo.

Los pajaritos se alegraron también, a pesar de que ya no podrían picotear la huerta.

El quintero se alegró porque Sebastián era un buen espantapájaros.

Y Sebastián cuidó su huerta más alegre que nunca porque había visto el mundo, tenía un amigo y un hermoso sombrero nuevo.



Gatito



El príncipe SOPITA

Por Inés

Ilustraciones de Alberto Breccia



Esto ocurrió en el reino de Siempre-Jamás, que queda después del de las golondrinas y los barriletes.

Allí tenía sus dominios el rey Totón F., un soberano bondadoso y querido por sus súbditos. Y, de paso, nadie sabía qué significaba la F. de su nombre. Unos sostenían que era la abreviatura de Felisberto, otros de Felipe, otros de Flequillo, pero todos lo llamaban Totón F.

El buen rey tenía un hijo a quien quería más que a sus cuarenta carrozas, que a sus trescientos palacios, que a sus cinco mil estampillas.

El hijo del rey se llámaba príncipe Sopita, no porque le agradaran las sopas —que en realidad jamás había probado—, sino porque tenía una cara caída y triste como una sopa cuando sale demasiado chirle.

El rey estaba desesperado: por más que hacía no conseguía sacarle una sola sonrisa a su hijo.

Un día llamó a su primer ministro y le dijo:

—El heredero del trono no puede tener esa cara de tristeza. Debemos hacer algo por alegrarlo. Dame un consejo.

El primer ministro puso voz de consejo y exclamó:

—¡Regalémosle un mono amaestrado!

Con toda prontitud salieron tres pajes en busca de un mono amaestrado. Pero los monos amaestrados no se venden en las tiendas ni en las farmacias ni en las fiambrerías. Y después de



buscar por todos lados los pajes llegaron a un circo que había acampado cerca de la ciudad.

—Queremos un mono amaestrado para que juegue con el príncipe Sopita —dijeron los pajes al dueño del circo.

Y el dueño del circo les vendió un mono de lo más simpático, que jugaba al trompo y a los dados.



Cuando el príncipe Sopita vió al mono y a sus monerías dijo con un tonito resignado:

—Es divertido el animalito...

Pero ni una sola sonrisa apareció en su cara.

El rey Totón F. miró al primer ministro y con voz algo severa le dijo:

—Tu consejo no ha resultado... Piensa otra cosa para divertir a mi hijo.

El primer ministro respondió:

—Dame tiempo hasta mañana, Majestad.

Al día siguiente el ministro preparó para el príncipe una pared de espejos deformantes. Los gordos se veían enanos y narigones, los flacos barrigones y patilargos como cigüeñas. ¡Era verdaderamente cómico!

El primer ministro corrió un poco frente a un espejo: parecía un camello con manto. En cambio, el rey Totón F. era idéntico a un hipopótamo con armiños.



—No está mal —murmuró el príncipe. Pero ni una sola sonrisa apareció en su cara.

Totón F. se retiró a sus aposentos sin mirar al primer ministro. El primer ministro también se fué a los suyos y al pasar por los espejos pegó un pequeño brinco. ¡Sin embargo, a él le gustaban los espejos!

Fué en ese entonces cuando se extendió por el reino la noticia de que un maravilloso médico curaba todas las enfermedades.

—Quiero ver a ese médico. Tal vez él cure al príncipe —dijo el rey.

Cuando el médico llegó a la corte todos estuvieron de acuerdo en que era bastante raro. Saludó a los porteros y a los guardias como si fueran personas importantes, pidió un helado sin que nadie le ofreciera y, después de comerlo, se chupó los dedos como si estuviera solo. Además, tenía una cara muy simpática y llevaba sobre la frente unos anteojos que jamás bajaba hasta los ojos.

—Los uso para mis cejas, pues son cortas de vista —explicó cuando al-



guien le preguntó por qué llevaba allí los anteojos.

El médico revisó al príncipe Sopita con mucho cuidado. Sopita tuvo que decir "33" varias veces, mostrar la lengua, etcétera.

—¡Muy bien! Le pondre el termómetro —dijo el médico.



El rey y el primer ministro se asustaron un poquito porque en el reino de Siempre-Jamás no se conocía eso.

—No duele nada —agregó el médico sonriendo.

Cuando vió la temperatura del príncipe el médico frunció la cara, dió un paseo por la habitación, carraspeó un poco y dijo:

—Lo que yo me suponía... Claro... Así no podía reirse...

—¿Qué pasa, doctor? —preguntó el soberano.

—Su hijo tiene el corazón helado: el termómetro marca 0 grados. Como si fuera un bloque de hielo...

Totón F. dió un grito.

—¡Que traigan cuarenta estufas! ¡Que traigan cincuenta mantas!

El médico sonrió y dijo:

—No. Nada de eso podrá calentar al príncipe. El príncipe tiene helado el corazón porque está triste y está triste porque se aburre. ¿Qué hace el príncipe por las mañanas?

—Y... se sienta en su trono —respondió el rey.

—¿Qué te gustaría hacer, gracioso príncipe? —preguntó el médico a Sopita.

—Pues... me gustaría galopar en un burrito, vestido con un pantalón cualquiera como un muchacho cualquiera —respondió el principito.

—Y por las tardes, ¿qué hace? —averiguó el médico sentándose en la alfombra.

—Pues... estudia. Debe ser un sabio... —explicó Totón F.

—¿Qué te gustaría hacer por las tardes? —inquirió el médico.

—Me gustaría escaparme hasta el monte que veo más allá de los límites de mi palacio y pescar bagres en la laguna como hacen los chicos de los campesinos. E ir a la escuelita del pueblo, con una pizarrita en la mano y un libro manchado de tanto jugar con él.

—¡Pero eso no puede ser! ¡Jamás ningún príncipe lo hizo!

El primer ministro estaba horrorizado. Verdaderamente horrorizado.



Pero Totón F. empezó a comprender. ¡Claro que no se trataba de estufas ni de mantas! Era otra cosa lo que necesitaba el príncipe...





—¿Qué más te gustaría hacer, príncipe? —preguntó el médico.

—No me digas príncipe; llámame Sopita, no más. Pues me gustaría revolcarme por el barro como hacen los chicos cuando se pelean. ¡Eso! Me agradaría que me pusieran un ojo negro, a la salida de la escuela. También quisiera remontar un barrilete y hacer la siesta tirado debajo de un árbol con una fruta en la mano, si fuera posible verde...

Sopita dijo todo esto de un tirón, y luego unas lagrimitas muy poco educadas le corrieron por las mejillas. Y no sólo lloraba el príncipe, sino Totón F. y el primer ministro.

Entonces agregó el médico:

—Ahora viene el verano. ¿Sabes qué hacen en el verano todos los chicos del mundo? Pues se van de vacaciones. ¿Te gustaría venir conmigo de vacaciones?

El príncipe Sopita se sonrió como no lo había hecho en sus ocho años de vida, con una sonrisa que le llenaba toda la cara.

—¡Sí! ¡Papá, déjame ir! ¡Por favor!

Totón F. hizo que sí con la cabeza, y el médico y el príncipe se fueron muy contentos.

—Súbete en mi burro. Yo caminaré —dijo el médico cuando llegaron a la puerta del palacio.

—Primero iremos a pescar, luego cocinaremos los bagres en una fogata que haremos al lado de la laguna y dormiremos un rato. Y escalaremos las montañas y...

Y el médico y el príncipe Sopita, ahora Sopita a secas, siguieron caminando por el horizonte de Siempre-Jamás.

¿Oyen ese trotecillo? Pues son Sopita y el médico que pasan. ¡Por favor, corran a darles un saludo de mi parte!



En su camino Sopita se encontró con Cesarito. Ustedes también lo pueden encontrar...

Gatito y los BANDIDOS



El capitán BABOR

POR INÉS
ILUSTRADO POR A. BRECCIA

Había un vez un pirata que asolaba los siete mares. Era el capitán Babor.



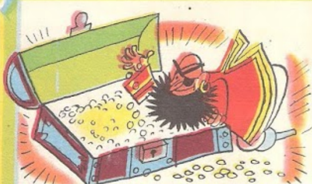
El capitán Babor comandaba el "Rataplán", un barco temido tanto por los otros barcos como por los peces.



Cuando el viento no quería soplar sus marineros soplaban ¡¡¡*uuuuuu*!!! hasta que las velas se hinchaban...



Y el "Rataplán" se apuraba como un delfín.



El capitán Babor había juntado un tesoro tan inmenso en su bodega que decidió enterrarlo en una isla.



Diez poderosos brazos de piratas llevaron el bote que conducía a tierra el extraordinario tesoro...



...que fué enterrado en lo más escondido de una escondida isla de las Antillas.

Y otra vez siguió sus viajes el "Rataplán".



Pero el capitán Babor no era tan malo como parecía. En uno de sus viajes recogió a una niñita que se llamaba Perlita y que se aburría...

...aunque se trepaba por las escaleras de cuerdas más rápido que el más barbudo de los piratas.



"Le compraré una casa de muñecas", pensó Babor. Y entonces advirtió que no tenía dinero, pues lo había enterrado todo en la isla de las Antillas.



Y el "Rataplán" llegó a la más escondida isla de las Antillas.



Pero, a pesar de cavar y cavar con sus palas, no encontraron el tesoro.



Y cavaron y cavaron en un montón de otras islas. Pero no encontraron ni una sola monedita de todo el tesoro.

—¡Ahora soy un pobre pirata! —exclamó Babor. Y después de regalar su barco se marchó con Perlita a una gran ciudad.

Allí, un señor empleó al capitán Babor para que cuidara su jardín y le dió una lindísima casita entre las flores.



El capitán Babor entendía mucho de mar y muy poco de plantas, pero Perlita lo ayudó y no se volvió a aburrir nunca más.



El capitán Babor también estaba muy contento, pues era el más jardinero de los piratas y el más pirata de los jardineros, porque cuando nadie lo veía gritaba:



Y regaba las flores con agua salada.

El enanito Tin Tin





Por Inés
Ilustrado por Alberto Breccia

Todo aquel que haya estado en el país de los enanitos debe haberse sorprendido al ver, al lado de las casitas grandes como dedales, un enorme edificio con forma de globo llamado "Mentificio".

¿Saben para qué está ese edificio? Pues para almacenar y ordenar las mentiras de todos los chicos de la Tierra.



Allí, en las prolijas estanterías, se ven frascos con mentiras de todos los colores y formas.

"Me duele la barriga" llena todo un departamento. Parece que ésta es la mentira que más utilizan los chicos cuando no quieren comer.

El segundo piso está ocupado por los frascos donde dice "Yo no fuí".

En lugares importantísimos del edificio se encuentran las botellas que llevan el título "Él me pegó primero"...

En fin, sería largo de enumerarlas todas. Lo cierto es que esta historia comienza el día en que el "Mentificio" se llenó y ya no quedó ni un solo lugar para una nueva botellita. Ese día los enanitos se reunieron y, sentados sobre terroncitos de azúcar, se pusieron a pensar.

—Si los chicos siguen mintiendo así, deberemos abrir sucursales de nuestro "Mentificio" —dijo el rey de los enanitos.



—¿Qué podemos hacer? —preguntaron a coro los demás enanitos.

—Pues deberíamos enviar a algún emisario para que les enseñe a los chicos a decir la verdad —declaró el rey.

Como todos estuvieron de acuerdo, el rey tomó una margarita y luego de pintar uno de los pétalos de rojo la deshojó y echó los pétalos en su real sombrero. Uno por uno, los enanitos metieron la mano y sacaron un pétalo... Tintín, el enanito que tenía un cascabel en la barba, sacó el pétalo rojo.





—¡Bueno! Tintín enseñará a los chicos a decir la verdad —dijo el rey.

Y el enanito salió muy contento a cumplir su misión. Pero...

Mientras Tintín camina en busca de los chicos debemos aclarar que muy cerquita de allí vivía el hada Caperucita, que —igual que la Caperucita del cuento— usaba una caperuza roja.

El hada Caperucita se divertía enormemente cuando podía fastidiar a los enanitos, que siempre se tomaban la vida tan en serio.

—¡Yo me ingeniaré para que Tintín se lleve un chasco! —dijo Caperucita. Y llenó un frasquito del tamaño de una moneda de cinco con una concentradísima bebida de "MENTIRICAS".

—¡En cuanto Tintín se tome este licorcillo se convertirá en el enanito más mentiroso de la Tierra! —exclamó Caperucita riéndose a carcajadas.

Y mientras Tintín caminaba el hada se ingenió para dar unos cuantos pasitos a su lado. Entonces suspiró:

—¡Cómo aprieta el calor! ¿No quieres tomar una copita de algo fresco?

Como los enanitos son muy golosos, Tintín dijo que sí haciendo sonar el cascabel de su barba. Entonces Caperucita le alcanzó la bebida que ustedes ya saben y mientras el enanito se relamía desapareció de su vista, según hacen las hadas con toda facilidad.



El enanito siguió caminando tranquilamente y llegó hasta una casita donde había dos nenes sentaditos en la puerta.

—¡Hola, enanito! —lo saludó un nene—. ¿Quieres jugar con nosotros?

—¿Sabes saltar a la rayuela? —preguntó una nena.



Cuando iba a responder que jamás había oído semejante palabra Tintín oyó que sus propios labios decían:

—¡Si estoy harto de jugar a la rayuela! ¡Desde que era chiquito como una arvejita jugaba a la rayuela!



Al oírse decir esto Tintín quedó tan sorprendido que se alejó de la casita sin despedirse de los nenes.

—Enanito... ¿Sabes dónde queda el Molino de Oro? —le preguntó en ese momento una viejecita con cara de pasa de uva que pasaba por ahí.

Cuando Tintín iba a decir que era forastero advirtió que ya estaba en mitad de la respuesta.



—¡Claro que sí, buena vieja! Dobla a la derecha, sigue por el montecito, dobla de nuevo y llegarás a ese molino.

Esta vez Tintín se asustó de veras.

—Pero... ¿qué me pasa? ¿Por qué miento sin proponérmelo?

En eso oyó una risita, pero como estaba tan preocupado supuso que era el ruido que hacía el viento al fastidiar a las violetas. En realidad, la que se reía era Caperucita, que seguía muy de cerca al enanito.

Y ante su propia y enorme sorpresa, el resto no fué más que mentir y mentir.

Que si la rana le pedía un favor, Tintín se lo prometía encantado, aunque no tuviera ninguna posibilidad de cumplirlo... Que si alguien sostenía que su automóvil era muy lindo, Tintín declaraba inmediatamente que el suyo era mucho mejor...

Más avanzaba el enanito en su viaje y más mentiras inventaba: más mentiras inventaba y más mentiras llegaban al país de los enanitos. El rey de los enanos comenzó a hacer los planes para un nuevo "Mentificio".

—¡No entiendo! Ahora los chicos mienten más que nunca. ¡Parece que el ejemplo de Tintín no ha servido de mucho! —pensaba el rey dando reales saltitos para desahogar su enfado.

El más preocupado de todos era el propio Tintín. Una tarde, convencido de que su caso no tenía remedio, se sacó las campanillas que calzaba y se sentó al borde del camino.



Una, dos, tres lagrimitas enanitas como él mismo le corrieron por sus pequeñas mejillas.

—¡No sólo no he ayudado a ningún chico sino que no he hecho más que decir mentiras estúpidas durante todo el viaje! —sollozó Tintín sonándose con una hojita.



A Caperucita el asunto ya no le parecía tan gracioso, y una, dos, tres lagrimitas corrieron por sus mejillas de hada... Ahora bien, todos saben que las lágrimas de las hadas deshacen los hechizos más poderosos.

Tintín sintió de pronto que el corazón se le aligeraba, su corazón pequeño como una perla, y poniéndose el bonete torcido prosiguió su viaje.



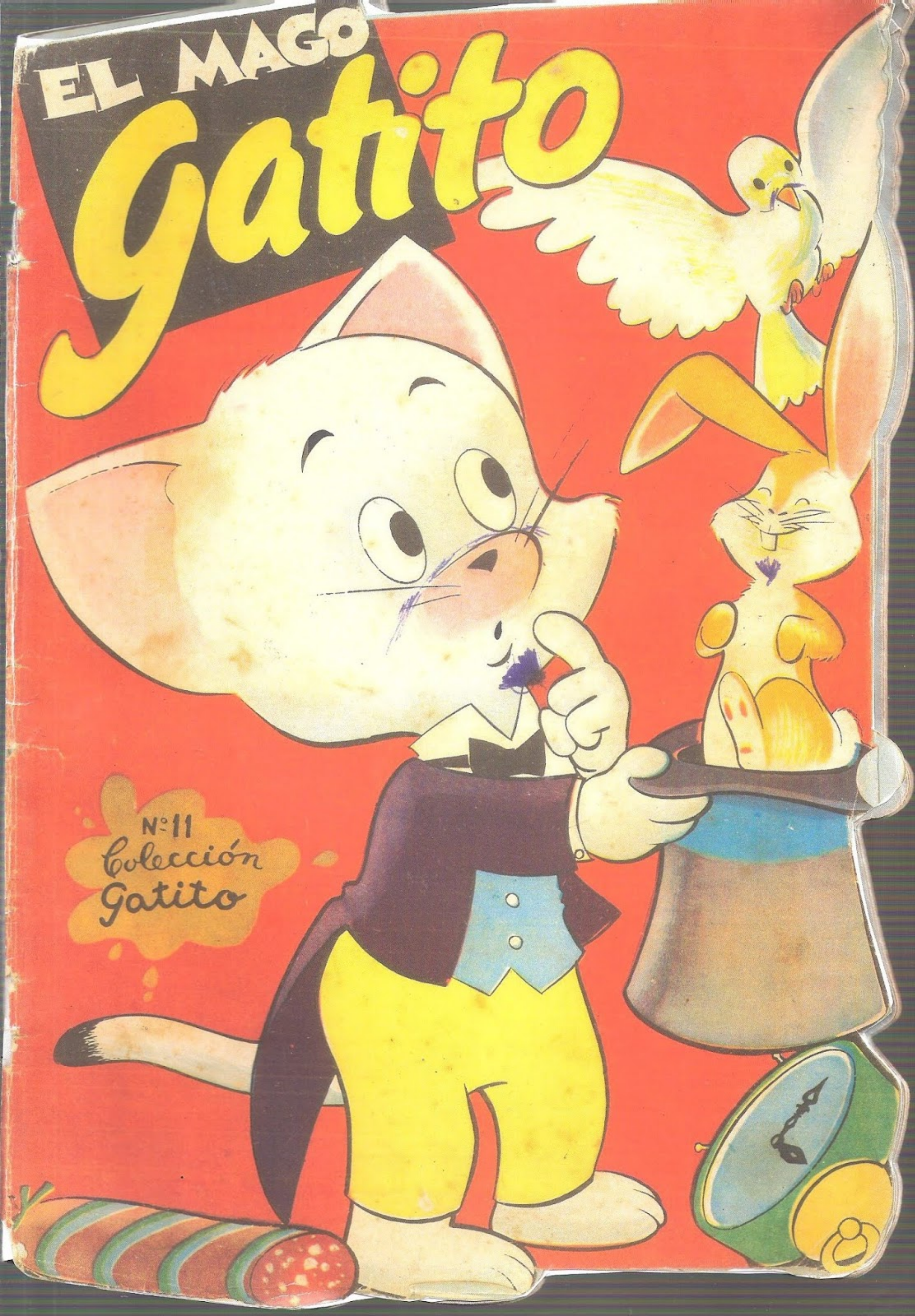
Todo cambió entonces. Tintín, con sus palabras buenas y simpáticas, obtuvo que los chicos que eran malos como un remedio para el hígado se volvieran dulces como una jalea.



—¡Qué barbaridad! ¡Hace días que no les escucho ninguna mentira a mis alumnos! —comentaban las maestras durante los recreos.

Y cuando regresó al país de los enanitos Tintín vió, muy sorprendido, que en lugar del "Mentificio" se levantaba ahora un lindísimo "Parque de Diversiones". Porque desde hacía tiempo el "Mentificio" estaba tan vacío como la barriga al mediodía, cuando uno tiene mucha hambre y de la cocina viene un rico olorcito de empanadas...




EL MAGO
Gatito
Nº 11
Colección
Gatito

El INVIERNO



POR BEATRIZ
ILUSTRADO POR ALBERTO BRECCIA

Aquella mañana Luis salió tempranito de su casa camino a la escuela. Era uno de los primeros días de invierno y el aire era de hielo. Luis se envolvió hasta las orejas en su bufanda roja y verde, como su mamá le había recomendado.

Un trecho corriendo y otro caminando por el caminito de siempre anduvo una, dos, tres cuadras. Pero allí, al doblar una esquina, levantó la cabeza y vió algo tan hermoso y extraño que es difícil de relatar.

Luis se quedó clavado en el suelo de puro asombro.

La calle estaba toda cubierta por una alfombra verde, dorada y amarilla. A los costados colgaban banderas y tapices bordados con los rayos del sol y, junto a éstos, hacían guardia altos y fuertes soldados con espadas de hierro.

Por el medio de la calle se paseaba un hombrecito vestido de negro, muy acicalado, que parecía ser el secretario de alguna persona importante. Iba alisando con el pie los pliegues de la alfombra y mirando a los soldados de arriba a abajo. Se notaba que no quería descuidar ningún detalle. Cuando llegó donde estaba Luis lo miró sorprendido y, frunciendo el ceño, le preguntó:

—¿Y tú? ¿Puedes explicarme qué estás haciendo aquí?

—Ni yo mismo lo sé, señor. Debo pasar por esta calle para ir a la escuela —fué la excusa de Luis, quien sólo deseaba quedarse para ver qué estaba por ocurrir.



—¡Imposible pasar! ¡Acabo de alisar todos los pliegues de la alfombra! —fué la respuesta—. El llegará de un momento a otro y tú no puedes quedarte, pues no figuras en la lista de recepción. ¡No compliques las cosas, niño, y vuélvete!

—Pero ¿a quién están esperando? —se animó a preguntar Luis.

Mas el hombrecito lo empujó hacia un costado advirtiéndole:

—¡Ssss! ¡Ssss! ¡Atención, no te muevas! ¡Aquí viene!

Entonces Luis sintió que se levantaba un viento furioso y vió que algo enorme se agitaba a la distancia. Era como si alguien se estuviera abanicando con un gigantesco sombrero.

Luis se fijó bien y casi grita:

—¡Santo cielo! ¡*Es* un sombrero!

Y no se equivocaba.

El dueño del sombrero era extraordinariamente corpulento y venía abanicándose y sonriendo. A pesar de que no tenía un manto rojo ni una corona sino un traje de franela como todo el mundo, Luis estuvo seguro de que aquél era un rey.

Pero un pensamiento lo sobresaltó: "¿Quién podía abanicarse en esa helada mañana?" Y entonces advirtió que





era imposible que aquel hombre sintiera calor... a menos que él fuera el Invierno. ¡Sí, el mismo Invierno en persona!

La niebla de la mañana se puso dorada con los rayos del sol; la calle tapizada centelleaba.

A pesar de que la gran figura del Invierno casi ocultaba a sus acompañantes, Luis divisó a su delgada mujer, que llevaba una manta de piel y apretaba contra sí una botella de agua caliente. Detrás, sus nueve hijas, muy habladoras, venían comiendo emparedados calientes. Los seguían una cantidad de secretarios y ministros, que llevaban canastas con provisiones como si fueran a una fiesta campestre.

El hombrecito vestido de negro se adelantó y dijo:

—Buen invierno, señor.

—¿Buen invierno? ¿Sin nieve ni hielo sobre el camino, sin narices azules de frío, sin gente calentándose alrededor del fuego, sin noticias sobre la niebla o las medias de lana? ¿Y a esto le llamas buen invierno?

Pero al ver el apuro que pasaba su secretario, el cual no sabía qué contestar, el Invierno le palmeó amistosamente la espalda... con tal ímpetu que le hizo rozar con la nariz el suelo tapizado.



—¿Qué hay de nuevo, Pedro Escarcha? —siguió preguntándole el Invierno—. Como todos los años, vengo a una calle de esta ciudad para que me cuentes si todo se cumple de acuerdo con las leyes del Invierno.

El secretario, más animado, ofreció entonces un lindo ramo de flores a la esposa del Invierno, quien se lo agradeció y se puso a conversar con él.

—¡Ah! ¡Aquí sí que se respira! —exclamó—. ¡Cómo me gustaría quedarme en este país! Pero es imposible, con este afán de mi marido de recorrer el mundo y vivir en un lugar diferente cada tres meses. ¿Sabe? Estos cambios de aire no les sientan a mis niñas...

—¡Vamos, Pedro Escarcha, haznos oír cómo marchan las cosas! —interrumpió el Invierno.

Luis, que había estado escondido todo el tiempo detrás de un soldado, vió que aquél sacaba una larga lista de su bolsillo y, muy tieso, empezaba a leer:

—"Obedeciendo las órdenes del Invierno, el Sol se levanta a las 8.05 y se acuesta a las 17.45. Las golondrinas se han marchado al Norte. Los empleados entran a sus trabajos una hora más tarde. Las tiendas cierran sus puertas una hora más temprano. Las nubes se aprietan una contra otra y tapan el Sol..."

Y siguió hasta llegar donde decía:

—"...han florecido los narcisos y junquillos y se preparan las caléndulas y los papaver..."

—¿Los qué? —tronó el Invierno.

—Papaver, señor. Así las llaman los botánicos.

—Y todos los demás ¿cómo las llaman? —preguntó el Invierno con curiosidad.

—Lo siento, señor, pero no lo sé.

Entonces Luis se armó de coraje y salió de su escondite.

—Con permiso, señor. Los papaver son las amapolas...

—¡Gracias por la ayuda! —contestó el Invierno sin sorprenderse por la aparición de Luis.

El secretario siguió leyendo su lista, pero en ese momento una de las hijas del Invierno estalló en lágrimas.

—¡Oh, pobre Clementina! ¡Mi ranita amaestrada ha perdido su bufanda y va a morirse de frío!

En efecto, una ranita tiritaba en sus brazos. Sin dudar un momento, Luis se quitó su bufanda roja y verde y se la alcanzó a la niña.

—Puedes ponerle la mía —le dijo.



Tengo un secreto para los chicos que no se quieren [illegible]

Esos chicos son mis amigos y para ellos publicaré un diario.

El Invierno lo miró con simpatía y le preguntó cómo se llamaba. Luego agregó:

—¿Te gustaría venir conmigo, Luis?

Al oír eso el niño recordó que tenía que ir al colegio.

—¡Por favor, dígame qué hora es! —exclamó.

—Según, para los gorriones es la hora de desayunarse y para los gatos la de acostarse. Para ti, seguramente, es la hora de ir a la escuela. Son las nueve y media.

Luis llevaba tanto retraso que, al oír esto, echó a correr como una liebrecilla. A sus espaldas, también el Invierno se disponía a marcharse por su lado.

Luis llegó muy tarde a clase. Cuando la maestra le pidió explicaciones sólo supo decir:



—¡El Invierno, señorita! ¡El Invierno! La calle estaba toda adornada y . . .

Pero habló tan de prisa que nadie entendió nada y la maestra lo mandó a su casa por haber llegado tan tarde. Y Luis se marchó, un poco triste de que no lo comprendieran. Pero de pronto se le ocurrió algo: si corría aún podía alcanzar al Invierno y decirle: "No me permitieron entrar a la escuela; ahora puedo irme contigo".

Ya divisaba la calle, todavía adornada; allá, en el suelo, estaba la canastita con emparedados y cerveza.



Iba a entrar en la calle cuando, ¡oh, asombro!, los mismos colores brillantes y el mismo aire dorado, pero los soldados se habían transformado en obreros municipales y sus espadas en hachas de hierro. Encaramados sobre altas escaleras estaban podando los árboles. En lugar de los tapices colgaban las ramas cortadas y en el lugar de la alfombra hojas verdes, amarillas, doradas, cubrían el suelo.

Esos eran los únicos rastros que quedaban del Invierno.

Luis volvió a su casa. En su jardincito, nueve gorriones que saltaban alegres, sin asustarse de él, le recordaron las nueve hijas del Invierno. Cuando iba a entrar en la casa sopló una fuerte ráfaga y Luis pensó en el enorme sombrero que se abanicaba. En la cocina vió la cafetera humeante junto al fuego y su pico le recordó la nariz de la mujer del Invierno.

¡Era como si el Invierno se hubiera instalado en su casa!

Al subir a su cuarto le pareció oír su voz que le decía:

"¡Guarda el secreto! No has podido venir con nosotros, pero el Invierno y su compañía se han quedado contigo".

Perrito Doctor y BLANCA NIEVES

por SIROB

Ilustrado por ALBERTO BRECCIA

OCO FALTABA PARA EL DÍA EN QUE BLANCA NIEVES SE CASARÍA CON EL PRÍNCIPE...


















Y LA BRUJA, BEBIENDO UN LÍQUIDO MÁGICO, SE CONVIERTE EN UN ZORRINO.
DEBO SALIR SIN QUE NADIE ME VEA.
PARECE QUE NO HAY NADIE.
ME ESCONDERÉ EN UNA CUEVA, CERCA DE DONDE PASEN.
LOS ANIMALITOS SIGUEN COMENTANDO LA GRATA NUEVA...
¡DICEN QUE LA COLA DEL VESTIDO DE NOVIA TIENE CUARENTA METROS DE LARGO!
...Y LAS ABEJAS HAN PREPARADO PARA LA FIESTA UNA MIEL ESPECIAL. ¡QUÉ RICO!
NO HABLEN TAN RÁPIDO, QUE NO LOS PUEDO OÍR.
¿QUÉ PASA QUE ARMAN TANTA BULLA? ¡YA UNO NO PUEDE HACER LA LIMPIEZA TRANQUILO!
¡VIENEN BLANCA NIEVES Y EL PRÍNCIPE!
VAN A VISITAR A LOS SIETE ENANITOS...
...¡PARA INVITARLOS A SU BODA!
¡QUÉ GESTO TAN LINDO! ¡DEBERÍAMOS LLEVARLE ALGÚN REGALITO A LA PRINCESITA!
¡QUÉ BUENA IDEA!
¡QUÉ BUENA IDEA!
¡QUÉ BUENA IDEA!
¡YO LE LLEVARÉ UN FRASQUITO DE MIEL!
¡Y YO UN GRAN TARRO DE MERMELADA DE ZANAHORIA!
¡Y YO UN RAMO DE FLORES. ¡JA! ¡JA! ¡JA! ¡QUE FLORES!


LOS ANIMALITOS DEL BOSQUE CORREN A BUSCAR SUS REGALOS PARA BLANCA NIEVES...
...QUE, MIENTRAS TANTO, SE VA APROXIMANDO EN SU CARROZA AL LUGAR DONDE SE ENCUENTRA LA BRUJA-ZORRINO.
¡ARRE, CABALLITOS!
¡BUEN VIAJE, GOLONDRINA! SI VES A PULGARCITA DILE QUE BLANCA NIEVES SIEMPRE SE ACUERDA DE ELLA.
DE PRONTO...
¿QUÉ ES ESO, NICOLÁS?
PARECE QUE NOS ESTUVIERAN ESPERANDO.
¡VIVA, BLANCA NIEVES! ¡VIVA EL PRÍNCIPE!
¡¡¡VIVA!!!
¡OH, GRACIAS! ¡GRACIAS!
¿CÓMO SUPIERON QUE VENÍAMOS?
EN EL BOSQUE SE SABE TODO.
ALLÍ... AQUÍ... LES LLEVAMOS... QUIERO DECIR: LES TRAEMOS... UNOS... UNOS... UNOS...
...¡REGALITOS!
UN TARRITO DE MERMELADA.
UN CASFRITO... UN FRASQUITO DE MIEL.
UN COLLAR DE NUECES.
¡OH, GRACIAS! ¡GRACIAS! ¡QUÉ BUENOS SON!


...Y UN RAMITO DE FLORES DEL BOSQUE.
¡SON MUY HERMOSAS! ¡Y SEGURAMENTE TENDRÁN UN AROMA DELICIOSO.
¡AH!... AY... QUÉ MAL... ME SIEN... TO...


¿QUÉ TE PASA, BLANQUITA? ¿QUÉ TIENES? ¡RESPONDE, POR FAVOR!
¿QUÉ LE PASÓ?
¿QUÉ TENÍAN ESAS FLORES?
¿DE DÓNDE LAS SACASTE, ZORRINO?
DE UN LUGARCITO QUE YO BIEN ME SÉ... ¡JA! ¡JA! ¡JA!


¡NO SE ACERQUEN DEMASIADO! ¡PARA ALGO SOY UN ZORRINO!
¡SOCORRO!
¡NOS ASFIXIA!
¡Y UNA BRUJA, ADEMÁS!

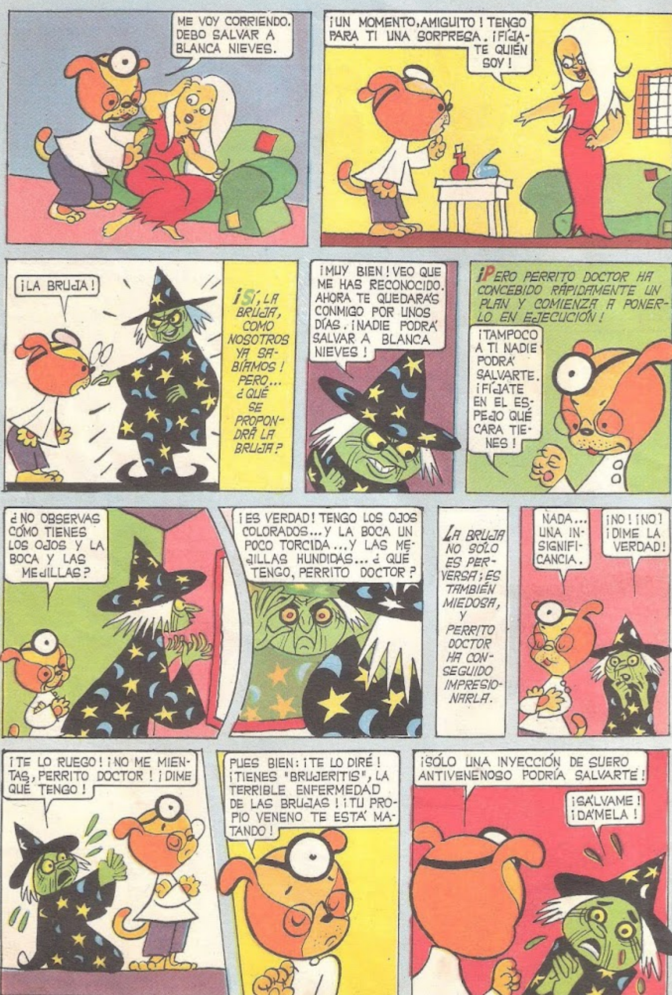

¡POBRECITA! ¡NO SE MUEVE!
¡ESA BRUJA PERVERSA LA MATÓ!
NO. QUIZÁ UN BESO DEL PRÍNCIPE LOGRE REVIVIRLA COMO LA VEZ PASADA.
¡DESPIERTA, BLANQUITA! ¡QUIERO VOLVER A VER TUS HERMOSOS OJOS, COMO LA PRIMERA VEZ QUE TE BESÉ!
¡NO! ¡NO! ESTA VEZ CON UN BESO NO SE CONSIGUE NADA. HABRÍA QUE LLAMAR A UN BUEN MÉDICO.
LLAMEMOS A PERRITO DOCTOR.


ES UN MÉDICO QUE CURA A LOS ENFERMOS... ¡Y NO LES PREGUNTA CUÁNTA PLATA TIENEN!
¡HAY QUE LLAMARLO, ENTONCES! LE ENVIAREMOS UN MENSAJE.
LO LLEVARÁ MI PRIMA, LA LIEBRE. ES LA MEJOR CORREDORA DEL BOSQUE.
Y LA LIEBRE, CORRIENDO COMO SÓLO ELLA SABÍA HACERLO, LLEVÓ EL ANGUSTIOSO MENSAJE A PERRITO DOCTOR...


MENSAJE URGENTE DEL PRÍNCIPE NEGRITO: ¡LA BRUJA HA VUELTO A ENVENENAR A BLANCA NIEVES!
¡ES UN CASO MUY SERIO! PERO, POR SUERTE, TENGO UN FRASCO ENTERO DE "ANTIBRUJERIL", EL FAMOSO CONTRAVENENO DE BRUJAS QUE PREPARÓ SILVIA ARDILLITA, LA BRUJITA BUENA DEL BOSQUE.
HABRÁ QUE VOLAR PARA LLEGAR A TIEMPO. VEN CONMIGO.
NO; GRACIAS. ESE CARRITO SALTA DEMASIADO Y ES MUY CHILLÓN. PREFIERO MIS PIERNAS.


PERRITO DOCTOR NO CORRE... ¡VUELA A SALVAR A BLANCA NIEVES!
¡QUÉ RARO! ¡JURARÍA QUE NUNCA HE VENIDO POR ESTE CAMINO! ¿ME HABRÉ PERDIDO?
¡SOCORRO! ¡ME MATA!


¿QUÉ PASA?
¡SÁLVEME... POR FAVOR! ¡LLÉVEME A MI CASA!... ALLÍ... EN EL BOSQUE... A LA DERECHA...
¡QUÉ CASA TAN RARA!
PERRITO DOCTOR TIENE RAZÓN: ESTA ES UNA CASA RARA. ¡PERO PERRITO DOCTOR NO SABE QUE ESTA CASA RARA ES LA CASA DE LA BRUJA Y QUE LA MUCHACHA QUE LLEVA EN SUS BRAZOS ES LA MISMÍSIMA BRUJA EN PERSONA!



ME VOY CORRIENDO. DEBO SALVAR A BLANCA NIEVES.
¡UN MOMENTO, AMIGUITO! TENGO PARA TI UNA SORPRESA. ¡FÍJATE QUIÉN SOY!
¡LA BRUJA!
¡SÍ, LA BRUJA, COMO NOSOTROS YA SABÍAMOS! PERO... ¿QUÉ SE PROPONDRÁ LA BRUJA?
¡MUY BIEN! VEO QUE ME HAS RECONOCIDO. AHORA TE QUEDARÁS CONMIGO POR UNOS DÍAS. ¡NADIE PODRÁ SALVAR A BLANCA NIEVES!
¡PERO PERRITO DOCTOR HA CONCEBIDO RÁPIDAMENTE UN PLAN Y COMIENZA A PONERLO EN EJECUCIÓN!
¡TAMPOCO A TI NADIE PODRÁ SALVARTE. ¡FÍJATE EN EL ESPEJO QUÉ CARA TIENES!
¿NO OBSERVAS CÓMO TIENES LOS OJOS Y LA BOCA Y LAS MEJILLAS?
¡ES VERDAD! TENGO LOS OJOS COLORADOS... Y LA BOCA UN POCO TORCIDA... Y LAS MEJILLAS HUNDIDAS... ¿QUÉ TENGO, PERRITO DOCTOR?
LA BRUJA NO SÓLO ES PERVERSA; ES TAMBIÉN MIEDOSA, Y PERRITO DOCTOR HA CONSEGUIDO IMPRESIONARLA.
NADA... UNA INSIGNIFICANCIA.
¡NO! ¡NO! ¡DIME LA VERDAD!
¡TE LO RUEGO! ¡NO ME MIENTAS, PERRITO DOCTOR! ¡DIME QUÉ TENGO!
PUES BIEN: ¡TE LO DIRÉ! ¡TIENES "BRUJERITIS", LA TERRIBLE ENFERMEDAD DE LAS BRUJAS! ¡TU PROPIO VENENO TE ESTÁ MATANDO!
¡SÓLO UNA INYECCIÓN DE SUERO ANTIVENENOSO PODRÍA SALVARTE!
¡SÁLVAME! ¡DÁMELA!



NO DEBERÍA DÁRTELA...
¡SÍ! ¡SÍ! ¡SÍ! ¡TE LO RUEGO!
TE DOLERÁ UN POQUITO.
¡NO IMPORTA! ¡AGUANTARÉ!
EL PLAN DE PERRITO DOCTOR SE HABÍA CUMPLIDO, PUES ASUSTANDO A LA BRUJA HABÍA CONSEGUIDO DARLE NO UNA INYECCIÓN DE SUERO ANTIVENENOSO SINO UNA INYECCIÓN PARA HACERLA DORMIR.
¡OJALÁ LLEGUE A TIEMPO PARA SALVAR A BLANCA NIEVES!
LAS PLANTAS QUE RODEAN LA CASA DE LA BRUJA LA PROTEGEN CON SUS TERRIBLES ESPINAS, PERO PERRITO DOCTOR NO TITUBEA EN ABRIRSE PASO A TRAVÉS DE ELLAS.
¡CUESTE LO QUE CUESTE DEBO SALVAR A BLANCA NIEVES!
¡AL FIN!
¿LLEGARÁ PERRITO DOCTOR A TIEMPO PARA SALVAR A LA PRINCESITA?
¡RAYOS Y CENTELLAS! ¿POR QUÉ SE PARARÁ?
¡NO HAY CASO! ¡ESTÁ DESCOMPUESTO!
¡CUESTE LO QUE CUESTE DEBO SALVAR A BLANCA NIEVES!











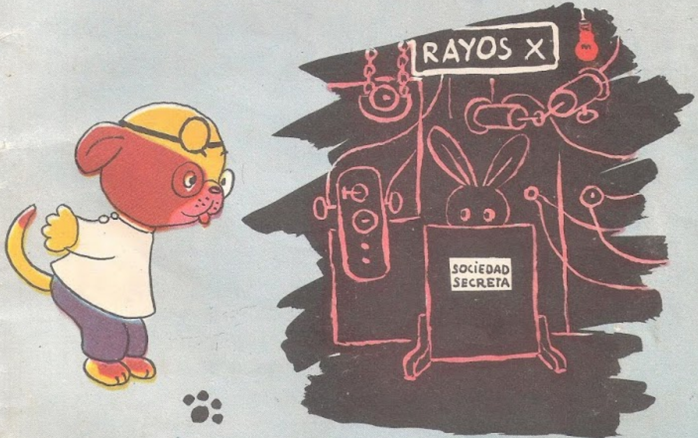




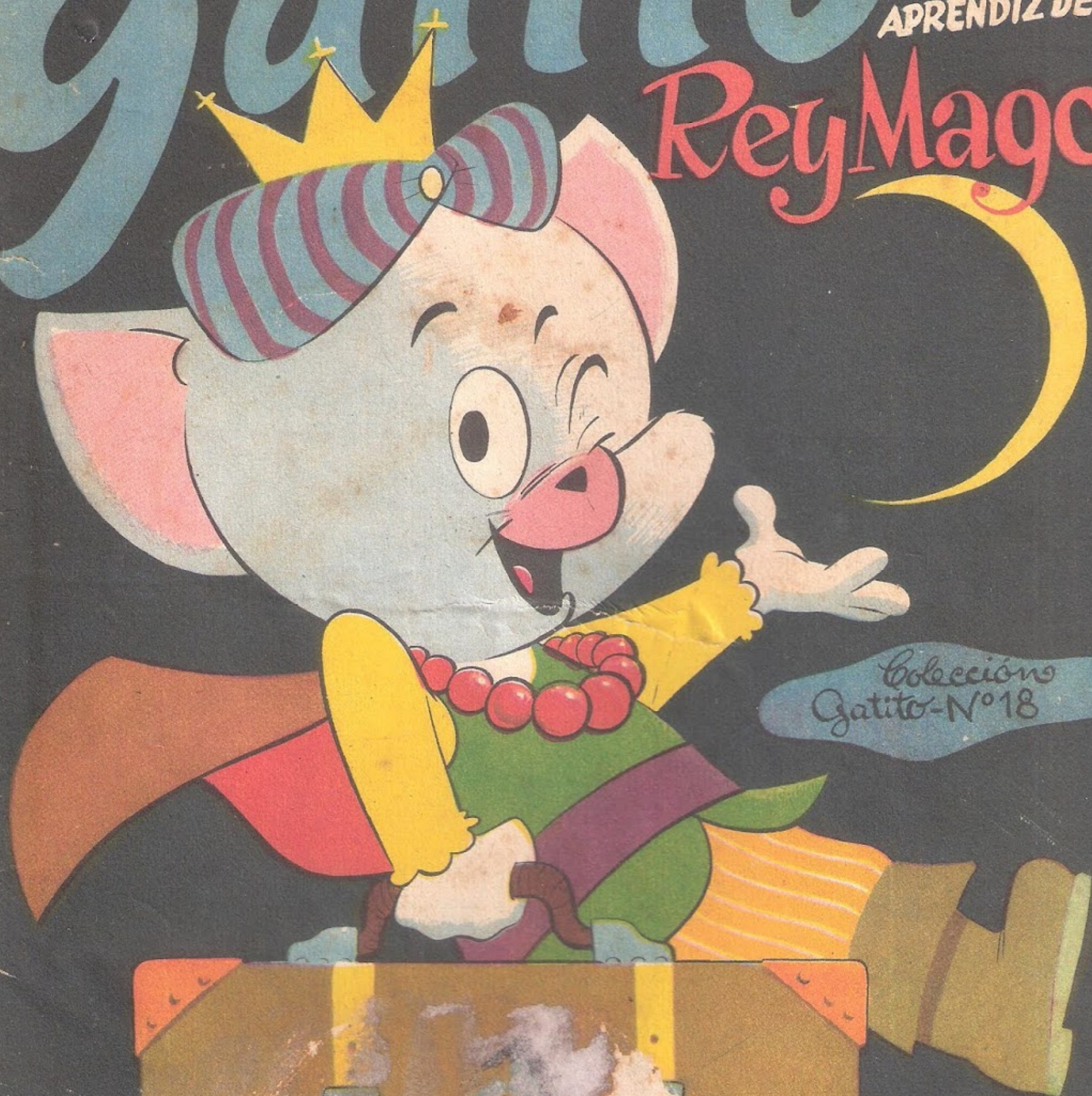






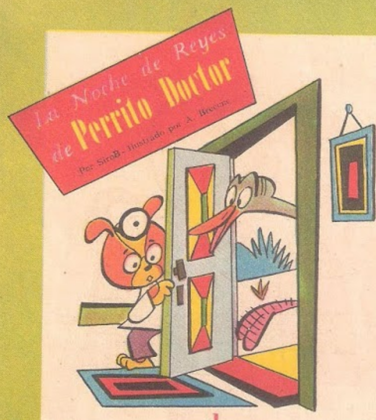


¡Qué exagerado! ¡Conejito se tragó el mensaje para que nadie lo encuentre!


Gatito
APRENDIZ DE
Rey Mago
Colección
Gatito - Nº 18

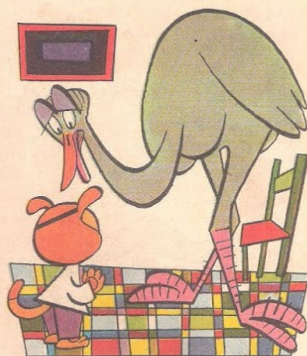
La Noche de Reyes de Perrito Doctor

Por SiroB. Ilustrado por A. Breccia



1

El 5 de enero fué un día de mucho trajín para Perrito Doctor. Apenas abrió el consultorio se presentó su amigo Marcelo Avestruz, muy agitado, y le dijo: "¡No puedo más, tic!



2

¡Me tragué un despertador, tac, y resulta, tic, que estaba, tac, funcionando, tic! Y ahora, tac, estoy, tic, todo el tiempo, tac, déle hacer: "¡tic-tac! ¡tic-tac! ¡tic-tac!".



3

"No te aflijas", le contestó Perrito Doctor. "Cuando se le termine la cuerda no te molestará más". Y le dió un calmante para que se durmiera hasta que el despertador se callara.



4

Después llegó Monito Fifí, muy afligido. "¡Nunca, nunca más podré caminar bien!", sollozó. "Me torcí un pie, y ahora ya no puedo apoyarlo como se debe. ¡Ji-ji-jiii! ¡Ji-ji-jiii!"



5

Perrito Doctor le hizo masajes, le dió calor con un aparato muy grande y muy importante, le vendó el pie, pero no hubo caso: Monito Fifí ya no podía caminar bien.



6

Entonces Perrito Doctor dijo: "¡A lo mejor nunca caminaste bien! Algunos creen que caminan bien, pero caminan mal". "¡Yo caminaba bien!", contestó Monito Fifí muy indignado.



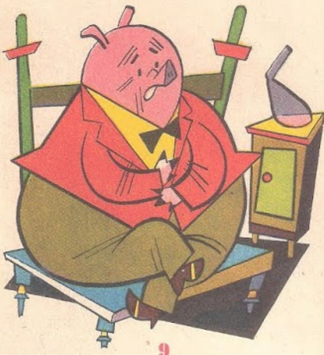
7

"¿Y cómo caminabas antes?", preguntó Perrito Doctor. "¡Así!". Y Monito Fifí apoyó el pie como se debe y caminó perfectamente. Perrito Doctor le dijo que siguiera caminando así.



8

Después llegó Chanchito: "Me duele ¡jic! ¡jic! la barriga ¡jic! ¡jic!", dijo sollozando. "¿Y no has tomado ningún calmante?". "¡Me paso el día tomando calmantes!", gritó Chanchito.



9

"¿Qué calmantes tomas?", preguntó Perrito Doctor. "¡Como caramelos, muchos caramelos, pero el dolor no se me va!", contestó Chanchito Chanchín. Entonces Perrito Doctor le dijo



10

que no tomara más calmantes y Chanchito le contestó que a él le gustaban los calmantes, pero, como el dolor de barriga no le gustaba, iba a dejar de tomarlos. Y el dolor se le fué.



11

Mientras tanto, todo el Bosque estaba agitado y hablaba de lo que esa noche traerían los Reyes. Todo el Bosque menos Silvia Ardillita, porque Silvia Ardillita no estaba.



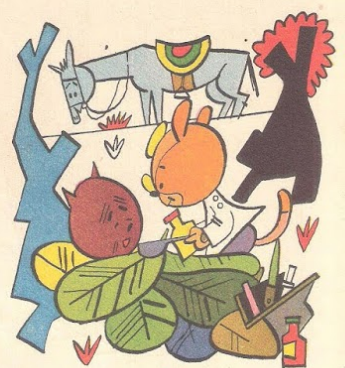
12

Silvia Ardillita estaba enferma, en un rinconcito alejado del Bosque, y nadie lo sabía. Por eso, cuando a la tarde llegó la noticia, todos se asustaron mucho y se pusieron muy tristes.



13

"¡Debo ir a ver a Silvia Ardillita!", exclamó Perrito Doctor. Y, poniéndose sus grandes botas de cuero, montó a caballo y partió. Galopó, galopó, galopó, hasta que llegó adonde estaba



14

Silvia Ardillita. Perrito Doctor la revisó bien, le dió unos remedios y en seguida partió de vuelta, porque ya era muy tarde y al día siguiente tenía muchos enfermos que atender.



15

El Bosque estaba oscuro, el río estaba crecido, y Perrito Doctor llegó a su casa tan cansado y tan mojado que ni se acordó de que faltaba muy poco para que llegaran los Reyes.

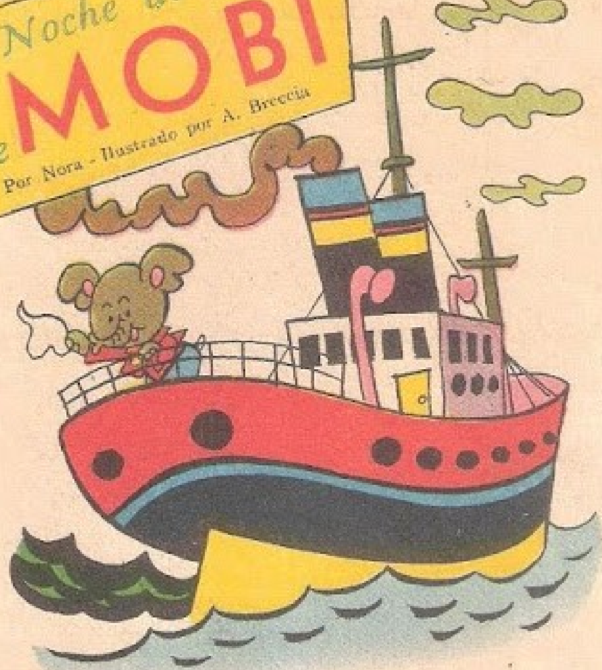


16

Se desvistió, puso sus botas en la ventana para que se secaran, y luego se acostó. Cuando el reloj dió las doce campanadas de la medianoche Perrito Doctor ya dormía...

La Noche de Reyes de MOBI

Por Nora - Ilustrado por A. Breccia



1

Mobi decidió pasar las fiestas en el Africa porque allí había nacido. Aunque desde muy chiquito vivía en la ciudad y no se acordaba de los negritos ni de los elefantes.



2

Pero ellos se acordaban de él: los elefantes porque tenían una memoria de elefante y los negritos porque los elefantes siempre les hablan de Mobi, a quien quieren mucho.



3

Mobi se asombró mucho en el Africa porque allá todo ocurría al revés: los chicos eran negros y no blancos, usaban los dientes en el cuello y las hojas como vestidos.



4

Y si venía algún extranjero le arrojaban flechas en vez de darle la mano.

"Si se portan así los Reyes Magos no les dejarán regalos", les dijo Mobi muy serio y muy afligido.



5



6

"¡Qué importa!", contestaron los negritos. "¡Igual son indigestos!".
"¿Los regalos?", preguntó Mobi.
"No. Los Reyes", contestaron los negritos. "Así dicen, porque ninguno de nosotros consiguió comerse uno".
Mobi estaba muy triste.
"Ahora entiendo por qué los Reyes no vienen nunca por aquí", suspiró.
"No es sólo por eso", le explicaron



7



8

los negritos, "sino porque no tenemos zapatos para poner en las ventanas".
Era verdad.
"Yo les voy a enseñar a hacerse zapatos y a portarse bien".
"Hagan todo lo que yo hago", dijo Mobi estornudando "¡atchís!, ¡atchís!".
Los negritos estornudaron "¡atchís!, ¡atchís!".
Mobi sacudió una palmera.



9



10

Los negritos también.
"¡Pim! ¡Pum!", cayeron los cocos.
El elefantito recogió uno y le quitó una tapita diciendo:
"¡Ya tienen sus zapatos!".
"¡Ya tienen sus zapatos!", dijeron los negritos.
Luego se los probaron pero...
"¡Ay! ¡Qué incómodos son!", dijeron todos, y Mobi agregó: "Estos zapatos se usarán sólo para ponerlos en la ventana la noche de Reyes".



11



12

Y, como ésa iba a ser justamente la noche de Reyes, los negritos fueron a poner los zapatos en las ventanas.
"Pero esto no es todo", dijo Mobi.
"Ahora tienen que ser buenos".
"¿Qué tenemos que hacer?", preguntaron los negritos.
"Tienen que hacer una buena acción



13



14

y después vienen y me cuentan".

Los negritos salieron corriendo y después vinieron y le contaron a Mobi que habían sacado a los peces del río para que no se mojaran: que habían regalado pañuelos a los cocodrilos para que secaran sus lágrimas de cocodrilos, y clavos a los avestruces que tienen estómago de avestruz, y quitamanchas a los tigres y...



15



16

Mobi tragó saliva. "Los Reyes comprenderán", suspiró. Y como ya era de noche, dijo "Buenas noches" a los negritos y todos fueron a dormir muy felices.

Y esa noche, por primera vez en mucho tiempo, los Reyes volvieron a dejar regalos en las ventanas de los negritos. De yapa había un par de zapatos para cada uno.

ESTE ES EL PROXIMO LIBRO
QUE PODRAN LEER EN ESTA
FORMIDABLE COLECCION

N°16

JULIO L. MONTERIOS

El diario de mi amiga Coquita

Ilustrado por
ALICIA

Historietas y cuentos completos

$ 2.- m/arg.

EDITORIAL ABRIL · DISTRIBUIDORES: C.I.D.L.A. · PIEDRAS 113 · BUENOS AIRES

ANDERSEN

N°15

El diario de mi amiga GERDA

Ilustrado por
A. BRECCIA

La historia maravillosa de la Reina de las Nieves

ESTE es el maravilloso Diario de Gerda, la niña que por encontrar a su amigo Kay hizo los más grandes sacrificios.

Pero el Diario de Gerda no lo escribió ella. No. Ella estaba demasiado ocupada buscando a su amigo Kay en los salvajes bosques donde vive Pola, la pequeña ladrona, y en las heladas tierras de Finlandia y Laponia y en el encantado palacio de la Reina de las Nieves...

El Diario de Gerda —es decir, la historia de todo lo que le ocurrió día tras día— lo escribió un hombre que sabía los cuentos más tristes y más conmovedores, un hombre que hablaba con las hadas y veía qué estaban haciendo en cada momento todos los chicos del mundo, un hombre que contaba las cosas con la voz más dulce que jamás se oyó.

Y ese hombre se llamaba Andersen...





CAPÍTULO PRIMERO

QUE TRATA DEL ESPEJO Y SUS FRAGMENTOS

Un día, uno de los tantos genios malignos que habitan sobre la Tierra consiguió inventar un espejo tan maligno y perverso como él. Así, mientras las cosas buenas se hacían invisibles o se desfiguraban al reflejarse en su superficie, las cosas malas y feas se volvían mil veces peores. Ante él, cualquier hermoso paisaje parecía un atado de espinacas hervidas, y las personas buenas que sin querer se habían acercado a contemplarse juraban haberse visto cabeza abajo o sin cabeza.

Ocurrió que una vez los geniecillos, jugueteando con el espejo que había inventado su padre, tuvieron una disputa, y el espejo se estrelló contra el suelo haciéndose mil pedazos. Pero hasta los más pequeños conservaron su maligno poder. Las partículas, finas como la arena, empezaron a viajar por los aires, y el daño que produjeron, al caer en los ojos de la gente, desfigurando para ellos todas las imágenes, fué enorme. Otras partículas, en cambio, en lugar de detenerse en los ojos atacaban el corazón hasta que éste se ponía más duro y más frío que el hielo. Con los trozos más grandes se hicieron gafas y cristales para las ventanas, pero hasta los más sabios se equivocaban al mirar a través de ellos, y los más justos fueron acusados de cometer las peores injusticias.

Muchas partículas quedaron flotando en el aire. La historia que sigue cuenta lo que ocurrió con una de ellas.



CAPÍTULO SEGUNDO

UN NIÑITO Y UNA NIÑITA

En uno de los barrios más apartados de una gran ciudad vivían un niño y una niña. El nombre de ella era Gerda; el del niño, Kay.

Las ventanas de sus cuartos se miraban desde la mañana hasta la noche, y cuando ellos no estaban detrás de los cristales era porque se hallaban jugando juntos en su casa o en la calle.

En cada uno de los bordes de las ventanas, arreglado cuidadosamente en un humilde cajón, crecía un hermoso rosal que durante el verano alegraba con su perfume el juego de los niños. Pero en invierno la escarcha cubría los cristales; entonces Gerda y Kay la derretían calentando monedas de cobre y se contemplaban después a través del pequeño círculo de vidrio transparente.

—Mira cómo vuelan las abejas blancas —decía la abuelita de Gerda señalando los copos de nieve—. Ellas también tienen su Reina.

—¿Y podría llegar hasta aquí? —preguntaba la niña.

—Si viene —respondía Kay—, la arrojaré a la estufa para que se disuelva.

Una noche, antes de acostarse, Kay miró como siempre a través del pequeño círculo. Un enorme copo de nieve se posó sobre el cajón del rosal. El copo fué creciendo y creciendo hasta que tomó la forma de una hermosísima mujer, hecha de hielo brillante y frío. La mujer saludó con la mano y desapareció antes que Kay tuviera tiempo de bajar de la silla en la que estaba trepado.

Pasó el tiempo. Un día sucedió a otro día, y poco a poco llegó la primavera y después de ella el verano. Los rosales despertaron y empezaron a florecer.

Una tarde, sentados junto a la ventana, los niños hojeaban su libro de láminas cuando el reloj de la torre dió cinco campanadas.

—¡Ay! —dijo de pronto Kay—. Algo me ha golpeado el corazón. Además, estoy seguro de que se me ha metido una basura en el ojo.

Gerda le hizo parpadear.

—No es nada —dijo entonces él, que ya no sentía ninguna molestia—. Seguramente habrá salido.

Pero se equivocaba. Trozos del perverso espejo habían caído en su ojo



y, sin que él lo sintiera, en un instante, su corazón se convirtió en un pedazo de hielo.

—¡Qué rosas tan horribles! —exclamó—. Están llenas de gusanos.

Y quebrando el tallo de una de ellas la arrojó a la calle.

La pobrecita Gerda veía aquello sin salir de su asombro.

—¿Qué haces? —preguntó casi sollozando. Pero él, dando un portazo, salió sin responder.

Cada día se hacía más difícil reconocer al pequeño Kay. Se había vuelto terco, desobediente y ni siquiera respetaba ya a los ancianos. Además, su mayor placer consistía en mortificar a Gerda.

Una tarde en que ésta lo aguardaba apareció con su trineo gritando:

—¡Voy a la plaza a encontrarme con los muchachos!

En la plaza, la diversión de los más atrevidos consistía en atar sus trineos a los carros de los labradores y dejarse arrastrar por ellos. Pero esa tarde, ante el asombro general, ocurrió algo imprevisto. Un trineo desconocido apareció en mitad de la calle y Kay, adelantándose, se apresuró a engancharlo al suyo. El trineo era muy blanco y la persona que lo ocupaba estaba totalmente cubierta por un saco y un gorro de piel del mismo color.



De repente, Kay vió que atravesaban las puertas de la ciudad, pero después empezó a caer una nevada tan espesa que ya no pudo saber dónde estaba. Quiso desatar el trineo, y no lo consiguió, pues el trineo siguió avanzando hasta que el conductor lo detuvo y saltó a tierra. Era una dama de porte majestuoso, y al contemplar su rostro descubierto Kay comprendió que era la mismísima Reina de las Nieves.

La dama se acercó y lo besó en la frente. Kay sintió que su corazón se helaba y que un frío mortal penetraba en todo su cuerpo. Pero esto fué cosa de un momento. Cuando la Reina lo besó nuevamente Kay olvidó por completo a Gerda y a todos sus antiguos amigos.

—Por hoy no te besaré más —dijo la dama—. Pues si lo hiciera podrías morir.

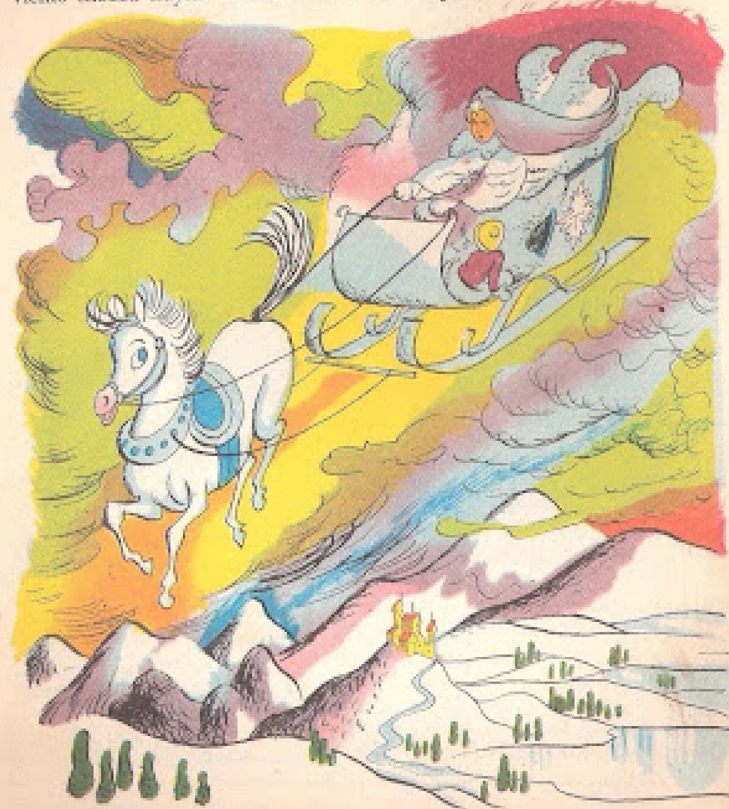
Kay la miró. Su hermoso rostro no le pareció de hielo como el día que la había visto tras la ventana. Ya no sentía ningún temor, y, mientras la dama sonreía, él le contó que sabía

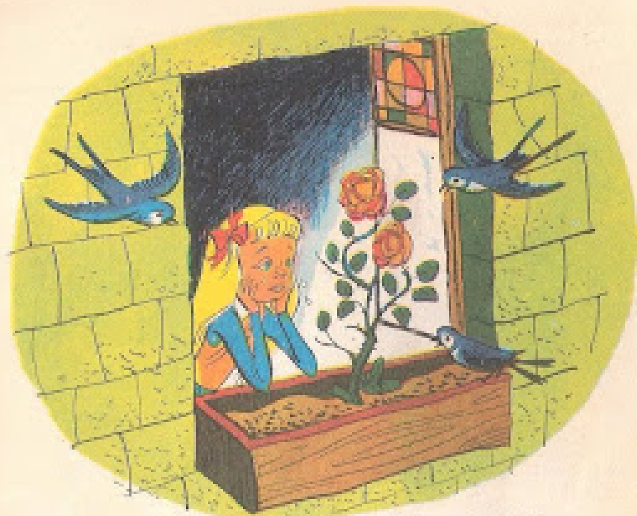


calcular con quebrados sin ayuda de lápiz ni papel.

Después volvieron a ponerse en camino. Atravesando nubes de todos los colores volaron sobre bosques, mares y océanos. Por debajo de ellos el viento silbaba trayendo el aullido de los lobos y el graznido de los cuervos.

Cada vez se alejaban más y más, pero Kay apenas lo sentía. Durante las larguísimas noches invernales no se cansaba de contemplar a la hermosa Reina; durante el día, descansaba a sus pies.





CAPÍTULO TERCERO

El florido jardín de la hechicera

Nada ni nadie podía consolar a Gerda de la pérdida de su querido Kay. Los muchachos decían que había atado su trineo a otro muy grande y muy blanco, y algunos aseguraban haberlo visto atravesar las puertas de la ciudad. Pero todos ignoraban lo que había ocurrido después. Como no regresaba, la gente empezó a murmurar, y aunque todos callasen al acercarse Gerda, un día, sin embargo, alguien se descuidó.

—Habrá caído en el río —oyó decir la niña una mañana en el mercado.

Gerda, que sin decirlo a nadie había tenido este mismo pensamiento, se atrevió entonces a confiarlo a su amigo, el rosal.

—No lo creo —le respondió el rosal al oírla.

—Tampoco nosotras —afirmaron las golondrinas. Y tanto lo repitieron que acabaron por convencer a la niña.

Una mañana, Gerda se levantó muy tempranito, se puso sus hermosos zapatos rojos y, besando a su abuela —que aún dormía—, caminó hasta la orilla del río.

—Si me devuelves a Kay te regalaré mis zapatos nuevos —le dijo arrojándolos sobre las aguas.

Pero apenas alcanzaron a alejarse



de la costa cuando las olas se los devolvieron.

—Tendré que arrojarlos más lejos —pensó Gerda. Y se subió a una barca para lograr su propósito.

Sacudido por los movimientos de la niña, el bote, que no estaba sujeto, comenzó a alejarse de la orilla. Cuando Gerda lo notó ya era demasiado tarde para saltar a tierra. Los zapatitos rojos flotaban detrás de la barca, pero no pudo recogerlos.

La niña sintió enormes deseos de llorar, mas recordando que había jurado ser valiente, se dejó consolar por los gorriones.

—Espera un poco —le dijeron—. Tal vez sea éste el camino para encontrar a Kay.

Tranquila con este pensamiento, Gerda se dispuso a contemplar los árboles que cubrían las orillas. Eran realmente hermosos, con sus copas altas cubiertas de ramas y hojitas de todas formas y colores.

Hacía varias horas que navegaba cuando, al llegar a un recodo, divisó un jardín lleno de cerezos. En medio de él, una casita con el techo de paja y las ventanas azules descansaba custodiada por dos soldados de madera. Gerda, creyéndolos de carne y hueso, los saludó cordialmente al pasar frente a ellos. Las voces de la niña hicieron salir de la casa a una mujer vieja. Caminaba apoyándose en un grueso bastón y se protegía del sol con un sombrero que llevaba pintadas hermosísimas flores.

Al ver la barca se metió en el agua sin vacilar y estirando su bastón consiguió sujetarla y arrastrarla hasta la orilla. Gerda le contó su historia, preguntándole luego si no había visto a Kay.

—No —dijo la vieja—. No lo he visto. Por aquí no pasó.

Después, tomándola de la mano, la hizo entrar en la casita.

Sobre la mesa había enormes pilas



de cerezas y Gerda pudo comer cuantas quiso mientras la vieja rizaba sus cabellos con un hermoso peine de oro.

—Siempre he deseado una niña como tú —dijo—. Estoy segura de que llegaremos a ser muy buenas amigas.

La vieja, que conocía las artes mágicas, había usado el peine de oro para lograr que Gerda olvidara a Kay. Sin embargo, estaba lejos de ser una mala bruja, y lo único que quería era que la niña no la abandonara. Por eso, dejándola en la casita, se dirigió a su hermoso jardín y levantando su bastón ordenó a todas las rosas que se ocultaran bajo tierra. Sólo entonces, segura de que ya nadie podría recordarle a su amiguito, la vieja llevó a Gerda al jardín.





Durante ese día y los que siguieron la niña saltó entre los cerezos y jugó entre las flores. Sin embargo, cuando al llegar la noche las recordaba antes de dormirse, le parecía que faltaba una. Pero no sabía cuál.

Un día, al contemplar el sombrero de la anciana, notó que la más hermosa de todas las flores era una rosa encarnada que la vieja se había olvidado de borrar. He aquí las consecuencias de una distracción.

—¡Cómo! ¡Hasta ahora no he visto rosas en el jardín! —exclamó Gerda corriendo hacia él. Y entonces el recuerdo de Kay, adormecido durante tanto tiempo, surgió con tal fuerza que la niña no pudo contener el llanto. Sus ardientes lágrimas penetraron la tierra en que habían crecido los rosales y éstos volvieron a florecer más hermosos que nunca.

—¿Dónde está Kay? —les preguntó la niña—. Tal vez mi olvido lo haya matado.

—No. Kay no ha muerto —respondieron las rosas.

—¡Oh! ¡Qué suerte! ¡Gracias, muchas gracias, rosas queridas! —exclamó Gerda.

Luego, pasando junto a las otras flores, les preguntó si sabían algo de

Kay. Pero éstas, ocupadas en sus sueños, la entretuvieron refiriéndole sus propias historias.

—¡Cuánto tiempo he perdido! —dijo la niña corriendo hacia el extremo del jardín.

La puerta estaba cerrada. Ella tiró con fuerza hasta que el pestillo cedió. Así, sin abrigo ni zapatos, la pequeña Gerda salió dispuesta a recorrer el mundo. Mientras caminaba miró tres veces hacia atrás para estar segura de que nadie la perseguía. Por fin, al atardecer, rendida de fatiga, se sentó a descansar en una enorme piedra.

Los árboles que la rodeaban estaban desnudos. Alguna que otra hojita amarilla temblaba todavía en sus ramas, pero la mayor parte de ellas danzaba y corría en el suelo empujada por el viento.

Gerda comprendió que había pasado el verano y que el otoño tocaba a su fin. Claro que esto no hubiera podido saberlo en el jardín de la vieja, porque allí brillaba siempre el sol y había flores de todas las estaciones.

—¡Cuánto tiempo he perdido! —suspiró nuevamente poniéndose en camino. Y mientras avanzaba, haciendo crujir las hojas amarillas y secas, pensó que el mundo era demasiado grande y ella, en cambio, demasiado pequeña.

Pero siguió avanzando porque tenía que encontrar a Kay.



CAPÍTULO CUARTO

EL PRÍNCIPE Y LA PRINCESA

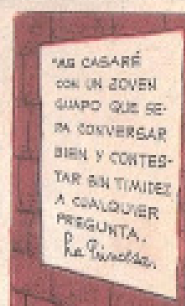

















...PERO TODOS FUERON RE-CHAZADOS PORQUE EN LA CALLE ERAN MUY DIVERTI-DOS, PERO DELANTE DE LA PRINCESA...


...SE VOLVÍAN MUY ABURRI-DOS.
¿ESTABA KAY ENTRE ELLOS?


EL CUERVO ROGÓ A GER-DA QUE NO LO INTE-RRUMPIERA.
AL TERCER DÍA SE PRE-SENTÓ UN MUCHACHO, CON EQUIPAJE AL HOM-BRO Y BOTAS QUE CRUJÍAN.


¡ES ÉL! ¡LLEVABA BOTAS NUEVAS Y EL BULTO DEBÍA SER SU TRINEO!


LO QUE SÉ ES QUE NO SE DE-JÓ IMPRESIO-NAR.


¡POBRECITOS! NO PUEDEN NI MOVERSE...


DES-PUÉS...
ME PARECE MÁS DIFÍCIL EN-CONTRAR UNA PERSONA IN-TELIGENTE CON QUIEN HABLAR QUE ENCONTRAR MARIDO...


...DE MODO QUE AUNQUE YA LO HAYAS ENCON-TRADO PODEMOS HA-BLAR LO MISMO.

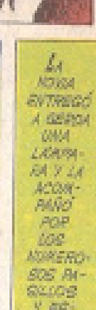

LO QUE CONVER-SARON DESPUÉS NADIE LO SUPO, PERO AL DÍA SI-GUIENTE SE CE-LEBRÓ LA BODA.


¡KAY FUÉ SIEMPRE MUY IN-TELIGENTE! ¡TANTO QUE HASTA SABÍA CALCULAR CON QUEBRADOS...


¡QUERIDO CUERVO, LLÉVAME AL PALA-CIO!
ANTES VE-RÉ SI MI NOVIA PUE-DE AYUDAR-TE.


CUANDO EL CUERVO VOLVIÓ YA ERA DE NOCHE.
MI NOVIA TE MANDA ES-TO PARA QUE COMAS, Y DICE QUE VAYAMOS.

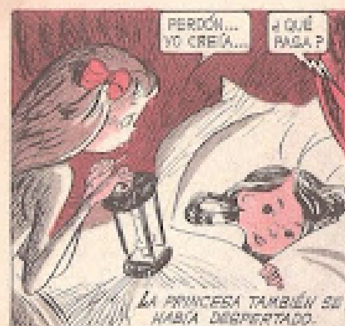

CUANDO LLEGARON AL PALACIO...
MI PROMETIDO HABLA MUY BIEN DE USTED, SEÑORITA.


LA NOVIA ENTREGÓ A GERDA UNA LÁMPA-RA Y LA ACOM-PAÑÓ POR LOS NUMERO-SOS PA-SILLOS Y ES-CALERAS.


DE PRONTO, VIENDO UNAS SOMBRAS EXTRAÑAS...
¡ME PA-RECE QUE AL-GUIEN NOS SI-GUE!
SON LOS SUEÑOS QUE VIAJAN EN BUSCA DE SUS DUEÑOS.


SIEMPRE CON LOS CUERVOS GERDA RECORRIÓ LUJOSAS HABITACIONES...


...HASTA QUE LLE-GÓ A LA DE LA PRINCESA.
¡QUERIDO KAY!

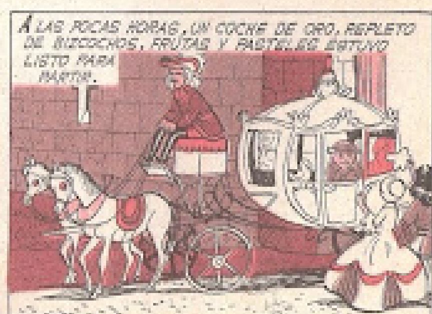


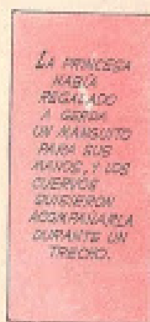




EL PRÍNCIPE ROGÓ A GERDA QUE DURMIERA EN SU CAMA, Y A LA MAÑANA SIGUIENTE...

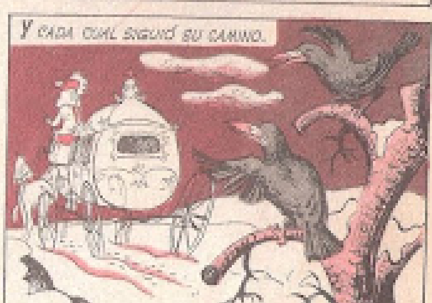






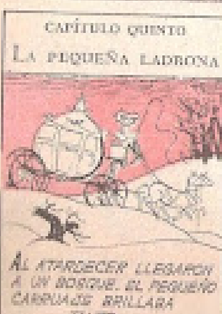






CAPÍTULO QUINTO

LA PEQUEÑA LADRONA

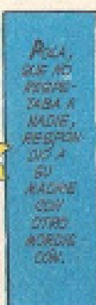





A una señal del jefe atacaron al cochero, que huyó despavorido.
¡Qué suerte! Ahora tendré una esclava.


Pero en ese momento apareció Pola, la hija del jefe...


...que se abalanzó sobre su madre y...
¡Ay! ¡Suéltame, Pola!

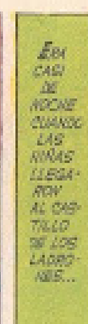

Pola, que no respetaba a nadie, respondió a su madre con otro mordiscón.


¡Quiero que sea para mí!


¡Jugará y dormirá conmigo y me prestará su manguito!


Luego Pola decidió dar una vuelta por el bosque con Gerda.
¡Nadie te hará daño mientras yo te defienda!...


¡Pero tendrás que obedecerme, aunque seas una princesa!
No lo soy.
Y Gerda contó que había salido en busca de Kay.

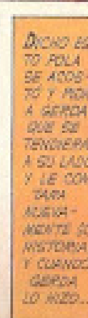

Era casi de noche cuando las niñas llegaron al castillo de los ladrones...


...que estaba cuidado por enormes "bull-dogs".
Deben estar cenando.


Así era. En la hoguera se estaban asando gran cantidad de liebres y conejos...
...y en la caldera hervía la sopa.


Pola condujo a Gerda a su habitación y le enseñó sus palomas.
Son todas mías. ¡Besa a ésta en el pico!


Éste es mi preferido. Lo tengo atado para que no se escape.


Dicho esto Pola se acostó y pidió a Gerda que se tendiera a su lado y le contara nuevamente su historia. Y cuando Gerda lo hizo...

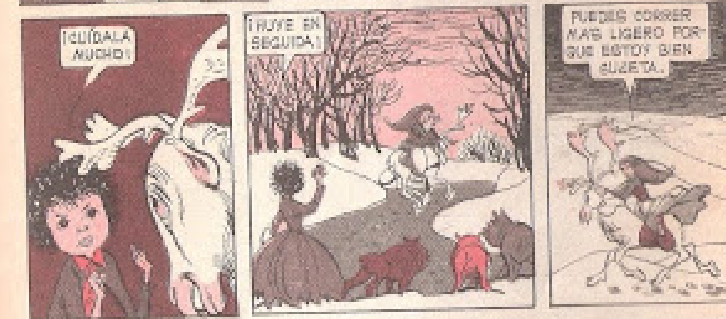

¡Hemos visto al pequeño Kay!
Iba en el trineo de la Reina de las Nieves.


NUESTROS POBRES HIJOS MURIERON A SU PASO...
...PORQUE LA REINA SOPLÓ SOBRE ELLOS Y LOS HELÓ.
¿DÓNDE ESTARÁ KAY?
SEGURAMENTE EN LAPONIA. QUIZÁ EL RENO PUEDA INFORMARTE.
LA REINA DE LAS NIEVES TIENE EN LAPONIA SU TIENDA DE VERANO.


PERO SU CASTILLO ESTÁ MÁS CERCA DEL POLO NORTE, EN UNA ISLA LLAMADA SPITZBERG.
Y TÚ, ¿SABES DÓNDE ESTÁ LAPONIA?
¡YA LO CREO! ESA ES MI PATRIA Y ALLÍ ME CRIÉ.


¡BUENO! ¡BASTA DE CHARLA! AL PRIMERO QUE HABLE LO AZOTARÉ.
PERO AL AMANECER...
COMO BUEN CURIOSO HABRÁS OÍDO TODO LO QUE HABLAMOS ANOCHE, ¿NO?
Y LE PROMETIÓ LA LIBERTAD SI LLEVABA A GERDA AL PALACIO DE LA REINA DE LAS NIEVES. EL RENO ACEPTÓ.


POLA DIÓ LA NOTICIA A GERDA.
HARÁ MUCHO FRÍO. TOMA TUS BOTAS Y LOS MITONES DE MI MADRE...
...PORQUE ME QUEDO CON TU MANGUITO. PUEDES LLEVARTE TAMBIÉN PAN Y JAMÓN.
¡DÉJAME QUE TE ABRACE, POLA!
¡BAH, BAH! ¡NADA DE TONTERÍAS!


¡CUÍDALA MUCHO!
¡HUYE EN SEGUIDA!
PUEDES CORRER MÁS LIGERO PORQUE ESTOY BIEN SUJETA.


GERDA ATRAVESÓ BOSQUES Y LLANURAS TAPÁNDOSE LOS OÍDOS PARA NO OÍR EL AULLIDO DE LOS LOBOS HAMBRIENTOS. Y UN ATARDECER...
¡MIRA CÓMO CENTELLEAN LAS LUCES DEL NORTE! PRONTO LLEGAREMOS.
ASÍ SIGUIERON CORRIENDO MUCHOS DÍAS Y MUCHAS NOCHES.
EL PAN SE HABÍA ACABADO Y GERDA TENÍA HAMBRE Y FRÍO. POR FIN, UNA MAÑANA, LLEGARON A LAPONIA.



CAPÍTULO SEXTO

La mujer lapona y la mujer finlandesa

El reno se detuvo ante una pequeña cabaña de humilde aspecto. En su interior, una mujer lapona freía pescado sobre una lámpara de aceite de ballena.

—¡Pobrecita! —exclamó después de escuchar a Gerda—. La Reina de las Nieves anda por Finmark encendiendo luces azules por la noche. Te recomendaré a una mujer finlandesa que vive allí.

Así diciendo tomó un bacalao seco y, anotando en él algunas palabras, lo entregó a la niña. Ésta, que ya había comido y bebido algo, le pidió que la atara nuevamente sobre el lomo del reno. Después, siempre pensando en Kay, volvió a ponerse nuevamente en camino. Cuando se detuvo, después de varios días, se hallaba ante la cabaña de la mujer finlandesa.

La cabaña de la mujer finlandesa no tenía puertas y tuvieron que llamar en la chimenea.

Dentro, el calor era tan insoportable que su dueña estaba casi desnuda. La mujer, que era muy pequeñita, sacó a Gerda sus mitones y sus botas y colocó un trozo de hielo sobre la cabeza del reno. En seguida, tomando el mensaje, lo leyó tres veces hasta aprenderlo de memoria; luego echó el bacalao en la caldera. Era muy económica y estaba acostumbrada a no desperdiciar nada.

—Señora —dijo el reno—, sé que tiene usted una inteligencia tan grande que puede sujetar todos los vientos con un poco de hilo de coser. ¿No querría fabricar para esta niña una bebida milagrosa que le diera la fuerza de doce hombres? Solamente así podría vencer a la Reina de las Nieves.

—Sí —dijo la mujer—. La fuerza de doce hombres sería suficiente.

Se dirigió a una mesa, tomó una piel que llevaba escritos caracteres muy curiosos y durante un rato estuvo leyéndolos con tal atención que su frente se cubrió de sudor. Luego, llevando al reno a un rincón, le habló en voz muy baja:

—El pequeño Kay está con la Reina





de las Nieves. Jamás querrá separarse de su lado, porque ciertos trozos de espejo que lleva en un ojo y en su corazón le impiden sentir como los demás humanos.

—Si usted quisiera —dijo el reno— podría dar a Gerda el poder de vencer todos los obstáculos.

—El que ella tiene es mucho mayor del que yo puedo darle —repuso la mujer—. ¿Cómo, de lo contrario, habría podido llegar hasta aquí? Tú sabes que salió de su casa descalza y desprovista de todo. Pero el poder de su voluntad es tan grande que todo el que la ve no puede dejar de ayudarla. Llévala hasta los jardines de la Reina, que están a dos millas de aquí, y depositala sobre la mata cubierta de bayas rojas. Regresa cuanto antes y no te entretengas en oír chismes.

Diciendo estas palabras despidió a la niña y al animal y volvió inmediatamente a sus ocupaciones.

—¡Ay! —exclamó Gerda no bien emprendieron la marcha—. ¡He olvidado mis botas y mis mitones!

El reno no se atrevió a detenerse. Corriendo sin parar llegó hasta la mata. Allí, haciendo descender a la niña, la besó en la boca y, deseándole buena suerte, emprendió el regreso.

La pobre Gerda, descalza y sin mitones, tiritaba de frío. Al fin, para calentarse, echó a correr.

A su encuentro, dispuesta a cortarle el paso, salió la tropa de vanguardia de la Reina de las Nieves. Sus soldados tenían las más variadas formas. Algunos hacían recordar enormes puercos espines; otros se cruzaban entre sí como manojos de serpientes. Pero todos estaban hechos de nieve viva.

Al principio, Gerda creyó ver un enorme remolino que se abalanzaba sobre ella. Pero muy pronto distinguió a los soldados, que se acercaban con las lanzas en alto.

—¡Pobres soldaditos! —exclamó la niña—. Me imagino el frío que debéis sufrir siendo todos de nieve.

Y, quitándose su capa, la puso sobre los hombros del que iba adelante y parecía ser el capitán.

Los soldados se detuvieron como clavados en su sitio. Luego, avergonzados y cabizbajos, formaron una doble fila con sus lanzas apoyadas en el suelo. Avanzando entre ellos, Gerda siguió su camino hacia el castillo.

Mientras tanto, Kay, que ni siquiera se acordaba de Gerda, estaba muy lejos de suponer que la niña se hallaba a las puertas de su helada mansión.





CAPÍTULO SÉPTIMO

DEL PALACIO DE LA REINA DE LAS NIEVES Y DE LO QUE SUCEDIÓ EN ÉL. FINAL

Las paredes del palacio eran de hielo y nieve; los vientos huracanados se habían encargado de hacer las puertas y ventanas. Las habitaciones, enormes y frías, estaban alumbradas por las auroras boreales.

Esos salones helados y desiertos jamás habían conocido alegría: aunque muchas veces la tempestad se había ofrecido a entrar con su orquesta, jamás se permitió a los osos bailar al compás de su música, y tampoco hubo juegos de prendas para las señoritas Zorro, a las que tanto les gustaba reunirse para chismorrear.

En el centro de la mayor de las salas había un gran lago. Su helada superficie se había quebrado en miles de pedazos exactamente iguales, y Kay se entretenía formando con ellos toda clase de dibujos que, debido al trozo de espejo que tenía en el ojo, adquirían las formas más raras. Los dibujos a menudo representaban letras, pero Kay, a pesar de poner todo su afán, no lograba formar con ellas la palabra "verdad". Era verdaderamente una lástima, porque la Reina le había dicho que cuando lo consiguiera sería dueño de sí mismo y del mundo entero y que entonces le regalaría un par de patines.

Hacía unos días que la Reina se había marchado, despidiéndose con estas palabras:

—Iré a dar un vuelo por los países cálidos y echar un vistazo a los calderos negros (se refería a los volcanes Etna y Vesubio). Blanquearé un poco su cabeza, cosa que les sienta muy bien.

Kay se quedó solo en el inmenso palacio. En el momento en que entró Gerda estaba tan quieto e inmóvil, rodeado de los trozos de hielo, que la niña creyó que había muerto de frío.

—¡Oh, Kay! —exclamó Gerda estrechándolo en sus brazos—. ¡Por fin te he encontrado!

Pero él continuó rígido y frío. Entonces Gerda, sin poder contener su angustia, empezó a derramar cálidas lágrimas que, cayendo sobre el pecho de Kay, encontraron el camino de su corazón. El trozo de cristal que allí había no pudo resistir el calor de este llanto y se fundió formando una pequeñísima gota.

Kay estalló en sollozos. Y tanto lloró que sus lágrimas arrastraron el pedacito de espejo clavado en su pupila.

—¡Queridísima Gerda! —dijo entonces abrazando a la niña—. ¿Por qué hemos vivido separados tanto tiempo? ¿Dónde estamos ahora?

Los dos lloraban y reían de alegría. Al verlos, los trozos de hielo empezaron a danzar de júbilo y, cuando





rendidos de fatiga cayeron al suelo, se dispusieron formando la palabra "verdad"

Ahora ya no importaba que volviera la Reina de las Nieves: la libertad de Kay estaba escrita con deslumbrantes letras de hielo.

Tomados de la mano, los niños salieron del palacio. Al llegar a la mata cubierta de bayas rojas encontraron al reno, que los esperaba acompañado por una hermana. Esta alimentó a los niños con su leche, y después los animales los condujeron a la cabaña de la mujer filandesa, la cual les dió instrucciones y abrigo. Luego visitaron a la mujer lapona, la cual les preparó su propio trineo.

Los renos los condujeron hasta la entrada del bosque y allí se despidieron. Gerda y Kay se internaron en la espesura. De pronto, acercándose hacia ellos, vieron llegar una amazona con gorro rojo y dos pistolas en el cinto. Era Pola, que salía a recorrer el mundo.

Gerda la saludó cariñosamente; después le preguntó por el príncipe y la princesa.

—Están viajando —contestó Pola.

—¿Y los cuervos?

—El se murió —respondió Pola— y ella, que no acaba de llorarlo, anda por el mundo con una tira negra atada a una de sus patas. ¡Como si eso sirviera para algo!

Después preguntó a Gerda cómo había logrado encontrar a Kay y por último se despidió de los niños prometiendo que si alguna vez pasaba por el lugar en que vivían iría a visitarlos y a darles sus noticias.

Gerda y Kay prosiguieron su camino. Por fin, una mañana divisaron las torres de su ciudad y oyeron el repiqueteo de sus campanas. Llenos de júbilo anduvieron el corto trecho que les faltaba y, una vez llegados, corrieron sin detenerse hasta la casa de la abuela.

Todo estaba igual que antes de su partida. La anciana tejía sentada junto a la chimenea y, de vez en cuando, levantaba la vista y suspiraba tristemente al mirar las dos sillitas vacías que había junto a la ventana por la cual se asomaban las rosas.

Todo seguía como antes. Solamente que, al atravesar la puerta para ir a besar a la abuela, los niños notaron que habían crecido.

Después saludaron a las rosas. Y sentados en sus sillitas contemplaron, como tantas veces lo habían hecho, el hermoso atardecer de un día de verano.



QUE PODRAN LEER EN ESTA
FORMIDABLE COLECCIÓN

ONGARO

N.º 25

El diario de mi amiga

PLUMA ROJA
la indiecita



Historietas y cuentos completos

$ 2.- m/arg.

EDITORIAL ABRIL - DISTRIBUIDORES: C. I. D. L. A. - Piedras 113 - Buenos Aires

SERGIO

Nº24

El diario de mi amiga

ZAZÁ
la gitanita

Ilustrado por
A. BRECCIA



Historietas y cuentos completos



Sábado 2

HACE cuatro horas aún no sabía que iba a escribir un diario. Ni siquiera sabía qué era un diario. Pero esta tarde, cuando el viejo Bela me mandó al pueblo para vender las cucharas de madera que había tallado, me encontré, en una de las casas, con una chica que me pidió que le regalara un mechón de mi trenza o que le escribiera un versito o sólo mi firma en un cuaderno que llamó su "diario". Dijo que el recuerdo de una gitanita le iba a traer suerte.

Yo no sé si es cierto lo que la gente cree. Lo importante es que al escribir mi nombre en el "diario" de aquella chica me di cuenta de lo lindo que es anotar día por día las cosas que le pasan a una...

En seguida decidí hacerlo yo también. En el almacén compré un cuadernito y un lápiz y, toda contenta, volví a nuestro campamento para empezar a escribir hoy mismo.

Quería sentarme en la carpa en que vivimos mi hermano Antonio, Yuko, nuestro tío, y yo. Pero Yuko estaba ahí, medio dormido, y no me atreví a entrar. Porque siempre que él me ve escribiendo algo se pone tan rabioso que da miedo. ¡Y todo porque él no sabe escribir! Es el único en todo el campamento que no sabe. Y no sólo eso: tampoco sabe hacer otras cosas porque es muy haragán y en su vida se ha puesto a aprender nada.

Todos los de nuestra tribu tienen un oficio o trabajan de algo: Bela —como ya dije— hace cucharas de madera; Luis, ollas, pavas y platos de cobre; Ladislao recorre las calles con su organito y su oso bailarín; Rudi es tachero; Lalo fabrica juguetes muy bonitos y su mujer, Iulcha, los vende por las calles; Esteban, Ianca, Berta, Agustín y hasta mi hermano Antonio, que tiene doce años, y yo misma, que recién cumplí diez, todos trabajamos, menos Yuko. El vive de... ¡oh, no! Mejor no decirlo porque me da vergüenza ¡Sí! ¡Vergüenza me da tener que vivir con él! Pero como Antonio y yo ya no tenemos padres y él es nuestro único tío no nos queda más remedio...

¡Bueno! Cuando vi a Yuko en la carpa no entré y me fuí al carromato de Rosa. Rosa es la mujer de Mauro, el jefe de nuestra tribu. Todos la quieren y la admiran. Todos la consultan cuando necesitan un consejo, y no hay nada que Rosa no sepa: hasta dice la buenaventura con un juego de naipes y lee las manos de la gente.

Me permitió sentarme en su carromato. ¿Cómo no me iba a permitir? ¡Ella es tan buena conmigo! Es mi madre, mi abuela, mi tía, mi... ¡todo, todo junto! Fué ella quien me enseñó a leer y escribir, a cocinar y coser...

Pero tengo que interrumpir. Rosa me quiere hablar...

* * *

¡¡¡QUÉ NOTICIA!!! **¡Viene el rey!** ¡Zoltán, el rey de los gitanos! ¡El rey de las cinco tribus de nuestro país! Mandó un mensajero anunciando que mañana al mediodía pasará con su gente por el pueblo en que estamos. Rosa dice que habrá una gran fiesta y que tengo que prepararme. ¡Bailaré! ¡Sí! **¡Bailaré ante el rey!**



¡Me parece un sueño! Voy a buscar a Antonio para que ensayemos, pues él me acompañará con su violín. ¡Y que bien lo hace! Los gitanos dicen que cuando Antonio toca parece que su violín llorara de alegría, de tristeza, de nostalgia... Y los gitanos entienden mucho de música.

Domingo 3

Rosa me había hablado mucho del rey Zoltán, ¡pero nunca me lo hubiera imaginado tan lindo! Lleva como corona un sombrero todo adornado con monedas de oro y en la mano tiene un enorme bastón con un botón de plata y hasta calza botas altas.

¡Hay que ver cómo lo respetan los gitanos! Una palabra de él y todos corren. Dicen que es muy severo.

En este momento están cenando. Yo no puedo comer porque estoy un poco nerviosa: nunca he bailado ante un personaje tan importante.

¡Menos mal que Yuko no está! Siempre se burla de mí cuando bailo. Pero esta mañana, cuando se enteró de la llegada del rey, se alejó del campamento. Seguramente tenía miedo de que el rey le preguntase algunas cosas que a Yuko no le gusta mucho que le pregunten.

Medianoche pasada

Creo que éstas serán las últimas líneas que escribo en mi diario. No lo podré seguir porque... **¡PORQUE TODO SE ACABO! ¡TODO TODO TODO!** ¡Y pensar lo linda que era la fiesta!

























A las cuatro de la mañana

Todavía no puedo creer que ésta sea la última noche que paso en el campamento. Estoy en la carpa, sola. Antonio salió sin decir nada. Tenía la cara como de piedra y no hablaba. Yuko se fué a buscar provisiones. No sé dónde las va a encontrar a esta hora y no me importa. ¡Ya no me importa nada! Me siento como si alguien muy querido se hubiera muerto, pero no puedo llorar. Tendría que despedirme de Iulcha, de Bela, de Ianca..., pero no puedo. Creo que se me partiría el alma. Tendría que juntar las cosas..., pero no soy capaz. Las manos me tiemblan y algo en mí está gritando: "¡No, no y no! ¡Todo eso es injusto! **¡Injusto! ¡Injusto!**"

Le pediré a Rosa que me ayude a empaquetar...

¡Qué susto me pegué cuando encontré el carromato de Rosa lleno lleno de gente! Casi todos los de nuestra tribu se habían reunido ahí y mi hermano estaba en medio de todos ellos... ¡lo más contento! Cuando entré, Mauro le estaba hablando:

—Creo que les resultará difícil escaparse tan pronto. Yuko sabe muy bien que no les gusta nada estar con él. Los vigilará como un perro. Hasta me parece mejor que anden unas semanas con él, obedeciéndolo en cuanto puedan, y entonces, cuando se sienta del todo seguro de ustedes... ¡adiós, "tíito"! ¡Adiós para siempre!

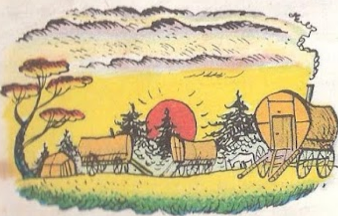
Claro que en seguida comprendí de qué se trataba. ¡Los gitanos se habían reunido para pensar cómo ayudarnos!

¡Y yo, tonta de mí, que tanto me quejaba de que la tribu nos iba a dejar marchar, que nos iba a abandonar así no más! ¡Qué plan magnífico hicieron! ¡Qué inteligentes! Dentro de un mes volveremos a reunirnos con nuestra gente en una ciudad que ahora no recuerdo cómo se llama (Antonio anotó todo). ¡Y Yuko podrá caminar hasta el Polo Norte y no nos encontrará jamás porque no sabe qué ruta va a tomar nuestra tribu! Y si por casualidad llegara a tropezar con el campamento los gitanos nos esconderán y le dirán que no saben nada de nosotros y ¡listo!

Parece tonto, pero Antonio está contentísimo con la aventura que nos espera. Dice que ahora sí que podremos demostrar si somos o no gitanos hechos y derechos. Y yo... ¡en fin!, pienso que un mes pasará rápido si se sabe que entonces todo se acabará de una buena vez. ¡Sí! Antonio tiene razón: es realmente para estar muy contentos...

¡Oh! ¡Ya amanece! El sol se levanta todo colorado. Yuko habrá de despertarse de un momento a otro y entonces... ¡adiós, gitanos! ¡Adiós..!

Hasta pronto!





No sé qué día es hoy

Calculo que hace más o menos una semana que salimos con Yuko del campamento. Antonio, que siempre se fija en las señales que hay en los caminos, dice que ya hemos recorrido unos buenos cien kilómetros. ¡Menos mal que andamos descalzos! Si no, ya tendríamos más agujeros que suela en los zapatos.

En realidad, me gusta muchísimo caminar y vagabundear. ¡Para eso somos gitanos! Pero junto con Yuko ya no es tan lindo. No sólo que nos obliga a nosotros a llevar todos los fardos, paquetes y el toldo encima sino que siempre está de mal humor. No ve lo lindo que está el tiempo, no oye cómo cantan los pájaros, no le da gusto encontrase cada día en otro pueblo, ver caras nuevas y cosas raras y desconocidas. Yuko sólo espía y husmea dónde nos puede hacer trabajar mejor.

¡Oh! ¡Cómo nos costó al principio



hacerle caso! Habíamos convenido con Mauro en obedecer a nuestro tío dentro de lo posible para que no sospechara nada de nuestros planes. Pero... ¿qué ocurrió? Ya el primer día Yuko le dijo directamente a Antonio que por ahí, en el camino, había visto una granja con un gallinero fácil de alcanzar y que mi hermano esperara la noche para ir allí y robar unos pollos. ¡¿Se dan cuenta?! Claro que Antonio ni pensó hacerlo, pero al mismo tiempo no había que enojar a Yuko. Por eso Antonio le dijo que a él no le hacía falta robar, que iba a conseguir los pollos de otra manera.

Al día siguiente se levantó temprano y se fué a un pueblo cercano. Llamó a todas las casas por si no había algo para arreglar. ¡Y había! Remendó unas cuantas ollas (había aprendido algo de ese oficio de Rudi, el tachero), arregló enchufes eléctricos, limpió las cerraduras de bronce de algunas puertas y en una casa hasta ayudó a armar una antena de televisión. Cuando, a la noche, volvió a la "madriguera" (así llama Yuko a nuestra carpa) trajo no solamente dos pollos que había comprado en aquella granja sino muchas otras cosas para comer que la gente le había regalado. Yuko ni le preguntó cómo se las había ingeniado para conseguir todo y se tragó los pollos sin dar las gracias siquiera.

Pero todo eso no es nada comparado con lo que me hizo a mí. En el primer pueblo por el que pasamos...



¡Qué vergüenza sentí! Y encima Yuko me retó y me gritó que era una estúpida, que no servía para el "oficio" (así llama él a sus estafas y embustes). ¡Menos mal que no sirvo! Pues hasta ahora Yuko no se atrevió a hacer otra prueba conmigo. Aunque ¿quién sabe si mañana no me viene con que tengo que decir la buenaventura a la gente o hacer de curandera..!

Lo malo es que realmente no sé con que ganarme unos centavos. ¡A los muchachos les resulta mucho más fácil encontrar una "changa"! Yo... ¿qué podría hacer? Lavar platos, limpiar pisos, ¡en fin!, ayudar en la casa. Pero..., ¡¿quién va a tomar una muchacha para uno o dos días?! Porque mucho más tiempo no nos quedamos en ningún lugar: Yuko siempre está muy apurado por seguir viaje. ¡Claro! Con sus fechorías no se siente muy seguro en ninguna parte.

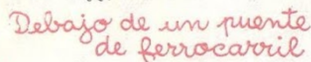
Ahora acampamos en un hermoso bosque. Antonio se fué a una chacra, cerca de aquí, para conseguir paja nueva para las bolsas sobre las que dormimos. De vez en cuando hay que cambiarla.

Yuko está en la carpa descansando. Mejor dicho: haraganeando. Yo aprovecho para escribir en mi diario. Me senté en un árbol medio hueco porque no quiero que él se dé cuenta. ¡Ya es bastante con lo que me vigila! Para eso es muy vivo. Por ejemplo, mientras anoto esto tengo que estar silbando o canturreando sin interrumpir. Así él sabe que estoy cerca sin que tenga que molestarse fuera de la carpa. ¡Y no es nada fácil escribir y cantar a la vez!

Para decir la verdad, estoy bastante preocupada pensando cómo y cuándo podremos realizar nuestro propósito. Escaparse de día es completamente imposible porque Yuko no me deja ni un minuto sola. ¡Claro! A mi hermano lo manda a trabajar con toda tranquilidad; sabe perfectamente que Antonio jamás se escapará sin mí. Y escabullirse de noche es más difícil todavía: dormimos en la misma carpa, y lo único que Yuko realmente tiene de gitano es el sueño liviano. Con el menor ruido se despierta y ve qué pasa. Es una costumbre que uno adquiere con la vida al aire libre...

¡Bueno! Por hoy termino. Pronto Yuko se levantará y me mandará a hacerle la comida, y quiero usar el tiempo que me queda para lavarme el cabello, pues aquí corre un arroyo y tengo que aprovecharlo. (No siempre tenemos agua como queremos y si mis trenzas no están bien brillantes me siento incómoda. Las trenzas son lo más precioso que tenemos las gitanas.)





Debajo de un puente de ferrocarril

DESDE ayer vivimos aquí porque hace mal tiempo y el puente nos protege mejor que la carpa sola. Aunque si fuera por mí correría días y días bajo la lluvia más fuerte con tal de no tener que seguir viviendo con Yuko. ¡Lo que me hizo hoy es realmente para llorar! Mientras yo dormía me sacó mis collares (los que me regaló Rosa) y los vendió, no sé dónde ni a quién, para comprarse cigarros con el dinero.

Antonio no lo sabe todavía. Salió hace rato y aún no ha vuelto. Me dijo que tenía que hacer algo muy importante y que pronto yo podría estar muy contenta. No sé qué será. Lo único que realmente puede ponerme contenta es vernos libres. ¡Y pronto! ¡¡Pronto!!

Más tarde

¡Estoy que apenas puedo anotar esto! Antonio volvió y... **¡esta noche nos escapamos!** Dice que es la única solución y que jamás habrá otra oportunidad como ésta. ¡Tengo un miedo..! ¡Nunca en mi vida subí a un tren en marcha! Aunque Antonio asegura que los trenes cruzan los puentes siempre muy muy despacio. Y esta noche a las dos pasara uno: lo averiguó en la casilla de un guardavías que vive a un kilómetro de aquí.

No sé, me asusta mucho todo eso. Y más aún si pienso qué hará Yuko. ¡Claro que se despertará cuando oiga que nos estamos moviendo! Antonio planeó algo que le impedirá perseguirnos en seguida, pero no es nada seguro y si no resulta estaremos perdidos...

Antonio me dijo qué día es hoy,

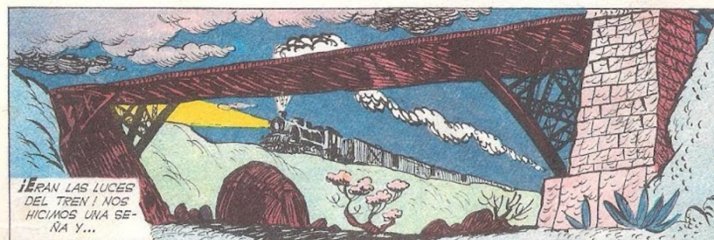
pero me olvidé porque todavía estoy completamente confundida por todo lo que pasó. ¡Si pienso en aquella noche debajo del puente..!

A LAS ONCE YUKO SE ACOSTÓ. NOSOTROS FINGÍAMOS DORMIR.

CUANDO LO OÍMOS RONCAR...

...NOS PUSIMOS A VIGILAR LA VÍA POR UN AGUJERO DE LA CARPA.

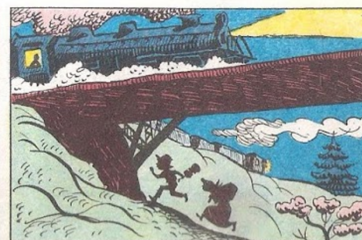
LAS TRES HORAS QUE FALTABAN HASTA LAS DOS NOS PARECÍAN UNA ETERNIDAD. PERO ENTONCES, DE PRONTO...



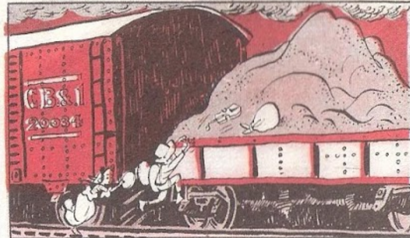


























En mi vida he sido tan feliz como sobre aquel vagón de arena. Antonio y yo nos abrazamos, lloramos de alegría, cantamos, silbamos y volvimos a abrazarnos durante todo el viaje. En una de las estaciones donde paró el tren nos descubrió el guarda, el mismo que había echado a Yuko. Pero a nosotros no nos echó porque le contamos toda la historia y entonces nos felicitó, nos convidó con uno de sus emparedados y hasta nos permitió viajar en su vagón, el último del tren, donde tiene toda una habitación con dos catres y una cocinita. ¡Era de lindo! Hicimos todo el viaje con él hasta aquí, donde el tren no sigue más porque termina la vía.

Y bien. Ahora no hay nada más importante que llegar de algún modo hasta esa ciudad en que, según Mauro nos dijo, íbamos a encontrar a nuestra tribu. Antonio ya se fué a la estación de servicio para fijarse en el mapa cómo tenemos que seguir. A mí me dejó en un café para que descansase un poco. Pero la gente me mira con tanta curiosidad (seguramente por mi pollera larga y las trenzas) que mejor será que pague y espere afuera a mi hermano.

¡Pagar! Eso va a ser un problema en adelante. Nos quedan pocos centavos y algo tenemos que hacer para no pasar hambre...

A la tarde

¡Qué suerte! Estamos bastante cerca de la ciudad, a ochenta kilómetros, y como hoy recién es 18 tenemos dos

semanas enteras para llegar porque antes del primero no pasará nuestra gente por ahí. Antonio dice que nos conviene tener todo este tiempo, así podremos demorarnos unos días en uno u otro lugar, y él trabajará para ganar el dinero que necesitamos.

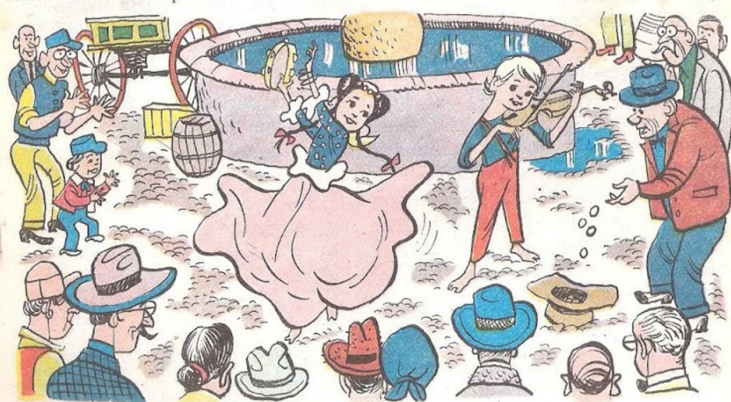
Pero yo no estoy nada conforme con esta solución. ¡¿Por qué tiene que trabajar él solo mientras yo descanso o me paseo como una princesa?! Antonio es muy caballero, lo reconozco. Pero vivimos la misma aventura y tenemos que ayudarnos uno al otro. ¡Si no, no vale! Además, me aburriré haraganeando. ¡No soy como Yuko! Algo tengo que hacer y ya se me va a ocurrir.

Tengo que terminar porque Antonio dice que hay que apagar la vela. Estamos pasando la noche en un galpón lleno de heno y es muy peligroso, tener fuego aquí. El heno se enciende con la menor chispita...

Martes 19

¡¡Se me ocurrió!! Desde hoy estoy trabajando, y nada menos que en mi "oficio". ¡Sí, señor! En lo que yo he aprendido, lo único que sé hacer bien: **¡bailar!** Hoy, cuando llegamos aquí y un chico en la calle me preguntó qué llevaba en la mano se me ocurrió: era mi pandereta, que Bela me había regalado cuando bailé por primera vez una "czarda".

¡Bueno! Expliqué la idea a mi hermano y él quedó encantadísimo de acompañarme. ¡Y claro que le gusta más tocar el violín que remendar tachos! En seguida pusimos manos a la obra. Elegimos un lugar en la plaza del pueblo, Antonio puso su sombrero en el suelo (para que la gente que viniera eche una monedita) y... ¡en fin!, empezamos la función. ¡Había que ver qué de gente se juntó en torno de nosotros! ¡Nunca me había sentido tan feliz al bailar!





Pero, de repente, el silbido de un pito nos interrumpió. Se presentó un vigilante y nos dijo que no podíamos "actuar en público" sin un permiso de la municipalidad. No lo sabíamos y le pedimos uno. Pero él no lo podía otorgar y había que dirigirse a la oficina de no sé quién y esperar dos o tres días para conseguirlo. ¡Tanto tiempo no podíamos perder! Quedamos bastante tristes y decepcionados. ¡Y el público también! Ya nos queríamos marchar cuando un chico me agarró del brazo y me dijo que en una casa había un casamiento, que fuéramos allí, que los novios estarían muy contentos de tener un "número" como nosotros para animar la fiesta y... ¡Bueno! En una palabra: ¡bailé nueve piezas en aquella casa, y Antonio tocó tres "solos" de yapa! Como recompensa pudimos comer cuanto quisimos. ¡Y qué cosas más ricas había! ¡Especialmente algo que en mi vida había probado y que llaman "torta"! Además, la novia nos regaló un impermeable que ella usaba cuando era chica. Nos viene muy bien para acampar... ¡Cómo no tenemos carpa!

Y lo más lindo es que nos permitieron quedarnos esta noche aquí, en la casa. Nos dieron a mí un sofá y a Antonio un sillón para dormir. ¡Son de blandos!

¡Ah! Casi me olvido de lo más importante: uno de los invitados había venido en camión y volverá mañana temprano a su pueblo, que queda justo sobre nuestra ruta y... ¡nos llevará! Así nos ahorramos unos quince kilómetros de caminata...



Viernes 22

¡NUNCA hubiera imaginado que la gente hace tantas fiestas! Por lo menos, en los pueblos donde nosotros pasamos hasta ahora, siempre encontramos una casa donde festejan algo: un cumpleaños, un compromiso, un aniversario y ayer hasta "trabajamos" en dos casamientos diferentes. Me gusta tanto esta vida que por mí podríamos seguir meses y años así.

Sin embargo, no nos faltan más que cincuenta y cuatro kilómetros hasta la ciudad. Un albañil (hoy dormimos en una obra) nos aconsejó alcanzar la carretera principal, donde encontraremos algún auto que nos lleve. Para acortar podríamos cruzar la Estepa Brava, que se extiende de aquí a unas tres leguas. Mañana nos vamos. Parece bastante solitaria esta estepa. No se ve ni una casa a lo lejos...

No es Zazá quien escribe esto

SOY yo, Antonio. Zazá está enferma, muy enferma. ¡Una víbora la picó! Ocurrió ayer, en aquella estepa. Cuando nos sentamos en un matorral para descansar un rato ella pegó un grito y... ¡ya la había picado! En el brazo derecho. En seguida me puse a chupar la herida para sacar el veneno y también le até fuertemente el brazo con mi pañuelo, pero igual se hinchó terriblemente y Zazá llegó a tener una fiebre que aumentaba cada minuto.

No sabía qué hacer. Sólo un médico podía salvarla. Pero... ¿¡cómo avisar!? Esperar hasta que pasara alguien era una locura. Aquella estepa estaba tan abandonada que en todo el día no vi más que un perro sin dueño. La única salvación posible era



llegar hasta la carretera y detener un coche. Pero Zazá no podía caminar. Cada vez se sentía más débil. Intenté llevarla a rastras, pero ni siquiera podía agarrarse de mi cuello... Estaba desesperado. ¡¡¡¿Qué hacer?!!! ¿¿¿¡¡QUE!!!???

En eso cayó mi mirada en nuestro impermeable. Rápido envolví a Zazá en él, cargué el bulto sobre mi espalda y así, medio corriendo, medio caminando, y siempre con el miedo de que ella no aguantara más, la llevé más o menos una legua y media hasta la carretera. Los primeros tres coches que pasaron no hicieron caso de mis señas, pero el cuarto se detuvo.

Un señor bajó y, cuando le expliqué todo, en seguida me ofreció su ayuda. Por suerte viajaba solo, de modo que pudimos acostar a Zazá en los asientos de atrás. Durante el viaje ella empezó a delirar. El señor manejaba lo más rápido que podía y al llegar a la ciudad nos llevó directamente a la casa de un médico vecino suyo. Aunque ya era muy tarde el doctor nos atendió. Se llevó a Zazá a una pieza toda pintada de blanco y me hizo esperar afuera. Al rato volvió a salir y me dijo:

—Puedes estar tranquilo. Le di una inyección a tu hermanita y ella reaccionó en seguida. ¡Está salvada! Y más gracias a ti que a mí, pues sin tus "primeros auxilios" no sé cómo hubiera terminado todo. Lo único que ella necesita son unos días de reposo. Ahora no sé... ¿Dónde viven ustedes?

Entonces le dije que, en realidad, vivimos en un campamento como todos los gitanos, pero que nuestra tribu recién dentro de unos días iba a pasar

por esta ciudad y que mientras tanto yo buscaría algún baldío para acampar...

El doctor no me dejó terminar. Salió de la pieza y al ratito volvió con su señora y... ¡para qué decirles! ¡Nos permiten quedarnos en su casa hasta que lleguen Mauro y su gente! ¡Estoy tan contento! ¡Tan aliviado! ¡Por Zazá!

Soy otra vez yo, Zazá, quien escribe

TODAVÍA estoy un poco débil y no puedo contar mucho. Sólo quiero que, si mi hermano vuelve a abrir mi diario, lea esto:

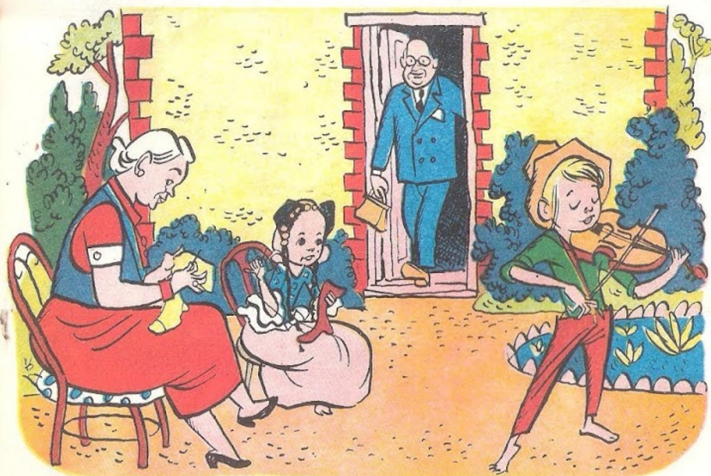
¡GRACIAS, ANTONIO! ¡GRACIAS POR TODO LO QUE HICISTE POR MI!

Lunes 25

YA estoy levantada. El doctor Lazi dice que un día más y estaré bien del todo. Ya me pasé la tarde en el jardín ayudando a la señora a remendar medias. Antonio tocó algunas piezas en su violín y a la señora le gustó mucho.

¡Oh! ¡Ella es tan buena con nosotros! Nos dió una habitación con unas camas tan lindas, tan elegantes que casi no nos atrevimos a meternos dentro. ¡Y la bañera! ¡Qué sueño! Y el agua que sale toda calentita de la canilla, ¡cómo me impresionó!

El único problema que me costó un poco de dolor de cabeza fué cuando la señora de Lazi me dijo que me quería comprar un vestido nuevo. Yo le dije que la clase de vestidos que





usamos las gitanas no se pueden comprar sino que se hacen de muchos vestidos viejos. Pero la señora me contestó que no había pensado en un vestido como el que uso yo sino en uno como el que tienen todas las chicas. Y entonces... ¡bueno! Era muy difícil agradecerle y explicarle al mismo tiempo que una gitana sin pollera larga, sin blusa y collares ya no es una gitana. Entonces la señora me miró. Me miró muy rara. Luègo se fué de compras y cuando volvió me trajo un regalo: ¡tres collares! ¡Claro! Por eso me había examinado tanto. ¡Yo no tenía collares porque Yuko me los había robado!

¡Yuko! ¿Qué hará en este momento? ¿Nos estará buscando?

Martes 24

¡QUÉ lindo! El doctor Lazi tiene que hacer en la ciudad y nos invita a acompañarlo en su coche. Antonio prefiere quedarse porque empezó a construir un nuevo gallinero para el matrimonio y quiere terminarlo pronto porque nos quedarán pocos días en esta casa. Pero yo voy con el doctor. Debe ser lindísimo pasear en auto y, además, puede ser que de paso encuentre ya a nuestra tribu...

A la tarde

¡No puede ser! ¡No puede ser! Recién, cuando el doctor y yo volvíamos...



El doctor corrió al teléfono y llamó a la comisaría. A mí me mandaron a nuestra pieza y... aquí estoy y no sé qué hago. No puedo pensar nada; es como si alguien me hubiera dado un golpe en la cabeza. Estoy dando vueltas y vueltas por la mesa, me siento, me levanto, voy a la ventana, miro y no sé adónde, espero y no sé qué...

¡Que vengan los agentes, que me llamen y me hagan preguntas y preguntas y preguntas... y yo no sé nada! ¡Nada! Lo único que sé es que Antonio no es un ladrón. ¡¿Me comprenden?! ¡¡**Antonio no es un ladrón**!! Y si hubiera mil herramientas al lado de la caja, si hubiera mil agentes que lo afirmasen, si se pudiera leerlo en todos los diarios, si Antonio mismo viniese aquí y me dijera que sí, que él robó el dinero... ¡no lo creería y no lo voy a creer nunca nunca nunca!

¡Tocan el timbre! Es:......... ¡¡**la policía**!!



Más tarde

Me voy. Los agentes me han interrogado y puedo —mejor dicho— tengo que irme. Ya junté nuestras cosas. Falta meter el diario en el fardo y entonces... tendré que bajar y despedirme de la señora, del doctor. No sé como lo voy a hacer. Quisiera abrazarlos y decirles tantas cosas que me había propuesto decir... Pero ya sé que no podré hablar. Ellos están tan cambiados, tan fríos que tengo miedo de que ni siquiera me den la mano.

¡Ah! ¡No debo olvidarme de llevar el violín! El violín de Antonio... Me da ganas de llorar cuando lo veo.

Jueves 28

No sé si podré contar bien en orden todo lo que pasó. Todavía estoy muy nerviosa y me siento como si me hubiera despertado de una terrible pesadilla.

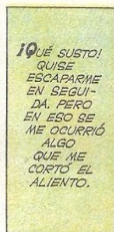
Anteayer, a la tarde, cuando los Lazi me habían echado de su casa, empecé a caminar por las calles sola y triste. No sabía adónde ir ni qué hacer.

¡Eso sí! Buscaba a Antonio. Lo buscaba desesperadamente. Pero ¿qué sentido tenía andar y buscar así, al tuntún? Lo único que se me ocurrió era que, si la policía aún no lo había encontrado, mi hermano debía pasar la noche en alguna parte, y lo más probable en un gitano es que se acueste en algún baldío. Me puse, pues, a buscar baldíos...















PRIMERO NO COMPRENDÍ QUÉ SIGNIFICABA ESO. PERO ENTONCES...






















EL ÓMNIBUS PASABA A DOS CUADRAS. SUBÍ Y...
...EN DIEZ MINUTOS LLEGUÉ A LA ESTACIÓN.


¿YA SALIÓ EL TREN?
FALTAN OCHO MINUTOS, SEÑORITA.

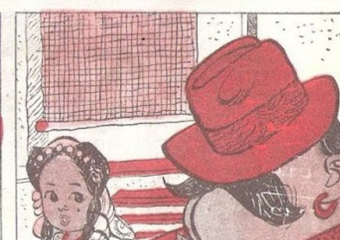



RECORRÍ TODOS LOS VAGONES COMO UNA LOCA, PERO... ¡NADA!


NO. NO ESTÁ. HABRÁ TOMADO OTRO VEHÍCULO...


¿O SERÁ QUE ÉL NO TIENE NADA QUE VER CON TODO ESO..?


DECIDÍ ESPERAR HASTA QUE SALIERA EL TREN. TAL VEZ YUKO LLEGARÍA A ÚLTIMO MOMENTO.






¡¡¡ YUKO !!!


POR UN MOMENTO QUEDÉ PARALIZADA DEL SUSTO. ÉL LO APROVECHÓ: SE LEVANTÓ Y ECHÓ A CORRER. ¡Y ESTO ME PROBÓ QUE ÉL ERA EL LADRÓN!

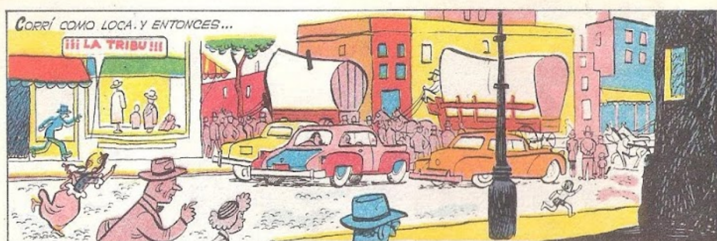

¡¡ALTO!! ¡DETÉNGANLO!
PERO LA GENTE NO REACCIONÓ TAN RÁPIDO Y...


¡¡ALTO!! ¡NO LO LLEVE, CHÓFER!
NO ME OYÓ Y SALIÓ A TODA MARCHA.


ME PUSE A CORRER DETRÁS DEL TAXI, AUNQUE SABÍA QUE NO TENÍA SENTIDO.


¡¡SE FUÉ!! ¡TODO ESTÁ PERDIDO!
SEGUÍ CORRIENDO HASTA LA ESQUINA. Y AL DOBLARLA VI QUE...


...¡EL TAXI SE HABÍA DETENIDO EN LA OTRA CUADRA!
¡LO PUEDO ALCANZAR!

















Primero creí que era una mentira, que lo había dicho para que Mauro lo soltara, pero luego, cuando vino la policía y le preguntaron por mi hermano, Yuko lo repitió: ¡Antonio estaba en casa del doctor Lazi! Fuimos todos ahí, toda la tribu con los agentes y con Yuko, a quien le habían puesto esposas. ¡Qué susto se llevó el matrimonio cuando nos vieron ante su casa! Un agente les explicó rápidamente lo que había pasado y en seguida ordenaron a Yuko que mostrara el lugar donde había dejado a Antonio. Y no bien Yuko hubo señalado la puerta que daba al sótano yo bajé corriendo la angosta escalerita y... ¡ahí lo encontré! ¡Maniatado y amordazado! ¡Sin poder moverse! ¡Sin poder dar una señal..!

Quise soltarlo, pero las manos me temblaron y el doctor Lazi tuvo que ayudarme.

Cuando Antonio subió al vestíbulo y vió a Yuko quiso abalanzarse sobre él. ¡Tanta rabia le tenía! Pero los agentes lo retuvieron y poco a poco se tranquilizó y se puso a contar todo lo que había sucedido. ¡Es increíble! Pero mejor será que lo cuente él mismo. Yo me confundo...

Escribe Antonio

¡BUENO! *Tuve mala suerte esta tarde.*

Estaba construyendo aquel gallinero cuando vi que no me iban a alcanzar los clavos y me fuí a la ferretería para comprar una caja. Al volver a casa vi de lejos a un gitano y creyendo que era alguno de nuestra tribu co-



rrí a su encuentro. ¡¡Era Yuko!! ¡Qué susto me pegué! Pero no perdí la sangre fría y eché a correr a más no poder, él siempre detrás de mí. Desgraciadamente en la puerta de la casa me demoré en sacar la llave del bolsillo y... cuando abrí y entré ¡Yuko entró conmigo!

—¡Esta no te la esperabas! —me dijo con su sonrisa malvada—. ¡No es tan fácil engañarme, estúpido! ¿Creíste que no podía averiguar adónde iba aquel tren con que se escaparon? ¿Creíste que no iba a preguntar por ustedes en aquel pueblo adonde llegaron? ¡Charlaste demasiado, requetetonto! El encargado de aquella estación de servicio me contó sin más ni más que ustedes querían llegar a esta ciudad. Y, como veo, viven bastante bien aquí. ¿A ver si no hay algo para el pobre Yuko en esta casa..?

Dicho esto cerró todas las puertas con llave y se puso a abrir los armarios, los cajones, todo... ¡Yo no sabía qué hacer! Lo único que se me ocurrió fué correr hacia el teléfono para avisar a quienquiera que fuese. Pero él me agarró, me metió su pañuelo en la boca y luego me ató con la soga de la ropa. Y así me metió en el sótano. Oí luego unos golpes que no me podía explicar qué eran. Ahora lo sé: Yuko estaba forzando la caja fuerte con mis herramientas, que había encontrado en el jardín...

¡Bueno! Eso es todo lo que puedo contar yo. Y no lo podría contar ahora si tú, Zazá, no hubieras capturado a ese pillo. ¡Estoy muy muy orgulloso de ti!

Me queda una sola hoja en mi diario

¿Con qué la lleno? ¿Qué cuento? ¿Cómo llevaron a Yuko a la cárcel? No vale la pena. Antonio y yo ya nos olvidamos de él. Las cosas feas se olvidan muy pronto, por suerte. ¿Cuento de la lucha que tuvimos con los Lazi, que insistían e insistían para que nos quedáramos para siempre en su casa, que nos querían tener como hijos, educarnos y hacernos aprender una profesión? Ellos fueron muy muy buenos con nosotros y en mi vida me olvidaré de eso. Pero ¿quedarme en su casa y dejar que la tribu siga su camino sin mí, sin Zazá? ¡Nunca lo podría hacer!

Somos gitanos. Y los gitanos tienen que caminar. Tienen que vagar, tienen que recorrer el mundo y ver todas las cosas lindas que hay en él.

¡No! Las casas, con sus alfombras y sus blandas camas, no están hechas para nosotros. Dormir bajo el cielo ¡eso es lo que a mí me gusta! Y mirar las estrellas antes de cerrar los ojos y soñar con los pueblos que veré mañana, con los campos, con los bosques y caminos...



ESTE ES EL PRÓXIMO LIBRO
QUE PODRÁN LEER EN ESTA
FORMIDABLE COLECCIÓN



$ 2.- m/arg.

EDITORIAL ABRIL - DISTRIBUIDORES: C. I. D. I. L. A. - Piedras 113 - Buenos Aires

LIO ALMADA

N.° 26

7/55

El diario de mi amiga
ESMERALDA



ESMERALDA ES UNA CHICA...

"¡TRAVIESA! ¡TERRIBLE! LA MISMA PIEL DEL DIABLO", DICEN ALGUNOS.



..."¡VALIENTE! ¡BUENA! ¡LLENA DE SIMPATÍA Y MUY LINDA!", DICEN OTROS.



USTEDES LA VERÁN Y DIRÁN QUÉ LES PARECE. PERO TIENEN QUE IMAGINÁRSELA EN EL BUENOS AIRES DEL TIEMPO DE LOS VIRREYES...

...CUANDO LA GENTE VIAJABA EN SILLA DE MANOS...



...Y LOS NEGROS Y LAS NEGRAS VENDÍAN MAZAMORRA Y EMPANADAS EN LAS ESQUINAS.



CUANDO LOS VIAJEROS QUE VENÍAN DE EUROPA LLEGABAN A LA ORILLA EN CARRETAS...



LAS CASAS SE ILUMINABAN CON VELAS DE SEBO.



ESE ES EL TIEMPO EN QUE ESMERALDA SE PUSO A ESCRIBIR SU DIARIO, COLÁNDOSE EN EL ESCRITORIO DE SU PADRE Y USANDO LA GRAN PLUMA DE GANSO, QUE ERA LA PLUMA QUE SE USABA ENTONCES...



Viernes 13

Yo escribo mi diario. Escribir me cansa la mano y me ensucia los dedos. Pero ¿qué voy a hacer? Mis tías no me dejan hacer nada. Cada vez que me ven exclaman:

—¡Esmeralda! ¡No hables tanto que te vas a poner ronca!

—¡Esmeralda! ¡No te muevas tanto que te desarreglas el vestido!

—¡Esmeralda! ¡No corras tanto que te vas a agarrar un enfriamiento!

Así me dicen, una por una, mis tres tías. Y luego, todas a coro:

—**¡Esmeralda!** ¡Santo Dios! ¡Qué criatura!

Por eso he decidido escribir mi diario. Porque de algún modo tengo que contar las cosas que me suceden...

A la tarde

¿Sería hoy mi día de mala suerte? Apenas me metí en el escritorio de papá y empecé a escribir aparecieron otra vez mis tías.

—¿Qué estás haciendo, Esmeralda?

—Escribiendo mi diario...

—¡Arruinaste la pluma!

—¡Gastas el papel!

—¡Volcarás el tintero!

Y otra vez las tres juntas:

—¡Esmeralda! ¡Santo Dios! ¡Qué criatura!

Y, callándose por fin, me agarraron entre las tres y me llevaron a lavarme las manos con jabón y ceniza para sacarme las manchas de tinta. ¡Qué humillación! Pero esto no quedará así.

Sábado 14

¡No quedó! ¡La gané! Pero vamos despacito; así puedo contar todo lo que sucedió.

Eran las seis de la tarde cuando llegó doña Hermelinda. Venía en su silla de manos con un lacayo negro delante, guiando a los palanquines. (¡Cómo deben sudar los pobres llevando a una pasajera tan pesada!)

Mis tías convidaron a doña Hermelinda con chocolate y buñuelos. Ella dijo que apenas probaría un bocadito porque estaba completamente "inapetente". Mientras estaba atropellando la fuente, las tías le contaron lo que yo había estado haciendo. Para sorpresa de todas, doña Hermelinda quedó encantada.

—¡Un diario! ¡Qué precioso! ¡Magnífico! Yo empecé uno, pero no tuve tiempo para seguirlo. ¡Es tan útil!

—¿Util? ¿Para qué sirve un diario? —preguntó tía Engracia.

—¿Para qué sirve? Y... para no olvidarse de las cosas.

—¿Y de qué cosas no hay que olvidarse?

—¡Bueno! De las cosas que uno quiere recordar. Además, ¡mejora tanto la letra..!

Aquello sí que les gustó a las tías. Cuando doña Hermelinda terminó la fuente de buñuelos y cuatro tazas de chocolate la acompañaron a la puerta para despedirla. Ya estaba bastante oscuro y el lacayo negro que iba delante llevaba un hachón encendido para iluminar el camino.

(Yo me pregunto por qué no pondrán un farol en cada esquina para iluminar las calles. Dicen que el virrey quiso hacerlo, pero que salía muy caro. Por eso cada uno debe llevarse su luz cuando sale en noche oscura.)

Apenas se fué doña Hermelinda las tías se pusieron a cuchichear. Cuando terminaron con la consulta me dieron la noticia.

—Esmeralda, tú podrás escribir un diario. ¡Pero tendrás mucho cuidado!



—dijeron las tres. Y luego, cada una agregó:

—No volcarás el tintero...

—No romperás la pluma...

—No mancharás tus manos...

Ya sé. Lo que ellas quieren es que mejore mi letra. Pero de ese modo podré seguir escribiendo mi diario. ¡Viva!

Más tarde

¿Para qué escribí "¡viva!"? Apenas he comenzado y ya no sé qué poner. Lo único interesante es que esta noche habrá una gran fiesta en casa. Encenderán las luces de la sala grande, vendrá mucha gente, servirán bebidas refrescadas en el pozo, habrá postres y empanadas y tocará una orquesta de cuatro músicos. Pero yo estoy muy triste. Mis tías no me dejarán estar en la fiesta. Me encerrarán en mi cuarto, sin cenar. Y yo me quedaré muy sola escuchando cómo los demás se divierten.













¡Pobre tía! ¡Qué susto se debe haber pegado! La verdad es que siempre me han llevado a todas las fiestas. Pero yo tenía que poner algo en mi diario y quedaba tan bien pensar que me harían quedar encerrada y sin comida... En fin, pensándolo más, creo que quedará mejor que vaya a divertirme mirando bailar, escuchando la música, tomando refrescos y comiendo empanadas. Porque eso sí que es cierto.

Un rato más tarde

Me escapo un momento, antes de bajar a la sala grande, para escribir una noticia más grande que la sala. ¡Vendrá mi prima Elvira! ¡Es tan buena, tan alegre, tan hermosa! Cuando yo crezca seré como ella. (Y tendré también muchos admiradores.)

Domingo 15

ANOCHE estábamos en el salón con las tías cuando se anunció la llegada del virrey. ¡Qué emoción! Todo el mundo se puso en hileras para hacer las reverencias y yo quedé la primera de la fila. Apenas entró un señor alto, de gran uniforme y llevando una vara labrada, hice las tres inclinaciones que me enseñaron, pero lo único que conseguí fué un coscorrón de la tía Engracia y una disimulada sonrisa de los demás. ¡Qué mala pata! El que había entrado era el mayordomo del virrey. Detrás venía el virrey verdadero. Era un señor viejecito y chiquito que apenas si se veía entre los señorones de su séquito.

En eso vi a la prima Elvira, que es-

taba maravillosamente bella. Ella me quiere mucho y yo me puse muy orgullosa cuando, desprendiéndose de una nube de cortejantes, me pidió que la acompañara al jardín a tomar un poco de fresco. Cuando estuvimos afuera, junto a la gran magnolia, Elvira me dijo:

—Quería salir un momento porque don Cleto está siempre a mi alrededor como un moscardón. Estamos mejor aquí, las dos solas, ¿verdad?

¡Ya lo creo que sí! Don Cleto es un gordo antipático y nadie lo quiere, aunque muchos le tienen miedo... ¡vaya a saber por qué! En él estaba pensando cuando de pronto, me quedé fría mirando la pared.

—¿¡Qué pasa, Esmeralda!? —me preguntó Elvira alarmada.

Sin hablar, muda del susto, señalé el muro. Sobre él acababa de aparecer una mano, luego la siguió otra, luego...






















EL MUCHACHO TENÍA UN AIRE NOBLE. YO LO MIRÉ A LOS OJOS Y ENTONCES DECIDÍ ESCABULLIRME.


SIN PERDER TIEMPO, ME DIRIGÍ HACIA DONDE ESTABA EL VIRREY


¡VETE RÁPIDO DE AQUÍ, ESMERALDA! ¡TERMINARÁS POR FASTIDIAR AL SEÑOR VIRREY!
¡PERO, TÍA...! UNA SOLA PALABRA...


¡DON VIRREY, DON VIRREY, ESCÚCHEME...!
¡"DON VIRREY" LE HA DICHO! ¡OH, SANTO DIOS! ¡ESTA CRIATURA!


DIME LO QUE QUIERAS, HIJA...
B SSS...
B SSS...
B SSS...


¡ESMERALDA! ¡SERÁS NUESTRA RUINA! ¡HAS OFENDIDO AL SEÑOR VIRREY! ¡SE VA Y NO PISARÁ MÁS ESTA CASA!


¿¡QUÉ HARÁ AHORA!?
¡MANDARÁ CASTIGARTE!
¡¿QUÉ DIRÁ TU PADRE!?


EN VERDAD, YO ME ASUSTÉ MUCHO. EL VIRREY PARECÍA UN VIEJECITO BUENO, PERO, DESPUÉS DE TODO, ERA EL VIRREY... EN ESO, LO VI VOLVER.


TENDRÁ QUE PERDONARME EL SEÑOR VIRREY. YO NO SABÍA...
¡NO TIENE IMPORTANCIA! FUÉ UN ERROR DE SU PARTE, ¡PERO TODO ESTÁ SOLUCIONADO!


¡SEÑORAS Y SEÑORES! NOTICIAS URGENTES ME OBLIGAN A RETIRARME. DEBO ENCONTRARME CON EL CAPITÁN MENDOZA EN MI DESPACHO DE LA FORTALEZA.


MAS ANTES QUIERO DECIR QUE AQUÍ HAY UNA PERSONITA...


YO SENTÍ QUE LA TIERRA SE ME ABRÍA BAJO LOS PIES.
AHORA ME MANDA A MÍ A LA FORTALEZA.


...UNA PERSONITA QUE VALE MUCHO Y A LA CUAL QUIERO BRINDAR UNA DISTINCIÓN ESPECIAL.


¡SEÑORES MÚSICOS! ¡UN MINUÉ, POR FAVOR! BAILARÉ CON LA SEÑORITA ESMERALDA.


¡BAILAMOS UN HERMOSO MINUÉ! ¡YO ME SENTÍA COMO EN UN SUEÑO Y...


...CUANDO HICIMOS LA REVERENCIA FINAL NOS APLAUDIERON MUCHO.

¡Qué lindo fué todo eso! Cuando se marchó el virrey las tías y los invitados me trataron con mucho respeto. Tenía que ser así porque está claro que soy toda una señorita. Nadie me retó más esa noche, y pude andar de aquí para allá, como mejor me pareciera.

Lunes 16

HAY rumores de que algo peligroso le puede pasar a la ciudad. ¿Qué será?

A la tarde

¡Novedades! Parece que las tías se han atemorizado tanto de los misteriosos rumores que han decidido salir de la ciudad. ¿Por qué..? ¿Adónde iremos? Le preguntaré a Tomasa.

Al atardecer

Ya lo sé todo. La negra Tomasa me lo dijo. La encontré llorando cuando fuí a verla a la cocina para preguntarle qué sabía.

—¿Por qué lloras, Tomasa? —le pregunté.

—¡Ay, amita! —me contestó secándose los lagrimones con la punta del delantal—. ¡Pasa algo terrible! Sus tías han resuelto irse... ¡a San Isidro!

¡A San Isidro! ¡Qué aventura! ¡Galopar todo el día pasando el bosque, los pantanos, el camino real y las barrancas! ¡Es un viaje verdadero, un viaje larguísimo! ¡Cuánto me van a envidiar mis amigas cuando les cuente!

La verdad es que yo no veía nada de terrible en eso.

—¿Acaso no fuimos también otros años a veranear a San Isidro? —le pregunté a Tomasa.

—Es cierto —me contestó—. Pero ahora vamos porque ha corrido el rumor de que hay **barcos piratas** frente a la ciudad y temen que esos bandidos nos asalten y roben todo lo que tenemos.

—¡Qué lindo! —se me escapó—. ¿Y quién cuenta esas cosas?

—¿Te acuerdas del hombre que entró en esta casa el día en que le hicieron la fiesta al virrey? ¡Muy bien! Ese hombre era el capitán Mendoza. Se ha hecho amigo de tu prima Elvira y... ¿sabes que me parece que están noviando? —agregó bajando la voz.



—¿Qué pasa con el capitán Mendoza? —la interrumpí impacientemente.

—El ha contado eso a tu prima. Y las tías lo saben por don Cleto.

Yo ya no entendía nada.

—¡Oye, Tomasa! Si los piratas van a atacar la ciudad será mejor que estemos en San Isidro y no aquí.

—¡Ese es el engaño! ¡Ese es el gran engaño! —suspiró Tomasa—. Los piratas no van a atacar la ciudad.

—¿Cómo lo sabes?

—Roque me lo dijo. Y Roque sabe más que el virrey.

Roque es el hijo de Tomasa. Será mejor que le pregunte a él qué pasa. Por lo menos me contará las cosas sin llorar.



Marte 17

HOY, a la hora de la siesta, me escapé de la pieza y lo pesqué a Roque. Al principio se hizo el misterioso, pero cuando le dije que yo sabía que se iba todas las tardes al río a pescar y que se lo diría a las tías decidió darme el gusto. (Yo no pensaba acusarlo, de todas maneras, pero a Roque no hay más remedio que tratarlo así porque es muy ladino.)

El jura que tiene un amigo **muy** importante y **muy** misterioso que le cuenta cosas **muy** interesantes.

—¡Déjate de tantos "muy"! —le dije a Roque—. ¡Llévame a ver a ese amigo porque a ti no te creo ni una sola palabra! ¡Llévame o..!

Así fué cómo salimos los dos en busca del amigo "**muy** importante y **muy** misterioso que contaría cosas **muy** interesantes".

Nos escapamos por la ventana que da al jardín y saltamos la pared del fondo de la casa. Bajando por la barranca llegamos hasta el río y, bordeando la orilla donde las negras lavaban la ropa blanca entre las toscas,



fuimos hasta donde estaban guardadas unas carretas y unas tropillas de caballos.

Roque fué a buscar a su amigo y me lo trajo. Era un muchacho vestido con las prendas de los gauchos que llevan las tropas de carretas o animales. Tenía la cara muy quemada y parecía muy serio. Dijo nada más que "¡buenas tardes!" y se quedó callado mientras Roque charlaba hasta por los codos diciendo cada vez más tonterías.

Cuando conseguí que Roque callara le pedí al muchacho, que se llamaba Juan María:

—Dime todo lo que le has dicho a Roque sobre esas cosas misteriosas que están por ocurrir.

—¿Por qué te lo tengo que decir? —me contestó Juan María.

Yo me di cuenta de que él era un chico diferente de Roque, a quien se lo puede asustar con cualquier amenaza. Entonces, poniéndome muy seria yo también, le respondí:

—Porque mis tías quieren viajar a San Isidro y tú no querrás que corramos peligro por ignorar las cosas que pueden pasar.

Juan María me miró con ojos aprobadores.

—Eres la primera chica a quien oigo decir algo razonable. Por eso te voy a contar lo que sé.

Y, sentándose en un recado que estaba por allí, Juan María empezó:

—Veníamos con mi padre costeando la ribera, con una tropa de carretas de don Celedonio, cuando descubrimos un barco extraño navegando por el medio del río. Y a la noche, mientras nos disponíamos a acampar para descansar, nos sorprendió la aparición de muchos hombres que habían venido desde ese barco. Nos asaltaron y . . .

Juan María iba a seguir contando cuando —¡qué desgracia!— aparecieron las tías, furiosas de verdad.

—¡Esmeralda! ¿Cómo te atreves a escaparte de casa?

—¡Esmeralda! ¿Qué estás haciendo por estos andurriales?

—¡Esmeralda! ¡Qué susto nos has dado!

Y luego, como siempre, las tres a coro:

—¡Esmeralda! ¡Santo Dios! ¡Qué criatura!

Me sacaron de allí a los tirones. Pero Juan María alcanzó todavía a decirme:

—¡No vayas a San Isidro! ¡Ellos robarán a todos los que agarren por allí!

Juan María quedó atrás. Ibamos saliendo del rincón de los sauces cuando escuché un bonito tintinear de campanilla. En medio de una tropilla había una yegua con una campanita colgada del cuello que sonaba muy lindo cuando el animal se movía. Miré a Roque, que venía a mi lado, preguntándole qué significaba aquello. Roque me respondió:

—Es la madrina. Los caballos están amaestrados para seguirla siempre por el ruido de la campana. Así los gauchos mantienen reunida a su tropilla y no tienen más que cuidar de la madrina.

—¿De dónde sabes eso?

Roque iba a inventar una mentira, pero cuando me vió la cara se apuró a responder:

—Juan María me lo dijo. Juan María es un verdadero gaucho.

Me gustó mucho que Roque dijera eso porque Juan María me pareció un buen muchacho. Pero tía Engracia, que oyó a Roque, lo tomó de una oreja y le gritó:

—¡Vuelve a pronunciar esa palabra y te ligarás un buen tirón de orejas!

No dije nada para que no me agarrara a mí también de las orejas. Sin embargo, cuando me fuí a dormir, dije muchas veces con voz muy bajita:

—Juan María es un gaucho, un verdadero gaucho . . .

Miércoles 18

No hay nada que hacer. Saldremos para San Isidro sin remedio. Cuando esta mañana vi que preparaban los baúles llamé a las tías y les conté todo lo que me había dicho Juan María. Después de oírme me contestaron las tres como una sola:

—Hoy mismo salimos para San Isidro con la prima Elvira. Y si vuelves a abrir la boca para decir tonterías te





pasarás una semana encerrada en la casa de la quinta, como penitencia.

No hay nada que hacer. ¡Me callaré y no hablaré más!

A la noche

¡Qué viaje emocionante! Salimos por la calle de las Tunas (*), y luego, doblando por la calle Larga de la Recoleta, seguimos por Chabango. Atravesamos el bosque, tomamos por Las Cañitas, subimos las Barrancas para evitar los pantanos y, luego de pasar por La Calera, entramos en el Camino Real, que es la última etapa del recorrido.

De pronto tuve la alegría de ver al gaucho Juan María, que pasó junto a nosotros montando un hermoso caballo. Apareándose a nuestro coche Juan María, con todo disimulo, me puso en la mano un papelito. (¡Menos mal que las tías no lo reconocieron y no se dieron cuenta de nada!)

Almorzamos cerca de La Calera y luego seguimos viaje porque el tiempo parecía amenazador y las tías querían llegar antes que estallase la tormenta. Estaba visto que no lo conseguiríamos. Una hora después de partir, el mayoral que conducía nuestro coche se inclinó desde su alto asiento para gritarnos por la ventanilla:

—¡Señoras! Me parece que nos están siguiendo. ¿Qué hacemos?

—¡Corra, Don Fermín! ¡Corra todo lo que pueda! —gritaron las tías muy asustadas.

Inútilmente quiso correr Fermín. Antes que bajara dos veces el látigo estábamos rodeados de una docena de hombres a caballo que detuvieron el coche y ordenaron bajar a todo el mundo.

(*) La calle de las Tunas es la que hoy se llama Callao. La calle Larga de la Recoleta la conocemos por Avenida Quintana. Chabango se denomina Las Heras y Las Cañitas lleva ahora el nombre de Avenida Luis María Campos, que es la que conducía a las Barrancas que luego se llamaron de Belgrano.

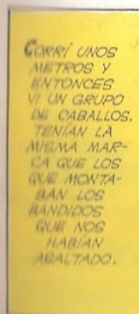
















ENTONCES SE ME OCURRIÓ UNA IDEA. TOMÉ UNA PIEDRA Y...

SI LOS CABALLOS SE ESCAPARAN, ESOS BANDIDOS...



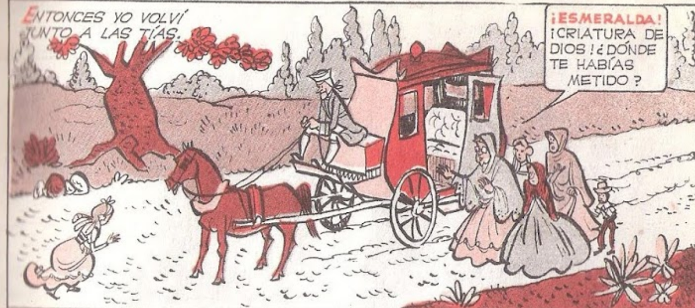


LOS BANDIDOS OYERON EL GALOPE Y...













NO SÉ QUÉ QUERÍAN DECIRME. SI ME RETABAN O ME FELICITABAN.





Seguimos viaje a toda velocidad. Ahora íbamos más seguras porque el cochero se comprometió a no dejarse alcanzar por los bandidos, que habían perdido mucho tiempo hasta que lograron recuperar sus caballos.

Pasamos mucho miedo en esta aventura, pero yo estoy contenta porque las tías, a pesar de sus gruñidos, están empezando a mirarme como a una persona mayor.

¡Lástima que el tiempo se puso feo del todo y tuvimos que correr bajo la lluvia! Fué una tempestad de los mil diablos y cayó tanta agua que no se podía ver más allá de las narices.

A la noche llegamos a la quinta de San Isidro. Cuando alcanzamos la tranquera, Roque iba a bajarse para abrirla. Pero había alguien esperando allí que nos dió paso sin que pudiéramos verlo porque llovía con tanta fuerza que parecía que tiraban baldes de agua. Corrimos por el caminito de arena de la quinta y llegamos junto a la entrada principal. Allí se detuvo el coche. Saltamos todos y nos metimos a la carrera dentro de la casa. En el vestíbulo nos detuvimos para sacudirnos un poco el agua de encima. Y entonces...







ESTÁN DENTRO DE LA MÁQUINA DEL RELOJ DE LA SALA.



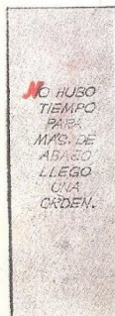
¡TENEMOS QUE HACER ALGO PARA CAPTURAR A ESTOS PIRATAS!
¡ESMERALDA! ¡TE PROHIBO HABLAR! DEMOS LAS GRACIAS SI SE VAN CON LAS JOYAS Y NOS DEJAN TRANQUILAS A NOSOTRAS...



YO NO ESTABA CONFORME CON ESO. ¡ALGO HABÍA QUE HACER!
LE HABLARÉ A ROQUE. LAS TÍAS TIENEN DEMASIADO MIEDO.



PERO, AMITA... YO NO ME ATREVO...
¡ME OBEDECERÁS O HARÉ QUE TE VENDAN A LOS PIRATAS!



NO HUBO TIEMPO PARA MÁS. DE ABAJO LLEGÓ UNA ORDEN.



¡A VER! ¡BAJEN TODOS EN SEGUIDA!



TUVIMOS QUE BAJAR AL VESTÍBULO.
NOS VAMOS A LLEVAR ESTOS RECUERDOS A NUESTRO BARCO. PERO ANTES QUEREMOS SABER UNA COSA...



¡LAS JOYAS! ¿CÓMO NO HEMOS ENCONTRADO NINGUNA JOYA?
¡ES QUE AQUÍ NO TENEMOS NINGUNA! ESTÁN EN LA CIUDAD...



¿SERÁ POSIBLE QUE SEA CIERTO?
¡NO, SEÑOR! YO PUEDO DECIR ALGO...



¡VAMOS! ¡HABLA DE UNA VEZ!
¡HABLARÉ SI ME ACEPTAN COMO COMPAÑERO EN LA BANDA!



¿QUÉ LES PARECE EL NUEVO SOCIO? ¿LO TOMAMOS?
¡CLARO! SI NOS DICE DÓNDE ESTÁN LAS JOYAS... ¡BIENVENIDO!



¡CHÓQUELA, COMPAÑERO! ¿QUÉ HAY DE ESAS JOYAS?
¡ESTÁN ALLÍ! ¡DENTRO DEL RELOJ!



¿Para qué les voy a contar la indignación de mis tías? Guiados por Roque, los bandidos se apoderaron de las joyas, que eran toda la fortuna de la familia. Muy contentos, los piratas se pusieron a comer y a beber para festejar su éxito. En eso estaban cuando uno se acordó:

—¡Hay que ir a la costa a avisar a los compañeros que manden dos botes para llevar la carga!

Ninguno de ellos quería separarse de las rodajas de jamón y de las copas de vino. Ya iban a empezar a discutir el asunto cuando el negrito Roque se ofreció a realizar la tarea.

—¡Iré yo, compañeros! Siempre que me prometan guardarme un poco de vino y unas lonchas de jamón...

Estaban un poco ebrios y aceptaron de muy buena gana. Y Roque marchó a cumplir el encargo, sacándoles la lengua a las tías cuando pasó junto a ellas.

Medianoche

La fiesta de los piratas prosigue sin interrupción. Y Roque no vuelve. Ahora sí que nos estamos poniendo nerviosas de veras. Porque ocurre que...













Elvira se puso a llorar, muy asustada, y las tías... ¡para qué contarles! La única que no lloraba era yo. Porque tenía un plan y esperaba que se cumpliera.

Así estábamos todas cuando de pronto entró en la habitación... ¡don Cleto!

"¿Don Cleto?", pensé. "¿Qué andará haciendo por aquí este hombre tan antipático?"

Las tías lo rodeaban por ver si les daba alguna esperanza para salir de aquella terrible situación. Don Cleto explicó que andaba por San Isidro por "cuestiones de negocios" y que al acercarse a nuestra quinta había caído en manos de los piratas.

—¡Usted también es un prisionero! ¡Entonces estamos perdidas sin remedio! —exclamaron las tías.

—No hay que perder las esperanzas —dijo don Cleto—. Yo haría cualquier cosa por salvarlas y por salvar a Elvira, a la que tanto aprecio. Podría pagar un rescate por ella, pero Elvira me muestra tan poca estima que temo ofenderla.

—¡Oh, no es así! —se apresuraron a decir las tías—. Elvira le tiene mucha consideración.

—Tal vez sí —suspiró don Cleto poniéndose muy feo—. Por mí no habría inconveniente. Con tal que me acepte como novio yo la salvaría aunque me costara la fortuna y... aun la vida.

—¡Lo aceptará! ¡Lo aceptará! —exclamaron las tías deseosas de no perder la única esperanza de salvación que era aquel hombre.

Yo no me atrevía a decir una palabra, y me quedé calladita acariciando a Elvira, que lloraba en un rincón.

Don Cleto, muy seguro ahora porque contaba con la palabra de las tías, preguntó entonces con aire misterioso:

—¿Tienen ustedes algún plan para fugarse? ¿Han conseguido avisar a alguien de la situación en que se hallan?

Naturalmente, las tías contestaron que no. Don Cleto, deseoso de saberlo todo, se acercó a mí y me preguntó:

—¿Tú tampoco, chiquita? ¡Eres tan bandida que hasta es posible que hayas conseguido engañar a los piratas!

Por poco le cuento todo lo que había tramado. No sé por qué me callé, limitándome a decir que no con la cabeza.

Muy satisfecho, don Cleto se puso a gritar. Aparecieron los piratas a ver qué le pasaba y a su pedido lo acompañaron a hablar con el jefe. Antes de salir volvió la cabeza hacia nosotros y exclamó:

—¡No se aflijan más! ¡Don Cleto será vuestro ángel guardián! ¡Don Cleto les conseguirá la libertad!

A la una de la madrugada

¡Estoy temblando! ¡He descubierto algo terrible! Estaba junto al hueco de la chimenea tratando de pensar algo cuando del piso de abajo oí llegar unas voces. Era el mismo don Cleto que estaba discutiendo con los piratas.

—¡No tienen por qué preocuparse! Ellas no han podido avisar a nadie. Yo se los he preguntado, y a mí me tienen confianza.

—¿Qué hacemos entonces, don Cleto?

—Se las llevan al barco. Yo iré después para hacer el reparto del botín.

—Y si se resisten... ¿qué hacemos?

—¡No se resistirán! Yo las convenceré para que vayan tranquilamente. Tengo bastante habilidad para eso. Y ahora, ¡vayan a buscarlas! Tomen este papel para que se enteren de que deben ir con ustedes.

—¡Esta bien, don Cleto! ¡Usted es el jefe!

Más tarde

¿Qué haré? Los bandidos suben por la escalera. ¡Vienen a buscarnos! ¡Y las tías se irán con ellos! Si lo hacen... ¡estamos perdidas! ¿Cómo resistir? Tengo que pensar rápido. ¡Ya están aquí!

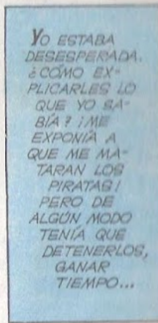





DON CLETO DEJÓ ESTE PAPEL ESCRITO PARA USTEDES.
VEAMOS QUÉ DICE...


DICE QUE VAYAMOS CONFIADAS. ÉL ARREGLARÁ TODO PARA QUE NOS DEVUELVAN LA LIBERTAD SIN PERJUICIOS.
NO HAY DUDA. ES LA LETRA DE DON CLETO.


¿DE ACUERDO? ¡VAMOS, ENTONCES!
¡SÍ, VAMOS! ¡DON CLETO SABRÁ SOLUCIONAR ESTO!


YO ESTABA DESESPERADA. ¿CÓMO EXPLICARLES LO QUE YO SABÍA? ¡ME EXPONÍA A QUE ME MATARAN LOS PIRATAS! PERO DE ALGÚN MODO TENÍA QUE DETENERLOS, GANAR TIEMPO...

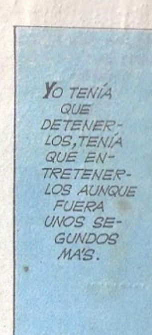

¡ALTO! ¡NO SE MUEVAN DE SUS SITIOS!


¿QUÉ DIABLOS LE PASA A ESA MOCOSITA?


¡NO PUEDEN IRSE! ¡LES DIGO QUE NO PUEDEN IRSE!
¡DÉJATE DE BROMAS! ¡VÁMONOS DE AQUÍ DE UNA BUENA VEZ!


¡TÚ TE CALLAS! ¡VAMOS A VER QUÉ QUIERE LA MOCITA!


¡HABLA! Y SI NO DICES ALGO SERIO, QUE VALGA LA PENA, ¡NOS PAGARÁS EL TIEMPO QUE NOS HACES PERDER!

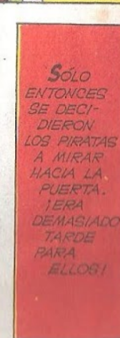

YO TENÍA QUE DETENERLOS, TENÍA QUE ENTRETENERLOS AUNQUE FUERA UNOS SEGUNDOS MÁS.


LO QUE YO SÉ LES PUEDE COSTAR LA VIDA A TODOS, PERO SI ME AMENAZAN NO HABLARÉ. GUARDE SU PISTOLÓN Y SE LO DIRÉ.


¡ESTÁ BIEN! GUARDO MI PISTOLA. PERO ¡HABLA AHORA! ¡HABLA!
¡MIREN LA PUERTA! ¡MÍRENLA BIEN..!


PREFIERO MIRARTE A TI. ¿QUÉ CLASE DE TRIQUIÑUELA ESTÁS TRAMANDO?


¡NINGUNA TRIQUIÑUELA! ¡ENTRÉGUENSE TODOS O MANDO QUE LOS PRENDAN MIS SOLDADOS!


SÓLO ENTONCES SE DECIDIERON LOS PIRATAS A MIRAR HACIA LA PUERTA. ¡ERA DEMASIADO TARDE PARA ELLOS!

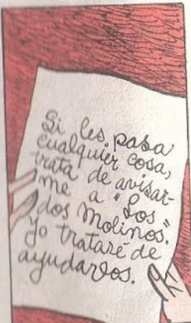

ALLÍ ESTABA EL CAPITÁN MENDOZA CON ROQUE, CON JUAN MARÍA Y MUCHOS SOLDADOS.

¡Ésta sí que fué una fiesta de veras! Los piratas, al verse amenazados por el valiente capitán Mendoza, se entregaron sin resistirse. El mismo Mendoza desató las ataduras de Elvira. Las tías miraban a Roque, el negrito, sin saber qué decirle, después de haber pensado que era un miserable traidor. Pero la más festejada fuí yo.













¿Y don Cleto? ¡Lo encontraron escondido en la leñera! No se atrevió a negar que era cómplice de los piratas. Ellos mismos, al verse perdidos, lo denunciaron. Los soldados lo llevaron a Buenos Aires. No iría muy cómodo porque lo montaron en un burro mirándole la cola para que todos supieran que era tan bandido como los bandidos que eran sus amigos. Elvira no quiso verlo, pero está muy contenta porque ya no la molestará más con sus requiebros.

Ahora sí que tenemos fiesta de verdad. Las tías han querido celebrar el éxito de esta aventura. Y, para alegría de todos, los invitados principales fueron el capitán Mendoza, el gauchito Juan María y el negrito Roque. (Yo recibí también muchos homenajes.)

Después de todo, es una suerte que hayan pasado las cosas que pasaron. Me doy cuenta de que todo ha cambiado mucho. Imagínense que las tías iban por el jardín cuando vieron...







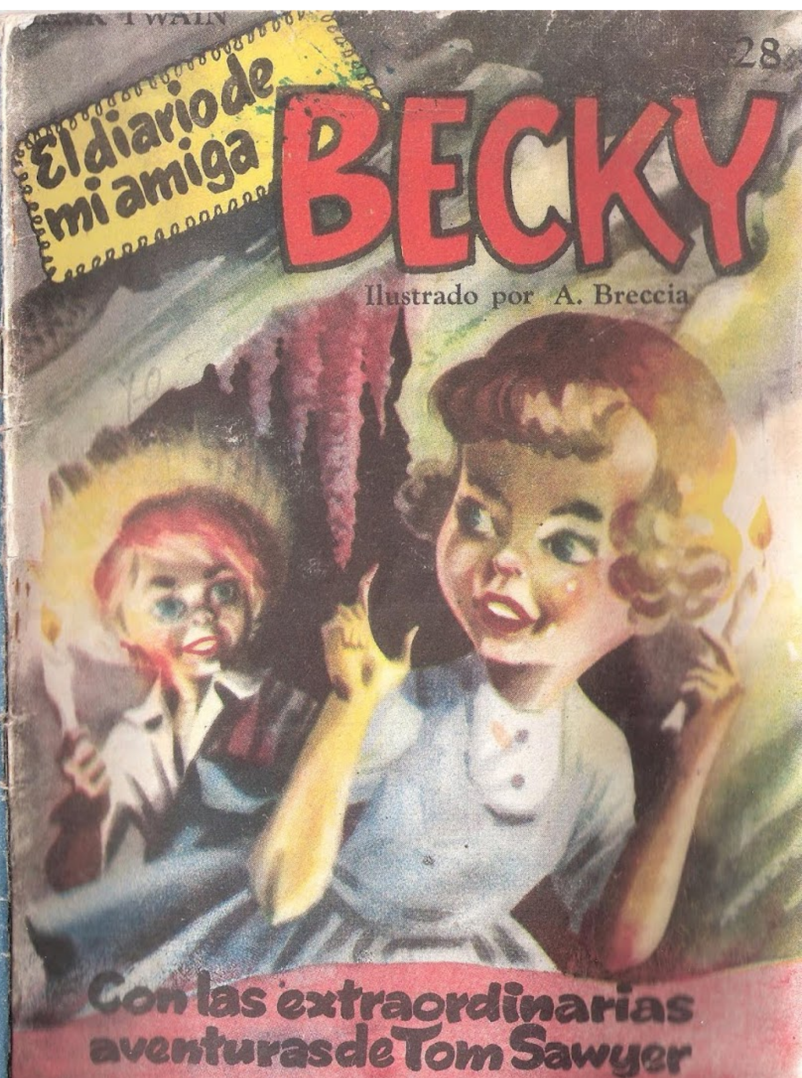


ESTE ES EL PRÓXIMO LIBRO
QUE PODRÁN LEER EN ESTA
FORMIDABLE COLECCIÓN

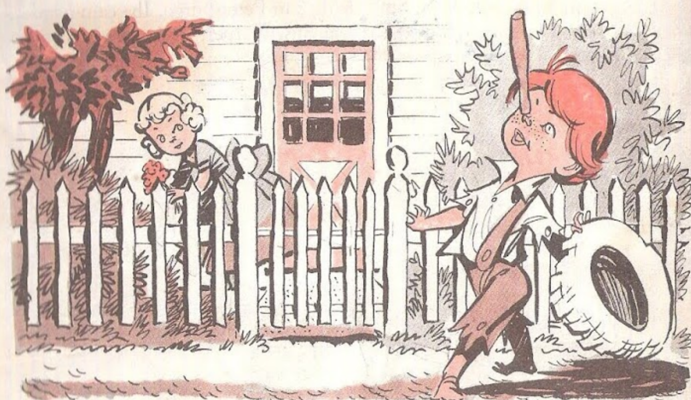
EDITORIAL ABRIL - DISTRIBUIDORES: C. I. D. L. A. - Piedras 113 - Buenos Aires

 Se terminó de imprimir en septiembre de 1955, en los Talleres Gráficos de la Compañía General Fabril Financiera S. A., Iriarte 2035, Buenos Aires.

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA



+ 6346



Sábado 2

¡Menos mal que tengo mi diario! Ocurrieron tantas cosas últimamente, tantas, que las olvidaría si no las pudiera anotar. Imagínense, después de un viaje de dos días enteros me encuentro de repente viviendo en otra casa, en otro pueblo, entre nuevos vecinos... ¡Parece un sueño! Y sin embargo estoy bien despierta. Yo, Becky Thatcher, vivo ahora aquí, en San Petersburgo, porque mi papá, el juez Thatcher, ha sido trasladado a este pueblo. ¡Qué contenta estoy! Me gusta este pueblo. Me gusta porque por primera vez veo negritos que van canturreando por todas partes y chicos que corren descalzos por la calle. Y por primera vez oigo por la ventana abierta las pitadas de los barcos de fiesta que navegan por el Mississippi...

No puedo seguir; mamá me llama para que le ayude a vaciar las últimas valijas.

Domingo 3

Esta mañana ocurrió algo muy divertido. Yo estaba en el jardín cortando unas flores. De repente pasó un chico con un gran sombrero de paja y sin zapatos corriendo por la calle. Miró nuestra casa y cuando me vió se quedó clavado en el suelo, como si en vez de una chica hubiera visto un rinoceronte en medio del jardín. En seguida se hizo el desentendido y, muy serio, empezó a balancear un palo sobre su nariz para llamar mi atención. ¡Qué bien lo hacía! Pero me dió tanta risa que tuve que entrar corriendo para que no creyera que me burlaba de él. Subí al primer piso y me puse a espiarlo por la ventana: había saltado al jardín y, todavía con el palo en equilibrio, trataba de recoger con los dedos del pie una margarita que se me había caído. Ya estaba por agarrarla cuando se oyó una voz:

—¿Qué haces ahí? ¡Ya te voy a dar, pisarme los canteros!

Era Jim, nuestro jardinero, que venía empuñando la manguera para empaparlo. ¡Por suerte él cruzó el cerco de un salto y escapó a tiempo!

¡Bueno! Él susto se lo merecía por presuntuoso; sin embargo, cuando se fué me quedé un poco triste. No sé por qué me escapé. por qué no me quedé en el jardín y le hablé. ¡Quién sabe si lo veré otra vez..! ¡Qué tonta fuí! Pero a veces hago cosas que ni yo misma entiendo...

Lunes 4

Hoy fuí por primera vez a la escuela de San Petersburgo. Iba caminando con Susi Narper, que está en el mismo grado que yo y vive cerca de casa, cuando apareció... ¡el chico de las piruetas! Susi le gritó "¡Hola, Tom!", y él ya estaba por dejar a sus compañeros para venir con nosotras cuando se desvió, como si de pronto hubiera recordado algo muy importante; cruzó la calle y fué a encontrarse con un chico *muy* raro, todo harapiento, vestido con un saco de hombre que le quedaba grande como un sobretodo.

Yo, sin darme cuenta, me detuve y me quedé mirándolos, pero Susi me empujó y me dijo:

—¡Vamos, no mires! Ese es Huckleberry Finn, un amigo de Tom; es un vagabundo.

Después me enteré de que Huck no tiene mamá, que su papá no se



ocupa de él y que se lo pasa vagando por el bosque y navegando por el río. Sin embargo, a mí me pareció simpático, mucho más simpático que Alfredo Templer, que usa zapatos de charol, camisa almidonada y es un engreído. Y pensé que si yo hubiera sido un muchacho, como Tom, también me hubiera ido con Huckleberry Finn.

Martes 5

Ayer no pude contar lo más importante porque el señor Dobbins nos había dado tantos deberes que el día pasó volando. (El señor Dobbins es el maestro. Parece muy serio y severo. Todos los chicos dicen que usa peluca.)

Bueno: iba a contar lo que pasó ayer.

Llegamos a la escuela y Tom, "mi" acróbata, no aparecía. Sonó la campana, entramos a clase y... ¡no aparecía! Sólo media hora más tarde se abrió la puerta del aula y Tom entró jadeando. El señor Dobbins le clavó los ojos.

—¡Tarde como de costumbre! —le dijo fríamente—. ¡Veamos qué excusa traes hoy..!

Tom dudaba, como eligiendo la mejor excusa, cuando de repente se fijó en mi banco, donde había un asiento vacío, el de Amy Lawrence, que estaba ausente. Entonces, muy decidido, exclamó:

—Se me hizo tarde porque... **¡Estuve con Huckleberry Finn!**

Estas palabras cayeron como una bomba. Se oyó un murmullo de asombro en toda la clase. ¡Los chicos tienen prohibido hablar con Huck Finn! ¡Y Tom tuvo el coraje de decir que había estado con él!



—Tomás Sawyer... —dijo el maestro en tono muy severo—. **¡Ve a sentarte con las niñas!** Y que esto te sirva de lección!

Para todos los chicos esto era una humillación terrible, pero a Tom Sawyer parecía no importarle que los otros se rieran y se burlaran de él por lo bajo. Al contrario, estaba contentísimo. Obedeció inmediatamente y con toda tranquilidad vino a sentarse **a mi lado.**

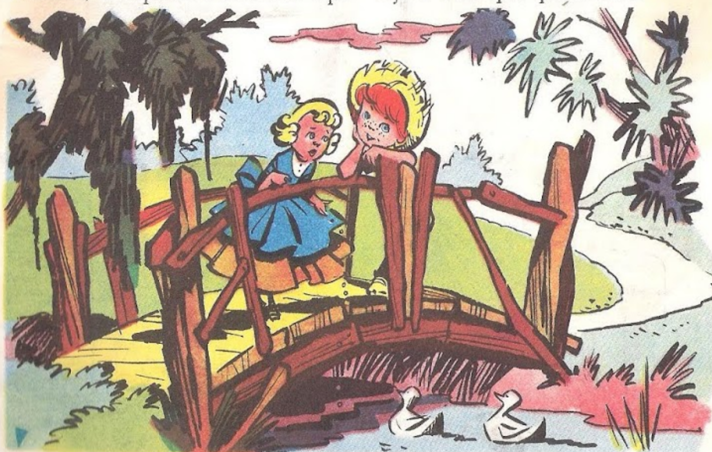
¡Cómo me gustó el primer día de clase! Tomás, quiero decir, Tom (él dice que sólo lo llaman Tomás cuando lo reprenden) dibujó para mí en su cuaderno. ¡¡Y qué bien lo hizo!! Además, sacó punta a todos mis lápices y yo le di la mitad de mi merienda. Y antes que terminara la clase me preguntó:

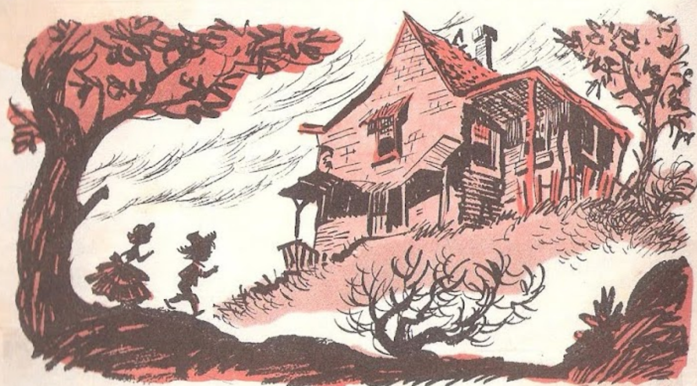
—Becky, ¿quieres ser mi mejor amiga?

Yo estaba tan contenta que casi no podía decirle que sí.

Miércoles 6

Es de noche. De repente todo ha vuelto a cambiar; ya no puedo estar tan contenta como ayer porque hoy me enteré de algo terrible. El chico más bueno y más simpático de San Petersburgo es también el más valiente del mundo. Pero (me da miedo decirlo) corre un peligro inmenso... Esta tarde, al salir de la escuela, fuí con Tom a dar un paseo. Yo había oído hablar de la casa encantada y le dije a Tom que quería verla.





Allá fuimos. De lejos, a la luz del atardecer, la casa parecía realmente encantada, con su jardín lleno de malezas, su destartalado portón de hierro, los caños de desagüe desprendidos y las enredaderas que entraban y salían por las ventanas sin postigos. Sin Tom hubiera tenido mucho miedo.

—¡Vamos a acercarnos, Tom! - dije haciéndome la valiente.

Pero Tom no quiso.

—¡No, Becky! ¡Nunca te acerques a esa casa! ¡Ni por casualidad! —dijo—. Hay. . . ¡hay fantasmas!

¿Fantasmas? ¿Tom Sawyer creía en los fantasmas? Me reí a carcajadas y le dije que sólo los tontos creen en esas cosas; que si él tenía miedo de cuatro paredes, yo iría sola. Y que no sólo me acercaría, sino que hasta entraría en la casa (aunque creo que nunca me hubiera animado). Tom se asustó muchísimo y me pidió que le prometiera no hacerlo. Entonces yo le dije que sí, que sí y que sí lo haría, y empecé a correr hacia la casa. ¡Pero Tom no me dejó! Me tomó de un brazo y me obligó a sentarme.

—Yo sé que en esa casa no hay fantasmas —me dijo—. Pero tú no debes ir, Becky. Y te voy a contar por qué. ¡Es un secreto que sólo sabemos Huck Finn y yo! ¡Prométeme que por nada del mundo se lo contarás a nadie!

Prometí guardar el secreto y entonces Tom empezó:

—Un día Huck y yo pensamos ir en busca de un tesoro. Era lo único que nos faltaba para poder comprar un barco y hacernos piratas, que es lo que siempre quisimos; y se nos ocurrió que el único lugar donde podría encontrarse un tesoro era la casa encantada. Decidimos cavar allí. .











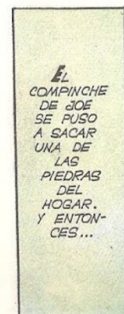



SUBIMOS AL PRIMER PISO. PERO ALLÍ TAMPOCO HABÍA NADA.


YA BAJÁBAMOS CUANDO...
¡CHISSST, TOM! ¿OYES? ¡PASOS! ¡Y VOCES!
¡CALLA! ¡TÍRATE AL SUELO!


¡LOS FANTASMAS, TOM..!
¡NO, MUCHO PEOR..! ¡EL INDIO JOE Y OTRO BANDIDO!


LINDO GOLPE, ¿EH? POR AHORA ESCONDEREMOS EL BOTÍN.
SÍ. NADIE LO VA A ENCONTRAR.


EL COMPINCHE DE JOE SE PUSO A SACAR UNA DE LAS PIEDRAS DEL HOGAR. Y ENTONCES...


PERO... ¡MIRA, JOE!
¡UN TESORO! ¡ESTAMOS DE SUERTE!


HUCK Y YO NOS QUERÍAMOS MORIR PENSANDO QUE HABÍAMOS ESTADO TAN CERCA DEL TESORO. EN ESO...
¡UN MOMENTO! ¡¡¡Y ESTO??? ¡ALGUIEN ESTUVO AQUÍ!
ERAN NUESTRAS HERRAMIENTAS Y... ¡MI PAÑUELO!


¿"T.S"? NO RECUERDO A NADIE QUE TENGA ESTAS INICIALES.
MEJOR ES SACAR EL DINERO DE AQUÍ. ¡LLEVEMOS TODO A MI CUEVA, AL "NÚMERO DOS"!


LOS BANDIDOS JUNTARON SU BOTÍN Y EL TESORO. YA ESTABAN POR SALIR, CUANDO...
ESPERA... ¿Y SI HUBIERA ALGUIEN ARRIBA?
JOE EMPEZÓ A SUBIR...


Y YA ESTABA CERCA DE DONDE NOS HABÍAMOS ESCONDIDO, CUANDO...
¡AY..! ¡DIABLOS!
¡LA ESCALERA DESTARTALADA SE HUNDIÓ BAJO SU PESO!


SÓLO CUANDO SE FUERON LOS HOMBRES NOS ANIMAMOS A BAJAR.
¡SE LLEVARON EL TESORO! ¡NUESTRO TESORO!


¡NO IMPORTA! ¡TENEMOS UNA PISTA!
SÍ, HUCK. ¡"EL NÚMERO DOS"! ¿QUÉ SERÁ?


CUANDO SALIMOS ERA DE NOCHE. LOS BANDIDOS DEBÍAN ESTAR YA LEJOS.
¿QUÉ SERÁ "EL NÚMERO DOS"..?

¡Sí! Ese es el gran misterio: ¿qué es "el número dos"?

¿Una casa, un pozo, un árbol hueco? ¿Dónde habrán ocultado tanto dinero? Tom no piensa dar por perdido el tesoro de la casa encantada a pesar de que ahora él corre un gran peligro. Dice que si el indio averigua a quién corresponden las iniciales del pañuelo y cree que él lo espió... ¡lo matará! Porque es el más cruel, cobarde y vengativo de los bandidos.

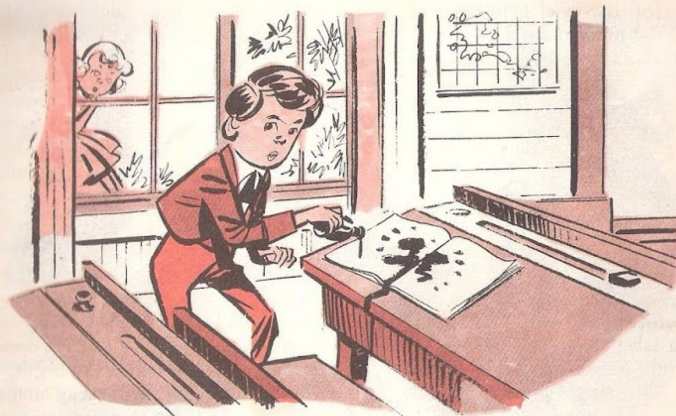
Es tardísimo y me da escalofríos pensar en todo esto. ¡Ah, si yo pudiera saber qué es "el número dos"! ¡Si pudiera ayudar a Tom!

Jueves 7

No quiero que parezca que hoy digo una cosa y mañana otra. Todo lo que dije de Tom Sawyer es cierto, pero también es cierto que le da unos dolores de cabeza tremendos a su tía Polly; por ejemplo, se va a nadar al río sin su permiso, algo que jamás hizo su primo Sid, aunque, ¡claro!, Sid ni sabe nadar. En fin, yo tampoco diría nada si Tom no hiciera cosas peores: me enteré por Amy Lawrence, que es una chica linda aunque tiene la nariz demasiado corta. Ella siempre dice la verdad, y hoy me contó que la semana pasada Tom le preguntó si ella quería ser su "mejor" amiga. Dice que Tom no es amigo de ninguna otra chica, pero que de ella sí, que siempre juegan juntos y que ella comparte con él la merienda. Casi le grito: "¡No es cierto! ¡**Yo** soy la mejor amiga de Tom! ¡Me contó un secreto que sólo sabemos él, Huck Finn y yo!".

Pero en seguida se me ocurrió: "¿Y si Amy dijera la verdad? Todos dicen que ella no miente nunca. Y entonces





el que miente... ¡es Tom!". ¡Oh! ¡Pensar que me ha dicho que **yo** soy su mejor amiga y ahora resulta que no es cierto! ¡Ha querido burlarse de mí! ¡Oh! ¡Nunca, nunca más le hablaré!

A la salida de la escuela me vine a casa corriendo para no encontrarme con Tom. ¡Que le cuente todo lo que quiera a Amy Lawrence! Yo ya sé qué haré: ¡no volveré a pisar más la escuela!

Viernes 8

Es un día tan lindo que esta mañana, cuando me levanté, casi me olvidé de que estaba triste.

Fuí a la escuela. (No tuve más remedio que ir.) ¡Pero no miré ni de reojo el banco de Tom Sawyer!

Pasé todo el recreo con Alfredo Templer mirando su colección de estampillas. Sólo mucho después, cuando el maestro llamó a Tom y alguien dijo que estaba ausente me enteré de que había faltado. ¡Qué rabia me dió! Tom no estaba. ¡Y yo gastándome toda para mostrarle que no me importaba nada!

Cuando en el otro recreo Alfredo volvió con su álbum le dije que ya había visto la colección de cabo a rabo y que dejara de molestarme.

Alfredo no me contestó, pero seguramente se dió cuenta de que la causa de mi enojo era Tom. Pues volvió al aula y creyendo que nadie lo veía sacó del banco el cuaderno de Tom... ¡y le derramó medio frasco de tinta encima! Yo no dije una sola palabra porque..., en fin, porque no quiero entrometerme en los asuntos de Tom.

Dos horas más tarde

Se me ocurrió algo: ¿y si Tom en-



contró el tesoro? ¿Si él y Huck, con todo ese dinero, compran ahora un barco, se hacen piratas y se van para siempre a navegar por el Mississippi? ¿No será por eso que no fué al colegio? ¡Me muero de curiosidad!

5 minutos después

Se me ocurrió algo más: ¿y si el indio Joe descubrió que Tom lo espiaba? ¿Si ya se vengó y Tom está muerto a estas horas? Entonces, a pesar de todo, yo también me moriría de pena...

Sábado 9

¡APARECIÓ! Faltó a clase porque le habían sacado un diente y tenía toda la cara hinchada. Seguro que ni pestañeó cuando se lo arrancaron. Siempre dije que Tom es muy valiente.

Vino justo cuando... ¡Pero no! Mejor contar las cosas en orden.

Resulta que todos los chicos sabemos que el señor Dobbins tiene un libro secreto que guarda con llave en el cajón del escritorio. Y cuando cree que nosotros estudiamos y no lo miramos lo abre y lo lee y lo relee y se pone muy pensativo. Todos nos morimos de curiosidad por saber de qué trata ese libro.

¡Bueno! Hoy descubrí que la llave del cajón estaba sobre el escritorio y, como no había nadie en la clase, me animé a abrir el cajón, saqué el libro y me puse a hojearlo. En la primera página decía "**Anatomía**", igual que en el libro de mi tío Sammy, el que estudia para médico. ¡Entonces me di cuenta! ¡El señor Dobbins estudia medicina en sus ratos perdidos y no quiere que los demás lo sepan!

Estaba muy entretenida mirando una lámina brillante con dibujitos de venas rojas y azules cuando sentí que había alguien detrás. ¡Qué susto! Cerré el libro de golpe y estaba tan nerviosa que ¡rompí una página! Me di vuelta, pero... no era el maestro. ¡Era Tom Sawyer!

—¡Lo hiciste a propósito! ¡Me asustaste a propósito! —le grité—. ¡Ahora puedes ir a contarlo todo!

Tom se encogió de hombros y se marchó; yo me puse a llorar pensando en la vergüenza que pasaría cuando el maestro me retara delante de todos.

Cuando empezó la clase de geografía y todos estábamos repasando la lección noté que el maestro abría su cajón. ¡Qué miedo! No bien sacó el





libro se puso pálido y, pegando un salto, exclamó:

—**¿Quién rompió este libro?**

Yo temblaba como un conejito asustado.

—¡Susi Harper! ¿Tú rompiste el libro? —empezó a interrogar Dobbins—. ¡Graciela Miller! ¿Tú rompiste el libro? ¡Amy Lawrence! ¿Tú rompiste el libro?...

—¡No, señor! —contestaron las chicas una por una.

—¡Becky Thatcher..! —agregó. Y entonces me di cuenta de que me ponía colorada y más colorada y...

—¡¡Becky Thatcher..!! —repitió el maestro.

Me puse de pie temblando, pero en ese momento...

—**¡Fuí yo, señor!** —gritó un chico.

¡Era Tom Sawyer! ¡Tom que se acusaba para salvarme! Yo lo miré y

hubiera querido decirle: "¡Oh, Tom! ¡Gracias, gracias! ¡Perdóname todo lo que pensé de ti!"

Claro que se armó un gran revuelo en la clase. ¡Parecía mentira que Tom se acusara así y que no tratara de excusarse! Desgraciadamente, muy pronto el maestro descubrió también el cuaderno manchado por Alfredo Templer y le aplicó un castigo doble a Tom: todo el resto del día de pie en un rincón, una mala nota en la libreta y... dos horas más de penitencia después de la clase. Pero esa penitencia no la hizo solo porque yo lo esperé en la puerta hasta que salió. Tuve que contarle la verdad sobre el cuaderno manchado y decirle que quería seguir siendo su amiga.

Domingo 10

A LA HORA de la siesta Tom y yo nos encontramos con Huck Finn en el desembarcadero. Huck estaba muy intranquilo porque no podía creer que una chica fuera capaz de guardar un secreto, y en cuanto me vió me preguntó:

—¿Contaste a alguien lo que te dijo Tom?

¡Cómo me alegré entonces de no habérselo dicho a Amy el otro día, cuando me enojé con Tom! En seguida fuimos al "campamento" de Huck. Es el campamento más raro del mundo: ¡un viejo tonel que hay allí en la ribera! Me dejaron sentar adentro y ellos se acomodaron en el suelo. Así discutimos y discutimos có-





mo poder encontrar el tesoro; es decir, ante todo debíamos averiguar qué significaba eso del "número dos". De pronto se me ocurrió algo:

—¿Hay algún hotel en el pueblo? —pregunté.

—Sí, hay uno. Y también hay una taberna— contestó Huck—. ¿Por qué?

—¿No se dan cuenta? ¡Ya sé dónde está el tesoro! —exclamé—. Los cuartos de los hoteles siempre llevan números. ¡El "número dos" debe ser un cuarto!

Tom me miraba sin comprender y Huck parecía decir: "¡Bueno! Al fin y al cabo las chicas no son tan tontas..."

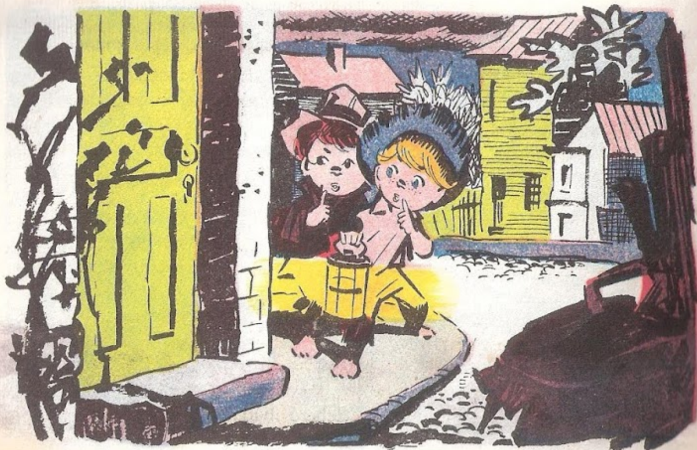
Los dos estaban entusiasmadísimos con la idea y resolvieron inspeccionar esa misma noche el hotel y la taberna. Yo, en cambio, regresé a casa porque no quería que se asustaran por mi ausencia. (Y además porque mamá me había prometido torta de nuez para el té.)

Las diez de la noche

Ya iba a subir para acostarme cuando oí unos silbidos en el jardín. Me asomé por la ventana. ¡Era Tom!

—¡Grandes noticias! —anunció—. Hay un cuarto **número dos** en la "Taberna del Gallo Verde", y bastante sospechoso. El dueño no quiso decirme quién lo ocupa, pero descubrí una puertecita que da a la calle de los fondos y entraremos esta misma noche. Debemos conseguir en seguida un farol y unas llaves.

Sin pensarlo dos veces me escabu-



llí por la galería y llegué hasta el galpón, donde se guardan los faroles para casos de emergencia. En el cajón de herramientas hallé también unas llaves viejas y se las entregué a Tom junto con el farol. También le di el elefantito blanco de mi pulsera para que lo llevara en el bolsillo porque trae buena suerte.

Ya hace una hora que Tom se marchó. ¿Dónde estará ahora? ¡Qué noche fría! Estoy pensando que mejor hubiera sido regalarle una bufanda de lana.

Lunes 11

A NOCHE los chicos ya estaban acercándose a la taberna cuando sucedió lo que menos esperaban: ¡salió la luna! Había tanta luz que seguramente los hubieran descubierto cuando trataran de entrar en la taberna. Han resuelto esperar otra noche.

Martes 12

¡¡¡Tom entró en el cuarto número dos!!! Recién me contó todo.

A las once, aprovechando que no había luna, los muchachos se deslizaron por el callejón y llegaron hasta la puerta. Inmediatamente Tom probó todas las llaves. Ninguna servía; además, chirriaban espantosamente. Entonces, sin darse cuenta, Tom se apoyó en el picaporte, lo hizo girar y... ¡la puerta se abrió! **Estaba sin llave...**

El cuarto era muy oscuro. Alumbrando con el farol que hasta entonces había tenido oculto, Tom miró hacia todos lados y... **¡¡¡HORROR!!!** Su pie estaba tocando la mano del indio Joe, que roncaba tendido en el suelo y completamente borracho.

Tom se asustó tanto que casi dejó caer el farol sobre el bandido. Salió del cuarto tropezando con las botellas vacías desparramadas por el suelo y echó a correr como loco.

—¡Huyamos! —le gritó al pasar a Huck, que estaba esperándolo. Y pronto se pusieron los dos a salvo.

Ahora Tom y Huck están tramando un plan, pues les parece casi seguro que el tesoro está allí.

Como Huck no tiene que ir a la escuela y puede dormir durante el día montará guardia todas las noches frente a aquella puerta de los fondos. Entonces, cuando vea salir al indio, irá corriendo a la casa de Tom, silbará tres veces bajo su ventana y los dos volarán a la taberna para llevarse el tesoro...

Tengo mucho miedo. ¿Qué pasará? A veces hasta me gustaría que el indio Joe nunca saliera del cuarto. Si Tom lo supiera... Pero es que tengo un miedo horrible de que los descubran.

Miércoles 13

¡QUÉ sorpresa me dió mamá! Me dijo que me estaba preparando un "picnic" y quiere que invite a todas mis compañeras. Yo no me di cuenta de sus preparativos. ¡Como para darme cuenta si no pienso más que en el tesoro!

Pero ahora sí que por un momento deberé olvidarme de todo eso. Quieren que yo misma escriba las invitaciones para el "picnic". ¡Qué lindo! Tomare-





mos la balsa grande —esa que llaman "ferryboat"— y desembarcaremos muchas millas más abajo, en el bosque, cerca de la montaña donde está la famosa cueva de Mac Dougal.

Tom dice que la cueva está llena de laberintos y es tan grande que nadie sabe dónde termina, pero que él la conoce como la palma de su mano.

Viernes 15

Ayer tuve que ayudar a preparar una canasta llena de tortitas. Además me obligaron a planchar mi vestido rosado, el que me queda tan lindo. Ahora voy a hacer los emparedados (vienen casi todos los chicos del pueblo). ¡Ah, me olvidaba: iremos los chicos solos! Unicamente nos acompañarán los hermanos mayores de Graciela Miller.

Miércoles 27

Por fin puedo seguir escribiendo mi diario. Hace casi dos semanas que lo interrumpí porque... ¡porque casi me muero! Seguro me hubiera muerto si no hubiese sido por... Pero mejor es contar todo desde el principio.

El día del "picnic" fué maravilloso. Jugamos y corrimos como locos por el bosquecito y trepamos por la montaña. Después del almuerzo el hermano de Graciela gritó:

—¡A la cueva todo el mundo!

Jugamos una carrera para ver quién llegaba primero a la cima de la montaña, donde se encuentra la cueva de Mac Dougal.

Todo el mundo entró en la cueva. ¡Qué linda era! ¡Y qué rara! Las paredes parecían de piedra pómez, todas mojadas. Hacía muchísimo frío.

Y entonces...














¡OOOOH...!
YO NUNCA HABÍA VISTO ALGO TAN MARAVILLOSO.


PERO DE PRONTO...
¡¡¡MURCIÉLAGOS!!!
¡CORRE! ¡LA LUZ LOS ATRAE!

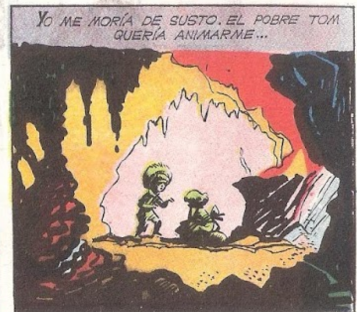

NOS ÍBAMOS REFUGIANDO EN TODAS LAS GALERÍAS QUE ENCONTRÁBAMOS HASTA QUE...
¡YA NO NOS PERSIGUEN, BECKY!
¡POR FIN!


DE PRONTO EMPECÉ A SENTIR MIEDO.
¿NO TE PARECE QUE ES MEJOR VOLVER?
¡SÍ! ¡NOS HEMOS ALEJADO DEMASIADO!


NO QUERÍAMOS TOPARNOS DE NUEVO CON LOS MURCIÉLAGOS...
¡TIENE QUE HABER OTRA SALIDA!
¡OH, TOM! ¿QUÉ HACEMOS?


¿¿DÓNDE ESTÁAAAAAN.??
¡AA
AAA...AAA
SÓLO EL ECO CONTESTÓ A LOS GRITOS DE TOM.


NO TENGAS MIEDO, BECKY. ¡TIENEN QUE OÍRNOS!
¡OH, TOM! ¿POR QUÉ NO MARCASTE EL CAMINO?


YO ME MORÍA DE SUSTO. EL POBRE TOM QUERÍA ANIMARME...


PERO ÉL TAMBIÉN SABÍA QUE NADIE VENDRÍA A SALVARNOS. Y ENTONCES...
¿QUÉ HACES?
¡APAGAR LA VELA! CON UNA ES SUFICIENTE. TENEMOS QUE AHORRAR.


SEGUIMOS CAMINANDO HASTA QUE...
¡UN MANANTIAL! MEJOR ACAMPAMOS AQUÍ Y DORMIMOS UN RATO.
¿DORMIR? ¡LO QUE QUIERO ES SALIR!


PERO ESTABA TAN CANSADA QUE APENAS COMÍ UNOS BOCADOS DE TORTA, Y ME DORMÍ PROFUNDAMENTE.
TOM VIGILABA MI SUEÑO.


DORMÍ MUCHÍSIMO. CUANDO ME DESPERTÉ YA NO QUEDABA NADA DE LAS DOS VELAS.
¿DÓNDE ESTOY?
¡OIGO UNA VOZ! ¡VIENEN A SALVARNOS!


LOCOS DE ALEGRÍA ECHAMOS A CORRER.
PERO ENTONCES...


¡ERA EL INDIO! ¡EL INDIO JOE!


¡ESTABA ESCONDIENDO EL TESORO!


A MÍ ME TEMBLABAN LAS PIERNAS.
¡QUÉ MIEDO, TOM! ¡NO DOY MÁS!
¡ÁNIMO, BECKY! ¡ÁNIMO!


NO PUDE LEVANTARME. SENTÍ QUE TOM ATABA UN HILO A MI MUÑECA.
¡HARÉ OTRA RECORRIDA! CON ESTE HILO NO PODRÉ PERDERME ...


ME PARECÍA QUE PASÓ UN SIGLO HASTA QUE...
¡BECKY! ¡HALLÉ UNA SALIDA! ¡LEVÁNTATE!
AL PRINCIPIO PENSÉ QUE TOM MENTÍA PARA ANIMARME, PERO...


¡ERA CIERTO! ¡¡¡ESTÁBAMOS SALVADOS!!!
¡SÍ! MENOS MAL QUE ES DE DÍA, PORQUE SINO...


¡CASI NO PUEDO PASAR!
¡DESPACIO, BECKY!


¡EEEEEH! ¡POR FAVOR, ESPÉRENNOS!
CORRIMOS HACIA LA ORILLA Y SUBIMOS AL BOTE.


CONTAMOS TODO A LOS HOMBRES. PERO NADIE NOS CREYÓ...
¡NO PUEDE SER! ¡SI LA ENTRADA DE LA CUEVA ESTÁ A CINCO MILLAS DE AQUÍ!


¿DE MODO QUE HABÍAMOS CAMINADO TANTO? ¡PARECÍA MENTIRA!
LO CIERTO ES QUE PARECEN CANSADÍSIMOS.
LOS LLEVAREMOS A CASA.


CUANDO DESEMBARCAMOS EN SAN PETERSBURGO ERA MEDIANOCHE.
¡ADIÓS, CHICOS!
¡ADIÓS! ¡Y UN MILLÓN DE GRACIAS!

Cuando entramos en el pueblo nos sorprendió ver tanto movimiento a esas horas; después me enteré de que nuestra ausencia había causado una verdadera revolución en San Petersburgo. Resulta que las patrullas que nos habían buscado en la montaña no descansaban ni de día ni de noche. ¡Qué cara puso el primero que nos vió! ¡Creyó que éramos dos fantasmas! En seguida todo el pueblo estuvo en la calle: salían de sus casas, sin vestirse siquiera, en camisón, en piyama, y nos abrazaban llorando.

—¡Volvier ı los chicos! —gritaba todo el mundo. Y las campanas de la iglesia sonaron a medianoche como en una mañana de fiesta.

No recuerdo muy bien lo que pasó después. Sé que me separaron de Tom, que me llevaron a casa, que mamá salió a recibirme y que al fin pude estar entre sus brazos.

Esa noche nadie volvió a acostarse. Todos vinieron a visitarnos, todos querían verme y felicitar a papá y mamá. Pero a mí me mandaron en seguida a la cama porque ya no podía tenerme en pie. (Dicen que estuvimos más de tres días encerrados en la cueva.)

Una semana entera me quedé en cama. Por suerte Tom, que es más fuerte que yo, ya se levantó al día siguiente para venir a visitarme. Charlamos y hablamos de todo. Pero hay algo que no me quiso decir: ¿qué había sido de Huckleberry Finn?





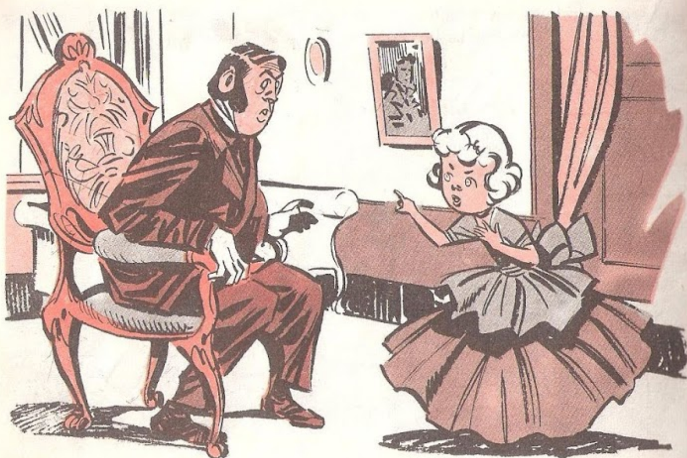
Jueves 28

¡Hoy me enteré de todo! Tom no me había dicho nada antes porque mamá le contó que yo soñaba en voz alta con los bandidos y le pidió que no me hablara de esas cosas. Pero ya estoy bien y Tom me contó todo. El sábado a la noche Huck estaba vigilando la taberna cuando vió salir al indio y a su compinche llevando una caja pesadísima. Huck los siguió hasta la casa de la viuda de Douglas, donde se detuvieron. Entraron en el jardín y... ¡Huck detrás de ellos! La noche era tan oscura que podía estar a un paso de los bandidos sin ser visto. Oyó claramente la conversación. ¡Estaban por asaltar a la viuda, que es la más rica del pueblo! Entonces Huck se escabulló por entre las sombras del jardín y corrió a dar la alarma a un vecino de la viuda, un viejecito que todos llaman "el escocés". Este, que como todos tampoco tiene mucha confianza en Huck porque lo cree un vagabundo inútil, lo atendió de mala gana; pero en cuanto supo lo que ocurría llamó en seguida a sus hijos, y, armados de sus escopetas, salieron en persecución de los bandidos.

Desgraciadamente los otros los oyeron llegar, y como son muy listos para esconderse y correr consiguieron escaparse. Ahora Tom y yo estamos seguros de que después de aquello el indio se refugió en la cueva. ¡Claro que no dijimos nada a nadie para no revelar el secreto del tesoro!

Viernes 29

Esta tarde, cuando volví del cole-



gio, oí que papá estaba diciéndole a mamá: "El alcalde me contó que en cuanto los chicos aparecieron mandó unos obreros a la cueva para que la cerraran con un portón de hierro".

Casi me desmayo.

—Papá... ¡Hay que abrir esa puerta! —grité—. ¡El indio Joe está encerrado allí dentro!

Papá corrió a darle la noticia al alcalde, que tiene la llave de la puerta. Cinco minutos después todo el que tenía un bote o una balsa navegaba a toda carrera hacia la entrada de la cueva. Todos querían ayudar a capturar al indio, si aún estaba con vida.

¡Encontraron al indio! Pero lo encontraron... muerto, tendido junto a la puerta. ¡Muerto de sed y de hambre! Se me ocurrió que bien hubiera podido descubrir la otra salida, "nuestra" salida; pero, ¡claro!, no la habría podido utilizar, porque por ese hueco sólo pasa el cuerpo de un chico.

—Ya no volverá a robar y matar —dijo papá.

Y yo digo: ¡Ya no puede hacerle nada a Tom Sawyer!

Sábado 30

AHORA que ya no hay ningún peligro Huck y Tom están decididos a volver a la cueva para rescatar el tesoro. Hasta ahora eso del tesoro casi me había parecido una leyenda. ¡Pero Tom me asegura que esta misma noche podré verlo con mis propios ojos! ¿Habrá solamente dinero o también pulseras y collares de diamantes? Tendría que habérselo preguntado a Tom; él sabe todo lo que se refiere a tesoros. De veras: ¡no hay nada que Tom no sepa! Menos una cosa que yo sé mejor que él: coser. Y eso también sirve para algo, pues Tom tuvo una idea genial. Como la caja del tesoro debe ser pesadísima, irán y sacarán las monedas de oro o lo que sea, y las cargarán en bolsitas; será mucho más fácil llevarlo todo. Cosí toda la mañana. Hice lo menos treinta bolsitas. ¡Cómo me pinché los dedos! ¡Nunca aprenderé a usar el dedal..!

Cuando aquel día del picnic nos encontramos en la cueva con el indio, me asusté tanto que no me fijé dónde escondió el tesoro. Pero Tom recuerda todo muy bien: dice que está cerca del lugar por donde salimos y que lo encontrará fácilmente.

Los chicos van a alquilar un bote y desembarcarán cerca de ese lugar.





Tengo que vestirme en seguida. Mamá acaba de avisarme que estamos invitados a la fiesta que da la señora de Douglas nada menos que en honor de... ¡Huck Finn! Le está tan agradecida. Al fin y al cabo, él le salvó del indio Joe.

Dice mamá que la viuda tiene reservada una sorpresa para Huck y... para todos. ¿Qué será? ¡Con tal que los chicos vuelvan a tiempo para la fiesta! Si no, la señora se va a llevar una desilusión.

AYER, cuando estábamos en la fiesta...


¡ADELANTE, SEÑORA POLLY! ¿NO TRAJO A TOM?
¡AY, NO ME PREGUNTE POR TOM! ¡NO APARECIÓ EN TODO EL DÍA!


EL ESCOCÉS SE ME ACERCÓ Y...
¿NO SABES NADA DE TUS AMIGOS?
¿YO? ES-TE... ¡DEBEN ES-TAR POR LLEGAR!


SALIMOS A LA PUERTA, Y...
¿Y ESO? ¡SON ELLOS! ¡AQUÍ, CHICOS!
(¡CONSI-GUIERON UNA CA-RRETILLA!)


¿QUÉ LLEVAN AHÍ?
¡ES HIERRO VIEJO!


¡PERO TOM! ¡QUÉ SUCIO ESTÁS! ¡PA-RECES UN NEGRI-TO...
NO SE AFLIJA. ESO SE ARREGLA EN SEGUIDA CON AGUA Y JABÓN.


AL RATO, CUANDO BAJARON, ¡NO LOS RECONOCÍ!
¿ESE ES HUCK? ¡PARECE OTRO!
¡HASTA LO HI-CIERON BAÑAR!


HUCK NO SABÍA HACIA ADÓNDE MIRAR...
HUCK, MERE-CES ALGO MÁS QUE UN TRAJE NUE-VO: QUIERO ADOPTARTE, DARTE UN HOGAR...


ALGÚN DÍA ESTA CASA Y TODO LO QUE TENGO SERÁ TUYO.
¡SEÑORA! ESTE... HUCK NO LO NE-CESITA. ¡ES RICO!


¿¿¿QUE DICES???
¡LA PURA VER-DAD! ¡MOSTRE-MOS "ESO", HUCK!


¡UNA FORTUNA! ¡PARECE IN-CREÍBLE!
MÁS TARDE RELATÁBAMOS TODA LA AVENTURA...


¡Y YO QUE PENSABA DARLE UNA SORPRE-SA A HUCK!
LOS SOR-PRENDIDOS SOMOS NOSOTROS...


¡ESTOY TAN ORGULLOSA DE TI, TOM!
¡Y ESTO PARA TI, BECKY!
¡OOOH!



Miércoles 4

Y, no se habla de otra cosa que de los muchachos y... del tesoro de Tom y Huck, que ahora son los más ricos del pueblo. El alcalde, el señor Dobbins, mi papá... todo el mundo les da consejos sobre lo que tienen que hacer con el dinero. Todos hablan del futuro y de la carrera de los chicos. Si les hicieran caso tendrían que ser médicos, dueños de fábricas, ingenieros, militares, ¡todo a la vez! Pero sólo yo sé que lo único que le gustaría a Tom es tener un barco, irse por el Mississippi y hacerse pirata. Lástima que entonces... ¡yo no lo vería nunca más!

Alguien está silbando en el jardín. Debe ser él

Mucho más tarde

¡Sí! ¡Era Tom! Y estaba preocupadísimo. Vino a decirme que la señora de Douglas buscaba desesperada a Huck por todas partes. Esta mañana, cuando fué a despertarlo, encontró su cama vacía y, colgando de la ventana, una cuerda por la que debe haberse deslizado.

Tom y yo nos pusimos a pensar dónde podría estar, hasta que se me ocurrió algo. Se lo dije a Tom y le pareció una buena idea. Corrimos hasta más allá de la última casa del pueblo, hasta la ribera, y buscamos el antiguo campamento de Huck. ¡Allí estaba, tal como yo lo había sospechado, acostado en su tonel, descalzo y feliz!

—¡Huck! ¿Qué has hecho? —le preguntó Tom—. ¡La viuda te está buscando!

—Ya lo sé, Tom. Pero no volveré —contestó—. No sirvo para esa vida. Tener que bañarme todos los días, aprender a usar tenedor y cuchillo, andar con cuellos almidonados que aprieten, estudiar... No, Tom, no quiero ser rico. A mí me basta con el río, con el bosque y mi tonel... ¡Justo cuando habíamos descubierto esa cueva y podíamos hacernos bandidos y divertirnos de lo lindo tenía que aparecer esa viuda y arruinarlo todo!

—Escucha, Huck —dijo entonces Tom—. Yo también soy rico ahora, pero no creas que por eso dejaré de hacerme bandido. Claro que si sigues viviendo así, en tu tonel, no permitiré que formes parte de mi banda. ¡Porque no será una banda así no más, sino como la de Robin Hood, que era todo un caballero!

Me pareció que Huck estaba casi convencido.

—¿De veras, Tom? ¿De veras que si vuelvo a la casa de la viuda me dejarás entrar en la banda?

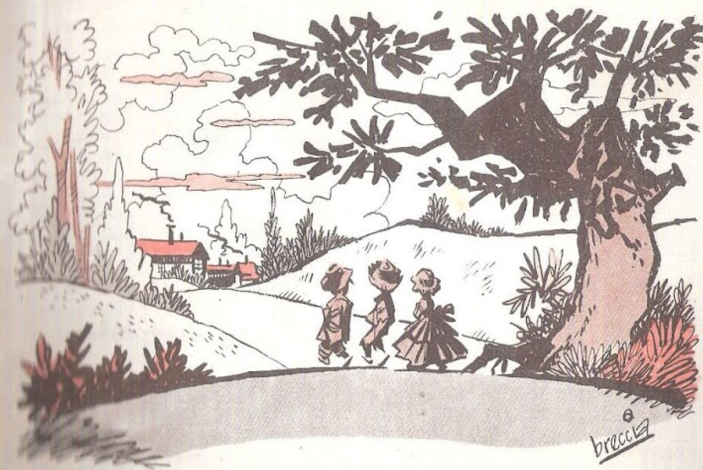
—¡Palabra de honor! —dijo Tom—. Además, Becky prometió pedirle a la viuda que no sea tan severa contigo. ¡Vamos, Huck!

Huck me dió las gracias y regresó con nosotros. Lo acompañamos hasta su nueva casa y vimos que la buena señora de Douglas lo recibía con los brazos abiertos.

Jueves 5

Hoy le pedí a Tom que me deje ser bandido a mí también, pero me contestó que antes tiene que consultar el libro de Robin Hood para saber si una chica puede serlo o no.

¡Ojalá pueda! ¡Qué lindo sería! ¡Pasan tantas pero tantas cosas cuando una está al lado de Tom Sawyer!



$8.-

Pidan todos los meses

"EL DIARIO DE MI AMIGA"

la extraordinaria colección que publica las aventuras de las más famosas heroínas. Cada libro trae una novela completa y más de 120 ilustraciones a todo color. Se han publicado últimamente los "Diarios" de: Julia en alta mar; Sarita, que con sus hermanitos dirige un restaurante sumamente divertido; Marina, la chica detective de Venecia; Andresita, la muchacha lustrabotas; Perlita, la negrita norteamericana; la Sirenita; Nieves, la maestrita y Carmencita, la chica que vió al General San Martín.

En el mes de agosto aparecerá:

EL DIARIO DE MI AMIGA

IRENE



Apasionante aventura de una chica francesita que resuelve un gran problema en el cual nadie la puede ayudar.

$ 2.50 m/arg.

EDITORIAL ABRIL · DISTRIBUIDORES: C. I. D. L. A. - PIEDRAS 113 - BUENOS AIRES

 Se terminó de imprimir en julio de 1956, en los Talleres Gráficos de la Compañía General Fabril Financiera S. A., Iriarte 2035, Buenos Aires

LIBRO DE EDICION ARGENTINA

OESTERHELD

N.° 39

El diario de mi amiga Carmencita



La chica que vió al Gral. San Martín



Noviembre 4, 1816
Posta de Palmira.

MAÑANA, por fin, por fin, ¡mil veces por fin! veré de nuevo a papá. ¡Un año sin verlo, desde que salió de Buenos Aires en viaje de negocios!

Tío Ramón y tía Clara son muy buenos y me quieren mucho, pero no es lo mismo. ¡Ya estaba extrañando demasiado a papá!

Tío Ramón, que viene conmigo en la silla de postas, se hace el ofendido y dice que yo ya no lo quiero más, que soy una ingrata y otra cosas por el estilo. Pero él sabe que no es así, que a él lo quiero todo lo que se puede querer a un tío bueno. ¿Cómo no voy a quererlo si se parece tanto a papá?

La jornada de hoy fué bastante linda: cada vez que pienso en la travesía después de San Luis, los montes, los viñedos y los sembrados me parecen más y más hermosos. Lástima que, como siempre, tío Ramón casi se pelea con un señor que subió en Los Sauces.

—¿Es cierto que los realistas van a pasar la cordillera para atacar a Mendoza? —le preguntó mi tío, que siempre anda a la pesca de noticias.

—¿Los godos atacar a Mendoza? —el hombre se echó a reír—. ¡Qué esperanza! ¡Seremos nosotros los que pasaremos a Chile a darles la paliza! ¿Qué se cree que está haciendo San Martín en Mendoza?

—No sé... —dijo tío—. Pero no creo que San Martín, con los pocos paisanos mal armados que puede levantar aquí, en una provincia pobre como ésta, se atreva contra los españoles de Chile... ¡No olvide lo que pasó en Rancagua!

El señor miró a mi tío como con ganas de pegarle.

—Oiga —dijo al fin—. ¿Está usted a favor o en contra de la revolución?

—¡A favor, por supuesto! —se apuró a contestar tío Ramón—. Pero no me gusta hacerme ilusiones.

Y no dijo más, furioso contra el otro. Y furioso consigo mismo, porque había tenido que mentir.

Porque tío Ramón, lo mismo que todos sus amigos cuando están solos, dice que lo menos que merecen los que se han levantado contra el rey es ir derechito al infierno. Un día me contó que los "criollos haraganes", para no tener que trabajar como Dios manda, se habían alzado contra el rey, aprovechando que los franceses lo tenían prisionero al pobrecito. Debe ser como él dice, porque tío Ramón es muy bueno y todo el mundo lo quiere. Además, él mismo me ha dicho que papá piensa como él; por algo nacieron los dos en España y juraron al rey.

Pero todo esto es política, y yo no entiendo nada de política. Lo más importante es que mañana estaré otra vez con papá.

Noviembre 6, Mendoza.

AHORA sí que puedo decir: ¡por fin! ¡El viaje ha terminado! Ya no tengo que pensar que mañana nos espera otra etapa y después otra y otra... Pero no estoy contenta. Al contrario, me siento más solitaria y triste que nunca. Tuve el alegrón, sí, de volver a verlo a papá, ¡pero duró tan poco!

Apenas bajé del coche me encontré abrazada por papá; me abrazó tan fuerte que me costó trabajo besarlo. Tan contentos estábamos los dos que no hacíamos otra cosa que abrazarnos y reír. Y llorar también. Hasta que tío Ramón se enojó y nos preguntó si íbamos a estar así hasta la noche.

Entonces papá nos llevó a la casa



de tío Pedro, su otro hermano. Papá estaba loco de ganas de charlar conmigo, pero tuvo que atender a tío Ramón, que estaba impaciente por saber cómo andaban los negocios en Mendoza. Porque él viene para asociarse con papá y tío Pedro; creo que andan en negocios de caballos.

—Aquí, en Mendoza —le explicó papá—, las cosas van mal. San Martín, en su afán de organizar el ejército, está aplastando el comercio con los impuestos. Tan mal va todo que mañana mismo salgo para Chile; allí sí que pueden hacerse negocios, después de Rancagua. . . .

—¿Te vas mañana a Chile? —preguntamos a la vez tío Ramón y yo. Pero papá sólo pareció oírme a mí:

—Sí, chiquita —me dijo con ojos muy tristes.

—Pero. . . —protesté. Y sentí que otra vez se me llenaban de lágrimas los ojos—. ¡Entonces apenas vamos a estar juntos!



A la tarde

La casa de tío Pedro es grande y antigua; hay un gran patio con una parra enorme, dos o tres naranjos y un gran jazmín.

Allí nos esperaba tío Pedro, que es varios años mayor que papá y tío Ramón; es un señor que da miedo de tan serio y tieso. A su lado estaba tía Concepción, tan seria y tiesa como tío Pedro; vestía de negro y tenía mantilla negra en la cabeza. Venían los dos de misa, donde habían rezado para que los españoles de Chile se resolvieran de una vez y vinieran a Mendoza "para poner en su lugar a estos criollos desorejados, que cada día están más prepotentes". (Así dijo tío Pedro.)

—¡Sí! —aprobó tío Ramón—. ¡Hasta que eso no ocurra no habrá felicidad para estos pueblos! ¿No es así, Vicente? —terminó, dirigiéndose a papá.



—No sé, Ramón —dijo papá meneando la cabeza, como con pena—. Esta guerra es demasiado cruel. . . ¡Al fin y al cabo es una guerra entre hermanos!

—¿Hermanos nuestros, los criollos? —se escandalizó tía Concepción—. ¡Por Dios, Vicente, qué cosas dices!

Papá me puso la mano en el hombro y sonrió:

—No te olvides, Concepción, que mi Carmencita es una criolla. . .

Tía Concepción abrió la boca para decir algo, pero cambió de idea y la cerró.

Estuve muy triste durante la cena. Casi no comí pensando que papá se iba. Al terminar, tío Pedro se levantó y propuso un brindis.

—¡Por el rey! —exclamó.

—¡Por el rey! —brindó tío Ramón.

Papá brindó también, pero lo hacía con menos ganas que los otros.

Hace un ratito papá vino a mi cuarto para despedirse: sale mañana de madrugada.

Otra vez lo abracé y, aunque me había propuesto ser valiente, no pude. Tuve que llorar.

—Ganaremos los realistas, ¿verdad, papá?

—No importa quién gane. Lo principal es que acabe pronto. . . Si conocieras a los rebeldes comprenderías que no son malos. . . Que quizá tienen más razón que los realistas. . .

Antes de irse me acostó y me hizo



prometerle que no lloraría y que me dormiría en seguida. Le dije que sí, pero no pude cumplir.

Noviembre 7

ESTA mañana aproveché que Clorinda, la negra que hace las compras, salía de la casa y me ofrecí a acompañarla.

—¡Cómo no, niña! —repuso contenta—. ¡Verá cuánta gente hay en el mercado!

Fuimos hasta la plaza donde están los puestos de los vendedores. Había mucha gente comprando: había criadas de casas ricas, mujeres del pueblo, paisanos que habían venido en una tropa de carretas, detenida a un costado de la plaza; se veían negros esclavos cargados con canastas de frutas, trotando detrás de señoras que caminaban muy tiesas, muchas con aire que las hacía parecer a tía Concepción. Había mucha bulla porque todos hablaban a la vez, y los vendedores gritaban y porfiaban.

Clorinda se detuvo junto a un vendedor, un viejecito barbudo, cubierto con un ponchito, descalzo, sentado con su mate junto a una pila de zapallos.

—¿Y las cebollas que me prometió para hoy, "ño" Santos? —le preguntó.

—Ande a reclamárselas a San Martín —dijo el viejecito. Y se rió, arrugándose todo.

—¿A San Martín?

—¡Ajá! Ayer dió una orden requisando cuanta cebolla y ajo había en Mendoza...

—Pero... ¿con qué vamos a cocinar, entonces?

—Con piedras, aunque sea, negrita —contestó el viejecito guiñando un ojo—. ¿Qué prefieres? ¿Que tus patrones coman bien o que los soldados no aguanten la altura en el paso por la cordillera? Porque el ajo y la cebolla son para eso, para combatir el mal de altura...

—Me ganó, "ño" Santos —Clorinda sonrió—. Habrá que arreglarse sin ajo y sin cebollas. Déme ese zapallo grande.

La conversación me dejó pensativa: la gente se está privando de todo con tal que el ejército vaya bien provisto al cruce de la cordillera...

No terminó allí la cosa: poco después, cuando Clorinda charlaba con una linda vendedora de cacharros de barro, vi pasar a un paisano emponchado, muy alto y de rostro serio, duro; traía un caballito serrano de la brida y el caballito tiraba un carro y el carro iba lleno hasta el tope de ristras de ajo...

Vi que se le acercaba un señor bien vestido, de largas patillas y rostro muy blanco. Me arrimé, porque algo en la actitud del señor me pareció sospechoso, y escuché oculta por un carretón:

—¿Adónde llevas esa carga? —preguntó el señor en voz baja.

—Al Plumerillo, señor... A entregarla al ejército.

—Este... ¿Cuánto te pagarán por ella?



—No sé, pero no ha de ser mucho... Dicen que el ejército no tiene dinero; quizá saque unos cien reales. ¿Por qué?

—Porque yo podría pagarte tres veces esa cantidad . . . —dijo el señor sonriéndole, insinuante—. ¿De acuerdo?

El paisano lo miró impasible.

—Ven —continuó el señor—. Vamos a un lugar donde no nos vean. Te daré cuatrocientos . . .

El paisano no se movió.

—Vea, don —dijo, casi sin mover los labios—. Tengo dos hijos en el ejército.

—¿Y qué tiene eso?

—¡Tiene que ellos pueden necesitar estos ajos! —contestó el paisano adelantándose un paso.

Intimidado, el señor retrocedió.

—¡Te daré quinientos reales! ¡El ejército te dará apenas cien!

—¡Aunque no me den nada igual los llevo! —dijo, con energía, el paisano.

El señor dió media vuelta y se perdió entre la gente.

El paisano volvió a tomar de la brida al caballejo y se alejó.

—Vamos, niña Carmencita —me llamó Clorinda—. Es tarde, y la señora se enojará.

Apenas volvimos a casa me senté a escribir.

Me alegro por haber salido con Clorinda y por escuchar a la gente del mercado: ahora comprendo por qué papá dijo que esta es una guerra entre hermanos. ¿Cómo considerar enemigos al viejecito de los zapallos o al paisano que tiene hijos en el ejército y que antes de negociar su mercancía prefiere regalarla?



Papá es más bueno que tío Pedro. Y que tío Ramón. ¡Y que todo el mundo!

Noviembre 10

Hoy seguí adelante con mi propósito de conocer a los "insurrectos". Me pegué a tía Concepción, que iba a la iglesia.

—La catedral es tanto o más importante que la de Buenos Aires —me decía la buena señora mientras caminaba muy derecha a mi lado—. Tiene una campana maravillosa —agregó—. Ya la oirás dentro de poco, cuando toque a oración.

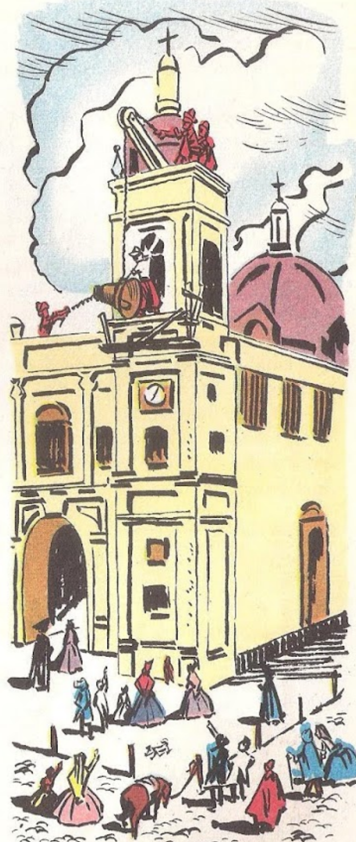
Cuando llegamos a la plaza vimos una cantidad de gente agolpada junto a la iglesia.

En lo alto del campanario habían colocado un andamiaje y un tosco aparejo de madera; varios hombres, haciendo equilibrio entre los maderos, tiraban de gruesas cuerdas. Otros, desde abajo, tiraban también.

Y por la abertura del campanario aparecía ya la mole oscura de una enorme campana . . .

—Pero . . . ¿qué están haciendo? —preguntó tía Concepción con un hilo de voz.

—Están bajando la campana porque el ejército la necesita —explicó sonriente un hombretón con delantal de cuero (por el aserrín que tenía hasta en las cejas debía de ser un carpintero)—. La van a fundir y harán cañones con el bronce.



—¡Cañones! —exclamó tía temblando de indignación—. ¡Qué sacrilegio!



—No lo veo —dijo a nuestro lado una voz resuelta.

Nos volvimos y nos encontramos con uno de los soldados que, fusil al brazo, vigilaban que la gente no se acercase demasiado. Era un muchacho; por la cara no pasaría de los quince años. Esto alentó a tía Concepción, que aprovechó para desahogarse:

—¡Qué vas a ver tú, si ni siquiera sabes verte los agujeros en los zapatos!

Era cierto: los destrozados zapatos del soldado dejaban ver los dedos de los pies.

—¡Aunque sea descalzo puedo pelear a los godos, señora! —retrucó el muchacho, con una chispa de rabia en los ojos—. Pero sin cañones no se puede. ¿No le parece que esa campana será más útil con forma de cañón que con forma de campana?

Tía Concepción no siguió. Una palabra más y se habría delatado como realista.

El soldado ya no la miraba: me miraba a mí ahora, y ya no había rabia en sus ojos. No sé por qué, pero me hizo gracia lo bien que se las cantó a tía. Le sonreí y él me sonrió también.

—¡Soldado Velázquez! —tronó un sargento de recio bigote y alto como una puerta—. ¡A su puesto!

El muchacho dió un respingo y trotó a ponerse cerca de la campana.

A todo esto tía Concepción me tiraba de la manga:

—Vámonos, Carmencita —me decía por lo bajo—. Me enferma ver todo este chusmaje haciendo herejías. . .

No me gustó oírle hablar así; no veo qué tenían de "chusma" aquellos soldados. Al fin de cuentas, ¡si no tienen cañones de algún lado los tienen que sacar!

Además, no me gustó lo que le dijo al soldado sobre los zapatos rotos; él no tiene la culpa si su general no puede comprarle otros. A propósito, ya sé lo que haré: he oído que los soldados están visitando las casas para pedir ropa; cuando vengan a la nuestra les daré un par de zapatos de tío Ramón, que tiene muchos, y les diré que son para el soldado Velázquez.

Noviembre 11

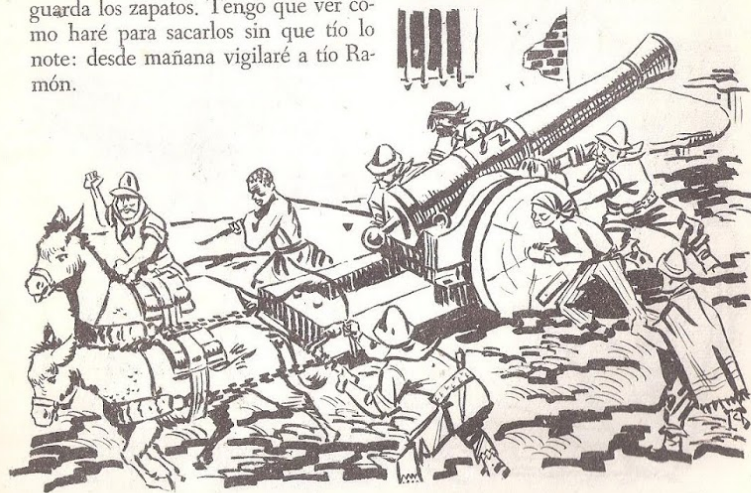
Hoy fué en día bien aprovechado porque descubrí dos cosas importantes: una, cuál es el par de zapatos que tío Ramón usa menos: son unos botines fuertes, que trajo de Buenos Aires para andar por el campo, pero que no se pone nunca, siempre quedan en el fondo de la vieja petaca riojana donde guarda los zapatos. Tengo que ver cómo haré para sacarlos sin que tío lo note: desde mañana vigilaré a tío Ramón.

La otra cosa importante que descubrí hoy es por qué pelean los insurrectos. Lo contaré con detalles porque vale la pena:

Veníamos tía Concepción y yo de lo de doña Engracia, donde habíamos ido a tomar chocolate, cuando vimos en la calle un cañón atascado en el barro.

Me paré para mirar; tía quiso seguir pero no le hice caso: aquella era una ocasión única para ver de cerca a los soldados rebeldes.

Un montón de hombres desarrapados, paisanos y negros mezclados, trataban de sacarlo; habían atado sus mulas a la cureña, pero ¡nada..! y eso que estaban brillantes de sudor. También los hombres estaban que no daban más.



Un paisano algo más grandote que los otros tironeaba de la mula delantera a la vez que le soltaba unos lazazos como para tumbarla.

Tía Concepción puso el grito en el cielo:

—¡Santo Dios! ¡Pobres animalitos! ¡Lo que les espera en la cordillera si esto es aquí!

El paisano la oyó. Dejó las mulas y, arrastrando el arreador, se nos acercó.

—¿Le preocupan mucho las mulas, señora? —preguntó con rara cortesía.

—¡Sí! —lo encaró mi tía, envalentonada por el tono sumiso de él—. ¡Es una herejía lo que hacen con los pobres animalitos!

El paisano retorció el arreador entre los puños. Le brillaron los ojos de rabia contenida:

—¿Y de los hombres no se preocupa, señora? ¿Se cree que esos gauchos y esos negros la van a pasar mejor que las mulas? ¡Las mulas no van a pelear, señora!

—¡Si van a pelear ustedes es porque quieren !—retrucó mi tía—. ¡Nadie los obliga! En cambio las mulas...

—¿Que nadie nos obliga a pelear, señora? ¡Se equivoca! ¡Nos obliga a pelear la gente como usted, que cree que el pobrerío ha de ser siempre ganado de trabajo! Peleamos para ser libres, señora... ¡y ser libres quiere decir trabajar en lo nuestro, dar enseñanza a los hijos, vivir como hombres, no como animales..!

Mi tía perdió la cabeza:

—¡En las galeras del rey van a aprender lo que es trabajo!





—¡¿Cómo dijo?!

Creo que el paisano le da con el arreador si, del otro lado del cañón, no hubiera aparecido un soldado...

—¡Recluta Molina! ¡A su puesto! —le gritó.

Su voz me era conocida... ¡Sí, era el soldado Velázquez!

Es decir, ya no era soldado: ahora tenía en la manga grandes jinetas de cabo. Claro que seguía con los mismos zapatos rotos.

—¡Ocúpese de la mula, no de la señora! —gritó con voz que quería ser recia como la del sargento que lo retara a él pocos días antes.

—Está bien, mi cabo —dijo el paisano. Y volvió a tironear de la mula. Lo hizo con tanta fuerza que, luego de un momento en que todos parecieron inmóviles, el cañón se desencajó.

Y poco después pasaban delante de nosotras los gauchos y los negros, cansados, sucios de barro, pero contentos.

Tía Concepción se santiguó, pero el cabo Velázquez no la miró. Me estaba mirando a mí.

Sí, ahora creo saber por qué pelean los "insurrectos", como les dice tía. Cada vez entiendo más a papá: ésta es una guerra entre hermanos.

A las doce de la noche

¡YA lo creo que el de hoy fué un día bien aprovechado! A las dos cosas importantes que descubrí hoy debo agregar una tercera: ¡Tío Ramón anda en algún asunto turbio!

¿En qué asuntos andará para salir así de la casa, de noche y saltando la tapia, como un ladrón?



En fin, no quiero averiguar nada. La gente grande tienes cosas que una no entiende. De lo que estoy segura es de que tío Ramón no anda en nada malo; él es demasiado bueno para eso.

Noviembre 12

En varias casas de la vecindad anduvieron hoy los soldados, pidiendo cosas para el ejército. Seguro que mañana nos toca a nosotros.

Esto significa que para mañana debo tener en mi poder los zapatos de tío Ramón. Me hubiera gustado pedírselos, pero él no me los daría para un "insurrecto".

Lo malo es que todo el día se ha quedado en su cuarto, creo que escribiendo. Ya veo que tendré que esperar hasta bien tarde para ver si sale, como anoche. Entonces sí podré colarme en su cuarto y llevarme los zapatos.

¡Si supiera el soldado Velázquez el trabajo que me da!

¡Otra vez a medianoche!

Si ayer descubrí cosas importantes, hoy acabo de descubrir algo mucho más importante, ¡algo importantísimo!

En casa se conspira... ¡¡Sí, *se conspira!!*

Contaré cómo lo descubrí:

Como dije antes me quedé vigilando el cuarto de tío Ramón para ver si salía. Lo hizo a la misma hora de ayer: de nuevo saltó la tapia y desapareció.

Aproveché y corrí hasta su cuarto. La puerta estaba sin llave, y en seguida estuve revolviendo la petaca riojana. Encontré los zapatos, y ya escapaba con ellos cuando me llegó un rumor de voces.

Venían de la sala, y me dejaron helada. Yo creía saber todo lo que pasa en la casa, y nadie me había dicho que vendría tanta gente. Porque las voces eran de muchos hombres discutiendo...

No pude entender lo que decían, pero oí algunas palabras como "agentes secretos"... "atrasar a San Martín"... "sublevar a los indios"...

Hubiera querido acercarme hasta la sala, pero habría tenido que pasar por el cuarto de tía y no me atreví.

Pero esto no lo dejo así: mañana me esconderé temprano en el arcón de la sala y escucharé lo que dicen. Porque mañana se reunirán de nuevo, algo así les oí decir cuando exclamaban a coro: "¡Viva el Rey!"

Estoy resuelta a averiguar qué están tramando. No sé por qué, pero la suerte de los "insurrectos" me preocupa cada vez más. Y ya no estoy tan segura de quién quiero que gane.

Noviembre 13,
antes de cenar.

Hice bien en sacar anoche los zapatos de tío Ramón. Porque hoy, cuando almorzábamos, sonaron unos aldabazos en la puerta.

Clorinda corrió a abrir y en seguida regresó diciendo excitada:

—¡Soldados, amo..! ¡Andan juntando cosas para el ejército..!

—¡Echalos! —estalló tío Pedro.

—¡No! —lo contuvo tío Ramón—. Eso sería confesar abiertamente que somos realistas...

—Tienes razón —resopló el tío Pedro—. Pon algunas ropas viejas en una canasta, Clorinda, y dásela.

—Sí, amo —a Clorinda se le ensanchó el rostro.



—Yo te ayudaré —le dije.

Y antes que pudieran atajarme me fuí tras la negra.

Ya en mi cuarto envolví los botines de tío Ramón en una pañoleta vieja y me reuní con Clorinda. Esta, con celeridad muy sospechosa, ya tenía listo un fardo tremendo.

Fuimos las dos hasta la puerta. Y me encontré con lo que no imaginaba: ¡allí estaban, esperando, el soldado Velázquez y el sargento de los bigotes!

—La patria les agradece —dijo el sargento haciendo sonar los tacos— Toma la canasta, Mario...

Pero el soldado no le obedeció: se había quedado mirándome, con los ojos muy abiertos...

—¡Cabo Velázquez! —estalló el sargento—. ¡Tome esa canasta!

Mario, digo: el soldado, dejó de mirarme y se abalanzó sobre la canasta.

Un momento después se alejaban marcando el paso.

Quedé contenta porque ahora Mario, digo: el cabo Velázquez, no andará con los zapatos rotos.

Con tal que tío Ramón no se dé cuenta...

¡Y con tal que nadie me descubra en lo que haré dentro de un rato!







Aunque hice mal en preocuparme, porque tío Ramón me ayudó a salir y me acarició sonriendo.

—Un poco más —me dijo —y los realistas te hacen prisionera...

—¿Cómo los realistas? ¿Y tú qué eres, tío?

—He cambiado de manera de pensar, Carmencita. He hablado con alguien que me enseñó lo que esta guerra es... Una guerra entre hermanos y no una guerra entre españoles y americanos; una lucha entre liberales, que aspiran a la igualdad entre los hombres, y reaccionarios, es decir, los que desearían que los ricos, los poderosos, siguieran oprimiendo al pobre para siempre...

—¿Quién te dijo todo eso?

Me miró muy serio y dijo:

—Sé que podrás guardarme el secreto, para algo eres una criolla... Quien me explicó todo es el general San Martín...

—¡¿Quién?!

—Sí, Carmencita, el general... Me mandó llamar y, en unas cuantas visitas nocturnas, me convenció. Habla con tal convicción, con tanta claridad, con tanto fuego que es imposible no seguirlo. Desde que me habló soy otro hombre; ahora comprendo muchas cosas que antes no entendía. Y, sin que nadie lo sepa, estoy ayudando al ejército...

—A papá le hubiera gustado oírlo...

Volvió a mirarme, más serio aún que antes, y agregó:

—Ahora puedo decírtelo, Carmencita: tu papá y San Martín son muy amigos, tienen las mismas ideas. Se conocieron en Buenos Aires y hace dos años que tu papá trabaja para el general. Los negocios eran pretextos con que nos engañó a todos; lo que hacía era ir y venir de Chile con informaciones... El general aprecia mucho a tu padre, Carmencita...

Mientras hablaba, sentí como que un gran nudo se me aflojaba en el pecho. Y tuve necesidad de llorar y de que él me abrazara, ya que no estaba allí papá para hacerlo...



¡Qué feliz, qué raramente feliz me he sentido! ¡Poder querer con todas las fuerzas este cielo, esas montañas, este aire que huele a jazmín, todo lo que hasta ahora me decían que no tenía que querer porque había que querer a España y a su rey!

Ahora estoy contenta también, pero a la vez siento un miedo grandísimo. Papá está en Chile, es un agente de San Martín... Si lo descubren los realistas... Bueno. Mejor es no pensar

Noviembre 23

HE pasado varios días sin escribir porque estuve ocupadísima. Convinimos con tío Ramón en que yo, aunque a tío Pedro y a tía Concepción no les guste, empezaría, como cosa mía, a hacer todo lo posible por ayudar al ejército. Junto con las esclavas de tío, que son cinco, empezamos a coser uniformes con tela que los soldados reparten. Es una tela dura y áspera, como que la hacen aquí mismo, en un batán improvisado con un molino, pero es muy fuerte.

¡Hay que ver las ganas con que trabajan las esclavas! Saben que son uniformes para hombres que morirán por la libertad de todos, y trabajan como si en ello les fuera la vida...

Tío Pedro y tía Concepción no dijeron nada. Claro, no podían decir nada, porque si no la gente se daría cuenta de que no desean el triunfo de los "insurrectos", como les llaman a los patriotas. Me dan mucha lástima;





quisiera explicarles que están equivocados, pero tío Ramón me dijo que no es posible, que son demasiado viejos para cambiar.

Al día siguiente de la famosa noche del arcón, tío Ramón les dijo a tío Pedro y a don Félix que había sabido se sospechaba de todos ellos y que era mejor dejarse de conspirar durante un buen tiempo. Mejor así; ¡sería horrible tener que denunciarlos!

Dejo porque estoy cansadísima. ¡Cómo agota coser uniformes!

Diciembre 15

ME caigo de sueño. Fuí con Clorinda al Plumerillo, a llevar uniformes. ¡El camino parecía una romería con tanto ir y venir de gente con cosas para el ejército!

El Plumerillo, el lugar donde el ejército ha levantado el campamento, es un llano, al norte de la ciudad, a cosa de una legua.

Diciembre 20

CADA vez trabajamos más. Ahora han pedido que las familias preparen vendas e hilas, y nos pasamos el día deshaciendo cuanto trapo encontramos.

Estoy contenta porque hasta tía Concepción vino a ayudar: dijo que preparar vendas para los heridos es mejor que coser uniformes.

Diciembre 26

LA Navidad fué celebrada con más ganas que nunca: en todas las casas se ha rezado por el ejército, porque



la campaña de Chile termine pronto, porque el viento de la cordillera se apiade de nuestros soldados...

Es raro, pero cuando pienso en el ejército pienso en Mario. Anoche me acordé mucho de él, y me he dado cuenta de que sería espantoso que le ocurriera algo. Tan joven, con esa cara casi de chico, ¡y me lo han hecho cabo!

Pensé también en los compañeros de Mario. Y, sobre todo, en papá. ¡Si al menos supiera que algún día volveré a verlo..!

Diciembre 29

Hoy sí que desearía que mamita estuviera conmigo. ¡Con cuántas ganas la abrazaría y le contaría todo lo que me pasa! Ella me entendería y me ayudaría a comprender lo que ni yo misma comprendo...

Como otras veces, salí en el cochecito para llevar hasta el Plumerillo un gran fardo de vendas e hilas.

Esta vez fuí sola porque Clorinda estaba con dolor de muelas.

Entregué en la barraca de la Sanidad las vendas y las hilas y cuando salí encontré a un cabo parado, muy tieso, al lado del cochecito: ¡era Mario!

—Le estaba cuidando el caballo —dijo mirando para otro lado—. Se estaba impacientando...

—Sí. Es muy arisco —admití, aunque el pobre tordillo jamás supo lo que es un corcovo.

—¿Sabés una cosa? —dijo de pronto, casi como enojado—. Faltan pocos días para la partida y yo...

Se atrancó y quedó mirándome. Tragó saliva y siguió:

—¡Y yo quisiera llevar un recuerdo, como llevan todos los soldados! —terminó de prisa, atropellando las palabras.

—¿Un recuerdo? ¿Y eso le preocupa? ¡Hay tantas cosas que se pueden comprar en Mendoza!

—No es un recuerdo cualquiera lo que necesito... quisiera llevar... ¡un recuerdo tuyo!

Me puse colorada, pero me gustó muchísimo. Desaté la cinta de terciopelo que llevaba al cuello y se la di.

—¡Gracias! —murmuró.

He vuelto a la ciudad sintiéndome muy contenta y a la vez con unas ganas locas de llorar; por eso quisiera que mamita estuviera viva. Porque la idea de que un soldado del Ejército de los Andes lleva mi cinta al pecho me llena de un orgullo grandísimo. Pero a la vez pienso que puede pasarle algo, en todos los peligros que le esperan en Chile y, entonces sí, me cuesta mucho aguantar las lágrimas.

Enero 1

Me llamaron de casa de los Olazábal. Tía Concepción les dijo, parece, que yo sé bordar muy bien, y quieren que las ayude.

—Claro que no podemos pagarte por el trabajo —me dijo la señora Laureana.

—¿De qué trabajo se trata, señora?

—De ayudarnos a bordar la bandera del ejército...

Si hubiera sido de mi edad le pe-



go. ¡Como si yo necesitara paga para bordar nada menos que la bandera que guiará al ejército!

Me llevó a la sala, donde había otras señoras jóvenes, entre ellas también la señora Remedios, ¡la esposa del general! Y en seguida nos preparamos para trabajar.

—Lástima que la tela sea sarga y no seda —se quejó una de las señoras, una gordita muy arreglada.

—Era la única del color adecuado —dijo la señora Laureana.

—Sí —intervinó otra, Dolorcitas—. La encontramos justo en la última tienda que quedaba por revisar. En una calle de nombre romántico, ¡calle del Cariño Botado!

—Basta de charla y a trabajar —dijo la señora Laureana y se levantó- ¡El general quiere jurar la bandera e día de Reyes, así que tenemos apena cinco días!

—No podremos hacerla —dijo l gordita y nos miró desalentada—. Hacen falta muchas cosas que sólo se encuentran en Buenos Aires. ¿De dónde sacaremos, por ejemplo, las lentjuelas para el escudo, los hilos de colores, las perlas. . ?

—De las lentejuelas me encargo y —repuso Laureana—. Las sacaremo de mis abanicos. El óvalo y el sol de escudo los adornaremos con los diamantes de la roseta de mamá.

—También las perlas de mi colla servirán para adornarlo —dijo la señora Remedios.

No sé por qué, aquí tuve ganas d llorar. ¡Remedios, la esposa del general, daba hasta sus perlas para la bandera!

No se discutió más y nos pusimos a trabajar.

Enero 4

TODOS estos días estuve muy ocupada con la bandera. Me duelen los ojos de tanto bordar, pero vamos saliendo adelante. Claro que, como lo previó la señora gordita, tropezamos con muchas dificultades. El dichoso óvalo del escudo, por ejemplo.

—Si el óvalo sale mal, la bandera hará reír a la gente —decía Laureana, desalentada—. ¿Quién podría dibujar un óvalo perfecto?

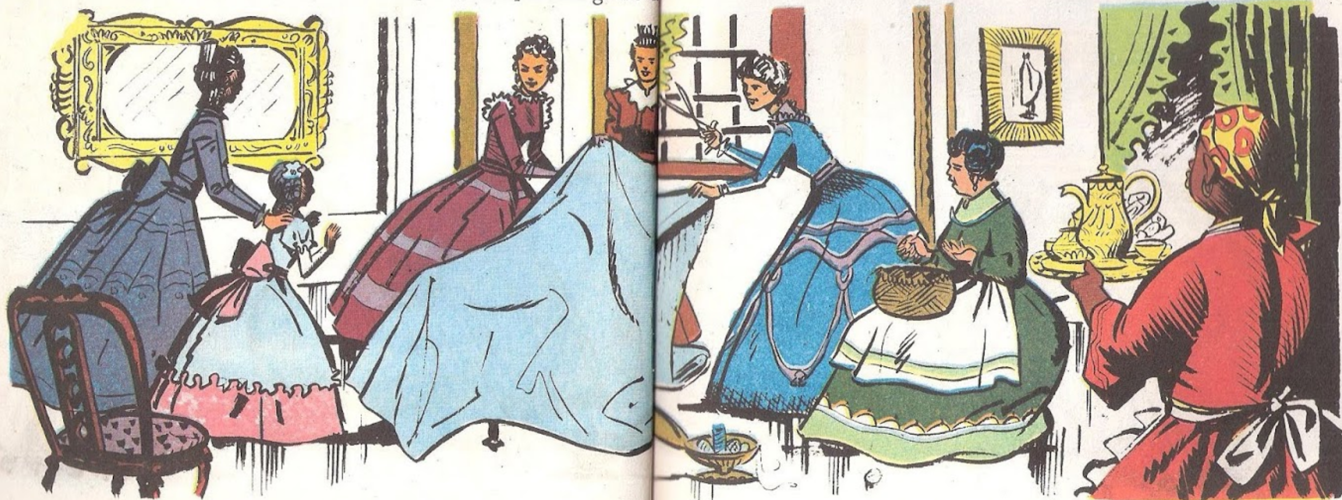
—No se preocupen —intervino Dolorcitas, que se da idea para todo—. ¡Pondremos una bandeja sobre la bandera y le pasaremos un lápiz alrededor!

También fueron un problema las manos del escudo:

—¡Tienen que ser de color carne y sólo tenemos hilo rojo! —dijo la gordita con ganas de llorar.

—No te aflijas —se rió Dolorcitas— que es impagable—. Herviremos el hilo rojo en lejía, ¡y ya verás qué lindo color carne nos queda!

Así, una por una, se han ido venciendo las dificultades. Ahora el único problema es el tiempo. ¡Pero qué problema! ¡La bandera tiene que estar lista para pasado mañana temprano y falta tanto todavía. .!



ERAN LAS DOS Y MEDIA DE LA MADRUGADA DEL DÍA SEIS CUANDO DIMOS LAS ÚLTIMAS PUNTADAS. LA BANDERA ESTABA TERMINADA...



SALÍ DE LA CASONA, DESPUÉS DE LAS TRES. LA BUENA CLORINDA ME ACOMPAÑÓ. ¡TENÍA YO TANTO SUEÑO QUE NI SÉ CÓMO LLEGAMOS A CASA!





ERA, SÍ, AQUEL ESPAÑOL EXALTADO. ESTABA PASANDO UNOS DÍAS EN CASA...

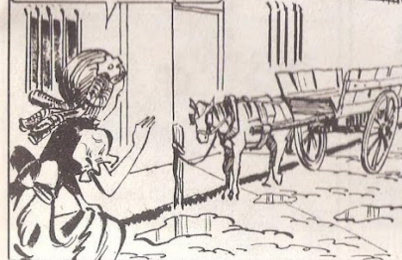






NO TENÍA A NADIE A QUIEN RECURRIR: TÍO RAMÓN ESTABA EN SAN RAFAEL. PODÍA CORRER A LA POLICÍA, PERO ¿QUIÉN ME HARÍA CASO? ANTES...











NUNCA OLVIDARÉ AQUELLA CARRERA NOCTURNA. LAS MONTAÑAS, ALLÁ LEJOS, PARECÍAN UN PRESAGIO SINIESTRO...





















Enero 17

He estado enferma, muy enferma. Tanto, que el doctor Paroissien, el médico inglés del ejército, dijo que no podían llevarme a casa, que había que atenderme en el campamento.

Todo esto lo supe hace poco, porque he pasado no sé cuántos días sin darme cuenta de nada. Y tan débil estuve que recién ahora puedo escribir.

Seguro que el doctor se enojará si me ve hacerlo, ¡pero tengo que hacerlo!

Porque hoy pasó algo tan extraordinario que me pareció un sueño maravilloso...

El mismo doctor me alzó esta mañana y me puso en una silla de ruedas. Y me llevó por entre las tiendas al gran espacio que hay en el centro.

—Quiero que veas la partida de las tropas, Carmencita —me dijo.

Se oyó un redoble de tambor, imponente, acompasado.

¡Una masa de infantería, una mole azul, erizada de fusiles, surgió del fondo del campamento!

—Es la división del general Las Heras —me explicó el doctor—. Parte hacia Los Patos, el paso que lo llevará a Chile...

Las lágrimas hicieron borrosas las figuras de aquellos soldados que marchaban con resolución tremenda, como si estuvieran a la vista del enemigo. ¡Iban a iniciar la gran empresa de cruzar los Andes, de llevar la libertad al territorio vecino!

Una tras otra pasaron las compañías con movimiento exacto, preciso.

De pronto lo reconocí: allí al costado de su guerrilla venía Mario, el cabo Mario Velázquez. Llevaba mi cinta en el pecho, atada a un botón.

—¡Mario! —le grité.

Durante un instante me miró. Quise saludarlo con la mano, pero otra vez miraba ya al frente, hacia la montaña enorme que aguardaba allá, blanqueando sus nevados al sol.

Pasó la infantería de Las Heras, pasó un cuerpo de caballería, pasaron los carros, las mulas, la artillería, los complicados aparejos para vencer los pasos difíciles de la cordillera, los carros de la sanidad...

Y se perdieron por fin a lo lejos: ya estaban en camino del peligro, camino de la cordillera, camino de Chile...

¿Qué podía hacer yo, sino llorar?

Lo mismo que hago ahora. Llorar por tanto bravo que va a caer. Y temblar por Mario. Y por papá, que está allá tras la montaña, en pleno territorio enemigo, en el puesto quizá el más difícil de todos...

Lloro, sí, pero no sólo de tristeza.

¡Lloro también de orgullo, de orgullo por esta patria que está naciendo por el esfuerzo de todos!

Febrero 14

¡¡Acaba de llegar la noticia maravillosa!!

¡El ejército de San Martín deshizo a los realistas en Chacabuco!

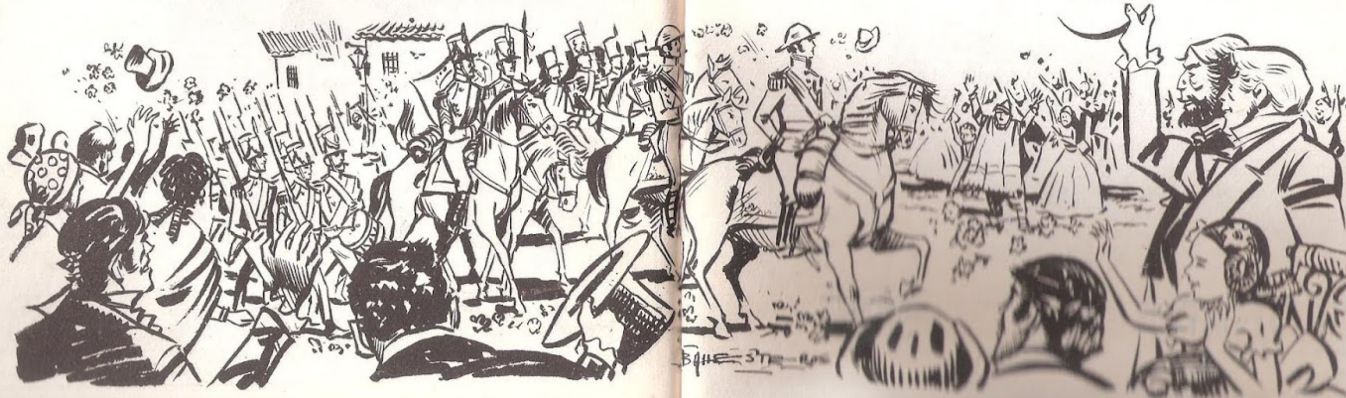
No se saben detalles, pero parece que la victoria ha sido completa.

Todavía me duele el cuerpo por el apretón que me dió tío Ramón cuando trajo la noticia.

¡Ahora soy yo quien se queja porque San Martín se llevó los cañones..! ¡Nos ha dejado sin campanas para saludar la victoria!

Y no sigo porque ha venido Clorinda a avisarme: ¡habrá fuegos de artificio en la plaza y ya se oyen tambores y gritos..!

Me voy. Entre toda la gente que se alegra tanto con la noticia me parecerá estar más cerca de papá... y de Mario.



El diario de mi amiga

Lola



Historietas y cuentos completos

Lunes 1

Parece que el verano se acaba. El calo

¡Ay! ¡Qué tonta soy! ¡Justo con un borrón tenía que empezar mi diario!

El calor ya no ¡Otro borrón! No, así no puedo escribir. Nuestra casita se mueve demasiado. Voy a esperar hasta que...

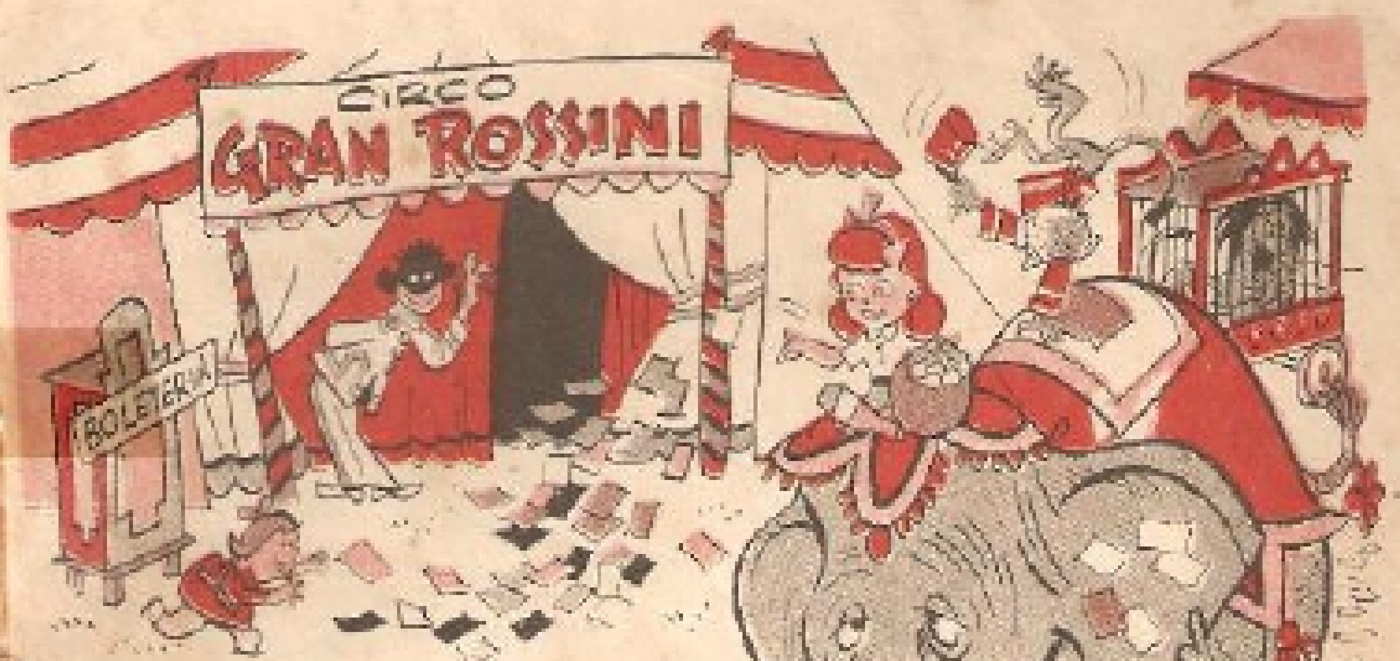
Empiezo de nuevo. La casita ya no se mueve porque paramos al lado de una linda pradera. Todos bajaron y se estiraron sobre el césped menos yo. Porque es primero de marzo y juré empezar hoy mi Diario. Por eso me quedé en la casita. Es decir, "casita" la llamo yo. Los demás siempre dicen "el coche". Pero me parece injusto porque... ¡coches hay tantos! Pero sirven solamente para ir de un lado a otro mientras que en el nuestro vivimos, dormimos, cocinamos y hasta escribimos. Por eso la llamo "casita" y no me importa si alguien se ríe.

Porque hay alguien que se ríe de mí. Se llama Pem... ¡Pero no! No quiero comenzar mi Diario con cosas desagradables. Papito dice que en el circo hay que ser amigo de todos, que si no, no se puede trabajar bien.

Tengo que interrumpir porque seguimos viaje. ¡Qué lástima! Todavía no anoté lo más importante: que nuestro circo se llama "GRAN ROSSINI", igual que mi papá. Que él es el director y además el domador de leones. Y que soy su hija y...

(¡Oh! ¡Ya se pone en marcha la casita!)... me llamo Lola y soy y soy **equilibrista.**







A las 6 de la tarde

¡Hemos llegado a la ciudad! Papito ya ha alquilado un solar baldío y los peones están levantando el toldo del circo. ¡Qué alegría! ¡Por fin podré trabajar otra vez sobre la cuerda!

Martes 2. Mediodía

Recién vuelvo del desfile de nuestro circo por las calles de la ciudad. Siempre lo hacemos para anunciar la primera función. Hoy me resultó más divertido que nunca: Mahiva, el negro, me dejó montar sobre la cabeza de Do, uno de los tres elefantes. Y no solamente a mí sino también a Celestino, mi monito. ¡Cuántas gracias hizo! Los chicos saltaban y gritaban de alegría cuando pasábamos.

La señora Lung me llama para almorzar. ¡Qué buena es! Siempre nos prepara la comida y eso que trabaja de trapecista. Además es china.

Después de la cena

Me pasé toda la tarde sobre la cuerda: ensayé mis pruebas de equilibrismo para que todo salga bien en la función de mañana. Ahora estoy cansada. Daré de comer a Celestino y después..., ¡a la cama!

Importante: Celestino se llama así porque tiene los ojos celestes como dos nomeolvides. Mario y Timoteo, los payasos, me lo regalaron para mi cumpleaños y no trabaja en el circo.

Miércoles 3

¡Ha ocurrido algo! Algo terrible, y tengo miedo de que sigan ocurriendo cosas. ¡Y todo por unos terrones de azúcar!

La culpa la tiene Pompo Pompone, el domador de los osos. Es un hombre muy malo. ¡Sí! ¡Ahora lo digo! Aunque papito diga que su número es el mejor de todos. Claro que es muy divertido ver cómo Fritz y Franz, los osos, bailan la milonga, juegan en un "sube-y-baja" y hasta corren una carrera con patines. ¡Pero hay que ver cómo los trata Pompone para que hagan todo eso! Les pega con su látigo, les grita y lo peor es que antes de cada función los deja todo el día sin comer. Después, durante la prueba, les da unos terrones de azúcar como cebo. ¡Y claro! Fritz y Franz obedecen todas sus órdenes para calmar un poco el hambre.

Ahora bien: resulta que hoy, justo





antes de la función de las tres, pasó por la jaula de los osos Ling, el hijito de la señora Lung. Es malabarista y eso que sólo tiene seis años. Es un chico muy bueno, y cuando vió llorar de hambre a Fritz y Franz les arrojó todo el azúcar que había en la caja que Pompone deja al lado de la jaula.

¡Bueno! Cuando comenzó la función Fritz y Franz, felices y contentos con todo el azúcar que habían comido, ni quisieron entrar en la arena. El cebo de Pompone no los atraía para nada y apenas se movieron sobre los patines. Bien que mal Pompone terminó su número y salió de la pista. ¡Pero estaba tan furioso que daba miedo! Agarró a Ling y le preguntó si él le había dado el azúcar a los osos. Ling estaba por confesar y Pompone ya había levantado su enorme manaza para pegarle una tremenda paliza cuando yo pasé...

—¡Suelte a Ling, don Pompone! —le grité—. ¡Yo tengo la culpa!

¡Cómo me miró Pompone! ¡Parecía un ogro!

—No le voy a pegar a una chica —dijo, y sus labios temblaron de rabia—, pero ya que me arruinaste mi número me vengaré. ¡Verás!

Y se fué echando maldiciones.

¿Qué hará Pompone? Dentro de media hora comienza la función de la noche. ¡Tengo un miedo!





Jueves 4

ANOCHE no pasó nada. Yo había contado todo a papito y él me tranquilizó, revisó si estaba bien atada la cuerda y me dió un beso. Tuve mucho éxito con mi número. Pero aún tengo miedo de que Pompone me haga una mala jugada. El jamás se olvida de las cosas.

A la tarde

Salvo que Pompone no habla con nadie todo sigue como de costumbre: lo más bien y lo más alegre. Después de terminar mi número en la "matinée", cuando ya estaba por salir de la pista, me atajaron Mario y Timoteo, los payasos...









Viernes 5. A medianoche

¡Lo hizo! ¡Esta noche, en la función! Es decir, quiso hacerlo, quiso vengarse y . . .

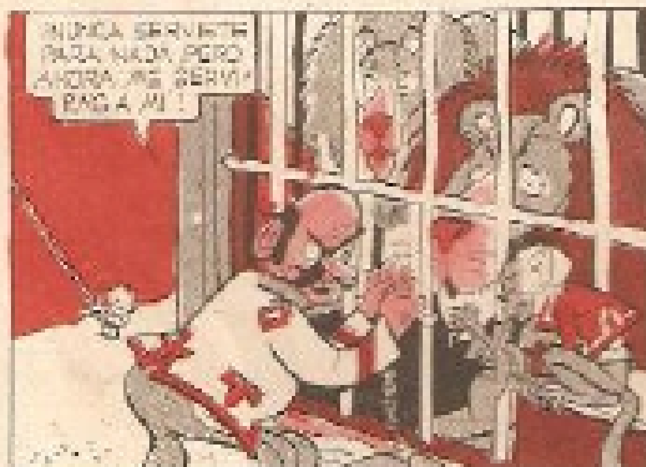
La venganza de POMPONE

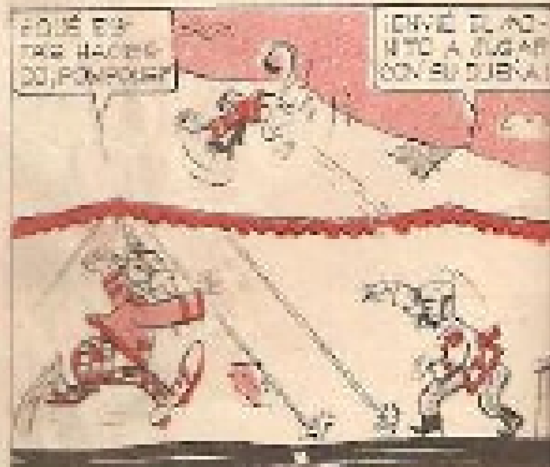






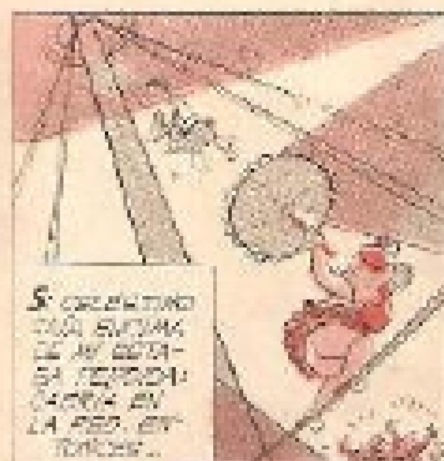






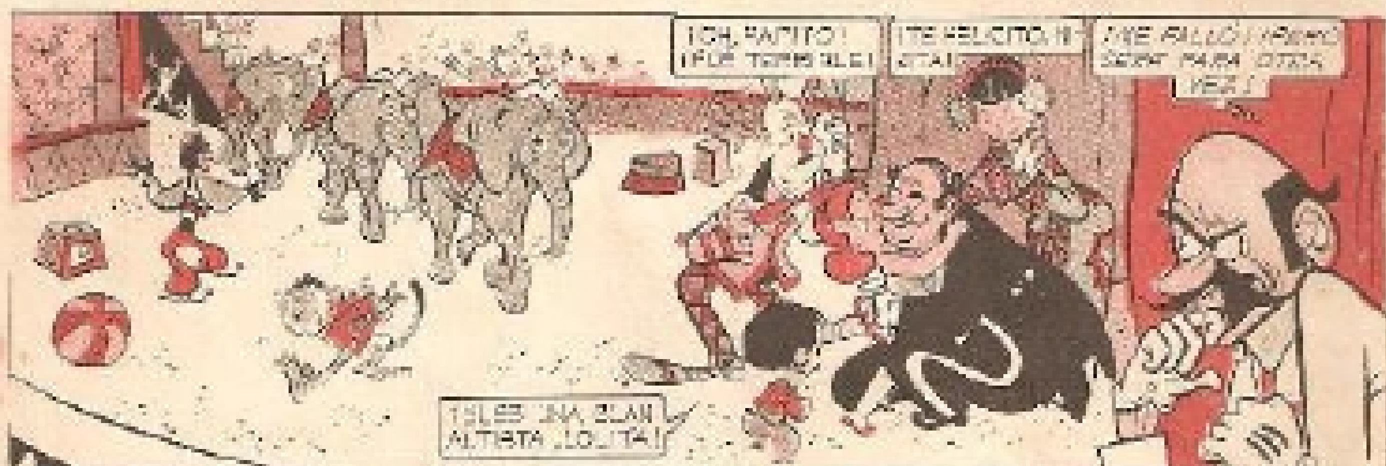












Sábado 6

Todos dicen que es una barbaridad lo que Pompone me ha hecho anoche. Y papito dice que es una infamia que un artista quiera hacer daño a otro. Esta mañana lo citó en el coche que dice "Administración". Yo estaba afuera y no entendí lo que le decía. Sólo oí cuando Pompone gritó: "¡Bueno, Rossini! ¡Si le parece me voy hoy mismo! ¡Pero vamos a ver cómo se arreglará sin mí!"

Domingo 7

¡Anoche se fué! Estuve espiando por la ventana de mi casita para ver cómo se marchaba el gran Pompone, cabizbajo y sin el adiós de nadie. Pero, ¿qué vi? Salió sentado en un tractor y se llevaba la jaula con los osos y detrás otra jaula con Coriolano, uno de los leones.

En seguida corrí a avisar a papito que Pompone estaba por robar nuestros animales, pero él me dijo:

—No son nuestros, Lolita.

Al principio no entendí. Pero ahora sí que entiendo: Fritz y Franz pertenecen a Pompone. Cuando papito lo contrató los trajo consigo y ahora, claro está, se los lleva. Yo no lo sabía...





Por la noche

Desde que Pompone se llevó a Coriolano, Fidelio quedó como mosca muerta. Siente tanta nostalgia de su compañero que no tiene ganas de hacer nada. Esta noche no quiso saltar a través del arco de fuego. El público silbó de descontento y papito hizo un papelón. Yo lloré de pena... ¡No sé cómo seguiremos trabajando!

¿Adónde se habrá ido Pompone con sus osos y su león?

Lunes 8

Esta tarde no pudimos empezar a tiempo con la función. El Maestro Fermato no encontraba su batuta por ningún lado. Buscamos y buscamos por todo el circo y al final yo la encontré. . .



Martes 9

En mi vida había visto un hindú. ¡Pero hoy vi uno! Se presentó en el circo para mostrar sus pruebas. Es faquir y se llama Béngalo. Sabe hacer cosas impresionantes: se acuesta sonriendo sobre una cama con púas tan agudas que dan miedo. También se traga unos sables duros y largos sin masticarlos siquiera. Hizo todo eso y por último sacó una flauta y una



canasta. Empezó a tocar y de la canasta salió una serpiente que bailó y bailó hasta que Béngalo dejó de tocar. Timoteo me dijo que esto se llama "encantar serpientes". A mí también me encantó. A todos. Y papito lo contrató para sustituir el número de los osos.

Nota: La serpiente se llama Tatiana, la bailarina.

Miércoles 10

PAPITO me envió a la imprenta para buscar los nuevos programas. El dueño de la imprenta no estaba pero atendía su hija. ¡Qué chica más simpática! Tiene diez años — como yo — y se llama Nieves. En seguida me mostró los programas. ¡Casi me desmayo! Ahí decía, con letras bien negras y grandes:



programa para el

GRANDISIMO Y UNICO CIRCO

POMPONE

ATRACCION MUNDIAL:

FRITZ y FRANZ

los osos que patinan...

—¡Tu papá se equivocó! — le grité a Nieves —. Nosotros nos llamamos "Gran Rossini" y no. . .

—¡Es verdad! — dijo Nieves —. Te di los programas de Pompone. ¡Disculpa! Aquí están los de Rossini. . .

Tomé los programas y salí corriendo sin despedirme siquiera de Nieves. En las calles vi ahora grandes carteles que también anunciaban al "GRANDISIMO Y UNICO CIRCO POMPONE".

Llegué al circo sin aliento y entregué los programas a papito. Y también uno de Pompone. ¡Nunca vi a papito tan serio! No dijo nada; es decir, dijo que me fuera a jugar con Celestino.

Pero, ¿cómo podía jugar?



Por la noche

Pompone nos quiere hacer la competencia. Esta noche inauguró el circo y mucha gente fué para ver a Fritz y Franz. A nosotros nos comenzó a faltar público.

¡Hay que hacer algo! No sé qué, pero... ¡hay que hacer algo para el "Gran Rossini"! Porque es el mejor circo del mundo. ¡Sí, señor! ¡**El mejor de todo el mundo!**

Jueves 11

ESTA mañana papito reunió a todos los artistas en la arena y dijo:

—¡El único medio de superar al circo de Pompone es que todos nos esforcemos en inventar nuevos números que dejarán vacío al nuevo circo!

Todos aplaudieron y gritaron: "¡Viva Rossini!".

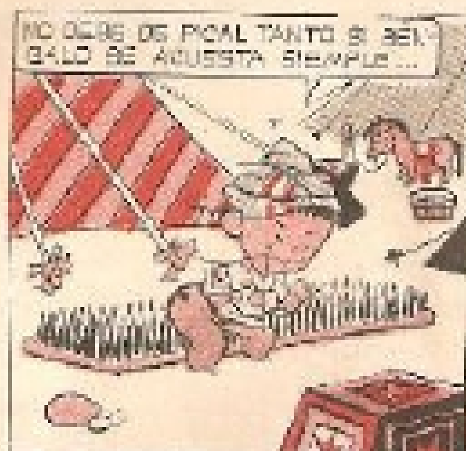
No sé si se referían al circo o a papito, pero las dos cosas me parecen bien.



Por la tarde

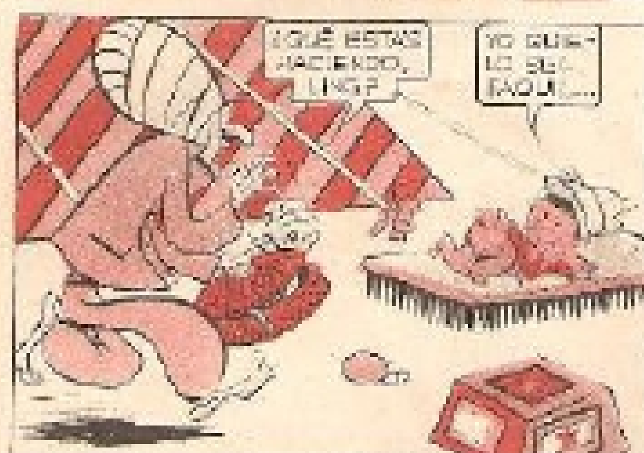
Todos están ensayando, discutiendo y probando cosas nuevas. Sólo yo no hago nada y me muero de rabia. Todavía no se me ocurrió nada nuevo. Absolutamente nada.

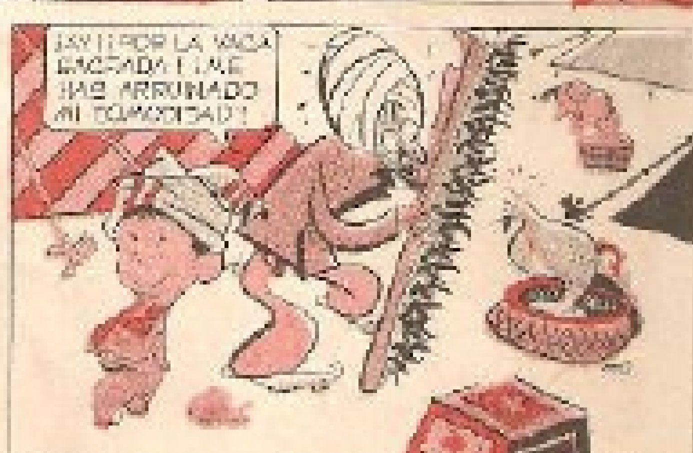
¡Hasta Ling quiso hacer algo! ¡Y nada menos que de faquir!











Viernes 12

Hoy vino a visitarme Nieves. ¡Qué alegría! Es una amiga de veras porque dijo que se procupó por mí cuando el otro día disparé como una bala con los programas. Yo le conté lo de Pompone y del discurso de pepito y que a mí no se me ocurrió ninguna prueba nueva. Entonces ella me dijo:

—¿Por qué no le enseñas algo a tu monito? No será tan tonto...

¡Qué idea! ¿Cómo no había pensado yo en Celestino, que siempre está a mi lado? Abracé a Nieves. Y ya sé lo que le voy a enseñar a Celestino: si lo hace bien... ¡adiós, Grandísimo Pompone!

Mañana mismo comenzaré con las lecciones de Celestino. ¡Estoy tan contenta!



Sábado 13

No lo cuento a nadie. Absolutamente a nadie. Tiene que ser una sorpresa.

Es decir, a Mario se lo dije porque lo necesito como ayudante. Como actor, mejor dicho: él hace el papel de mozo que sirve al caballero Florestán... ¡Bueno! Lo escribiré después porque ahí viene Mario y tenemos que conseguir el traje para el caballero Florestán.

Por la tarde

¡Celestino es un genio! Hicimos el primer ensayo y él aprendió todo en seguida. Hace el papel de Florestán como si fuera un millonario de verdad. Entra apurado en la arena (que representa un restaurante) con un ramo



de flores; se sienta a la mesa y con una campanita llama al mozo (que es



Mario). Elige un plato del menú. El mozo se lo trae y él se lo come con cuchillo, tenedor y servilleta. Y mientras come (eso es lo más difícil de enseñarle) mira muchas veces un



enorme reloj que saca del bolsillo de su pantalón, como si estuviera muy apurado. Y tiene que estar apurado porque... ¡no! No cuento cómo sigue la prueba. Quizás no la hago y quedo en ridículo.



Pero si la hace, si la hace... ¡nuestro circo se llenará nuevamente hasta el tope!

Domingo 14

En mi vida me reí tanto como hoy. Nuestro programa cuenta con un nuevo número. Lo hace papito con... ¡hum! ¿Cómo explicarlo? Es así:

El camello JOROBÍN















Lunes 15

Conseguí un traje oscuro para Celestino. ¡Y con corbata colorada! Nieves se lo pidió a su hermanito Jorge y a Celestino le queda perfecto. ¡Qué familia la de Nieves!

Esta tarde seguiré el ensayo.

Por la tarde

¡¡¡Lo hizo!!! ¡Celestino subió a la cuerda y caminó hacia mí!

Por la noche

¡Noticia bomba! Fidelio actúa otra vez. Desde que Coriolano se fué Fidelio no comía ni nada. Pero papito le estuvo hablando todos los días, acariciándolo y animándolo. Y parece que al fin ha comprendido cuánta falta hace su número en el programa.





Es decir, por el arco de fuego no salta sin Coriolano, pero hace otra cosa muy divertida: ¡juega al tenis con papito!

Martes 16

Hoy no pude ensayar nada con Celestino. Hice de ama de casa pues la señora Lung está enferma.

Vino Nieves y me preguntó si mi mamita no se encargaba de la cocina. Pero mi mamita murió hace tres años. Le conté mucho de ella a Nieves. También era equilibrista y me lo enseñó a mí. ¡Era tan linda!. . .

Nieves me ayudó a preparar la cena. Hicimos un:

BUDÍN CHINO



Nota: Con una crema encima queda riquísimo.

La receta es de la señora Lung. Lo preparamos así:

Hervimos a baño María 4 tazas de leche y le agregamos ½ taza de arroz lavado.

Lo cocinamos durante una hora en el baño María, revolviéndolo de vez en cuando.

Después le echamos ½ taza de pasas de uva y ½ taza de azúcar y un poquito de sal.

Y lo seguimos hirviendo hasta que el arroz estuvo a punto.

Lo colocamos en una fuente de vidrio y lo servimos con la compota de orejones que quedaba de ayer.





Béngalo dijo que el budín era más rico aún que sus sables.

Miercoles 17

¡Mañana estrenamos la prueba con Celestino! La llamo:



Cita en el aire del caballero

Florestán, después de haber comido en el restaurant, se encuentra conmigo en la mitad de la soga. Me obsequia un ramo de flores y me invita a bailar el vals que compuso el Maestro Fermato y que se llama "El caballero de la cuerda".

Esta mañana hicimos el ensayo general delante de papito y de los demás artistas. ¡Fué realmente una sorpresa! Tal vez parezca engreída escribiendo esto pero oí que papito le dijo a Mario que nuestro número era "lo más precioso que había visto en el mundo circense. Y que seguramente salvaría al "Gran Rossini"...

Aunque tengo un presentimiento...

Esta mañana, mientras ensayába-



o Florestán con la niña Lola

mos, vi que por una hendija del toldo se asomaba una cara muy conocida. Nieves también la vió y dijo que era la tercera vez que encontraba espiando a... ¡Pompone!

Jueves 18

Estoy muy nerviosa: hoy es mi día. Papito me regaló para el debut un par de zapatillas de seda rosada.

La señora Lung ya sanó y hoy va a inaugurar el "salto mortal"...

Celestino es el único que no pierde la calma. ¡Ojalá no pierda las flores o el cilindro o que él mismo no se caiga!... ¡No! Mejor que no siga escribiendo porque estoy poniendo tonterías de puro nerviosa.

Por la noche



¡Podría llorar! Y LLORO. ¡SI! ¡LLORO, LLORO Y LLORO!

Y no me da **vergüenza. ¡El circo estaba vacío!** ¿Y por qué? ¡Vayan a la calle! ¡**Miren los muros**! Lean los carteles que dicen:

> **GRANDISIMO Y UNICO CIRCO POMPONE**
>
> **Hoy, primera representación de la emocionante prueba: "Cita en el aire del caballero Fritz con la niña Francisca".**

¡Canalla! ¡Bandido! ¡Ladrón! Ahora sé por qué vino a espiar: para imitar mi prueba con sus malditos osos. Nieves fué a su circo y me lo contó: un oso, **sobre** la cuerda, le entrega **torpemente** un ramo de flores de papel al otro. ¡Y eso que la niña Francisca no es sino el oso Franz vestido de mujer!

¡Y todos **aplauden**! Todos creen que esa prueba es **un** invento de Pompone. ¡Y es **mía, mía, mía**!

¡Oh, qué rabia tengo! ¡Qué rabia!

Viernes 19

¡No, no y no! Todo puede suceder menos que papito venda a Fidelio. Dice que no hay suficientes entradas para pagar a los artistas. ¡Entradas hay! ¡Quinientos talonarios de entradas!' Pero **nadie** las compra. Sea como sea, Fidelio no se vende. Lo decido yo y ya sé lo que voy a hacer...

Por la tarde

Hablé con todos. ¡Qué gauchos son!

"¡Por supuesto!" me dijeron. "¡Para Rossini **cualquier** cosa!"

Y durante el **almuerzo** Timoteo se levantó y, dirigiendo la palabra a papito, dijo que los artistas del "Gran Rossini" trabajarían **sin sueldo** hasta que la **situación** mejorara.

Papito estaba muy conmovido. Me di cuenta porque se atragantó. Luego dijo **que** aceptaba, pero **que** lo devolvería todo doble, triple, cuádruple...

¡Comienza la lucha de circo a circo! ¡Rossini **contra** Pompone!

Mahiva dijo que se le ocurrió una prueba **sensacional** con Pe, Sa y Do, sus elefantes. La señora Lung se ha propuesto hacer el doble salto mortal que son **seis vueltas en el aire**.

¿Y yo? Tengo que inventar una prueba que Pompone no pueda copiar con sus osos por más que espíe. Estoy pensando...

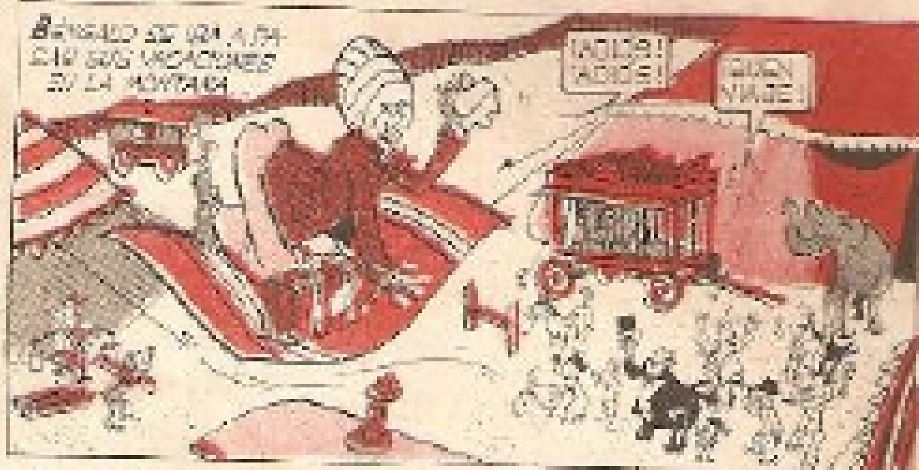
A la noche

Nieves vino en bicicleta —para llegar antes— y me **anunció** que su papá no nos cobrará la impresión de los nuevos programas: ¡Qué amigos!

Sábado 20

Me dormí casi a las 4 de la madrugada por pensar en mi prueba. Y tuve una **pesadilla**...

La flauta MAGICA















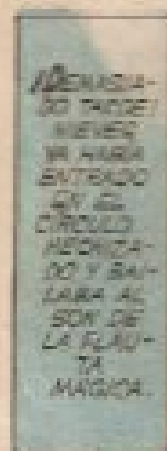





¡JO, JO, JO!
¡JA, JA, JA!

Pero al rato...
¡CÓMO SE ESTÁN RIENDO AFUERA!
¡MARIO ESTARÁ CONTANDO UN CHISTE NUEVO! ¡VAMOS A VER!

¡Qué cuadro se nos presentó!

¡HAY QUE QUITARLE LA FLAUTA A TA... JA... TATIA... JA, JA... TATIANA... JA, JA, JA!
¡NO TE ACERQUES...!

¡Demasiado tarde! Nieves ya había entrado en el círculo hechizado y bailaba al son de la flauta mágica.

¡HAY QUE BUSCAR A BENGALO!

¡MENOS MAL QUE TENGO LA BICICLETA DE NIEVES!
¡LOLITA! ¡NO ME DEJES EN ESTE LOQUERO!

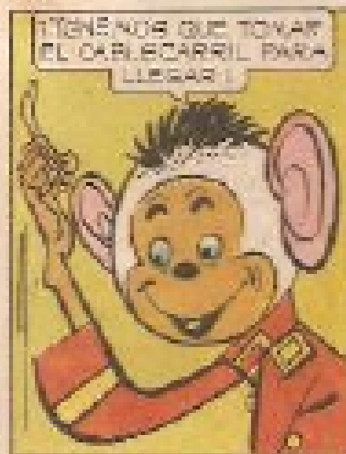
Salimos volando mientras el circo se iba llenando de gente.


¡YA ESTAMOS CERCA DE LA MONTAÑA!
¡SÍ! ¡PERO NO HAY NADIE QUE ME DIGA QUÉ CAMINO TOMAR!

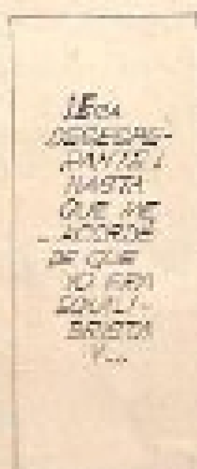
PUEDA LLEGAR ANTES A LA MONTAÑA.



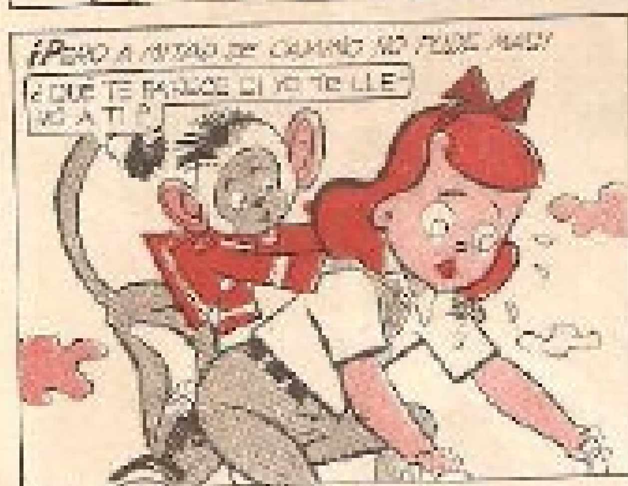


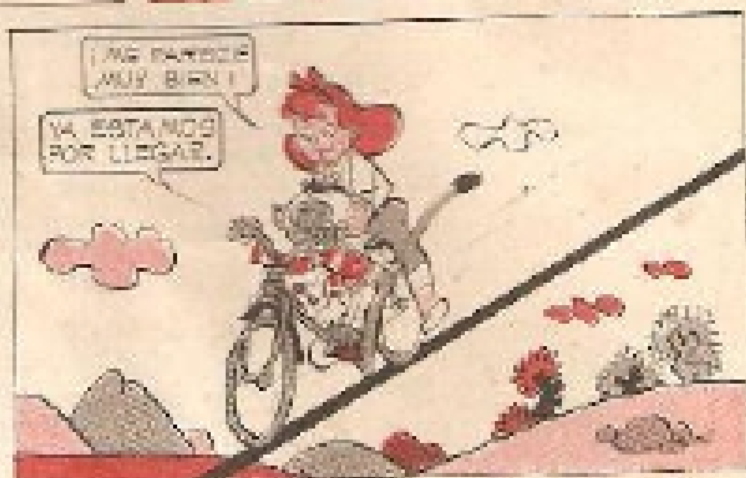



NO FUNCIONA
POR
VACACIONES




¡AGÁRRATE FUERTE, CELESTINO!


¡PERO A MITAD DE CAMINO NO PUDE MÁS!
¿QUÉ TE PARECE SI YO TE LLEVO A TI?


¡ME PARECE MUY BIEN!
YA ESTAMOS POR LLEGAR.


¡HOLA, CELESTINO! ¡HOLA, HOLA! ¿QUÉ LOS TRAE POR AQUÍ?


¡VEN EN SEGUIDA AL CIRCO! ¡PASÓ ALGO TERRIBLE!


MUY PRONTO VOLAMOS SOBRE EL CIRCO...
¡TATIANA! ¡DETENTE!


¡ASÍ APRENDERÁ ESE CHIQUITO A NO DESPERTARME!

La señora Lung siempre dice que los sueños "quieren decir algo". Pero yo no lo creo. ¿Qué podría significar que Celestino y yo íbamos en bicicleta sobre un cab. . .? ¡Oh! ¡Tengo una idea!

Domingo 21

¡La señora Lung tiene razón! Mi sueño significa mucho: me dió una idea que hará hablar hasta a los diarios. Pero esta vez no lo confiaré ni a mi diario para que Pompone no pueda espiar. Aunque no creo que sus osos sean capaces de andar en bicicleta sobre una cuer. . . ¡Si seré tonta! ¿Se dan cuenta que dije de que se trata?

Lunes 22. A la noche

¡Fui una tonta! Como Celestino hizo tan bien lo que tenía que hacer le compré como premio diez docenas de bananas y se las comió todas. Pero



al poco rato se puso pálido como una sábana. ¡Y ahora está con un empacho de los mil demonios! ¡Pobre Celestino!

Ya que no podía hacer otra cosa jugué toda la tarde al "tatetí" con Nieves. Perdí casi siempre porque estaba pensando en una adivinanza que me dió para resolver:

Soy un burrito
muy andariego;
de acero mi cuerpo,
mi cola un hilito.
A cada saltito
que yo pego
pierde mi cola
un pedacito.

Hasta ahora no la saqué.

Martes 23

Celestino se curó. Vamos a continuar los ensayos.

A la tarde

Todos llaman al chinito Chiqui-Ling porque es muy chico y bastante juguetón. Pero yo no estoy de acuerdo porque sé que comprendió perfectamente la difícil situación del "Gran Rossini" e inventó algo para mejorar su número. Antes hacía su prueba de malabarismo con tres sombreros de diferentes colores. Ahora, a escondidas, ha ensayado algo mucho más lindo. Yo me enteré por casualidad porque había olvidado mi sombrilla en la arena. ¡Menos mal! Porque si no. . .

Una prueba PELIGROSA

¡QUE FANTASTICO!

¡PARECEN FUEGOS AR-TIFICIALES!

Pero de pronto...

¡AY! ¡MI ANTOR-CHA! ¿DONDE QUEDO?

¡AHÍ ARRIBA!

¡ESO FALTABA! ¡QUE SE QUE-MARA EL "GRAN ROBSON"!

¡FUEGO! ¡SOCORRO!

¡YO APAGAR FUEGO! PE-SA-DO: ¡A FORMAR FUENTE!

PE-SA-DO: ¡A LANZAR CHORROS!

¡QUE LINDA PRUEBA! ¡ELEFANTES BOMBEROS!

¡QUE SUERTE!

¡MENOS MAL YO ENSE-ÑAR FUENTE ARTIFICIAL!



Del incendio no quedó ni el recuerdo porque Timoteo cosió un gran remiendo a la lona. Y mientras lo miraba coser se me ocurrió la solución de la adivinanza: el burrito de acero es una **aguja** y su cola, el **hilo de coser.**

Jueves 25

Ayer estaba tan cansada que no pude escribir nada. No hice más que ensayar mi prueba. Pero no diré nada. Lo único que puedo decir es que se llama "En bicicleta por los aires". La bicicleta me la prestó Nieves y entro con ella en la arena, muy apurada, porque tengo una cita con el caballero Florestán. El me espera sobre la cuerda —que esta vez describe un círculo— para dar un paseo. Pero como tenemos una sola bicicleta, Celestino, digo, el caballero me propone. . .

Tengo que interrumpir porque vino Nieves con los nuevos carteles.

A la noche

¡Papito estaba desesperado! Resulta que había encargado los carteles con un lindo cuadro en el cual aparecíamos Celestino y yo en la nueva prueba. ¡Y no se entendía nada porque se habían olvidado de poner los colores!

Pero tuve una idea buenísima: pegar igual los carteles con un papelito con las siguientes **Instrucciones:**



Los carteles son así:



Viernes 26

¡La idea de los carteles mal impresos fué magnífica! En todas las calles se ven a chicos y chicas empeñados con sus pinturitas en poner color a los carteles para ver qué dicen. Y lo más cómico es que también Pompone —como no le quedaba otro remedio para enterarse— sacó sus pinturas y se puso a pintar. ¡Qué risa!

Sábado 27

ESTA mañana papito escribió un cartelito que dice: **"No hay más localidades para el estreno"**. ¡Hurra!

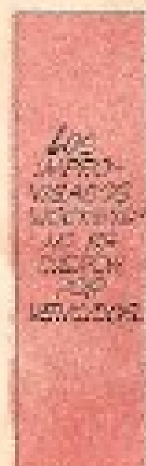
Más tarde

¡No hay nadie en el circo que esté a salvo de las bromas de Mario y Timoteo!



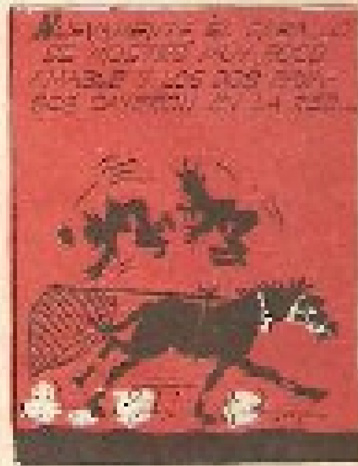


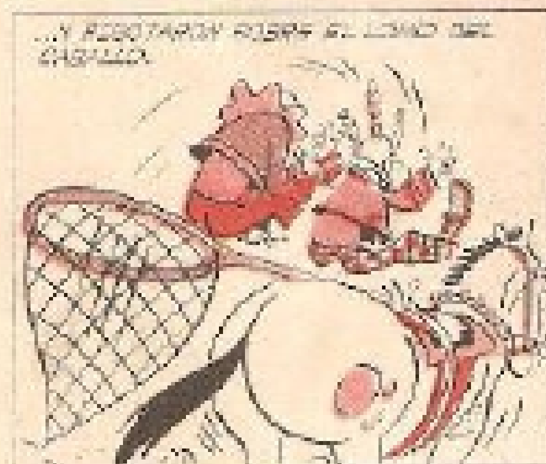
















Domingo 28

ME estoy entrenando para el estreno que será el martes.

Lunes 29 Esta tarde

ESTA tarde hubo un incidente durante el ensayo general.

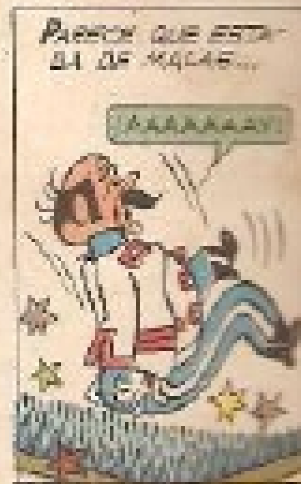




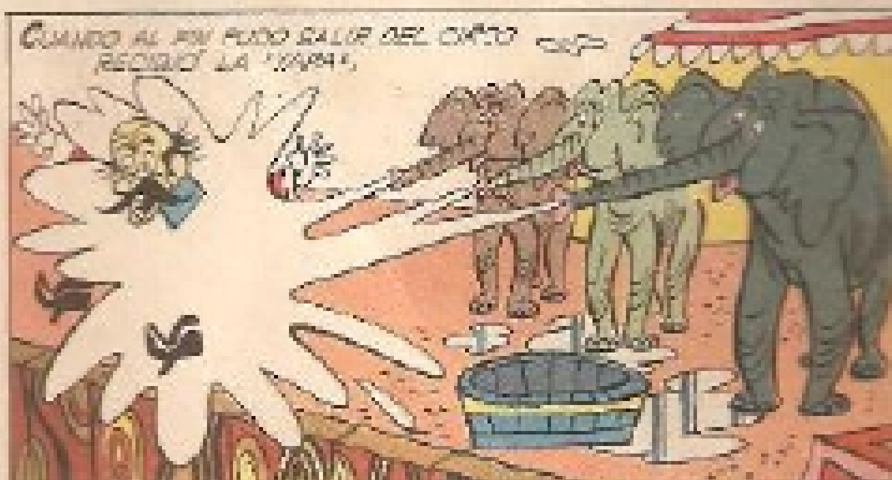












Martes 30, a las 7 de la tarde

Falta una hora para el estreno. ¡El circo ya está colmado!

Esta vez hasta Celestino está nervioso: da vueltas y vueltas en bicicleta. Yo lo dejo hacer, si de esa manera se tranquiliza...

A las 8 menos cuarto

Papito me dió un vaso de agua con azúcar. Dice que calma un poco los nervios. Me lo tragué pero no noto nada.

A las 8 y media

Hace media hora que empezó la

función. Dentro de cinco minutos me toca a mí. Dejé abierta la ventana de mi casita para oír cuando me... ¡Oh! Acaba de pasar alguien que . . . ¡Sí! ¡Era él! ¡EL! ¿Qué buscará aquí? ¡Ah, me llaman!

A medianoche

¡Todavía no sé si fué sueño o realidad!

Por primera vez en mi vida sentí lo que llaman "mareo". Pero con lo que pasó creo que la mejor equilibrista del mundo se hubiera mareado.

Yo entré a la arena en bicicleta. Todos aplaudieron. Celestino ya me aguardaba sobre la cuerda redonda. Tomando fuertemente impulso subí por la cuerda inclinada para llegar hasta él. Llegué arriba, redoble de tambores y . . .

¡¡¡Se corta la luz!!! Mi corazón da un vuelco. No veo nada. ¡NADA! Con una mano tanteo en la oscuridad y —¡por una casualidad increíble!— consigo aferrarme del varillaje. No grito.

Los de abajo, en cambio, empiezan a gritar: "¡Socorro! ¡La niña! ¡Socorro!" Puedo distinguir la voz de papito: "¡Lola! ¡Lolita, hija mía!"

No sé cuánto tiempo permanecí así. Tal vez no fué más de medio minuto, pero me pareció una eternidad.

De repente vi que una luz se me acercaba. Venía y se iba otra vez.





Ahora eran **dos luces... ¡tres!** ¡Eran las antorchas de Ling! ¡Qué **idea** genial la del chinito! Con su prueba nos salvó de... ¡Ay! Ni pensar de qué...

Las antorchas alumbraban perfectamente. Vi que Celestino estaba todavía sobre la cuerda y me sonreía como queriendo decir: "¿Y, Lolita? ¿No continuamos la prueba?"

Estoy segura de que Celestino quiso decirme eso con su sonrisa y le hice caso. ¡Sí, señor! **Continuamos con el número.** ¡Mientras Ling no se cansara de iluminar! Y no se cansó; pudimos terminar lo más bien.

El público aplaudió frenéticamente. No sé a quién aclamaron más: si a Ling, a Celestino o a mí.

Y en medio de los gritos y vivas se encendieron otra vez los focos y las lamparitas. Los obreros acababan de arreglar el cable principal que alguien había cortado.

Y ESE ALGUIEN ERA POMPONE. El mismo se delató, sin quererlo, por supuesto.

Cuando volvió la luz vi en un rincón de la arena, todo arrugado y temblando al **Camello Jorobín.** ¡Pero sólo tenía dos patas! Por eso lo reconocí en seguida y grité: "¡Es Pompone!"

¡Dios mío! ¡Qué alboroto se armó! Mario y Timoteo lo agarraron y lo amenazaron con sus **cachiporras** hasta que, ante todo el público presente, confesó.

Sí, él había cortado el cable. Pero cayó en su misma trampa pues al querer escaparse en la oscuridad se



en el disfraz de los payasos, colgaba de una soga. ¡Ahora sí no veía nada! Así corrió, espantado, sin saber adónde iba, para acabar justamente en la arena.

¡Cómo se puso el público al enterarse de todo esto! Con los aplausos se mezclaron los gritos de indignación y enojo. Algunos se levantaron amenazadoramente de sus asientos y el grandísimo Pompone, en el pellejo de una tremenda paliza, salió corriendo. ¡Creo que no le quedarán ganas de volver otra vez!



¿Y yo? Ahora estoy en mi casita. Mi casita está llena de ramos, canastas y "bouquets" de flores. Algunos llevan una cinta con leyenda: "A Lolita y Celestino" o "A Lola, la reina del aire".

Estoy muy emocionada. Y muy muy muy feliz. ¡Muy feliz! Hemos logrado lo que queríamos: ¡el éxito de nuestro circo!



Miércoles 31

ESTA mañana vino Nieves con su papá y un señor que se llama Faofapapá y un señor que se llama Faofaro López. Es periodista y quería hablar conmigo. Me felicitó mucho y me dijo que, desde anoche, yo era todo un personaje. **Y que él quería publicar un artículo sobre mí y el "Gran Rossini"**. Que el papá de Nieves lo iba a imprimir en una revista. Por eso me pidieron que les cuente algo de mí, de mi vida, del circo.

Yo pensé un rato. ¿Qué les iba a contar? Entonces se me ocurrió una idea: les di MI DIARIO.

Quizá lo impriman. Y lo dedico...

A todos los chicos
y chicos a quienes
les gusta el circo.
Lola
equilibrista

[redacted]



ESTE ES EL PROXIM
QUE PODRAN
FORMIDABLE COL

DITORIAL ABRIL · DISTRIBUIDORES: C.I.D.L.A · PIEDRAS 113 · BUEN

El diario de mi amiga

CORDELIA

LA NIÑA HADA

por

C. NALÉ ROXLO

Historietas y cuentos completos

Posiblemente hayan ustedes oído hablar de la Escuela de las Hadas y del gran mago Merlín y de Cordelia, la niña hada.





Quizá por todo eso (y por un poquito más) les interese leer algo que, hasta ahora, sólo habían podido leer Merlín



y alguna que otra hada de varita muy especial.

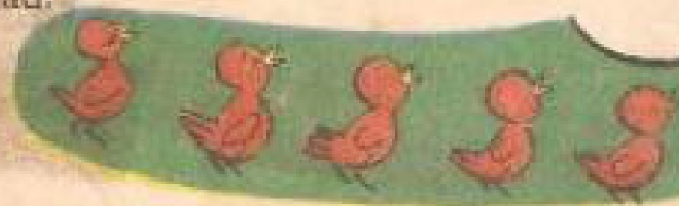


Viernes 3

Si yo fuera una persona supersticiosa esperaría a mañana para empezar este diario, ya que, según dicen, el viernes trae desgracia. Pero yo no creo en esas conterías ni en diablos ni en fantasmas ni en bultos que se menean, como dicen los gauchos, ni en... ¡qué disparate! casi pongo ni en duendes ni en hadas olvidándome que yo misma soy un hada. ¡Y qué hada más hermosa!

Tengo una cabellera rubia que me llega hasta los talones cuando estoy de pie, que me sigue como un río de oro cuando vuelo sobre las altas torres de las ciudades y que, ahora que estoy sentada en las raíces de un gran árbol, se derrama sobre el trébol verde produciendo un efecto muy lindo. Tan lindo es que todo a mi alrededor se ha formado un gran círculo de pájaros que, cada cual en su idioma, están cantando mi belleza. Lo malo es que también hay un cuervo posado en una rama que de tanto en tanto grazna estúpidamente: "¡La nariz! ¡La nariz!". ¡Pajarraco infame! Le voy a tirar una piedra y vuelvo.

Ya volví. Prosigo. Por si este diario se perdiera, como suele suceder, y cayera en manos enemigas voy a contar la historia de mi nariz para que nadie ande hablando de más y se sepa la verdad.



Cuando después de estudiar un año en la "Escuela de las Hadas", dirigida por el maestro archimago Merlín, me recibí (el título de hada está escrito en un pétalo de rosa que se mantiene siempre fresco y llevo al cuello en un relicario de cristal de roca), cuando me recibí de hada, digo, el maestro Merlín me llevó ante un espejo mágico y me dijo:

—Querida Cordelia, cierra los ojos y piensa cómo quisieras ser. Al abrirlos te verás en el espejo tal como te soñaste y así serás. Pero ten mucho cuidado de no olvidarte de ningún detalle, pues eso podría traerte consecuencias desagradables.

—Ya comprendo — le respondí —; si me olvido de pensar en una de mis



piernas la perderé y tendré que andar con una pata de palo como un pirata, y si me olvido de la cabeza...

—Usarás un zapallo — soltó una de mis compañeras. Y toda la clase rompió a reír.

Merlín también se rió mucho y después me aclaró:

—No, no es tan grave. Lo único que pasará es que la cosa en que no pienses te quedará tal como la tienes ahora, y como eres una linda chica...

Tranquilizada, cerré los ojos y me puse a pensar. Lo primero en que pensé fué en mi pelo. Yo tenía antes dos trencitas rubias, algo desteñidas y que mi mamá me peinaba muy apretadas. Mi hermano las llamaba las colas de ratón y siempre que nos peleábamos me las tironeaba. Aquellas trencitas habían sido mi pesadilla y mi vergüenza. Por eso me puse a imaginar la cabellera rubia más linda del mundo: ésta que ahora tengo. Y el tiempo corría y yo enredada en mi pelo. Merlín, que seguramente estaba leyendo mis pensamientos, me dijo que iba a hacer sonar tres veces la campana de clase y que al tercer toque tendría que abrir los ojos y el encanto terminaría, así que me apurara a pensar en todo.

Pensé en unos grandes ojos entre azules y verdes, como el mar, y que tuvieran reflejos cambiantes, como si unas veces los alumbrara la luna y otras el sol. Esta clase de pensamientos, como cualquier niña puede comprender, lleva mucho tiempo, y la campana hizo "¡Talán!". Me apresuré a imaginar unas manos blanquirrosadas como el interior de ciertos caracoles que había visto en la playa, pero, ¡ay!, la forma y el color de las uñas me llevaron mucho tiempo y la campana volvió a sonar "¡Talán!". Rápidamente, y ya aturdida, pensé en una boca que fuera simplemente como el coral, con sus





dientes como perlas, naturalmente; en un cuerpo esbelto, flexible y delicado y bastante más alto que el mío y en las alas. . . ¡dónde me dejaba las alas! Felizmente me acordé de una mariposa del Brasil que había visto en un museo y dije: "¡Como ésas!" en el momento justo en que sonó el tercer "¡Talán!".

Abrí los ojos y casi me caigo desmayada al ver aquella figura tan hermosa que me miraba desde el espejo mágico. Le hice una reverencia y — ¡oh, cielos tormentosos! — al bajar la cabeza reparé en mi nariz: con el apuro me había olvidado de pensar en ella, y la tenía tal cual fué siempre, más bien chica y un poquitito respingada, lo que la gente llama una nariz graciosa, pero no era de ningún modo la nariz ideal de mis sueños.

—Lo siento, Cordelia — me dijo Merlín —, pero por ahora la cosa no tiene remedio. Vete al ancho mundo, desempéñate durante un mes como el hada que ya eres, y si a tu regreso estoy contento de ti te prometo que tendrás la mejor nariz que estornudó nunca bajo el cielo. Llevarás durante ese mes un diario, día por día, donde anotarás todo lo que te pase y lo que pienses, bueno y malo. Ya sabes que nadie es perfecto, ni las hadas, de modo que si cometes alguna tontería no te aflijas mucho: trata de remediarla con ingenio y buena voluntad. Y ahora, adiós, querida Cordelia, hasta el mes que viene.

Me dió un beso en la frente, sentí que mis alas se agitaban solas y gritando "¡Adiós! ¡Adiós!" a mis compañeras eché a volar y muy pronto perdí de vista los caprichosos techos de la "Escuela de las Hadas" y el bosque en que se ocultaba. Y ésta es la razón por qué hoy, tres de julio, estoy escribiendo mi diario. ¡Ojalá me vaya bien, por el honor de las hadas y para ganarme la hermosa nariz que me perdí de tonta!



Sábado 4

Anoche dormí muy bien, pero pasé antes algunas dificultades debidas en parte a mi falta de experiencia y en parte a la mala voluntad de alguien que me sospecho que no es lo que parece.













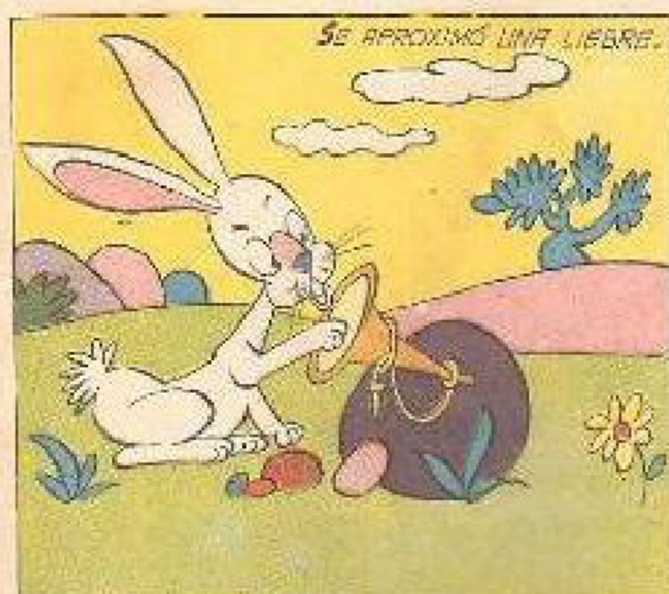


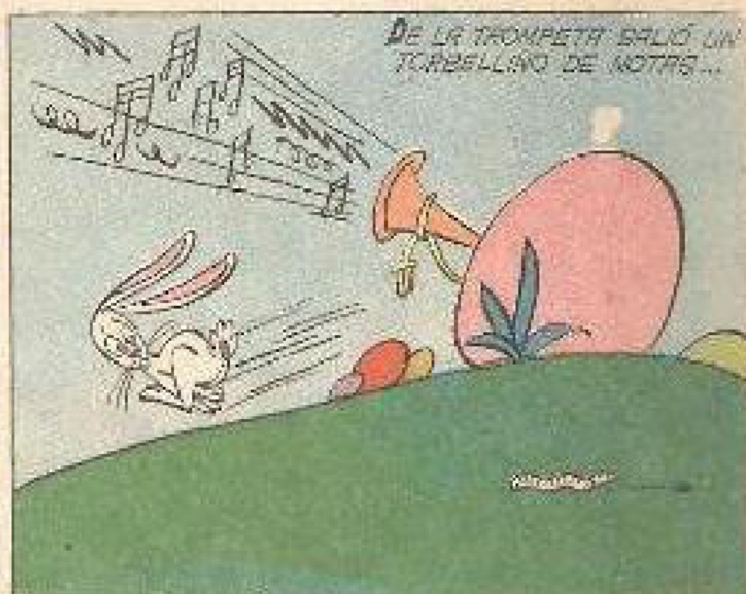




La música de la trompeta era burlona y parecía reírse de mí. ¿Habría cometido algún error?... Sí, quizá golpeé con demasiada fuerza. ¿O sería un castigo por no haber puesto en juego mi inteligencia para encontrar albergue sin recurrir al poder de la varita? Ese era indudablemente el método del maestro Merlín: nunca se enojaba ni nos retaba cuando cometíamos alguna torpeza; nos hacía chistes.

Quise alejarme volando, pero como estaba muy avergonzada no pude abrir las alas. Lo mismo me ocurre cuando me enojo, y, pasito a pasito, me metí en un huerto vecino donde, entre muchos otros árboles, crecía un hermoso granado.





Su mala intención era bien clara. Quería herir el amor propio del granado para que se ofendiera y no quisiera darme albergue. Reconocí que era el mismo cuervo que ayer me estuvo fastidiando con referencias a mi nariz!

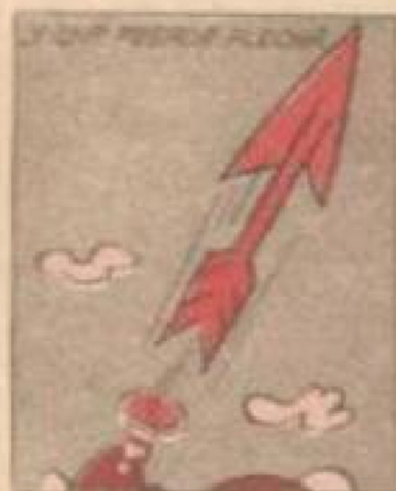
El granado permanecía mudo y pensativo. Parecía dudar, y yo me sentía enormemente ridícula en aquella actitud de pordiosera. A punto estuve de romper a llorar cuando, en eso, la trompeta, que había enmudecido...















Al granado le hizo mucha gracia la aventura del infame pajarraco y, al reírse, abrió tan violentamente la boca de la más grande de sus granadas que se le cayeron todos sus granos. Yo, que estaba al pie, los recogí en la palma de la mano y me los comí. Estaban riquísimos. Después me hice chiquitita como un picaflor y, con el permiso del señor Granado, me metí en la cáscara



de la granada vacía. Y me dormí tranquilamente después de pensar un rato en quién diablos sería el pícaro cuervo que me venía molestando tan encarnizadamente. Debía ser algún genio maléfico, enemigo de las hadas, o... ¡o vaya una a saber!

Me desperté muy descansada y fresca, pero con gusto de remedio en la boca. Comprendí que eso era consecuencia de un sueño que tuve. Soñé que el cuervo enemigo me perseguía trayendo en el feo pico una careta de cartón con una horrible nariz respingada y enorme que pretendía ser la caricatura de la mía. Revoloteaba en torno a mi cabeza, y era inútil que yo girara como un trompo para no verla, pues él volaba a la misma velocidad y la veía lo mismo. Yo, muy furiosa, le sacaba la lengua, y como mi dormitorio provisional era muy chico la pasaba por las paredes, es decir, por el interior de la cáscara de la granada, que — como todo el mundo sabe — es muy amarga.

Me despedí del amable granado y, volviendo a mi tamaño natural, eché a volar hasta que llegué a la orilla de





un río, donde descendí. El lugar era muy bonito y tranquilo. Y decidí repasar un poco mis conocimientos de hada para no cometer errores.

La base de los estudios de un hada es el manejo de la varita mágica. La varita no obra a distancia; siempre hay que tocar los objetos, animales o personas. Pero, antes de dar el golpecito, hay que trazar ciertas figuras en el aire que tienen que estar bien calculadas. Si a una se le va la mano o toca demasiado débilmente pueden ocurrir cosas no previstas y en lugar de buenos prodigios pueden producirse enormes disparates. Como éste:

Un hada — cuyo nombre no digo porque no se debe hablar mal de los compañeras — quiso abrir un caminito en un bosque para que las gacelas que iban a beber al río no tuvieran que dar un rodeo pasando por un lugar donde vivía un león muy hambriento que se las comía sin consideración. El hada en cuestión tomó impulso y golpeó con tanta fuerza con la varita el primer árbol del caminito que quería hacer que no sólo desapareció ese árbol sino el bosque entero. Se quedaron sin casa tres mil pájaros de diferentes colores. El hada



tuvo que reconstruir el bosque, árbol por árbol y nido por nido. ¡Un trabajo bestial! Con decir que se gastaron tres centímetros de varita... Porque las varitas también se gastan, como los lápices, pero sólo cuando se emplean para deshacer un error cometido por el hada.

Por eso nos decía siempre Merlín:



COMO HACIA MÁS ARRIBA, ME PUSE A REPASAR ALGUNAS FIGURAS QUE HAY QUE TRAZAR EN EL AIRE ANTES DE DAR EL TOQUE DE VARITA.





























Y ESTUDIANDO PASÉ EL RESTO DEL DÍA.

Domingo 5

Pasé la noche en una hamaca que tuvieron la amabilidad de formar para mí las enredaderas silvestres que colgaban de los árboles. Y me desperté muy temprano, pues había dejado caer mi cabellera hasta el suelo y unos gatitos perdidos se habían refugiado debajo creyendo que mis cabellos eran rayos de sol. Como en lugar de calentarse más bien se enfriaban, ya que estaban cubiertos por el rocío nocturno, chillaban como unos descosidos y me tiraban del pelo. Eran tres.












Y DESPUÉS QUE LOS LLEVÉ DE SU GRUTA DE ORO...


LOS LLEVÉ HASTA UN VERDADERO LUGAR CON SOL...




¡AY, MI PELO, Y NO TENGO PEINE!


CUANDO UNA VOZ ME DIJO...
¡YO LA PEINARÉ, SEÑORA HADA!


ERA LA MADRE DE LOS GATITOS, QUE LOS HABÍA ENCONTRADO.


ME SENTÉ EN EL SUELO.


NOSOTRAS NUNCA OLVIDAMOS EL PEINE.


Y NOS DESPEDIMOS MUY AMIGAS.
¡GRACIAS, SEÑORA!
¡OH, GRACIAS A USTED, SEÑORA!


UNA CAMPANA ME RECOR-
DÓ QUE ERA DOMINGO

Me entraron unas ganas locas de volver a ser la niña de antes o ir al pueblo a divertirme como los demás chicos. Estos deseos son frecuentes en nosotras, las hadas que antes fuimos niñas, y no nos está prohibido satisfacerlos. Por eso a veces se encuentra en las plazas públicas a una niña desconocida y sola que se acerca a un corro y pide permiso para cantar y jugar con los demás. Nunca hay que decirle que no, pues puede ser un hada... Bueno. Aunque no sea un hada también hay que admitirla a jugar. Ya resuelta, me transformé en la antigua Cordelia y vi con gran alegría que mis colas de ratón eran ahora dos hermosas trenzas doradas cuyas puntas me golpeaban la cintura al correr (porque eché a correr hacia el pueblo por un camino bordeado de flores). Mi delantal de colores era el mismo que llevaba cuando entré por casualidad en la "Escuela de las Hadas", pero no tenía ninguno de sus antiguos zurcidos y parecía recién lavado y planchado. La varita mágica la llevaba escondida en una manga.

El pueblo era chico y muy limpio y todas las personas con quienes me cruzaba tenían caras alegres y bondadosas.

A poco andar sentí una música y un olor maravillosos: la música de una calesita y el olor de una confitería.



Me uní a un grupo de chicos y chicas que, con la nariz pegada a la vidriera de la confitería, contemplaban las masas y los pasteles. De tanto en



tanto se desprendía uno de la fila, entraba en el negocio y salía poco después comiendo algún manjar exquisito: una masa de crema o chocolate, un pastel dorado o una empanada crujiente que aún conservaba el suave calorcillo del horno.

Cuando me quedé sola, con la nariz



más chata que nunca de tanto mirar, pensé en lo lindo que sería tocar con la varita una gran torta de bodas, coronada por una pareja de novios de azúcar, ordenarle que me siguiera al bosque y comérmela yo sola. Después haría bailar a los dos muñequitos sobre la hierba . . . Pero no debía hacerlo por muchas razones. Entre otras porque a lo mejor los que la encargaron podían quedarse sin casamiento. Sí, era posible que la novia, al verse sin torta, no quisiera casarse ya, como es natural.



Despegué tristemente la nariz del vidrio, y ya iba a retirarme cuando al meter por casualidad las manos en los bolsillos de mi viejo delantal encontré unas cuantas monedas que no recordaba tener. Pero las tenía. . . ¡y qué alegremente sonaban en mis manos! Poco rato sonaron, pues entré como una flecha en la confitería y salí con las manos y la boca llenas de dulzuras diversas. Lo que más compré fueron masas con chocolate.



Satisfecho el hambre, me fuí a la calesita que sonaba melodiosamente en una esquina de la plaza. Pero, ¡ay!, no me quedaba ni una moneda con la que pagarme una vuelta.

Me senté en un banco y contemplé tristemente el espectáculo. Los briosos caballos, los elegantes cisnes, los mansos burritos, las carrozas, se deslizaban girando al son de la música. Niños y niñas armaban una gritería infernal tratando de sacar la sortija.

No pude resistir la tentación y, haciéndome invisible (para lo que basta pestañear tres veces diciendo ciertas palabras que no puedo revelar), me lancé sobre un cisne de curvado cuello que pasaba vacío. Pero no me contenté con eso. Esperé el momento oportuno y, ¡zas!, de un certero manotón arranqué la sortija.

El viejo de blanca barba y ojos azules que movía la pera quedóse atónito al no ver la mano que hiciera aquello. Pero más sorprendido quedóse cuando al pasar de nuevo sobre mi cisne volví a poner la sortija en su lugar.

Tres o cuatro veces repetí la broma, hasta que los chicos comenzaron a gritar:

—¡Trampa, trampa, don Juan!

—¡Que vaya uno a buscar al vigilante! —gritó una niña morena.

—¡Yo soy un hombre honrado! —se defendía el viejo—. ¡No sé lo que pasa!



Yo no quería que buscaran al vigilante y que por mi culpa el pobre viejo tuviera un disgusto. Aturdida, no se me ocurrió cosa mejor que sacar la varita y tocar al viejo caballo que hacía de máquina. El caballo rejuveneció y comenzó a correr con tanta velocidad que era imposible bajarse. Los más chiquitos lloraban. Don Juan intentó detener el caballo, pero le fué



imposible, pues giraba desbocado en su estrecho círculo. Entonces se colocó con los brazos abiertos al borde de la rueda enloquecida y dijo:

—¡Tírense de a uno al pasar, que yo los abarajo!

El salvataje se realizó sin contratiempos hasta que en la calesita, desbocada y casi invisible de tan rápida que giraba, no quedé más que yo, yo, que no podía arrojarme en sus brazos porque él no me veía. Ya iba a tirarme audazmente confiando en mi agilidad cuando vi posado en el poste de la sortija el maldito cuervo de siempre, que se reía...





Quise reaccionar, pero no pude. La calesita giraba con tal velocidad ahora que sentí que se me iba la cabeza, que me mareaba, que me dormía...



Lunes 6	¡Ay....
Martes 7	¡qué...
Miércoles 8	dis...
Jueves 9	pa...
Viernes 10	ra...
Sábado 11	te!...

Domingo 12

Como no pude llevar mi diario durante todos estos días que estuve dormida lo he llenado con lo primero que se me ocurrió al despertar, pues estuve durmiendo toda la semana en la calesita, enloquecida por mi culpa. Hoy estoy demasiado aturdida para escribir. Mañana será otro día.

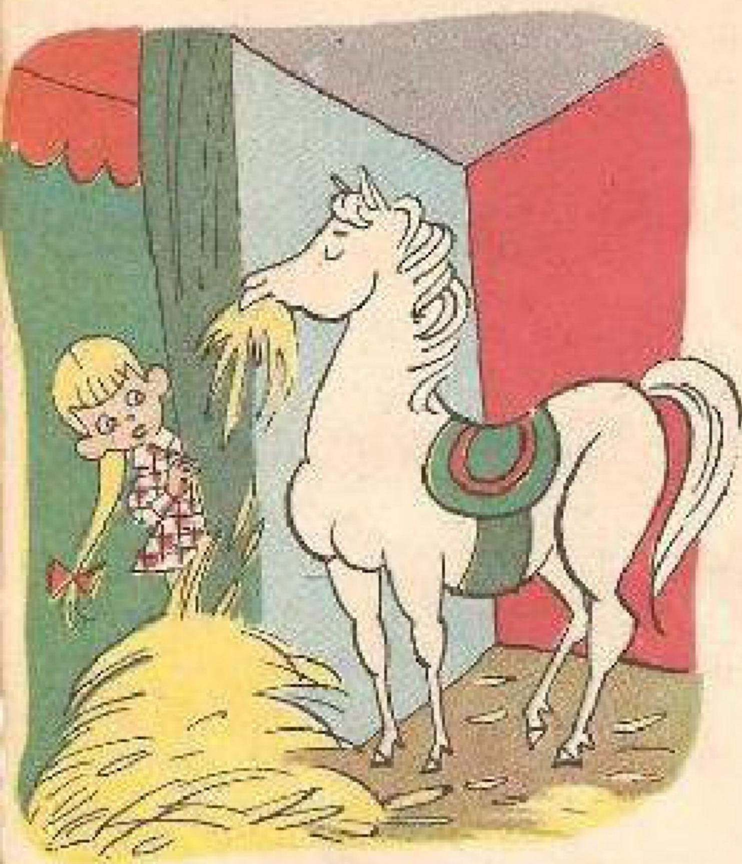
Lunes 13

HE pasado la noche sin dormir; creo que tengo sueño almacenado para mucho tiempo. No he hecho más que mirar las estrellas y meditar a la orilla del río sobre mi loca aventura. Ya estoy más tranquila y veré de contar el final lo más brevemente que pueda.

El domingo me desperté al pararse la calesita bruscamente. Una gran multitud llenaba la plaza y sus alrededores. Todos querían ver el prodigio de la calesita que giraba a una velocidad de cien kilómetros por hora, según decía en un gran cartel puesto a la puerta. Dos ayudante cobraban la entrada y don Juan, muy orondo y satisfecho, contaba el dinero y lo guardaba en una bolsa grande.

Los curiosos entraban, daban una vuelta alrededor de la calesita y salían por un portillo abierto en la empalizada del otro lado. Cada persona permanecía dentro dos minutos y pagaba veinte centavos. Como el espectáculo era continuado, y duró una semana sin que faltara público ni de día ni de noche, el que quiera y ande bien de aritmética puede sacar la cuenta de lo que ganó el viejo don Juan: una fortunita, creo. Esto me alegró mucho





porque lo compensaba con creces del disgusto que le di sin proponérmelo. Antes de irme eché una mirada al caballo. Ahora estaba tranquilo, quieto, y no parecía cansado; comía, eso sí, con gran apetito, de un montón de alfalfa jugosa y tierna. Y lo mejor es que conservaba su juventud: se había convertido en un caballo tan arrogante y hermoso como los de madera de la calesita. En fin, todo el mundo salió ganando, menos yo, que perdí durmiendo estúpidamente una semana entera. ¡Y una semana es mucho tiempo cuando no se dispone más que de un mes para hacer méritos y conseguir una buena nariz!

Martes 14

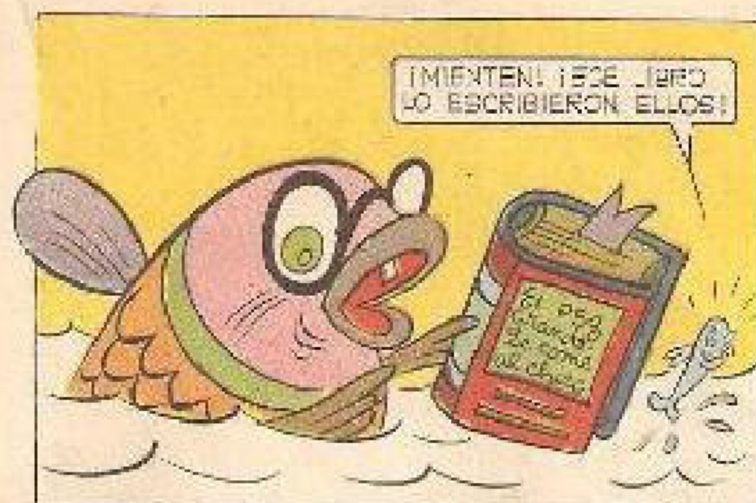











¡MIENTEN! ¡ESE LIBRO LO ESCRIBIERON ELLOS!


COMPRENDO QUE SE QUEJEN LOS PECES CHICOS, PERO USTEDES...
QUEREMOS QUE OBEDEZCAN LA LEY Y NO DISPAREN...


UNO ESTÁ MUY PESADO PARA CORRER COMO UNA VULGAR MOJARRETA.
¡MÁS VULGAR SERÁ USTED! ¡GORDO VALIJA!


¡QUE TE COMO!
¡SOCORRO!


¡EL ALBOROTO ERA INFERNAL!


Y ME SALPICARON MI LINDO VESTIDO.


-TUVE QUE PONER UN POCO DE ORDEN.
¡TODO EL MUNDO EN CONSERVA HASTA MAÑANA!


BACALAO
ATÚN
BACALAO
Y SÓLO AHÍ CESÓ EL BOCHINCHE.

Di aquella orden para meditar con calma lo que debía hacer. Desde la aventura de la calesita no quiero tomar resoluciones apresuradas. Me senté en la piedra y me puse a buscar solución a aquel difícil pleito.

Miércoles 15

¡Como para meditar en cosas complicadas!

Toda la noche estuvieron entrechocándose las latas en el río. Era como si por debajo del agua anduvieran corriendo carreras cientos de automóviles viejos. ¡Qué lata con las latas! Me iré de un vuelo a un lugar silencioso y tranquilo donde pueda pensar.



Jueves 16

¡Qué noche! Me senté en un claro del bosque sobre un viejo tronco. Pero el ratito estaba rodeada de importunos que venían a pedirme cosas, y tuve que complacerlos a todos.







Y MUCHAS COSAS MÁS QUE HICE CORRECTAMENTE Y QUE NO CUENTO PARA NO DARME IMPORTANCIA. PERO QUEDÉ TAN CANSADA QUE ME DORMÍ.



Viernes 17

Creo que por fin encontré la solución para los peces. Pero como temo equivocarme voy a seguir pensando un poco más.

Sábado 18

Sí, mi primera idea era buena. Me fui al río, di orden de que se abrieran todas las latas y, después que los peces se hubieron bañado bien para quitarse unos el aceite, otros el tomate y demás salsas en que habían estado metidos, les hablé así:

—Las diferencias surgidas desde hace mucho entre ustedes vienen de una diferencia de tamaño. Voy a hacer que todos sean iguales, y así se acabarán los disgustos.

Y, sin darles tiempo para abrir la

boca, me descalcé, me recogí el vestido y metiéndome en el agua comencé a tocarlos uno por uno, rápidamente, antes que comenzaran a pleitear de nuevo. Había muchísimos, de modo que me pasé todo el día moviendo la varita hasta que me dolió la muñeca. Quedaron todos igualitos y muy contentos, al parecer.

Domingo 19



Como hoy es domingo y estoy muy cansada del trabajo de ayer me lo pasé tendida entre las flores, lejos del río, escuchando los cantos de los pájaros. Todos hablan de mi hermosa cabellera.

Lunes 20

Hoy he tenido un gran disgusto.

Volví al río y me encontré con que no había ningún pez. Una ranita me contó que los peces grandes estaban furiosos conmigo porque ahora no tenían a quién comerse y que los que habían sido chicos y ahora ya no lo eran se quejaban de que no hubiera otros peces chicos a quienes comerse. ¡Para eso — decían — no valía la pena que nos hubiera agrandado el hada! Y se fueron todos rumbo al mar abandonando para siempre el río. Es triste, pero en este mundo, lo voy viendo, es muy difícil conformar a todos. ¿Qué dirá Merlín?

Martes 21

Hoy me ha dolido todo el día la cabeza de tanto darle vueltas al problema de los peces. Parece que tuviera dentro la calesita desbocada. Bueno. Mañana será otro día.

Miércoles 22

Hoy le pedí a una arañita que me zurciera el velo que se me desgarró en una espina. Teje muy bien, pero muy despacio. Y así llegó la noche.



Jueves 23

Esta mañana estaba sentada junto al río pensando en que el tiempo corre y yo lo pierdo tontamente, sin hacer nada importante, cuando oí una voz infantil...


¡SOCORRO! ¡SOCORROOOO!...
¡OH, ALGUIEN QUE ME NECESITA!


¡AY, QUE ME AGARRA!


NO TENGAS MIEDO. ¿QUIÉN TE CORRE?


ME LLAMO CORDELIA. ¿QUIERE COMERTE CRUDA?
¡MUCHO PEOR! ¡MUCHO PEOR!


NO HAY NADA PEOR... A MENOS QUE QUIERA COCINARTE ANTES.
¡OH, CÓMO SE VE QUE USTED NO LO CONOCE! ES ESPANTOSO...


...¡ES CUENTA CUENTOS DE MIEDO A LOS CHICOS PARA QUE NO PUEDAN DORMIR DE NOCHE.


¿Y ESO ES TODO? ¡CON TAPARTE LOS OÍDOS Y NO ESCUCHARLO!...
ES QUE ME GUSTAN ESOS CUENTOS... ¡PERO DESPUÉS ME MUERO DE MIEDO! ¿USTED COMPRENDE?


SÍ, COMPRENDO.


¡SÍ QUE SE ESCAPARÁ! ¿DÓNDE VIVES, LUCINDA?
DEL OTRO LADO DEL RÍO ¡Y NO ESTÁ EL BOTE!


ENTONCES HICE HELAR EL RÍO.



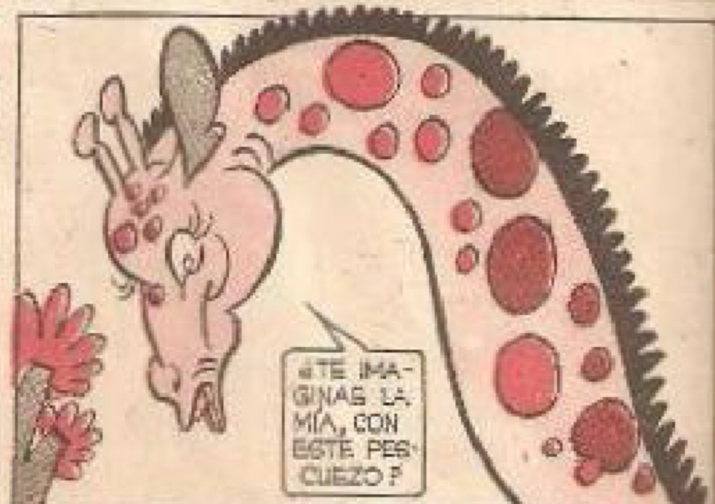
Viernes 24


Y EL TONTO SEGUÍA ALLÍ, ECHANDO CHISPAS DE RABIA, CON LO QUE AUMENTABA EL CALOR QUE LE DABA EL RÍO.


Y YO, MUERTA DE RISA, PENSABA DEJARLO HASTA EL FIN DEL MUNDO...


PERO VINIERON MUCHOS ANIMALES A SUPLICARME.


HE COMIDO MUCHA MIEL Y AHORA TENGO SED.


¿TE IMAGINAS LA MÍA, CON ESTE PESCUEZO?

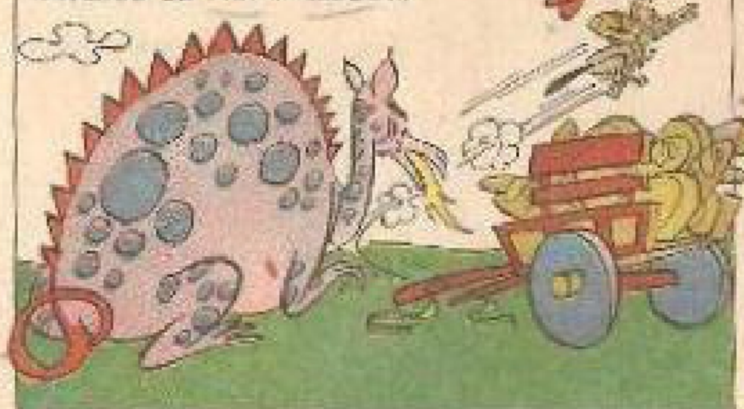

YO NO PUEDO PASARME SIN MI BAÑO DIARIO. SOY MUY LIMPIA.


Y YO SI NO HAGO NATACIÓN PIERDO MI ELEGANCIA.


Y SI YO NO NADO SOY PATO AL AGUA, DIGO ¡AL REVÉS!


¡CORDELIA, POR FAVOR, ENFRÍA EL RÍO!


¿QUÉ HACER? HICE QUE EL RÍO VOLVIERA A SU TEMPERATURA NATURAL.


PERO UN DÍA SORPRENDIÓ UN CARRO CARGADO DE PAN Y QUESO...


Y, NO PUDIENDO ALMORZARSE AL CARRERO QUE ESCAPÓ, SE COMIÓ LA CARGA, AUNQUE NO LE GUSTABA.


Y DESPUÉS DE COMER SE LE OCURRIÓ UNA GRAN IDEA.
¡EUREKA!


LLEVANDO EN LA BOCA UNA RAMA DE OLIVO, QUE ES EL SÍMBOLO DE LA PAZ, SE ACERCÓ A LA MURALLA.
¡VIVA LA PAZ!


¡VIVA! ¿QUÉ QUIERES?
HACER UN PACTO: SI ME DAN DE COMER YO PONDRÉ MI FUEGO AL SERVICIO DEL PUEBLO. YA NO TENDRÁN QUE CORTAR LEÑA...


¿Y QUÉ QUIERES QUE TE DEMOS DE COMER?
PAN Y QUESO.


¡MIENTES! ¡TÚ NO COMES MÁS QUE NIÑOS FRESCOS!
ESO ERA ANTES. AHORA ESTOY A DIETA DE PAN Y QUESO. QUE ME REVISE EL MÉDICO Y LO VERÁN.


EL MÉDICO DEL PUEBLO, QUE ERA MUY SABIO Y VALIENTE, SALIÓ CON UN CUCHILLO, UNA AGUJA E HILO DE COSER DRAGONES.


LE ABRIÓ LA BARRIGA AL DRAGÓN Y SALIERON RODANDO LOS PANES Y LOS QUESOS ENTEROS.


DESPUÉS LO COSIÓ MUY BIEN.
ES VERDAD, ESTE DRAGÓN NO MIENTE. PUEDE ENTRAR.


Y EL DRAGÓN ENTRÓ EN EL PUEBLO CON ALEGRÍA DE TODOS.


Y SE PORTABA MUY BIEN... LLENABA DE FUEGO LAS ESTUFAS.


HACÍA HERVIR LAS OLLAS EN UN SANTIAMÉN.


CALENTABA A LOS GATOS, QUE SON TAN FRIOLENTOS.


ENTRETANTO LOS NIÑOS JUGABAN ALEGREMENTE EN EL BOSQUE, QUE AHORA ERA SEGURO COMO UNA PLAZA.


Y REGRESABAN TRAYENDO MUCHA FRUTA SILVESTRE Y FLORES.


Y EL DRAGÓN SEGUÍA TAN MANSO QUE MUCHAS SEÑORAS LLEGARON A PANTALLARLO COMO SI FUERA UNA COCINA DECENTE.


PERO UNA NOCHE, CUANDO TODOS DORMÍAN CONFIADOS...


EL DRAGÓN TRAIDOR INCENDIÓ LAS CASAS UNA POR UNA...


¡HASTA QUE EL PUEBLO NO FUÉ MÁS QUE UNA INMENSA HOGUERA EN LA QUE SE ASARON TODOS SUS MORADORES!


Y SE LOS COMIÓ A TODOS.
¡JA, ¡JA! ¡HE COMIDO COMO UN CONDE!

Y el ogro terminó su cuento diciendo:

—Y colorín colorado, que estaba muy rico aquel asado. Y las ruinas del pueblo están aquí cerca y éste es el bosque donde reina el dragón. Y como ya es de noche te encontrará, Cordelia, alumbrándose con sus llamas, y te comerá sin remedio, bien asadita. ¡A ver! ¡A ver!... Me parece que por allá atrás se vislumbra un resplandor.

Me aguanté las ganas de dar vuelta la cabeza, pues, debo confesarlo, el cuento me había impresionado. Para demostrar que no estaba asustada bostecé y le dije:

—Tu cuento me ha dado sueño...

—¿Te atreverías a dormir en este bosque donde anda un dragón suelto y donde, además, estoy yo, que soy muy feroz?

—Eso me da confianza; tú me defenderás si viene el dragón — le respondí sonriendo. Y después hice como que me dormía, pero espiándolo con un ojo.

Durante un rato me miró desconcertado y por fin se durmió él también.

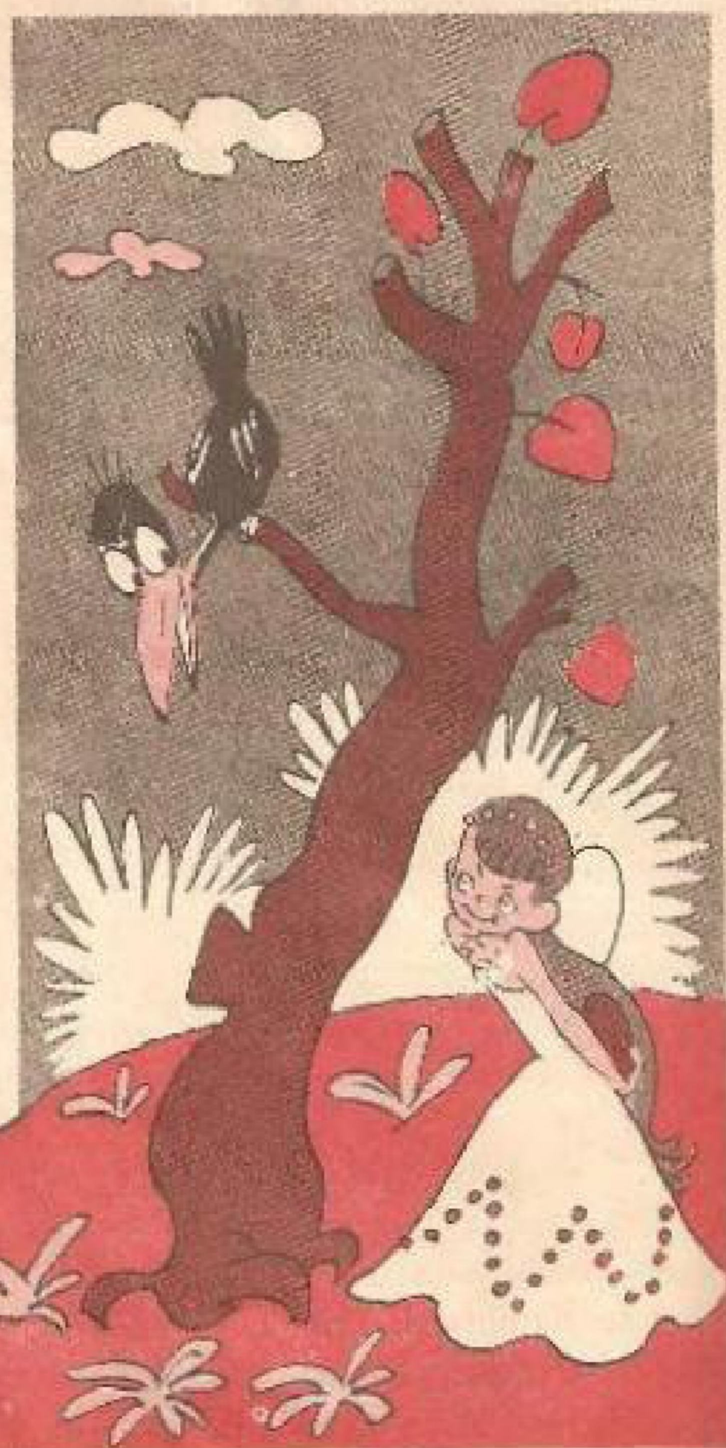
Sábado 25

Me despertó una voz muy desagradable que decía:

—Yo también quiero contar un cuento: "Había una vez una nariz..."

Era mi enemigo el cuervo, que estaba posado en la rama de un roble. Me agaché disimuladamente, tomé una piedra y... ¡zas! El cuervo hizo "¡cuá!" y echó a volar, pero no tan rápidamente como para que yo no tuviera tiempo de ver cómo se le levantaba el chichón.

A todo eso se había despertado el





ogro, y después de darle los buenos días le dije:

—Ahora me toca a mí contar mi cuento. Te ruego que si te da miedo me avises, pues no me gusta asustar a nadie.

—¡Para que yo me asustara tendrían que volar las piedras! —exclamó el ogro.

—Justamente es lo que pasa en mi cuento. Escucha. Había una vez un ogro muy grande y muy feo; tenía la barba roja, las manos peludas, los ojos muy pequeños, pero brillantes como ascuas escondidos entre un matorral de cejas revueltas, la frente muy estrecha y la boca muy grande.

—Entonces no era feo, porque así soy yo —me respondió.

—Bueno —proseguí—. Este ogro, lindo o feo, estaba una fría mañana de julio sentado en una piedra, frente a una chica, a orillas de un río. La chica se llamaba Cordelia... —hice una pausa estudiada.

—¿No me vas a decir que el ogro se llamaba Odilón, que ese es mi nombre?

—¡Qué casualidad! Sí, se llamaba Odilón y, ¡otra casualidad!, era un sábado 25 de julio. Debajo de la piedra en que estaba sentado Odilón vivía una vieja serpiente. Pero... ¿por qué levantas las piernas?

—¡Yo no levanto nada! —gritó el ogro volviendo a poner los pies en el suelo.

—No debes asustarte, porque la serpiente era muy mansa. (Aquí el ogro golpeó con los talones en la piedra para demostrarme que no tenía miedo.) Pero quizá te asustes al saber que la serpiente había ido muy enojada a contarle a su protector (que era un genio muy poderoso) que Odilón le había impedido dormir con sus ronquidos y que el genio, invisible y furioso, se acercaba a la piedra.

—¡Mientes! ¡Mientes! —gritó él—. Los cuentos son cosas que pasaron hace mucho tiempo, y me estás contando esa estúpida historia como si estuviera

ocurriendo ahora. No creas que miro para atrás por temor al genio; es que he oído cantar a un pájaro muy bonito.

—Este será con el tiempo un cuento que la gente contará, compadecida del pobre ogro — proseguí —. El ogro comenzó a sentir que la piedra se calentaba poco a poco...

El ogro no se levantó, pero puso sus manos entre sus asentaderas y la piedra...

—...que comenzaba a moverse...

El ogro no se levantó tampoco, pero miró por entre sus piernas para ver si la piedra se movía. Estaba pálido y gruesas gotas de sudor le corrían por la frente. ¡Continué como si no notara nada!

—Era que el genio poderoso estaba ya debajo de la piedra e iba a hacerla estallar y volar por los aires en mil pedazos. Del ogro no quedaría ni un pelo para recuerdo. A menos que...

—¿A menos que qué? —me preguntó el ogro, ya a punto de levantarse y haciendo un último esfuerzo de valor.

—A menos que echara a correr como una liebre asustada, quedando en ridículo delante de la chica y de todos los animales del bosque, o que se decidiera... Pero no. No creo...

—¿Que se decidiera a qué? — inquirió casi sin aliento.

—A prometer no contarles más cuentos de miedo a los chicos. Entonces el genio lo perdonaría.

Con gran sorpresa mía, el ogro rompió a llorar.

Me dió mucha lástima verlo tan grande y tan feo llorando como un chico. A punto estaba de decirle que todo era pura invención cuando se secó las lágrimas y me dijo:

—Siempre he sido muy cobarde, y es por eso que ahora quiero morir como un valiente. Pero si el genio me deja vivir no les contaré más cuentos



terribles a los chicos. Yo no lo hacía de malo... Mi historia es muy triste.

—Me parece que ya no se mueve la piedra, y el genio debe haberse ido, pues veo a la vieja serpiente alejarse conversando con alguien invisible. No temas nada ya y cuéntame tu historia.

La historia del ogro era muy larga, pues él la contaba con muchos detalles. Por eso la doy resumida aquí:

"Descendiente de una antigua familia de ogros, había heredado todo de sus antepasados, menos la ferocidad y el gusto por los niños, que es lo que, como todo el mundo sabe, comen los ogros. Era de buen corazón y le gustaban las frutas frescas, los pasteles caseros, el pan con manteca... En fin, cuanto de bueno se ha inventado en el mundo. Cuando los demás ogros se dieron cuenta de eso lo echaron de la comunidad ogrezca, y él se fué por los caminos a buscar trabajo. Pero, como tenía tanta fuerza, se le rompían entre las manos todas las herramientas. Si trabajaba de albañil arrojaba con tal fuerza los ladrillos que, volando sobre los andamios, no dejaban en el pueblo vidrio sano. Una vez se empleó de campanero en una iglesia, pero en cuanto dió el primer tirón a la cuerda de la campana la rajó, y al segundo volteó la torre. Sin poder encontrar ya trabajo — de donde había guerras lo llamaban, pero a él no le gustaba matar gente —, vagaba por los bosques alimentándose de frutas silvestres. Pero ni esa pobre alimentación disminuía sus fuerzas; al contrario: si sacudía un árbol para hacer caer una pera lo descuajaba.

"Un día encontró una niña que llevaba un cesto con la merienda y le contó un cuento esperando que después lo convidara. Pero antes que terminara la chica huyó asustada dejando la merienda. Se la comió... ¿Qué otra cosa podía hacer? Siempre que encon-





traba a una niña o a un niño ocurría lo mismo. Y era que los cuentos que sabía eran todos terribles, que son los únicos que les cuentan sus padres a los ogros chicos. Y, como no tenía otro medio de vida, se dedicaba a contar a los niños historias truculentas de fantasmas, dragones y cosas peores. Estaba mal, él lo sabía, pero el hambre es mala consejera."

Y terminó su historia preguntándome qué podía hacer para vivir como Dios manda.

Domingo 26

Lunes 27

Como tengo por costumbre no escribir los domingos, he dejado para hoy el fin de esta aventura.

Lo primero que hice cuando el ogro terminó su relato fué dar un inteligente toque de varita en el suelo y hacer aparecer una magnífica mesa con toda clase de exquisitos manjares y vinos de todos colores. El ogro comió y bebió como un ogro y yo lo acompañé por cortesía. Además, todo era muy rico.

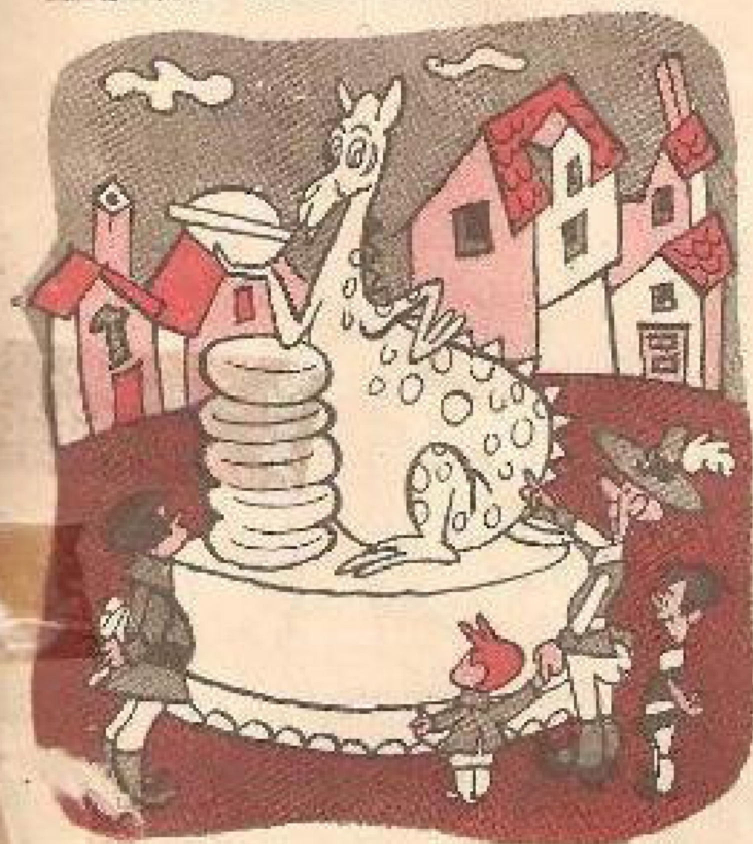
Después lo toqué en la cabeza con la varita y lo reduje al tamaño natural de un hombre corriente, con lo que su fuerza también se redujo a la normal. Trató de arrancar un árbol y no pudo; entonces se puso a bailar de alegría.

Martes 28

Me he pasado el día enseñándole cuentos que se puedan contar a los niños chicos sin que tengan miedo.

Miércoles 29

Hoy he hecho algo más interesante. Les he dado finales buenos a todos sus terribles cuentos. Por ejemplo, el del dragón lo arreglé así: "El dragón se encariñó con la gente del pueblo y se aficionó tanto al pan con queso que no llegó a provocar aquel terrible incendio. Murió muy viejo, y en la plaza del pueblo se levanta una linda estatua a su memoria"



Jueves 30

Hoy fué Odilón al pueblo a buscar trabajo. Ha vuelto muy contento. Se ofreció a un herrero y, como sabe el lenguaje de los animales, los caballos lo obedecen como niños bien educados. El herrero está tan satisfecho que le ha ofrecido la mano de su hija, que es muy bonita. Lo pensará. Si se casan yo seré la madrina.



Viernes 31

Hoy nos hemos despedido con un gran banquete mágico. He transformado en joyas algunas flores silvestres para que se las regale a la hija del herrero. Debo confesar que hemos llorado un poco al despedirnos... Pero, en fin, ya estoy en el aire volando rumbo a la "Escuela de la Hadas". Veremos qué dice Merlín.



Es de noche.

Me despido de este diario para siempre. Irá al archivo de la "Escuela de las Hadas" con la nota de "¡tarantantán!, que quiere decir muy requetebién. Merlín, que lo leyó en voz alta delante de toda la clase, dijo que estaba muy contento de mí y que podía elegir la nariz que quisiera. Pero, después de pensarlo, decidí seguir con la mía, pues he descubierto que es muy linda y graciosa y que era una tonta al querer cambiármela.

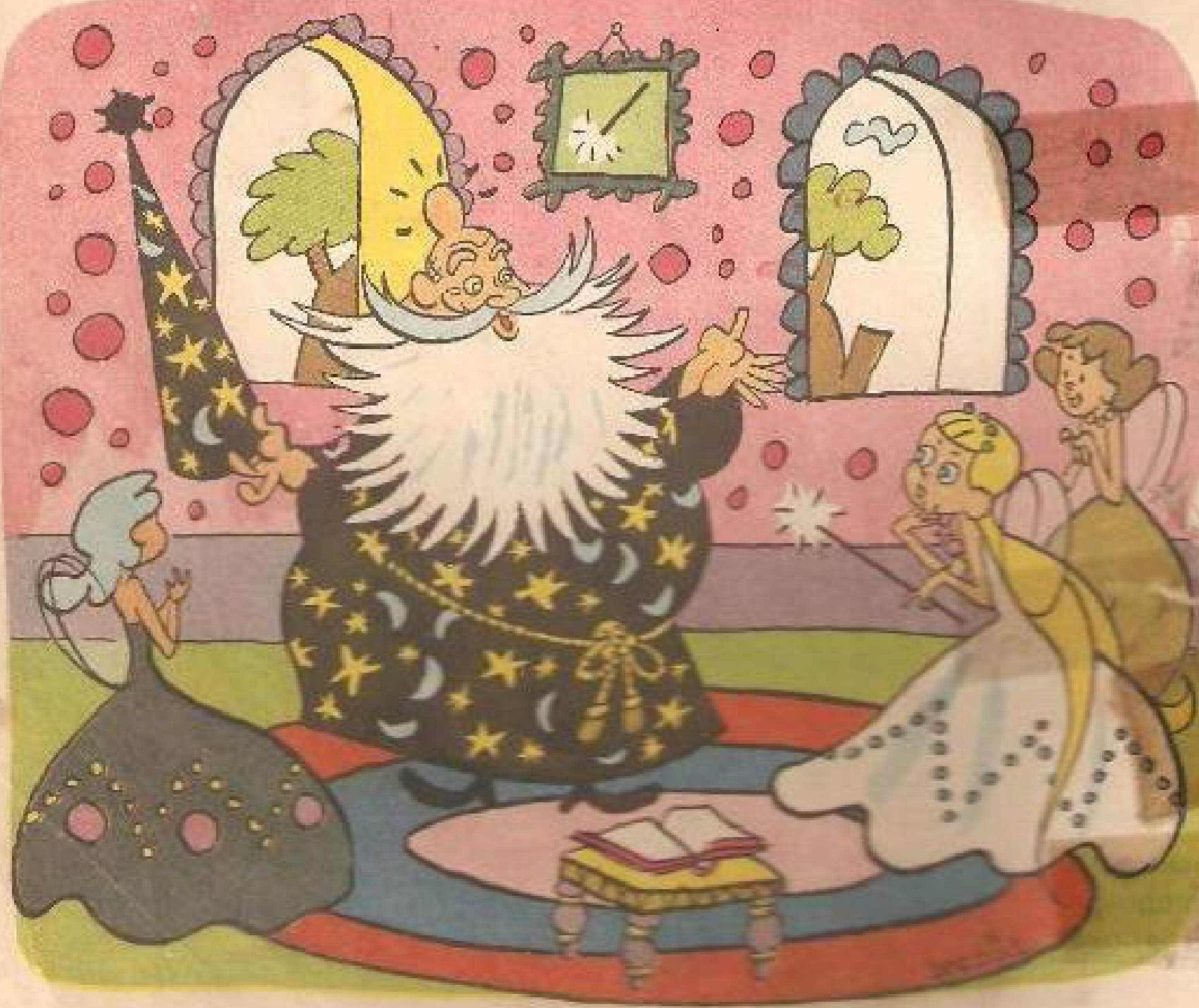
Al preguntarle a Merlín quién podía ser aquel maldito cuervo se rió mucho y después se sacó el alto bonete, dejando ver un buen chichón.

—¡Oh, usted era el cuervo! ¡Nunca lo hubiera imaginado! —exclamé— ¿Por qué lo hizo?

—Para intrigarte y... para divertirme un poco —respondió un tanto avergonzado.

El es así: muy sabio, muy bueno, pero un poquito disparatado, como somos todos en este mundo de la fantasía.

Después comenzó la fiesta. Pero ésa es otra historia.



El diario de mi amiga

BILDITA

es el próximo libro que podrán leer en esta formidable colección.







EDITORIAL ABRIL - BUENOS AIRES
DISTRIBUIDORES: C. I. D. L. A.
PIEDRAS 113

$ 2.-
m/arg.



EL DIARIO DE MI AMIGA CORDELIA. Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Se terminó de imprimir en agosto de 1953 en los Talleres Gráficos de la Compañía General Fabril Financiera, S. A., Iriarte 2035 - Buenos Aires.

Libro de Edición Argentina

ILUSTRACIONES DE A. BRECCIA

Caperucita Roja



CUADERNOS DE GATITO

7

EDITORIAL ABRIL - BUENOS AIRES



$1.- m/arg.



EDITORIAL ABRIL - BUENOS AIRES

¿Qué camino siguió el Lobo?

El Lobo vió de lejos a Caperucita y echó a correr para alcanzarla. Pero ¿qué camino siguió? ¡Márquenlo con un lápiz!



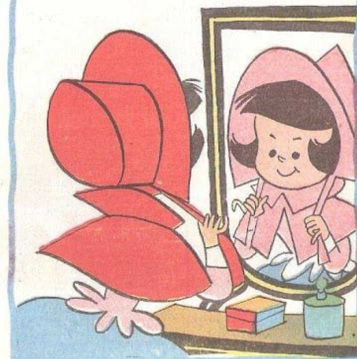
Caperucita Roja

Ilustrado por A. Breccia

TODOS LOS DÍAS CAPERUCITA SE LEVANTABA RADIANTE COMO UNA MAÑANA DE SOL.



SE PONÍA LA BONITA CAPERUZA ROJA QUE SIEMPRE USABA PARA SALIR...




...Y LUEGO SE PRESENTABA ANTE SU MAMÁ...
¿CÓMO, HIJITA? ¿YA CON LA CAPERUZA?

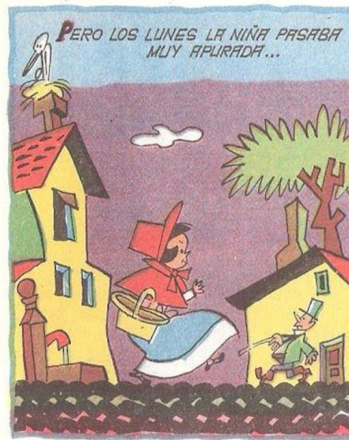

¡BUENO, VETE! PERO NO TE ALEJES. NO CORRAS. NO TE MANCHES. NO...


ANTES QUE LAS RECOMENDACIONES TERMINARAN LA NIÑA YA ESTABA EN LA PUERTA.

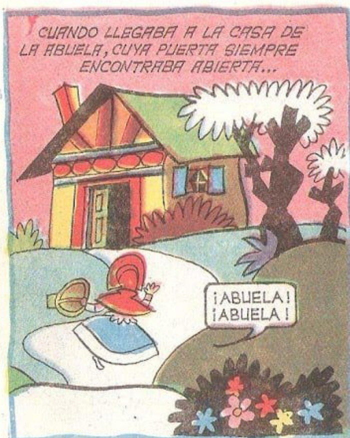

CAPERUCITA COMENZABA A ANDAR, SALUDANDO A DERECHA E IZQUIERDA, HASTA QUE ALGUIEN LA LLAMABA...
¡CAPERUCITA..! ¡CAPERUCITA..!


...O LA LLAMABA LA SEÑORA TOMASA, CON MÁS PAQUETES QUE UNA OFICINA DE CORREOS...
¿ PUEDES ENTREGARLOS TODOS, CAPERUCITA ? ¿ NO TE CANSARA'S ?
¿ CANSARME ? ¡ NO !


ASÍ CAPERUCITA, SONRIENTE Y FELIZ, SE GANABA LA SIMPATÍA DE TODO EL PUEBLO.


PERO LOS LUNES LA NIÑA PASABA MUY APURADA...


...Y CAMINANDO DE PRISA, COMO QUIEN NO TIENE TIEMPO DE LLEVAR PAQUETES NI NADA, DEJABA ATRÁS EL PUEBLO E IBA A VISITAR A SU ABUELA, QUE VIVÍA DEL OTRO LADO DEL BOSQUE.


Y CUANDO LLEGABA A LA CASA DE LA ABUELA, CUYA PUERTA SIEMPRE ENCONTRABA ABIERTA...
¡ABUELA! ¡ABUELA!


...LA AYUDABA A PREPARAR LA MESA MIENTRAS PEDÍA QUE LE CONTARA EL MISMO CUENTO.
CUÉNTAME LA HISTORIA DEL CHICO QUE HIZO UNA... UNA... ¡NO ME ACUERDO CÓMO SE LLAMA! UNA COSA MUY DIFÍCIL Y MUY IMPORTANTE...
¡UNA HAZAÑA, CAPERUCITA!


EL RELATO DE LA GRAN HAZAÑA SOLÍA TERMINAR SIEMPRE A LAS TRES.
¡QUÉ LÁSTIMA! ¡YA TENGO QUE IRME!


PASÓ EL TIEMPO, Y UN DÍA...
¡HEMOS VISTO UN LOBO!
¡ALLÍ! ¡EN EL BOSQUE!


¡ERA NECESARIO TOMAR UNA GRAN RESOLUCIÓN!
MAÑANA DE MADRUGADA LO SORPRENDEREMOS DORMIDITO...
¡Y ACABAREMOS CON ÉL!
¡JA, JA!


¡PERO POR MÁS QUE BUSCARON NO LO ENCONTRARON, NI DORMIDO NI DESPIERTO!
¡SE LO TRAGÓ LA TIERRA!
¡HA DESAPARECIDO!


Y ASÍ LLEGÓ LA MAÑANA DEL LUNES. CAPERUCITA SE PREPARABA COMO SIEMPRE PARA VISITAR A SU ABUELA...
¿CON CAPERUZA, HIJITA? ¡NO, HOY NO SALES! ¿TE GUSTARÍA ENCONTRARTE CON EL LOBO?


¡PERO SI EL LOBO NO ESTÁ MÁS!
NO LO ENCONTRARON, ¿SABES?, PORQUE SE HABRÁ ESCONDIDO BIEN ESCONDIDITO...


BUENO... GUÁRDAME-LA, ENTONCES.


PUEDES PASEAR UN RATO POR AQUÍ CER-QUITA, SI QUIERES...


PERO UN PASEO ASÍ NO ENTUSIASMA-BA MUCHO A LA NIÑA...
¿QUÉ PASEO ES ÉSTE? ¡SIEMPRE ESTOY EN EL MISMO LUGAR!...


DE REPENTE EL CORAZÓN DE CAPERU-CITA PEGÓ UN SALTO.
¿SABRÁ ABUELITA QUE HAY UN LOBO? ¡SIEMPRE ME ESPERA CON LA PUERTA ABIERTA!

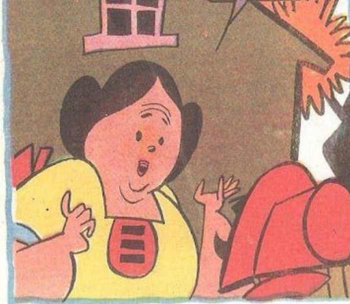
¡Y pensó que el lobo podía atacar a la abuela! Pero, por más esfuerzos que hacía, Caperucita no podía imaginarse cómo sería el lobo.



Ligerito ligerito corrió hasta su casa...



Entonces la niña contó sus temores a la señora Tomasa.



Caminando caminando Caperucita llegó al final del pueblo y...




¡NUNCA HABÍA CORRIDO TAN LIGERO!
¡TE VAS A CAER CA- PERUCITA!
¡ESPERA!
¡ADIÓS! ¡ADIÓS!
¿NO QUIERES JUGAR CON NOSOTROS?


POCO, POQUITO LE FALTABA PARA LLE- GAR A LA PRADERA CUANDO...


¡UN PERRO! ¡CÓMO ME ASUSTÉ!... ¡CREÍ QUE ERAS EL LOBO!
¿YO, EL LOBO? ¡JA, JA!

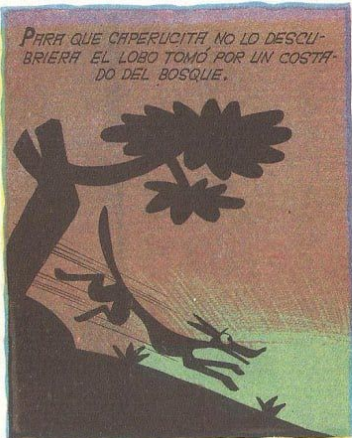

¡TODAVÍA TIEMBLO! TÚ NO LO VISTE POR AQUÍ, ¿VERDAD?
¿SI YO VI AL LOBO? ¡JA, JA, JA!


¡NO TE RÍAS! ¡DE VERAS HAY UN LOBO! ¿NO VISTE CÓMO CORRÍA YO? ¡ES POR EL LOBO! TENGO QUE LLEGAR PRONTO A LA CASA DE ABUELITA...


...Y DECIRLE QUE NO DEJE LA PUERTA ABIERTA. ¡VIVE TAN CERCA DEL BOSQUE!
¡AH! SÍ, ¿EH? ENTONCES TE FALTA POCO PARA LLEGAR...


SÍ. CRUZO LA PRADERA, TOMO EL CAMINO DE LOS ÁLAMOS... ¡Y YA ESTOY! BUENO; ME VOY. ¡ADIÓS!


PERO EL "PERRO"... ¡ERA EL MISMÍSIMO LOBO!
¡QUÉ BIEN! ¡ME ENGULLO A LA ABUELA Y DESPUÉS A LA CHICA! ¡EL BOCADO MÁS TIERNO COMO POSTRE!


PARA QUE CAPERUCITA NO LO DESCUBRIERA EL LOBO TOMÓ POR UN COSTADO DEL BOSQUE.


¡Y, CUANDO LLEGÓ A LA CASA DE LA ABUELA, TODO OCURRIÓ TAL CUAL LO HABÍA IMAGINADO CAPERUCITA!
¡A ESTA VIEJA ME LA TRAGO COMO UN FIDEO!


Y EL LOBO, DESPUÉS DE HABERSE TRAGADO ENTERITA A LA ABUELA, SE VISTIÓ Y SE ACOSTÓ EN LA CAMA.


¡JA, JA! ¡LA NIÑA ME TOMARÁ POR SU ABUELA!... ADEMÁS DE COMÉRMELA ME DIVERTIRÉ UN RATO.


POCO DESPUÉS...
¡ABUELA! ¡VINE CORRIENDO! PERO... ¿POR QUÉ ESTÁS A OSCURAS?


¿NO TE SIENTES BIEN? ¡SI SUPIERAS ABUELA! TENDRÁS QUE CERRAR MUY BIEN LA PUERTA. ¡HAY UN..! ¡OH, PERO QUÉ RARA TE ENCUENTRO!


ABUELITA, ¡QUÉ OREJAS TAN GRANDES TIENES!
PARA OÍRTE MEJOR.


ABUELITA, ¡QUÉ MANOS TAN GRAN-DES TIENES!
PARA ACA-RICIARTE MEJOR.


ABUELITA, ¡QUÉ OJOS TAN GRANDES TIENES!
PARA VERTE MEJOR.


ABUELITA, ¡QUÉ BOCA TAN GRANDE TIENES!
¡PARA COMERTE MEJOR! ¡¡GRRR..!!


¡Y TAMBIÉN SE TRAGÓ ENTERA A CAPERUCITA! ¡EN VERDAD QUE ESTE LOBO PARECÍA TENER LA BARRIGA HECHA DE ELÁSTICO!


¡AHORA ME DORMIRÉ UNA LINDA SIESTA!


POCO DESPUÉS, UN VECINO, AL PASAR FRENTE A LA CASA DE LA ABUELA, SE DETUVO EXTRAÑADO.
¡QUÉ RARO! ¡ESOS RONQUIDOS PARECEN DE UNA LOCOMOTORA! ¡LA ABUELA NO PUEDE RONCAR ASÍ!


Y EL HOMBRE, SOSPECHANDO QUE ALGO EXTRAÑO HABÍA OCURRIDO, ENTRÓ EN LA CASA...
¡LA DEVORASTE, INFAME! PERO... ¡YA VERÁS! ¡TENGO EN CASA UNA BUENA ESCOPETA!


EL VECINO VOLVIÓ CON LA ESCOPETA, PERO...
¿CÓMO? ¡ESA BARRIGA SE MUEVE! ¿ESTARÁ VIVA LA ABUELA?


PARA ACLARAR EL MISTERIO, EL HOMBRE ABRIÓ DE UN TAJO LA BARRIGA DEL LOBO...
¡VIVA! ¡SÍ! ¡QUÉ ALEGRÍA! ¡Y CAPERUCITA TAMBIÉN! ¡ESTO ES INCREÍBLE!


¡YO YA ME AHOGABA, ABUELITA!
YO...YO... ¡APENAS PUEDO CREERLO! ¡QUÉ SUERTE, CAPERUCITA! ¡QUÉ SUERTE!


PERO EL SUSTO MÁS GRANDE DE ESE DÍA DE SUSTOS SE LO LLEVÓ CAPERUCITA CUANDO MIRÓ BIEN AL LOBO.
¡EL PERRO!


¿SABES, ABUELA? YO VENÍA CORRIENDO A AVISARTE QUE HABÍA UN LOBO EN EL BOSQUE...
¡TÚ SOLITA!


ME ENCONTRÉ CON EL LOBO... ¡Y CREÍ QUE ERA UN PERRO! ¡Y LE CONTÉ DÓNDE VIVÍAS!





La Valerosa CAPERUCITA ROJA

Sí, Caperucita Roja había hecho una gran hazaña, y por eso todo el pueblo organizó una fiesta y hablaron muchos vecinos y vecinas para decir lo valerosa que era. Tanto hablaron que la niña se quedó profundamente dormida.



Y, mientras ella dormía, la señora Tomasa, que era una de las oradoras, hablaba y hablaba.

— ¡Nunca se vió una niña tan valiente y tan heroica y tan abnegada! - dijo la señora Tomasa.

Y todo el público gritó:

— ¡Nunca!

— ¡Sólo Caperucita era capaz de exponer su vida para salvar a la querida abuelita que vivía del otro lado del bosque! - dijo la señora Tomasa.

Y todo el público gritó:

— ¡¡Sólo Caperucita!!

— Porque un animal terrible y sanguinario estaba al acecho: ¡el lobo! - dijo la señora Tomasa.

Y todo el público gritó:

— ¡¡¡EL LOBO!!!

En ese momento la gritería fué tan fuerte que Caperucita, en sueños, oyó: "El lobo" y, sobresaltada, abrió los ojos, todavía no despierta del todo.

Pero...

— Todos temblaban ante el temor de oír, en el momento menos pensado, su espantoso aullido: ¡aúuu! - siguió diciendo la señora Tomasa.

Y todo el público gritó:

— ¡¡¡AUUUU!!!

El aullido fué tan fuerte y tan natural que la pobre Caperucita ya no aguantó más. Se levantó de su asiento asustadísima y echó a correr mientras gritaba a todo pulmón:

— ¡¡EL LOBO!! ¡¡VIENE EL LOBO!!

Desde entonces toda la gente, al hablar de ella, cuenta cómo, siendo tan pequeña, hizo un hazaña tan grande, pero agrega cariñosamente:

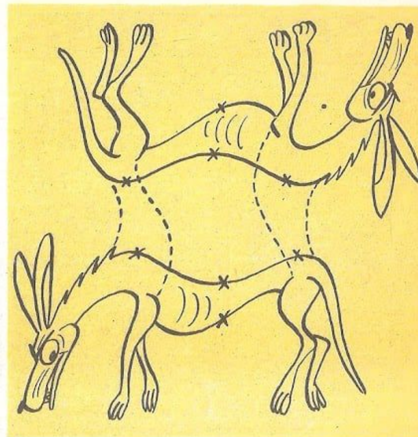
No tuvo miedo al lobito
y al bosque fué sin temblar,
pero apenas oyó un grito...
¡qué modo de disparar!



¿Cansados?
¡Qué esperanza!

Ahora, en asuntos de lobos, Caperucita no se equivoca más, y por eso sabe muy bien que estos dos que parecen tan cansados pueden dejar de estarlo inmediatamente. Para esto basta que ustedes hagan lo siguiente:

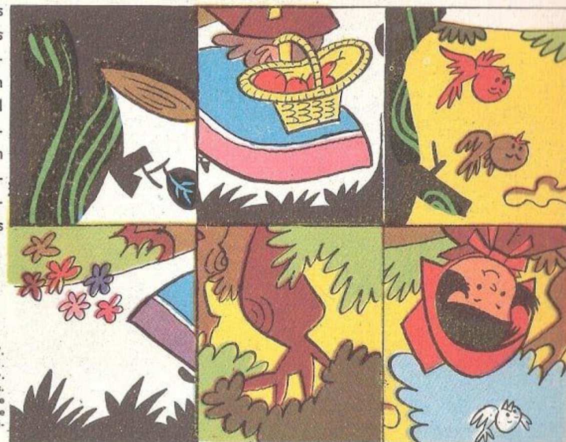
Calquen el dibujo sobre papel transparente dibujando con líneas llenas las que aquí aparecen con líneas de puntos y suprimiendo - es decir: no calcando - las líneas que llevan una cruz.





Este es un cuadro de Caperucita para que lo pinten sus amigos.

Cortando estos seis rectángulos tendrás de un lado seis piezas para armar un rompecabezas y del otro seis figuritas para formar colección con las que ya tienes y las que vendrán en los próximos números.



Colección "CUADERNOS".

Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 7 de Diciembre de 1953 en los Talleres Gráficos Paoppi.

JULIO ALMADA

El gran detective JOPITO

ILUSTRADO POR A. BRECCIA

JOPITO ESTÁ HACIENDO PROPAGANDA PARA SU MUY ESPECIAL AGENCIA DE DETECTIVES...








¡DAME LOS DATOS Y ME ENCARGARÉ DE TODO!
¡ERAN SIETE PERRITOS MUY FINOS Y MUY CAROS!


¡NO SÉ ADÓNDE HAN IDO A PARAR!
¿NO HABRÁN IDO A DAR UNA VUELTA PARA CONOCER EL LUGAR?


¡IMPOSIBLE! SI NO SABÍAN CAMINAR TODAVÍA... ¡POBRECITOS!
NO TE AFLIJAS, TERESITA. ¡TUS PERRITOS APARECERÁN!


¿CREES QUE ALGUIEN PUEDE HABER ROBADO ESOS PERRITOS?
¡NO LO SÉ! ¡NO HE VISTO A NINGÚN SOSPECHOSO!


ESTA LUPA NOS AYUDARÁ A RECONOCER LAS HUE-LLAS DEL LADRÓN.


Y LE DAREMOS SU MERECIDO Y...


¡JA, JA, JA! ¿POR QUÉ NO AVERIGUASTE QUE TE IBA A PASAR ESTO, DETEC-TIVE DE CARTÓN?


RUBICOSO ERA EL MALO DEL BARRIO. Y COMO ENVIDIABA A JOPITO LO PER-SEGUÍA CON SUS BROMAS.
¿ASÍ QUE TE DEDICAS A BUSCAR PERROS? ¡JA, JA, JA!


¡YA ME LAS PAGARÁ! PERO VAMOS A BUSCAR ALGUNA PISTA.
¿CREES QUE LOS PODRÁS ENCONTRAR?


¡SEGURO QUE LOS ENCONTRAREMOS!


PRONTO LLEGARON A LA CASA DE TERESITA.
¿DÓNDE TENÍAS GUARDADOS ESOS PERRITOS?
¡AQUÍ, EN ESTE CAJÓN...! ¡MIRA! ¡PARECE QUE ALLÍ SE MUEVE ALGO!


¡A LO MEJOR VOLVIERON LOS PERRITOS!
¡NO HAGAS RUIDO QUE LOS PESCAREMOS!


¡FRACASAMOS! ¡ERA UN SAPO ABURRIDO!
¡QUÉ LÁSTIMA! ¿QUÉ LE DIRÉ A MI PAPÁ?


¡LLÁMALO EN SEGUIDA! NO OLVIDES QUE SOY UN GRAN DETECTIVE.
¡LO LLAMARÉ. TIENE TANTAS GANAS DE ENCONTRAR A LOS PERRITOS!


EL PAPÁ DE TERESITA VINO EN SEGUIDA. REALMENTE, AQUELLA PÉRDIDA LO HABÍA AFLIGIDO MUCHÍSIMO.
¿USTED ES EL DETECTIVE JOPITO?
¡SÍ, SEÑOR! HE RESUELTO ENCARGARME DE ESTE ASUNTO...


¡MUY BIEN! ¿PERO NO SERÍA MEJOR QUE LA POLICÍA..?
¡HAY TIEMPO PARA ESO! EN TANTO YO LE PROPONDRÍA PEGAR UNOS CARTELES...

AL DÍA SIGUIENTE...

CREO QUE LA IDEA DE JOPITO ES MUY BUENA...

GRAN PREMIO

¡ESTE PREMIO SERÁ PARA MÍ! ME PRESENTARÉ ANTES QUE NADIE.

GRAN PREMIO OFRECE DON TERENCIO. CONCURRA HOY A LA DIEZ CALLE CHAUCHIN 222

¡PERDERÁS EL TIEMPO! ¡SI HAY UN PREMIO SERÁ PARA MÍ!

¡LO VEREMOS! POR LO PRONTO ME VOY PARA ALLÁ.

EL DETECTIVE JOPITO... ¡PRIMERO EN TODAS PARTES!

¡CORRE, CORRE MUCHO! ¡PERO NO ME QUITARÁS EL PREMIO!


A LAS 10 EN PUNTO EL SEÑOR TERENCIO INVITÓ A PASAR A TODOS LOS VECINOS QUE SE HABÍAN PRESENTADO PARA AVERIGUAR QUÉ CLASE DE PREMIO LES OFRECÍA.
¡ADELANTE, SEÑORES! ME HAN ROBADO SIETE PERRITOS QUE QUERÍA MUCHO...


Y OFREZCO UN PREMIO DE CIEN PESOS A QUIEN ME AYUDE A ENCONTRARLOS.


¿ALGUNO DE USTEDES SOSPECHA QUIÉN PUEDE HABER SIDO EL LADRÓN?
YO, SEÑOR TERENCIO, CREO...


¡NO HAGAN CASO A ESTE CHARLATÁN! ¡YO ME ENCARGARÉ DE ESTE ASUNTO!


¿ALGUIEN QUIERE QUITARME ESTE TRABAJITO?


TODOS CALLARON: ¡NADIE QUERÍA PELEAS CON AQUEL GRANDOTE!
¡MUY BIEN! HABLARÉ CON RUBICOSO Y SI SU PLAN ES BUENO...


¡NO, SEÑOR TERENCIO! NO HACEN FALTA PLANES...


...PORQUE YO HE SOLUCIONADO EL MISTERIO.
¡SI LO HA SOLUCIONADO QUE TRAIGA AQUÍ A LOS PERRITOS!


¡CLARO QUE LOS TRAERÉ!
¡BAH! ¡SON MENTIRAS PARA HACERTE EL IMPORTANTE!

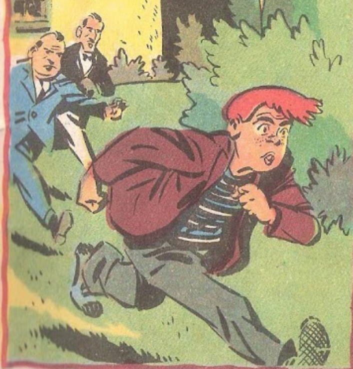

¿MENTIROSO, YO? ¡AHORA VERÁN! ¡VENGAN AL JARDÍN!


¡AQUÍ ESTÁN LOS SIETE PERRITOS DE DON TERENCIO! ¡YO LOS RESCATÉ!


¡JA, JA, JA! ¡SE EQUIVOCÓ JOPITO! ¡LOS PERROS DE DON TERENCIO SON NEGROS!


¿Y CÓMO SABES QUE SON NEGROS? ¡NADIE LOS HABÍA VISTO!


¡ES VERDAD! ¿CÓMO LO SABE SI NADIE LOS VIÓ?
¡LO SABE PORQUE ÉL FUÉ EL LADRÓN!


¡PATITAS PARA QUE LAS QUIE-RO! ¡ME HAN DESCUBIERTO!


¡NO ME AGA-RRARÁN!
¡NO LO ATAJEN! ¡YA HAY QUIEN LO ESPERA!


¡VEN A MIS BRAZOS, QUERIDO RUBICOSO!
¡ÉL ES EL LADRÓN! ¡DETÉNGANLO!

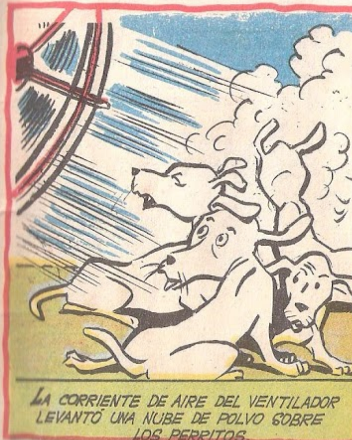

Y COMO RUBICOSO NO PUDO NEGAR QUE ÉL ERA EL LADRÓN DE LOS PERRITOS, EL AGENTE PACO VARITA SE LO LLEVÓ PRESO.


¡TE PONDRÉ ENTRE REJAS POR BANDIDO!
¡MUY BIEN! ¡QUE LO LLEVEN! ¡QUE LO LLEVEN!


PERO DON TERENCIO SE HABÍA QUEDADO CON UNA DUDA.
¡BUEN TRABAJO, JOPITO! PERO RUBICOSO DIJO LA VERDAD: MIS PERRITOS ERAN NEGROS...

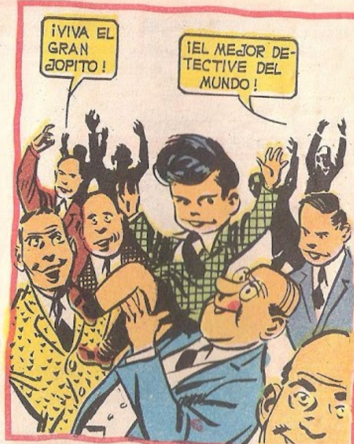

Y ESTOS PUEDEN VOLVERSE NEGROS... LLEVÉMOSLOS ADENTRO.


ENCHUFO UN VENTILADOR. LO APUNTO SOBRE LOS PERRITOS Y LO HAGO FUNCIONAR ASÍ...


LA CORRIENTE DE AIRE DEL VENTILADOR LEVANTÓ UNA NUBE DE POLVO SOBRE LOS PERRITOS.


Y CUANDO JOPITO DETUVO EL VENTILADOR APARECIERON LOS SIETE PERRITOS NEGROS.
YO ENCONTRÉ LOS PERRITOS EN LA CASA DE RUBICOSO...


...Y LOS ESPOLVOREÉ CON TALCO PORQUE QUERÍA HACERLO CONFESAR.

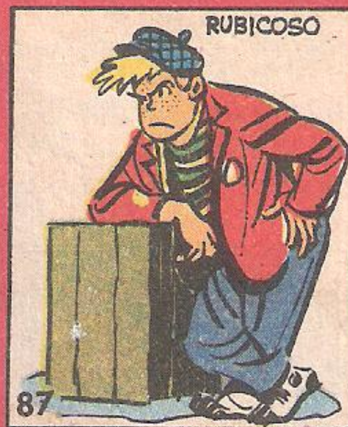

¡VIVA EL GRAN JOPITO!
¡EL MEJOR DETECTIVE DEL MUNDO!


POCO DESPUÉS, JOPITO REGRESABA A SU OFICINA A LA ESPERA DE NUEVOS CLIENTES. ALLÍ LO FUÉ A VISITAR TERESITA.
¡VENGO A FELICITARTE, JOPITO! PERO... ¿CÓMO SOSPECHASTE DE RUBICOSO?
PORQUE CUANDO ME REGÓ CON EL AGUA DIJO QUE YO ME DEDICABA A BUSCAR PERROS.


LO QUE LAMENTO ES NO PODER PAGARTE TUS SERVICIOS.
YA GANÉ BASTANTE CON LOS CIEN PESOS DEL PREMIO. ¿NO TE GUSTARÍA SER MI SOCIA?


JOPITO
85


TERESITA
86


RUBICOSO
87

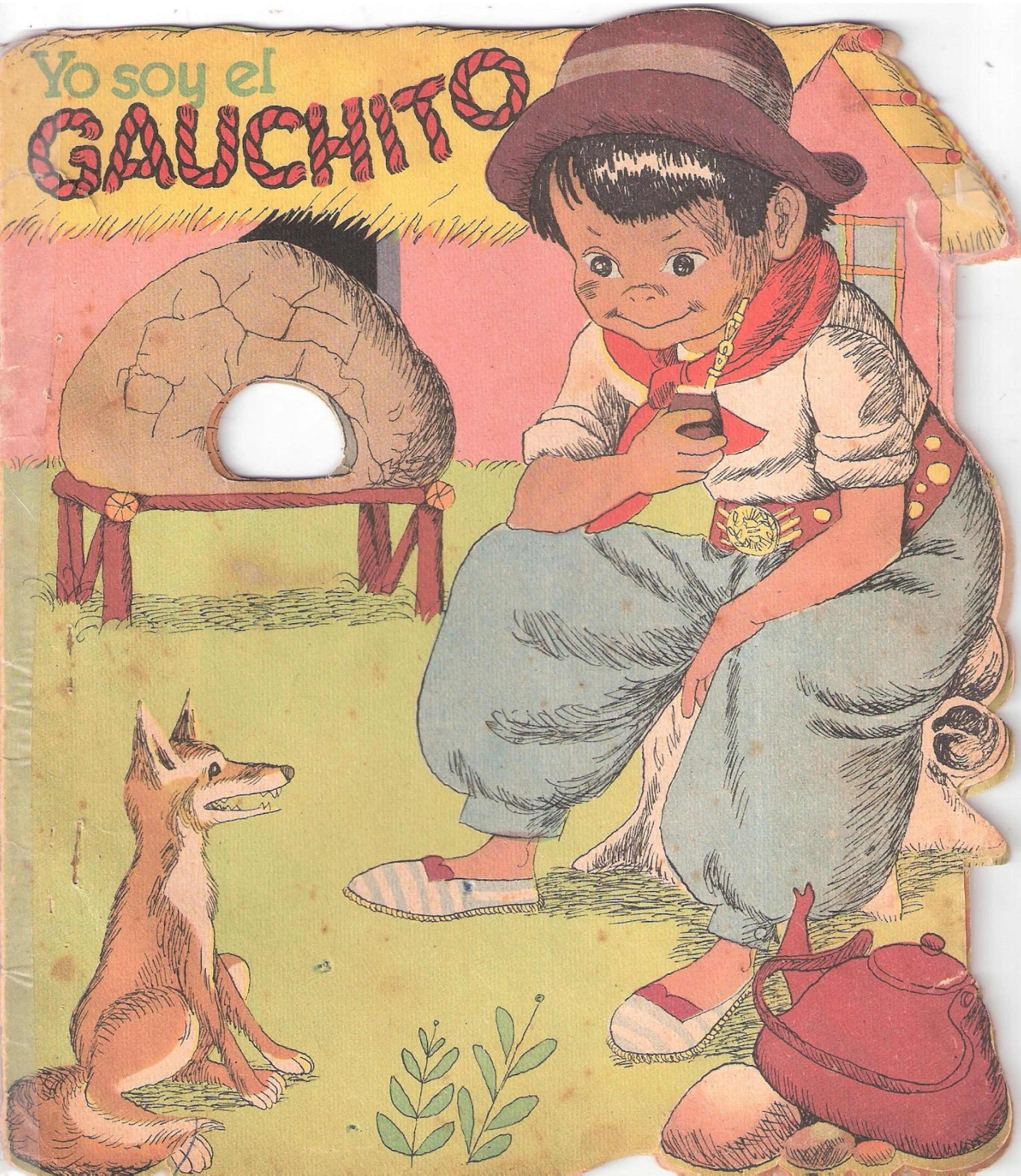

LEA EN EL PROXIMO "CUADERNO"
El submarino
PIRATA
¡ES FORMIDABLE!


88
PACO VARITA


LOS PERRITOS
89


DON NICOLA
90

$ 1.- m/arg.


Yo soy el
GAUCHITO

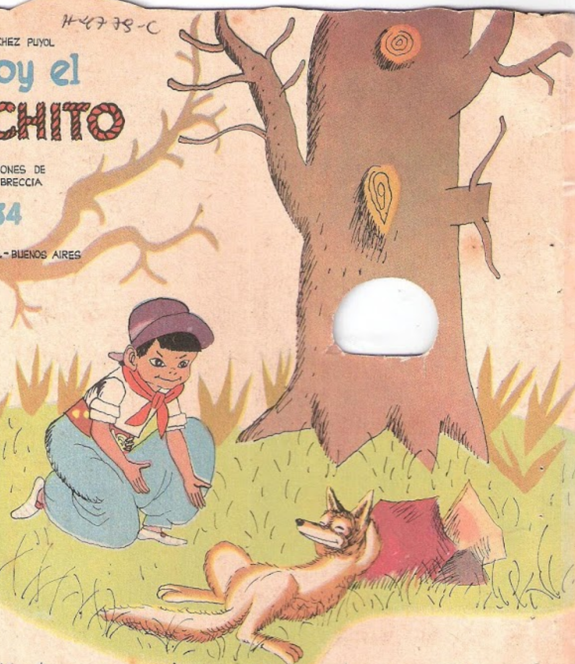
HÉCTOR SÁNCHEZ PUYOL

Yo soy el GAUCHITO

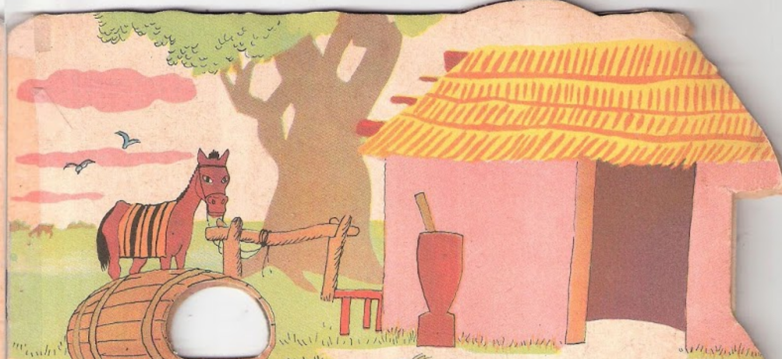
ILUSTRACIONES DE
ALBERTO BRECCIA

34

EDITORIAL ABRIL - BUENOS AIRES



El gauchito Martín caminaba un día por el campo. Iba muy contento porque tenía un pañuelo nuevo, alpargatas nuevas y un remiendo nuevo en la bombacha. Y más contento se puso cuando encontró en el tronco de un árbol la cueva de un zorro y, frente a ella, un zorrito sonriente que sé calentaba la barriguita al sol.







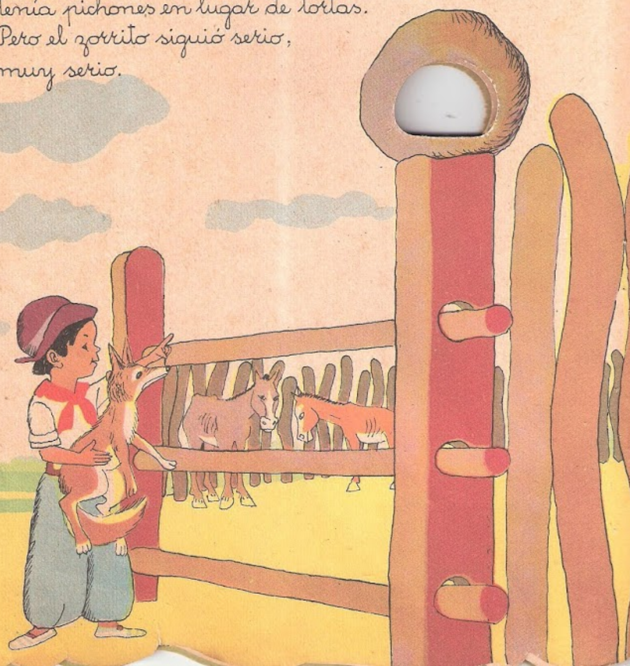


Martín se puso el zorrito bajo el brazo y se lo llevó al rancho, un lindo rancho con techo de paja, un ombú viejo y lleno de pajaritos y un palenque donde un caballito peludo se caía de sueño.

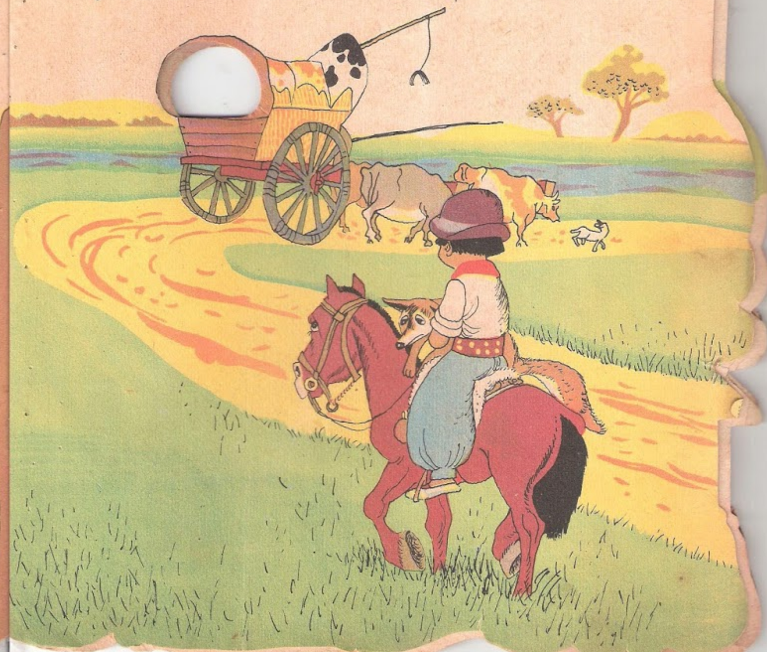
–Seremos buenos amigos –dijo el gauchito– y tendrás tu camita en ese barril vacío.

Pero el zorrito se puso muy serio.

–¿No te gusta el barril? – preguntó el gauchito.
Pero el zorrito no le contestó.
Para entretenerlo, Martín lo llevó al corral,
donde un pajarito – el hornero – había hecho un nido
que parecía un hornito de barro, un hornito que
tenía pichones en lugar de tortas.
Pero el zorrito siguió serio,
muy serio.



Entonces Martín montó con él en el caballito peludo
y se fué por el campo.
Encontraron una carreta tirada por tres bueyes.
– ¿Te gustaría un paseo en carreta? – preguntó el
gauchito. Pero el zorrito no le contestó.
Ya no estaba serio; ahora hacía pucheros...



Llegaron al pueblo. Frente a la pulpería había varios paisanos jugando al sapo, un juego muy divertido que consiste en hacerle tragar una ficha a un sapo aburrido. Pero al zorrito no le gustó.



Ahora los pucheros se habían convertido en lágrimas.

En el camino de vuelta encontraron un avestruz.
—¡Ahora vas a ver cómo lo cazamos! —exclamó Martín revoleando las boleadoras.



Pero las arrojó con tanta mala suerte que... ¡Bueno! ¡Ya pueden ver ustedes qué sucedió!

Las lágrimas del zorrito eran ahora lagrimones.
—¡Yo quiero mi cueva! —exclamó llorando como diez zorritos juntos.

Entonces el gauchito lo llevó de vuelta a la cueva.

El zorrito dejó de llorar, se sonó la nariz y sonrió.
Y, como lo quería mucho a Martín, a cada tanto lo invitaba. Entonces charlaban un poco de los conocidos – el teruteru, el armadillo, el sapo – y tomaban mate como buenos amigos.



Fin.

v. beta
2022